



INDIGO RIDGE

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
DEVNEY PERRY

RIDGE



THE EDENS
THE #1

Griffin. ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.



2



DEVNEY PERRY INDIGO

RIDGE



CRÉDITOS

Traducción

CARO

Corrección

NANIS

CARO

Diseño

MORELINE

Griffin. ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

THE EDENS #1

3



RIDGE ÍNDICE



THE EDENS

#

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

Griffin.

<u>CHRISTMAS IN QUINCY</u>	<u>2</u>
<u>SINOPSIS</u>	<u>3</u>
<u>1</u>	<u>4</u>
<u>2</u>	<u>15</u>
<u>3</u>	<u>26</u>
<u>4</u>	<u>37</u>
<u>5</u>	<u>47</u>
<u>6</u>	<u>56</u>
<u>7</u>	<u>66</u>
<u>8</u>	<u>76</u>
<u>9</u>	<u>86</u>
<u>EPÍLOGO</u>	<u>94</u>
<u>INDIGO RIDGE</u>	<u>99</u>
<u>SINOPSIS</u>	<u>100</u>

<u>PRÓLOGO</u>	<u>101</u>	<u>15</u>	<u>259</u>
<u>1</u>	<u>102</u>	<u>16</u>	<u>269</u>
<u>2</u>	<u>117</u>	<u>17</u>	<u>281</u>
<u>3</u>	<u>128</u>	<u>18</u>	<u>291</u>
<u>4</u>	<u>141</u>	<u>19</u>	<u>304</u>
<u>5</u>	<u>151</u>	<u>20</u>	<u>315</u>
<u>6</u>	<u>163</u>	<u>21</u>	<u>328</u>
<u>7</u>	<u>172</u>	<u>22</u>	<u>336</u>
<u>8</u>	<u>183</u>	<u>23</u>	<u>348</u>
<u>9</u>	<u>197</u>	<u>24</u>	<u>350</u>
<u>10</u>	<u>207</u>	<u>EPÍLOGO</u>	<u>359</u>
<u>11</u>	<u>217</u>	<u>PRÓXIMO LIBRO</u>	<u>366</u>
<u>12</u>	<u>228</u>	<u>ACERCA DE LA</u>	
<u>13</u>	<u>238</u>	<u>AUTORA</u>	<u>367</u>
<u>14</u>	<u>249</u>		

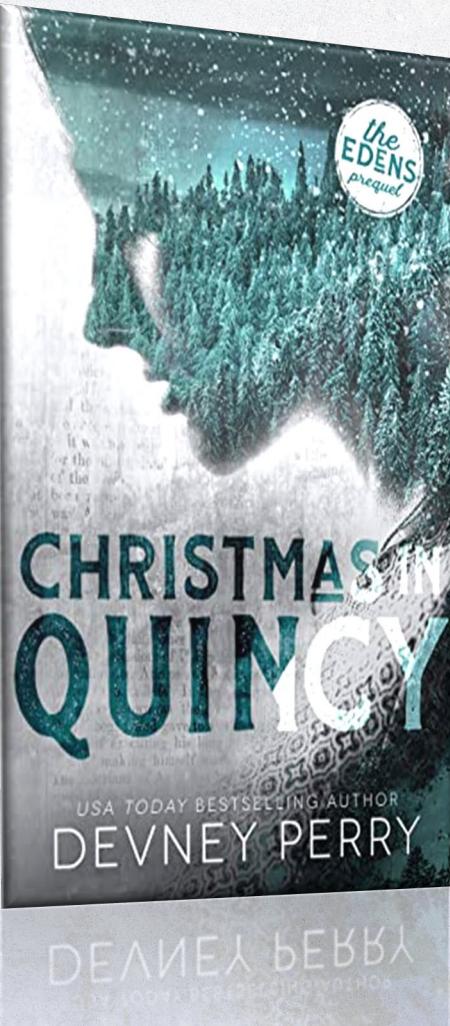
RIDGE

CHRISTMAS IN

QUINCY



THE EDENS
#2



griffin. ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

DEVNEY INDIGO PERRY

2



RIDGE



THE EDENS

1 #

SINOPSIS

Cleo Hillcrest prefiere cancelar la Navidad antes que soportar otra de las pretenciosas fiestas de su padre, en las que se habla de cosas sin importancia con los colegas ricos y los amigos superficiales de su madrastra. Ella se va de casa para pasar tres días de paz y tranquilidad en Quincy, Montana, cambiando los regalos y la grandeza por el servicio de habitaciones y las pantuflas.

Pero debería haber esperado que su familia frustrara sus planes. En cuanto termina de deshacer su maleta en la acogedora posada Eloise Inn, **AUSTIN MYLES** llama a la puerta de su habitación.

Como jefe del equipo de seguridad de su padre, Austin ha recibido la orden de arrastrar a Cleo de vuelta a California. Pero cuando ella se niega a marcharse, él no tiene más remedio que quedarse. TRAS UNA NAVIDAD EN QUINCY, TODO ENTRE ELLOS **ESTÁ A PUNTO DE CAMBIAR.**

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

RIDGE

1



THE EDENS
1 #

Cleo

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

—Bienvenida a The Eloise Inn —saludó la joven mujer detrás del mostrador de recepción—. ¿Se está registrando?

—Sí. Cleo Hillcrest. —Dejé mi bolso Chanel sobre el mostrador y me desplomé en la torre de caoba mientras respiraba aliviada.

Lo había conseguido. Mi maleta descansaba contra mi pantorrilla, como yo, demasiado cansada para mantenerse de pie por sí misma.

—Permítame consultar su reserva. —La mujer tecleó rápidamente, con una sonrisa suave y dulce en su bonito rostro. La etiqueta plateada con su nombre en la solapa de su chaqueta negra captó la cálida luz de la lámpara de araña.

—Gracias... ¿Eloise? Como en el... —Mi dedo giró en el aire, indicando el majestuoso hotel.

—Sí. —Se rio—. Mi tatarabuela, Eloise Eden. Mi tatarabuelo le puso su nombre a la posada. Ella era mi tocaya.

—Ah. Bueno, es hermoso. La posada y su nombre.

—Gracias. —Su sonrisa se amplió—. Me enorgullezco de ambos. Soy la encargada aquí.

—Impresionante. —Era posible que tuviera unos genes estupendos, o una crema milagrosa para la piel, pero con su piel impecable y juvenil, la consideraría de veintipocos años.

Mientras Eloise volvía a su tarea, un fuego de leña crepitaba en una gran chimenea en un lado de la gran sala. El vestíbulo del hotel estaba decorado para la Navidad, con la chimenea repleta de ramas de pino y adornos. Sobre la chimenea, una columna de piedra se elevaba hasta las vigas y en su centro colgaba una corona de al menos un metro de diámetro.

4



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Las bombillas doradas enmarcaban las ventanas. Dentro de la puerta, un abeto tres veces más grande que mi auto recibía a los visitantes con su aroma a madera y sus lazos rojos. Unas cajas diminutas, envueltas individualmente, estaban colocadas en una bandeja de latón junto a mi bolso.

En cuanto a las escapadas navideñas, había elegido bien mi destino. No era que me hubiera escapado de la Navidad antes.

Pero este año, Quincy, Montana, iba a ser mi escondite.

—Bien, señora Hillcrest. —Eloise levantó la vista de la pantalla de su ordenador con otra sonrisa de bienvenida—. La tengo aquí por tres noches. Se irá el día veintiséis. ¿Es correcto?

—Sí, lo es. —Asentí y saqué de mi cartera el carné de conducir y la tarjeta de crédito.

—¿Va a visitar a alguien en Quincy durante las vacaciones? —preguntó, pasando mi tarjeta por el lector.

—Oh, um... no. —Exactamente lo contrario. Estaba en Quincy para evitar cualquier cosa que se pareciera a una visita. Probablemente parecía extraño, era extraño, pero como no tenía energía para explicar el desastre que era mi familia en Navidad, cambié de tema—. Cuando llamé e hice mi reserva, me dijeron que el servicio de habitaciones estaría disponible cada día.

—Sí, por supuesto. El menú y los horarios de las comidas estarán en el folleto de su habitación. Y nuestro chef, que resulta ser mi hermano, tiene planeado algo encantador para Navidad y Nochebuena. Estaremos encantados de llevárselo a su habitación, pero si quiere bajar, el comedor también estará abierto, empezando a las cinco y cerrando a las nueve.

—Perfecto. —Agarré la llave de su mano extendida y recogí mi bolso.

—¿Ha estado antes en Quincy? —preguntó Eloise.

—No, es mi primera visita.

—Bueno, si le apetece explorar, estamos en pleno centro. Hay algunos restaurantes y tiendas encantadoras en Main Street, la mayoría propiedad de familias de la zona.

Al igual que el hotel... el encanto de The Eloise Inn no era algo que se pudiera encontrar en un gran conglomerado hotelero. Tenía esos toques personales y cariñosos que lo hacían perfecto para mi improvisada escapada.

—¿Hay alguna pastelería en la ciudad? —Ya que estaba aquí, podría investigar un poco.

5



DEVNEY PERRY

THE EDENS
#1



RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—La cafetería pone una caja de pasteles y sándwiches de desayuno cada mañana. Si le gusta el chocolate...

—A quién no le gusta.

Eloise se rio.

—El croissant de chocolate es increíble.

—Comprado.

—Salga por la puerta principal y gire a la derecha. Es el bonito edificio verde de enfrente, tres puertas más allá. Eden Coffee.

—¿Eden? —Ladeó la cabeza. ¿No era ese su apellido?

—Mi hermana es la dueña de la cafetería y la pastelera, así que soy imparcial. Pero tiene mucho talento. Mi tatarabuelo fundó Quincy. Mi familia ha vivido aquí desde entonces. No se puede lanzar una piedra sin golpear a un Eden.

—Es bueno saberlo. —Sonréí. Cinco generaciones y los Eden eran probablemente la familia real de esta ciudad—. Gracias por la recomendación.

—Estoy aquí si usted necesita otras. —Tomó una de las cajas de regalo de la bandeja y la entregó. Luego se acercó al mostrador, estirando el brazo mientras señalaba el pasillo—. El ascensor está ahí. Está en la habitación cuatrodiez. Gire a la izquierda al salir del ascensor y su habitación está al final del pasillo. ¿Puedo pedir que envíen algo?

—Champán. —Se me hizo la boca agua ante la idea de ponerme pijama y beber una o dos copas de burbujas antes de acostarme—. La botella más cara que tengan.

—Ahora mismo lo envío.

—Gracias. —Le hice un guiño a Eloise y luego recogí mis cosas. Una ola de cansancio me recorrió los hombros mientras me dirigía al ascensor. Eran sólo las seis, las cinco en California, pero llevaba levantada desde las cuatro de la mañana y estaba dispuesta a terminar el día.

El vestíbulo del ascensor estaba rodeado de macetas de hoja perenne, cada una de ellas iluminada con pequeñas luces blancas. Frente a las puertas plateadas, una corona de flores colgaba sobre una mesa adornada con regalos de fantasía. La decoración era encantadora y tradicional. Sencilla. No se podía confundir la temporada, pero el ambiente de buen gusto estaba muy lejos de la abrumadora exhibición en la casa de mi padre en Malibú.



THE EDENS

L #

RIDGE

Mi madrastra, Selene, elegía un tema de color cada año y contrataba a una empresa para que lo pusiera por todas partes. Cuando fui a cenar hace dos semanas, la abundancia de rosa y púrpura me había provocado un fuerte dolor de cabeza. Eso, y el popurrí de manzana y canela que compraba a montones en esta época del año.

Todo estaba preparado para interminables fiestas que duraban días antes de Navidad y hasta bien entrado el año nuevo.

Yo sólo... no podía hacerlo. Este año no. No podía tolerar los escaparates de mal gusto, aunque caros. Los interminables regalos. Las horas de mezclarse con esnobs ricos y fingir sonrisas para los invitados pretenciosos. La única razón por la que la gente me hablaba en esas fiestas era porque pensaban que podía conseguirles una hora en la esquiva y atestada agenda de mi padre. O que, al besarme el culo, les ayudaría a ganar un ascenso.

Cuando la invitación color magenta de Selene para la fiesta había aparecido en mi buzón, la había tirado a la basura y había reservado un billete de avión a Montana.

Las puertas del ascensor sonaron al abrirse y me introduje en la cabina, inhalando una profunda bocanada de pino y cítricos. La mezcla era relajante y especial, como se suponía que debía oler la Navidad. No había música mientras me llevaba a mi piso, y cuando salí, el mismo aroma sutil se extendió por el pasillo hasta mi habitación. Cuando abrí la puerta de la habitación 410, casi lloré.

Era... la perfección. Exactamente como lo había imaginado. Precisamente lo que esperaba.

Encantador. Tranquila. Aireado, pero con un atractivo acogedor.

La lámpara de la mesita de noche estaba encendida y una caja de zapatos negra con un lazo de raso rojo estaba a los pies de la cama. Las cortinas estaban echadas y, más allá de la ventana, la noche era negra, salvo por un tenue resplandor procedente de los negocios y las casas de los alrededores de la pequeña ciudad. A diferencia del vestíbulo y de las zonas comunes, la habitación no tenía ni una pizca de ambiente navideño.

Apoyé mi maleta contra la pared dentro de la puerta, dejé caer mi bolso sobre la cama y desaté el lazo de la caja. Un par de pantuflas blancas de felpa me recibieron desde el interior. Las saqué y pasé los dedos por la suave piel sintética.

Así que esta era la razón por la que me habían preguntado mi número de zapato cuando llamé para hacer la reserva.

—Un punto para The Eloise Inn.

RIDGE

Abrí la tapa de la caja que me había dado Eloise. Dentro había una delicada trufa de chocolate.

—Dos puntos.

Me había alojado en innumerables hoteles de cinco estrellas en mi vida, y hasta ahora, The Eloise estaba a la altura. Por no mencionar que el precio de esta escapada de fin de semana era una fracción de lo que habría gastado en otro lugar.

A pesar de lo que todo el mundo suponía de mí, Cleo Hillcrest, hija única del magnate tecnológico y multimillonario Ray Hillcrest, no era frívola con mi dinero. Estaba pagando esta habitación por mi cuenta, con un sueldo que había ganado, no heredado. Había volado a Quincy en tres vuelos comerciales, aunque había derrochado en primera clase.

Este viaje eran las únicas vacaciones que me había tomado en años y un regalo de Navidad para mí.

Mi teléfono sonó en el bolsillo del abrigo y dejé las pantuflas a un lado para atender la llamada. El número de la pastelería parpadeó en la pantalla.

—Hola.

—Hola. ¿Llegaste? —preguntó Brynne.

Me senté en el borde de la cama, quitándome los tacones.

—Sí. ¿Cómo fue todo hoy?

—Muy bien —dijo—. Estuve ajetreado con toda la gente haciendo sus recogidas de Nochebuena. Pero tuvimos un buen día en la caja. La vitrina está casi vacía.

—Vaya. —Una punzada de culpabilidad me golpeó con fuerza—. ¿Crees que dejé lo suficiente en la vitrina para volver a llenarla? Puede que tengas que hacer una nueva tanda de...

—Cleo. —Estiró mi nombre mientras me interrumpía—. No te preocupes. Puedo encargarme de la tienda. Mañana por la mañana, la vitrina estará llena. Disfruta de los próximos días y deja que yo me encargue.

Suspiré, poniéndome una pantufla.

—No estoy dudando de ti. Es que... soy pésima para las vacaciones.

—Sí. —Se rio—. Lo sé.

Brynne había trabajado en mi pastelería durante tres años. Era una pastelera increíblemente talentosa, además de una amiga maravillosa. Sabía lo mucho que me estresaba la Navidad, y estas vacaciones en Quincy habían sido



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin

RIDGE



su idea. Ella había venido una vez, se había alojado en este mismo hotel y me había prometido que me encantaría pasar unos días en la encantadora ciudad.

—De acuerdo. Llámame si necesitas algo. —Todo lo que había planeado para los próximos tres días era hundirme en este colchón y ver todas las películas de Hallmark que pudiera.

—A menos que el edificio se inunde o se quemé, no te llamaré —dijo Brynne—. Diviértete. Duerme. Relájate.

Me puse la otra pantufla y me metí más en la cama.

—Gracias.

—De nada.

—¿Al menos me extrañaste un poco hoy? —Buscar cumplidos no era un buen aspecto en mí, pero en mi defensa, había tenido un día realmente largo.

—Cuando un tipo me gritó porque pidió una tarta de crema de chocolate pero quería manzana, sí, te eché de menos. Y cuando me quemé la mano en el horno porque tenía prisa, te eché mucho de menos. Haces las mejores compresas. Pero hoy ha sido un buen día. Y mañana será un buen día. Me gusta poder dirigir este lugar sola. Es un reto, pero estoy dispuesta, así que gracias por confiar en mí con esta oportunidad.

Oh, ella era buena. Ahora me sentía culpable por no haberla dejado a cargo de la pastelería antes.

—Eres la mejor. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad. Nos vemos esta semana.

Dejé el teléfono a un lado y eché un vistazo a la habitación. Venir aquí, dejar California, era como entrar en otro mundo. Afuera, la nieve caía, cubriendo todo con una capa esponjosa. Sería fácil quedarse días y días, y descansar en esta habitación haciendo como si el mundo exterior no existiera. Pero tres días, eso es todo lo que tenía. Me había perdido el día de hoy en la pastelería y no estaría allí para la Nochebuena. Cerrábamos el día de Navidad y mi vuelo a casa era a primera hora de la mañana siguiente. Tres días de trabajo no era un descanso largo, pero Brynne había tenido razón.

No me había tomado vacaciones desde que abrí Crumbs hacía cinco años. Sobre todo porque no había tenido a nadie que dirigiera la tienda antes de Brynne, e incluso con ella, me gustaba estar atada a mis dulces y creaciones.

Crumbs no era sólo mi trabajo, era mi pasión.

RIDGE

Me quité el abrigo, lo tiré al suelo y me arrimé a los cojines. La cama de trineo de tamaño king era de caoba. El edredón de color crema era lo suficientemente grueso como para tragarme entera; pensaba dejarlo. Las almohadas eran mullidas y abundantes. Un televisor descansaba sobre una amplia cómoda frente a la cama.

Esta habitación era una bendición. Tenía clase y no había nada que pareciera un hotel genérico, ni siquiera los muebles. Cuando llamé para hacer la reserva, la empleada, quizá la misma Eloise, me dijo que había conseguido la última habitación. Aunque la posada estaba llena, no se oía ningún ruido más allá de la puerta, probablemente debido a la gruesa alfombra del pasillo.

La obra de arte en la pared sobre mi hombro era una fotografía en blanco y negro de Quincy de 1950, según la fecha en la esquina. Tenía un aspecto similar al de la ciudad a la que había llegado, aunque había sido casi de noche cuando las ruedas del avión habían tocado tierra. Sin embargo, había algo de tranquilidad en saber que el pueblo no había cambiado tanto, década tras década.

Me levanté y bajé de la cama, gimiendo de placer cuando mis pies se hundieron en las gruesas suelas. Luego recogí mi abrigo y me dirigí al armario para colgarlo en una percha de madera.

Mi plan para la noche era deshacer la maleta mientras esperaba el champán. Luego tomaría una copa, miraría el menú del servicio de habitaciones y pediría la cena. Luego me tomaría otra copa y un baño seguido de más copas hasta que la botella estuviera vacía.

Mañana no sería necesario el despertador antes del amanecer, y tal vez, si bebía lo suficiente, también dormiría durante la alarma de mi cuerpo.

Llevé mi maleta por la habitación hasta los cajones y la dejé caer sobre la alfombra, para abrirla lentamente. En el momento en que la cremallera quedó libre, la ropa que había dentro explotó, derramándose sobre la alfombra como si hubiera estado conteniendo la respiración durante el viaje y pudiera por fin exhalar.

¿Quieres un soufflé de chocolate o un croquembouche? Podría prepararlos sin sudar. ¿Empacar poco para un viaje de tres días? Lo siento, chica equivocada.

Volví a doblar cuidadosamente el pantalón de pijama y las camisetas de tirantes antes de colocarlos en un cajón. Los dos vaqueros que había traído y un vestido negro, porque la cena de Navidad podría exigir un vestido, estaban colgados en el armario. Y mi colección de bragas y sujetadores, extra en caso de emergencia, estaban a salvo en otro cajón. Llevé mi neceser al baño y estaba a



RIDGE

punto de cerrar la maleta vacía cuando mi teléfono volvió a sonar. Lo saqué de la cama y se me encogió el corazón.

Papá.

—Maldita sea.

Me arrugué la nariz, dando vueltas frente a la puerta. ¿Debía contestar? ¿Rechazar? La única razón por la que llamaba era porque no me había presentado a la fiesta de esta noche. No podía saber que me había ido de California por las vacaciones, ¿verdad? Me había ido hace horas. Pero si uno de sus secuaces me hubiera estado siguiendo, habría sabido esta mañana que había dejado el estado.

El año pasado, cuando lo amenacé con desconocerlo si no retiraba a sus sabuesos, papá había accedido a no tener más guardaespaldas. Sin ellos registrando todos mis movimientos, no había forma de que supiera que estaba en Montana.

Sólo había una manera de averiguarlo.

—Ugh. —Presioné el círculo verde—. Hola, papá.

—Cleo.

Vaya, estaba enfadado. Mierda. Dijo mi nombre en ese tono tranquilo y siniestro que sólo había escuchado dos veces en mi vida, una vez después de que suspendiera matemáticas en mi primer año y otra cuando me atraparon besándome con el vecino en la casa de la piscina.

—Siento haberme perdido tu fiesta esta noche.

—¿Estás enferma? —preguntó.

—No.

Había ruido de fondo, charlas y tintineo de vasos, pero papá permaneció en silencio.

Esta era su táctica principal. Una táctica que había perfeccionado en la sala de juntas y que había llevado a casa para probarla con sus hijos. Hacía esperar a la gente porque, al final, la falta de conversación haría que la otra parte cediera.

Y la otra parte siempre cedía. Siempre. ¿Por qué? Porque yo era la otra parte. Y yo hablaba cada maldita vez.

—Te quiero, papá, pero no puedo tener otra Navidad alocada. —Era mejor así. Me sinceraba, le decía que me perdería las fiestas y no se preocupaba. Lo compensaría con su strudel favorito cuando volviera a California.

—¿Así que te fuiste a pasarla sola a Montana?



RIDGE

El sentimiento de culpa se desvaneció de golpe. Mi espalda se puso rígida.

—¿Cómo sabes que estoy en Montana?

—Te esperamos en casa mañana. Selene tiene planeada una gran velada para Nochebuena. Luego podremos disfrutar de una tranquila mañana de Navidad antes de que lleguen los invitados por la tarde.

—No respondiste a mi pregunta. ¿Cómo sabías que estaba en Montana? —Articulé cada palabra.

—Mañana, Cleo.

—No. —Un fuego furioso se extendió por mis venas—. Primero, hagamos como si no hubieras ido en contra de mis deseos y traicionado mi confianza haciendo que me siguieran.

—Cleo...

—Segundo, déjame repetirlo para que quede ineludiblemente claro. No me reuniré contigo mañana. He arreglado la entrega de mis regalos. Feliz Navidad.

—Terminé la llamada antes de que pudiera protestar, y luego sostuve el botón para apagarlo antes de meterlo en mi bolso—. Grr. —Cerré los ojos y apreté los puños.

Mentiroso. ¡Qué maldito mentiroso!

Papá había prometido que no me haría seguir. Lo había prometido. Vaya honestidad. ¿Había puesto un dispositivo de rastreo en mi teléfono? ¿Uno de sus secuaces me había seguido hasta el aeropuerto? No me extrañaría que controlara la actividad de mi tarjeta de crédito.

Durante años, había soportado a los guardaespaldas que acechaban en cada esquina. Había seguido las exigencias de seguridad de papá. Después de lo que le había pasado a mi madre, entendía su preocupación. Pero no era una chica de dieciocho años que se dirigía a la universidad. No tenía veintiún años y me quedaba hasta muy tarde en la noche de fiesta con sus amigos.

Tenía veintiocho años y era capaz de cuidarme.

Era capaz de planear mi propia maldita Navidad.

¿Dónde está mi champán?

Mi padre y yo habíamos estado muy unidos una vez. Había sido mi mejor amigo. Después de la muerte de mamá, habíamos quedado los dos solos. Nos habíamos aferrado el uno al otro y nos habíamos convertido en un equipo. Sus tendencias sobreprotectoras tampoco me habían molestado entonces porque yo era una niña.

RIDGE

Pero nos habíamos distanciado estos últimos diez años. Yo había crecido. Papá había conocido a Selene y toda la dinámica de nuestro hogar había cambiado.

Ella era doce años mayor que yo. Era una diferencia de edad extraña porque no tenía la edad suficiente para ser mi madre y la mayor parte del tiempo me había parecido que tenía una hermana mayor, no una madrastra.

Quería a mi hermanastro, Ray Jr., pero no me gustaba mucho. Era tan mimado y egoísta como su madre. El año pasado se había enfadado porque no le había comprado un regalo. En lugar de eso, le llevé pasteles y tartas para que los compartiera toda la casa, duplicando los éclairs favoritos de mi hermano para que no tuviera que compartir su docena.

¿Pero quién era yo para llamar a alguien egoísta? Tal vez fuera igual de egoísta por mi parte desaparecer en Montana en lugar de pasar tiempo con mi familia. Tal vez era una malcriada porque, en lugar de enfrentarme a mi padre por el espectáculo en que se habían convertido las fiestas, había tomado el camino de los cobardes y había desaparecido.

Excepto que quedarse en California no había sido una opción. Papá habría aparecido en mi puerta y me habría recogido él mismo.

Tal vez si me hubiera escuchado, habría instigado esa conversación.

—Como si hubiera escuchado lo de la seguridad —murmuré en la habitación.

Me lo había prometido, en la cara, y había hecho lo que le daba la gana de todos modos.

Al diablo con esto. Me iba a quedar en Montana y tendría mi propia Navidad.

Nada de niños malcriados quejándose porque los miles de dólares en regalos no eran suficientes. Nada de fiestas extravagantes en las que me viera obligada a ponerme tacones y un vestido de cóctel mientras hablaba con los socios de papá. Nada de cenas de Navidad veganas porque mi madrastra estaba haciendo una nueva dieta.

Estaba en Montana y me iba a quedar.

Cuando llamaron a la puerta, reaccioné y fui a recibir el champán. Agarré un billete de veinte de mi bolso para dar una propina y abrí la puerta de golpe.

—Gracias...

No.



THE EDENS

L #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

13



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

El estómago se me cayó hasta las pantuflas peludas que llevaba en los pies.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?



THE EDENS
#1

griffin. ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

griffin.

DEVNEY PERRY

INDIGO

14



RIDGE

2



THE EDENS
15

Austin

—R ecoge tus cosas —le ordené a Cleo. El último lugar en el que quería estar dos días antes de Navidad era Montana. Quizá quería escaparse aquí para pasar una Navidad blanca, pero el sol, las palmeras y el clima de treinta grados me venían muy bien—. Vamos.

—¿Por qué nadie responde a mis preguntas? —preguntó en voz baja, con los ojos entrecerrados hacia mí—. Intentemos esto de nuevo. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Recogiéndote. —La empujé hasta la habitación y dejé mi mochila en el suelo. Luego me dirigí al armario, abrí la puerta y saqué su maleta vacía antes de tirarla sobre la cama. Señalé hacia ella mientras rebotaba—. Haz la maleta.

—No. —Cleo se cruzó de brazos y se alejó de la puerta para cerrarla de golpe—. No me voy a ir, Austin.

—Sí, te vas. —Cuanto antes, mejor. El penúltimo lugar en el que quería estar dos días antes de Navidad era en la habitación de hotel de Cleo, junto a una cama—. Levántate.

—No —respondió—. No, no me voy a ir.

—Maldita sea, sí que eres difícil.

Levantó la barbilla.

El movimiento movió las ondas sueltas de su largo cabello castaño. El color siempre me recordaba al glaseado de crema de cacao que usaba en mis cupcakes favoritos. Sus ojos color avellana se iluminaron, como siempre lo hacían cuando estaba enfadada, y las motas verdes brillaron.

Inspiré, obligando a mi temperamento y mi autocontrol a someterse, pero lo único que conseguí fue inhalar profundamente su aroma. Miel dulce

Griffin. ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

impregnada de su chicle de canela favorito. Joder, tenía que salir de esta habitación de hotel.

Había una razón por la que evitaba a Cleo. Había una razón por la que me aseguraba de no estar nunca a solas con ella en un espacio cerrado. Cleo Hillcrest era una mujer hermosa, encantadora, exasperante y la hija de mi mayor cliente.

Cleo Hillcrest estaba categóricamente fuera de los límites.

Y además me odiaba. Bueno, tan cerca del odio como Cleo podía llegar. Era demasiado buena, demasiado dulce, para odiar de verdad.

Pero su tipo de odio era exactamente como yo prefería las cosas entre nosotros. Como lo había diseñado. En cuanto la llevara a California, podríamos volver a las andadas. Yo, fingiendo que ella no existía. Ella, maldiciendo el día en que había nacido.

Armonía.

—Esto no está en discusión. —Reflejé su postura y levanté la barbilla hacia la maleta—. Haz la maleta.

—Increíble —se quejó—. Hace tres meses que no te veo. La última vez que me hablaste criticaste mi trabajo, mi cabello y mi ropa. Ahora estás aquí, arruinando mis vacaciones.

La había criticado, y lo volvería a hacer. Había entrado en Crumbs y ella estaba detrás de la caja registradora. Me había regalado una sonrisa tan dulce que me había hecho saltar el corazón. Entonces le dije que el croissant que me había regalado el día anterior estaba seco, que su cabello se veía un poco opaco y que la harina que cubría su pantalón y su camiseta era una mejora porque los hacía menos aburridos.

No era la forma más agradable de saludar, pero había borrado su dulce sonrisa y lo único que había en mi corazón era la culpa.

Había planeado disculparme la próxima vez que la viera, pero ese mismo día, su padre me había llamado para informarme de que mis funciones laborales iban a cambiar. Había llegado a un acuerdo con Cleo. No más guardaespaldas. No más seguridad las veinticuatro horas del día.

Todo era una mierda.

El único acuerdo que Ray había hecho era conmigo. Mi equipo debía garantizar la seguridad de Cleo desde una distancia imperceptible.

Sin el negocio de Ray, el mío sufriría. Así que durante los últimos tres meses, un miembro de mi equipo la había vigilado desde lejos. Sólo era cuestión de



THE EDENS
#

16



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

tiempo que nos descubriera o que descubriera el engaño de su padre, aunque yo esperaba que ocurriera en California, no en Montana.

Iba a ser un desastre cuando llegáramos a casa. Si es que llegamos a casa.

—Tienes treinta segundos para empezar a empacar —dijo—. O lo haces tú, o lo haré yo por ti.

—Te odio. —Su labio se curvó.

Un golpe en la puerta interrumpió su gruñido.

—Haz la maleta. —Pasé junto a ella, desesperado por un poco de aire exterior, y abrí la puerta de golpe. Un chico, probablemente de dieciocho años, me recibió con una sonrisa. La sonrisa se borró cuando se encontró con mi gélida mirada.

—Oh, eh... lo siento. —Sus ojos se dirigieron a un papel en la bandeja que llevaba—. Estoy buscando a la señora Hillcrest. Aquí dice habitación cuatro-diez.

—Estoy aquí. —Cleo apareció a mi lado, me clavó el codo en las costillas y murmuró—: Muévete.

Me tragué un gruñido. Maldita sea, tenía los codos afilados.

—¿Puedes enviar otra botella? —preguntó Cleo al chico, sacando la cubitera y el champán de la bandeja—. Voy a necesitar dos.

—¿Y otra copa, señora?

—No. —Ella le arrebató la única copa que había traído y me lanzó una mirada fulminante—. Se va.

La mirada del chico se dirigió a mi cara y le indiqué con la cabeza que se perdiera en el pasillo.

Acataba las órdenes, incluso las no verbales, mucho mejor que la testaruda mujer que volvió a marchar hacia el interior de la habitación.

—No me voy —declaró, dejando el champán en la mesita de noche más cercana—. Vine aquí de vacaciones y a celebrar la Navidad a mi manera. No voy a pasar otra fiesta superficial, material e insignificante con mi familia.

Cleo sacó la botella verde del cubo, quitó el papel de aluminio y arrancó la muselina. Luego presionó los pulgares contra el tapón, preparándose para el estallido. Pero el tapón no se movió. Sus mejillas se enrojecieron y sus labios se frunciaron mientras agarraba la botella con una mano e intentaba mover el corcho con la otra. Sin embargo, no cedió.

Gruñí y me acerqué, para quitarle la botella de las manos.

RIDGE



—Oye. Devuélvela. —Se abalanzó sobre ella, pero giré y la bloqueé con el hombro.

Con un giro y un tirón, el corcho se liberó.

—Toma.

Tomó la botella y se acercó a la copa, dando un fuerte pisotón con unas pantuflas blancas, hasta que la efervescencia llegó al borde.

—Mi padre me prometió que no habría más seguridad. Lo prometió.

—Eso queda entre ustedes dos.

Ella engulló toda la copa de champán e inmediatamente la volvió a llenar.

—¿Cuánto tiempo? Dime la verdad. ¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

Ray me había pedido que no le contara a Cleo nuestro acuerdo. Pero la mirada de sus ojos, la desesperación por que alguien fuera sincero con ella, rompió mi determinación.

—Nunca dejamos de hacerlo.

Sus hombros cayeron.

Odié ser yo quien pusiera esa mirada triste en su rostro. Al igual que odiaba ser quien borrara sus sonrisas. Pero yo estaba trabajando aquí y las cosas serían más fáciles una vez que ella estuviera en casa y lejos, muy lejos de mí.

Todo este viaje era tan poco habitual para ella. Cleo amaba la rutina más que cualquier otra persona que conociera. Hacía que fuera ridículamente fácil protegerla. Levantarse a las cuatro. A la panadería a las cinco. Trabajar hasta el cierre, luego conducir a casa, apagar las luces a las ocho.

Ray no me había creído cuando lo llamé esta mañana y le dije que su hija acababa de subir a un avión con destino a Montana.

Me había echado la bronca de arriba a abajo, pero no habíamos vigilado sus tarjetas de crédito. Nos había dicho que dejáramos de hacerlo hace tres meses, queriendo darle al menos esa autonomía. Vaya con su independencia. A partir de hoy, cada movimiento de Cleo, cada compra, debía ser rastreada por mi equipo. Cualquier cosa sospechosa debía ser reportada a él inmediatamente.

Como un viaje a Montana por Navidad.

Tres horas después de que me colgara, recibí instrucciones para ir al aeropuerto, subir a su avión privado y recoger a su hija.

El avión estaba estacionado y esperando en el aeropuerto de Quincy para llevarnos a casa.

RIDGE



THE EDENS

19

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—Bebe tu champán. Luego nos iremos.

—No. —Su voz era tranquila y plana. Resuelta, pero educada—. Siento que hayas venido hasta aquí sin motivo, Austin, pero no me voy a ir.

Mierda. Cleo rara vez clavaba sus tacones, pero cuando lo hacía, los plantaba fuerte y profundamente.

Si no se iba, era muy probable que me despidieran. Ray era normalmente un hombre justo para trabajar, pero en lo que respecta a su hija, el hombre no entraba en razón.

Lo que probablemente era la razón por la que Cleo no le había hablado de estas vacaciones en primer lugar.

Ray era propietario de una empresa de ciberseguridad que había experimentado un gran auge en los últimos treinta años. Mirror Networks estaba valorada en más de quince mil millones de dólares, y como fundador y director general, Ray tenía un nivel de riqueza que me resultaba imposible de comprender.

Había tenido una empresa de seguridad física en nómina durante más de veinte años. La empresa anterior a la mía había sido su proveedora durante mucho tiempo, pero cuando uno de los guardaespaldas había coqueteado con Cleo y la había incomodado, había rescindido el contrato inmediatamente, como debería hacer cualquier padre.

Yo habría hecho lo mismo.

Eso fue hace cuatro años y, desde entonces, había estado con mi empresa, Garrison. Yo había sido una startup en ese momento y me rompí el culo para demostrarle mi valía. Habían sido los cuatro años más duros de mi maldita vida, y no por culpa de Ray.

Por Cleo.

Lo bueno era que a Ray no parecía importarle que Cleo me odiara. Mientras la mantuviera a salvo, seguía gozando de su favor y su pago mensual llegaba a mi cuenta bancaria a primera hora.

Pero si me iba a casa solo, terminaría nuestro contrato.

Los chicos que trabajaban para mí tenían familias. Necesitaban un sueldo fijo y, si perdía a Ray, tardaría años en reponer esos ingresos, sobre todo si se corría la voz en Los Ángeles de que había dejado a su hija en una situación insegura.

Así que Cleo tenía que volver a casa, quisiera o no.

19



RIDGE



—El avión está esperando en el aeropuerto —le dije.

—Estupendo. —Extendió una mano hacia la puerta—. No pierdas tu vuelo. Volveré después de Navidad.

—Cleo...

—Y piensa que ya no tendrás que esconderte. Se acabó la fiesta. Cuando llegue a casa, puedes venir a la pastelería y contarme todo lo que odias mi comida.

Hijo de puta. Había dolor en su voz, y era como un cuchillo en el corazón. Yo había hecho eso. La había herido con mis críticas en voz baja y mi descarado rechazo a todo lo que creaba.

Pero era lo mejor. Veníamos de mundos diferentes.

Con el tiempo, este sentimiento desaparecería y ella sería una clienta más.

—¿Por qué estás tan empeñada en quedarte? —le pregunté—. ¿Realmente es esto lo que quieras? ¿Pasar la Navidad sola en una habitación de hotel?

—Sí, lo es.

—¿Por qué? —La Navidad era una de mis fiestas favoritas. Pasar un día con mi familia era algo que esperaba todo el año, y era el único día del año que me aseguraba de tener libre.

—Todo el día es un gran espectáculo.

—Y tú eres demasiado mimada y egoísta para soportarlo durante un día. —Era demasiado duro, pero tal vez si la hacía enojar, sería menos probable que se quedara.

—Lárgate. —El gruñido regresó—. Fuera. Vete. Ahora.

—Empaca tus cosas. Nos vamos a casa.

—¡No! ¡No me voy! —Su voz tembló—. Soy una adulta. Soy una mujer adulta. Si quiero tomarme unas vacaciones por Navidad, tengo todo el derecho. No tengo que dar explicaciones a mi padre. O a ti.

—Tienes razón. —Asentí—. Pero aun así te voy a llevar a casa.

—¿Cuánto les paga mi padre por cuidarme?

—No te estamos cuidando. —Frunci el ceño—. Hacemos lo posible por mantenerte a salvo.

Ella sabía cuánto odiaba la palabra niñera. Me la echaba en cara cuando estaba especialmente enfadada. Yo estaba aquí para protegerla. Había puesto

RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

mi vida en juego para mantener la de ella a salvo. Compararme con una niña adolescente era el máximo insulto.

—Haz la maleta. —Señalé la maleta.

Cleo puso los ojos en blanco y vació la copa de champán. Luego se dio la vuelta y la llenó una vez más. A este ritmo, la botella estaría vacía en diez minutos. Tal vez si estuviera borracha, sería más fácil convencerla.

—¿Protegerme de qué? —preguntó—. No estoy en peligro. Especialmente aquí. A menos que pienses que el chico de la puerta podría tratar de sonreírme hasta la muerte.

—Hay gente malvada en este mundo, Cleo. Tu padre está haciendo lo que cree que es mejor.

—Él está tomando unilateralmente las decisiones de mi vida. Y soy muy consciente de que hay gente malvada en este mundo, así que ahórrame el sermón.

Dios. ¿Por qué había pensado que este sería un día fácil? En cuanto me dijeron que Cleo estaba de camino al aeropuerto, debería haber esperado este enfrentamiento.

Me froté la nuca mientras ella engullía más champán. Justo cuando su copa se vació, sonó un golpe en la puerta. Di un paso para contestar, pero ella me fulminó con la mirada y trató de adelantarse al pomo. No fue lo suficientemente rápida. Comprobé la mirilla y vi al chico de antes, y abrí la puerta.

—Hola. —Ella me esquivó, sonriendo al chico. Luego sacó un billete de veinte dólares de su bolsillo, cambiándole el dinero por la botella nueva—. Gracias.

—Que tenga una buena noche, señora Hillcrest. —Se inclinó, negándose a mirarme, y luego cerró la puerta.

Cleo se giró y me empujó el champán a mi vientre.

—Haz algo útil.

Joder, esta mujer me volvía loco.

Abrió su botella mientras ella se dirigía a la cómoda y abría una de golpe.

Finalmente. Estaba empacando.

Un pantalón corto de seda de color carmesí y un top a juego volaron en el aire cuando se lo echó al hombro y lo puso sobre la cama. Esperaba que le siguieran más cosas, pero se levantó, los agarró, miró con desprecio la maleta y



THE EDENS

#

21



RIDGE

me arrancó la botella de champán. Luego se dirigió al baño, cerró la puerta de una patada y echó la cerradura.

—Oh, por el amor de Dios —murmuré—. ¿En serio?

La única respuesta fue una serie de ruidos amortiguados desde el otro lado de la puerta.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y busqué el nombre de Ray, dispuesto a marcar. Pero antes de atreverme a llamar y ponerlo al día, cerré la pantalla y guardé el teléfono.

La principal preocupación de Ray era la seguridad de su familia. No lo culpaba por ello. Después de lo que le había sucedido a su mujer, entendía por qué se había excedido.

Su primera esposa y la madre de Cleo, Janet, había sido asesinada.

Ray había amasado una fortuna mientras Cleo era una bebé. Aunque según su asistente de muchos años, Ray y Janet habían vivido humildemente. Aparentemente, eran la noche y el día comparados con el fastuoso estilo de vida que Ray había otorgado a su segunda esposa, Selene.

Años atrás, cuando Cleo era apenas una niña, Ray había despedido a un tipo por mala conducta. Ese empleado había amenazado entonces no sólo a Ray, sino también a Janet y a Cleo. Ray no le había dado mucha importancia, y lo había atribuido a un antiguo empleado descontento que hablaba mal y que acabaría desapareciendo.

Se había equivocado. Terriblemente equivocado. Y su mujer lo había pagado con su vida.

Janet había salido un día de casa para hacer un recado. Ray había estado en el trabajo. Cleo estaba en el preescolar. El tipo había interceptado a Janet a seis cuadras de su casa y le había disparado dos veces en el corazón.

Desde entonces, Ray había llevado la seguridad al extremo.

¿Qué hombre en su lugar no lo haría? Entendía los motivos de sus medidas exageradas. Demonios, muchos cantantes y actores famosos y estrellas deportivas no tenían el nivel de seguridad que Ray requería para Cleo. Pero, al mismo tiempo, comprendía la necesidad de libertad de Cleo. Tenía que haber un equilibrio. Un compromiso. Sólo que no era mi trabajo negociar el acuerdo.

Mi trabajo era simplemente llevar a Cleo a casa.

La puerta del baño se abrió y ella salió con la barbilla en alto. Llevó el champán a la mesita de noche y lo dejó junto a la botella vacía, luego tomó una



RIDGE

carpeta cerca de la lámpara y la abrió mientras se dejaba caer en el borde de la cama.

Parpadeé. Dos veces. No porque me estuviera ignorando. Sino porque mi mente estaba en blanco. Mi lengua era tres tallas más grande y mis ojos no sabían dónde mirar primero.

—¿Sus piernas? No, sus brazos. Su pecho. No, definitivamente sus piernas.

Había mucha piel a la vista, desde el dobladillo fruncido de su pantalón corto para dormir hasta los muslos tonificados y las pantorrillas estilizadas hasta sus delicados tobillos. Sus deliciosos pies estaban ocultos por esas pantuflas.

Me obligué a levantar la vista y la posé en la suave línea de su cuello. Se había recogido el cabello y un mechón oscuro se enroscaba detrás de la oreja. No llevaba joyas, ni siquiera los pendientes de diamantes que eran sus favoritos porque habían sido de Janet. Se lo había oído decir a Brynne en la pastelería un día, hacía dos años.

Me quedé mirando los lóbulos de sus orejas desnudas, negándome a dejar caer mi mirada más allá de su cuello. Porque por debajo de las clavículas, su top no era más que un trozo de seda. Un top corto que mostraba un poco de vientre. Los tirantes de espagueti dejaban los brazos y los hombros al descubierto. Y el amplio cuello en V era demasiado bajo.

—Vete. Lárgate. Mi mente me pedía a gritos que saliera por la puerta porque se trataba de la hija de mi cliente, pero mi cuerpo luchaba por el otro equipo. El equipo que quería que cruzara la habitación, atrajera a Cleo a mis brazos y descubriera si sabía tan dulce como sus confecciones.

Tenía que salir de esta habitación.

Cleo tenía seguridad las veinticuatro horas del día, pero había una razón por la que siempre la asignaba a un miembro de mi equipo, por la que no la vigilaba personalmente. No me fiaba de mí mismo. Cuando ella estaba en la habitación, yo no era consciente de mi entorno. Era consciente de ella. Sólo de ella.

A los treinta y tres años, nunca había conocido a una persona que pudiera bloquear el mundo.

Hasta Cleo.

Y maldita sea, no podía sacarla de aquí con ese pijama tan pequeño.

—Te daré una noche. Una. Luego nos vamos por la mañana.

—Lo que sea. —Dio un sorbo a su champán y estudió el menú del servicio de habitaciones. Pasó la página y se inclinó hacia delante para estudiar el texto.



RIDGE

La abertura en la parte delantera de su top se aflojó, cubriendo apenas esos magníficos pechos. Sus pezones se asomaban a través de la fina tela.

Que me jodan.

Sin decir nada más, me dirigí a la puerta, y la abrí de un tirón al mismo tiempo que recogía la mochila del suelo. El eco del portazo me siguió mientras avanzaba por el pasillo hacia el ascensor. Pulsé tres veces la flecha de descenso y, una vez que llegó, prácticamente salté dentro.

Cuando llegué al vestíbulo, encontré un rincón tranquilo junto al árbol de Navidad y llamé al piloto, dándole el visto bueno para que regresara solo a California. Se ofreció a pasar la noche, pero no había razón para que todos estuviéramos atrapados en Montana antes de Navidad. Conseguiría un pasaje con Cleo y volaríamos de vuelta en avión comercial por la mañana.

Me desplomé hacia delante en la silla, con la mochila apoyada a mis pies, y cerré los ojos antes de pellizcarme el puente de la nariz. Maldita sea. Maldita sea este viaje. Al diablo con Ray. Evitarlo era inútil, así que marqué su número.

No contestó.

¿Por qué iba a hacerlo? Él y Selene estaban celebrando una de sus veladas anuales de la semana de Navidad y tenían la casa llena de gente rica. Lo único que le importaba era que Cleo estuviera a salvo y llegara a casa pronto. Lo que no supiera esta noche no lo mataría.

Me puse de pie y observé el vestíbulo, evaluando las salidas y las entradas. A lo largo de mi carrera me había acostumbrado a investigar los lugares. La posada era acogedora y con clase, pero sin ser sofocante. Si no fuera por la nieve, sería la escapada perfecta para las vacaciones. Una gran mejora respecto a la fiesta que Cleo evitaba en casa de su padre.

Si yo llevara sus zapatos, también me habría escapado de la ciudad. No es que se lo admitiera a ella.

Yo era el empleado contratado y a nadie, especialmente a Ray, le importaba una mierda mi opinión.

Mañana llevaría a Cleo a California. Estaría completamente vestida y ese pijama sería un recuerdo lejano. Luego yo volvería a mi vida y ella a la suya. El único contacto que tendría con Cleo sería el informe semanal que pasaría por mi mesa del equipo asignado a su escolta.

Tal vez un día de estos conseguiría un novio serio que durara más de un mes y la atracción que sentía por ella se desvanecería. Bueno, no lo había hecho en cuatro años, pero en algún momento tenía que desaparecer, ¿no?



RIDGE

Me pasé una mano por mi cabello y crucé el vestíbulo hacia la recepción. Al menos había pensado en llevar una maleta, aunque no tenía mucho más que el portátil, los cables de carga y un frasco de aspirinas.

La joven que estaba detrás del mostrador sonrió cuando me acerqué. No estaba en el mostrador cuando entré en el vestíbulo. Estaba dispuesto a soltar alguna tontería sobre que era el novio de Cleo para sorprenderla por Navidad, pero entonces vi que el botones dejaba una bandeja con una copa y una botella de champán en un cubo de hielo.

A Cleo le encantaba el champán, así que, por intuición, eché un vistazo al recibo de la habitación. Efectivamente, su nombre figuraba en el recibo junto al número de habitación 410.

—Buenas noches, señor —saludó Eloise, según su etiqueta—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Saqué mi cartera del bolsillo de mi vaquero.

—Quisiera una habitación, por favor.

Su sonrisa desapareció.

Mi estómago cayó. Oh, demonios.

—Lo siento mucho, señor, pero estamos llenos para esta semana. Navidad y todo eso.

—Por supuesto —murmuré con los dientes apretados.

Maldita Montana.



RIDGE

3



THE EDENS
1 #

Cleo

—Puede irse al infierno —murmuré en la habitación vacía.

—¿Quién demonios se creía que era, siguiéndome aquí y dándome órdenes como si fuera una niña? Yo era adulta y no necesitaba un niñero.

—¿Una noche? —me burlé—. No me voy a ir. Estas son mis vacaciones. Mías. Esta es mi Navidad.

Salí de la cama, demasiado ansiosa para quedarme quieta, y me paseé por la habitación.

Después de que Austin se marchara, había avanzado considerablemente bebiendo la segunda botella de champán. Media copa y se acabaría. Mi cabeza estaba borrosa. Mis extremidades estaban flojas y calientes. Mi estómago gruñó y tuve hipo, mirando a la puerta, deseando que apareciera el servicio de habitaciones. Me moría de hambre, ya que sólo había comido pretzels de avión en el almuerzo, y la comida me ayudaría a absorber parte del alcohol.

No necesitaba una resaca fuerte si tenía que viajar a casa mañana, y era muy probable que lo hiciera.

Austin Myles suele salirse con la suya.

No me extrañaría que me echara al hombro y me sacara de aquí si lo deseara.

Una vez soñé con que Austin me llevara, de buena gana, sin una patada ni un grito. Cuando mi padre había contratado a su empresa para que se encargara de la seguridad física de la familia, había echado un vistazo a Austin, a su cabello oscuro y a sus ojos hipnóticos, y pum. *Hola, enamoramiento.* Eso era todo. Un pequeñísimo y enorme flechazo.

Griffin. ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY



RIDGE

Pero lo había ocultado bien. Ni un alma en la tierra sabía lo que sentía por Austin y me llevaría mi pequeño enamoramiento a la tumba.

Cuando empezó a trabajar para nosotros, mi padre había insistido en que Austin se ocupara personalmente de mi protección. Desde que abrí Crumbs, mi padre estaba paranoico con la idea de que yo corría peligro. De quién, era un misterio, pero papá no era muy dado a razonar cuando se trataba de su hija.

Así que Austin había hecho una evaluación completa de mi vida. Había sido todo negocios, centrándose en la evaluación de la seguridad en la pastelería y en mi casa. Había sido muy simpático el modo en que llevaba un cuaderno de notas sobre los puntos de acceso y el potencial de violación, si es que se puede llamar *simpático* a un rompecorazones musculoso de un metro ochenta.

Después de la inspección de Austin, consideró que mi casa y mi lugar de trabajo eran suficientemente seguros, pero que necesitaban mejoras. Hacía un año que tenía la pastelería y nunca había tenido ningún problema, pero eso no le había impedido instalar un nuevo sistema de cierre en la entrada trasera y todo un sistema de videovigilancia. Había una alarma en mi llavero. Una lata de spray de pimienta en mi mesita de noche.

El sistema y las protecciones deberían haber sido suficientes, pero papá había insistido en un guardaespaldas. Había sido Austin en los primeros días. Se sentaba a una mesa de la esquina de la pastelería, trabajando en su portátil en silencio, sin prestarme apenas atención. Aunque no me cabía duda de que, si un cliente hubiera levantado la voz, habría acudido en mi ayuda.

Aparentemente, la única persona que podía criticarme o a mis productos horneados era el propio Austin.

Un día, no fue Austin quien se presentó en mi casa a las cinco de la mañana para acompañarme al trabajo. Había sido uno de los miembros de su equipo. Y los días en los que había visto a Austin eran cada vez menos frecuentes.

Al principio, me preocupaba que sospechara de mi enamoramiento. Que pensara en mí como esa chica tonta seis años menor que él. Luego, su verdadero carácter se había revelado. La razón por la que Austin me evitaba como el centro comercial en el Black Friday era porque no le gustaba.

Lo había dejado perfectamente claro hace tres meses, cuando vino a la pastelería y me insultó.

Ese fue el día en que llamé a mi padre y dije basta. No más guardaespaldas. No más Austin. Mi tonto corazón había sido magullado demasiadas veces.

Papá había prometido aligerar la seguridad. ¿Qué tan estúpida fui al creerle?



RIDGE



¿Dónde habían estado acechando Austin y su equipo? ¿Se habían quedado fuera de la pastelería todo el día? ¿Tenía a alguien de forma encubierta? Tenía muchos clientes en la pastelería, un par en particular que podrían encajar en el equipo de Austin. Alto. Anchos. Musculosos. Brynne siempre se aseguraba de avisarme cada vez que había un hombre sexy en el local.

Entonces, ¿cómo me habían estado vigilando? ¿Habían hackeado mi sistema de vigilancia? ¿Cómo sabían que había venido a Montana? Los imbéciles probablemente estaban monitoreando mis tarjetas de crédito. Bastardos. No me extrañaría de mi padre. O Austin. Con sus recursos, dudaba que hubiera mucho que pudiera ocultar.

Garrison, la empresa de Austin, no era la mayor empresa de seguridad privada de Los Ángeles, ni mucho menos. Pero era una de las firmas de más rápido crecimiento y con mejor reputación.

Austin era conocido por su capacidad de evaluación de riesgos. Se dice que Austin prefería aceptar trabajos con empresarios ricos. No le gustaba el drama y el protagonismo de los famosos. Su clientela estaba formada por gente como mi padre, aquellos que pasaban desapercibidos pero que ganaban suficiente dinero como para que algún loco intentara secuestrar a sus hijos y pedir un rescate.

O matar a sus seres queridos.

Los motivos de papá, aunque ridículos a veces, provenían de un buen lugar. Le aterrorizaba perderme, como a mamá.

Pero tenía que haber un límite, ¿no? Los temores de mi padre no me mantendrían prisionera por más tiempo. Estaría perfectamente a salvo en Montana durante tres días. Cuando Austin apareció por la mañana para acompañarme a casa, le dije que no.

—No. —Practiqué la palabra—. No. —Definitivamente podía decirle a Austin que no, con o sin el coraje líquido recorriendo mis venas. Lo había hecho esta noche. Lo haría de nuevo mañana.

Se me revolvió el estómago y no por el champán. La muestra de terquedad de hoy había sido una anomalía. ¿Y a quién quería engañar? Decirle a Austin que no, era casi imposible. Era un milagro que hubiera conseguido retrasarlo esta noche.

Fueron sus ojos. Esos ojos cafés me engulleron por completo. Me sentía impotente ante ellos. Tal vez mañana evitaría el contacto visual. Probablemente sería mejor si evitara todo su rostro, y punto. No había ningún rasgo que no

RIDGE

adorase, desde la fuerte línea de su nariz hasta sus flexibles labios, pasando por su mandíbula cuadrada y sus altos pómulos.

Al menos se había afeitado la barba que se había dejado crecer el año pasado. Si hubiera aparecido en Montana con la barba, estaría en un avión en lugar de esperar al servicio de habitaciones.

Sólo lo había visto una vez, pero la imagen de su escultural mandíbula cubierta de pelo oscuro perfectamente arreglado se me había quedado grabada en la memoria. Austin había entrado en la pastelería después de que yo tuviera un... altercado con el tipo de turno. Hacía un calor inusual y el aire acondicionado se había estropeado, así que había abierto la puerta trasera para que circulara el aire y combatir el calor de los hornos.

Al tipo de turno no le había gustado tener la puerta abierta. Le había dicho que tenía mala suerte y había llamado a su jefe.

Al más puro estilo Austin, se había salido con la suya. Cerré la puerta, culpando de mi momento de debilidad a la barba.

Afortunadamente, ya no estaba. Austin había vuelto a ser el mismo de siempre. Vaqueros oscuros, botas pulidas y una camiseta de manga larga almidonada. Aunque hoy se había subido las mangas hasta los antebrazos, dejando al descubierto una capa de vello oscuro.

Sólo una vez, quería verlo sonreír. No podía pensar en una vez que había visto sus dientes. ¿Pero por qué iba a sonreírme? Me odiaba tanto como yo fingía odiarlo.

Mi minúsculo, insignificante e inofensivo enamoramiento era sorprendentemente resistente. No importaba cuántas veces me confundiera o frustrara, la maldita cosa no moría.

Porque Austin Myles era un sueño.

Era un buen hombre. Amaba a su madre; lo había oído hablar con ella por teléfono en dos ocasiones y la adoración y el amor de su voz me habían hecho llorar. Sus empleados lo admiraban, respetaban y apreciaban su firme liderazgo. Tenía un aire de autoridad y confianza, pero no utilizaba su carisma para intimidar o hacer que los demás se sintieran inseguros. Era sensato. Inteligente. Mantenía la puerta abierta para los demás y no dejaba que los ancianos hicieran fila.

Mi vida sería más fácil si lo odiara como él me odiaba a mí.



RIDGE



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Por qué le caía tan mal? ¿Realmente pensaba que yo era malcriada y egoísta? Austin no era grosero con nadie excepto conmigo. ¿Qué había en mi personalidad que lo ponía de los nervios?

Bueno, que se joda. Yo era agradable. Era simpática. Una buena pastelera. Y él estaba arruinando mi Navidad.

Una oleada de rabia recorrió mi cuerpo y cerré los ojos, reteniéndola con fuerza. Lo necesitaría mañana porque no iba a volver a casa. Llámame egoísta. Llámame malcriada. Llámame mocosa. Me iba a quedar tres días en Montana, le gustara a Austin o no.

—Así que se joda.

Tendría que llamar y explicar a mi padre que no era culpa de Austin. De lo contrario, papá probablemente lo despediría. Pero por mucho que presionaran, no me iba a echar atrás. Si lo hacía, perdería mucho más que esta escapada.

Sonó un golpe en la puerta.

—Sí. Comida. —No me molesté en comprobar la mirilla. Otra vez. Realmente iba a tener que trabajar en eso. Porque allí estaba él, la estrella de mis fantasías, aquí para arruinar la Navidad una vez más—. Dijiste que tenía una noche. Vete.

Austin pasó junto a mí, enviando una ráfaga de su sexy y picante colonia directamente a mi nariz.

Inhalé y me aguanté. Dios, era patética.

—Se han quedado sin habitaciones —dijo, rodeando el extremo de la cama hacia el lado más cercano a la ventana, sin apenas dedicarme una mirada mientras dejaba su bolso junto a la cómoda. Sacó el teléfono del bolsillo y lo dejó en la mesita de noche. Luego, sacó la cartera del bolsillo de su vaquero.

Mientras se movía, mi mirada se paseó por su espalda, pasando por su cinturón y llegando a su delicioso trasero; cuando un hombre tenía un culo tan perfecto, cualquier mujer con dos botellas de champán en la noche lo miraría.

Austin agarró los lados de su camisa y la liberó de la cintura de sus vaqueros.

Se me hizo la boca agua. Entonces, las dos células cerebrales que aún funcionaban en mi nebuloso estupor sintonizaron con lo que estaba sucediendo aquí. Austin se estaba poniendo cómodo.

—Oh, no. No. No. No. No. No puedes quedarte aquí.

—Se han quedado sin habitaciones —repitió.

RIDGE

—¡Entonces busca otro hotel! —Mis manos volaron en el aire mientras gritaba. No había forma de que pudiera dormir en la misma habitación, y cama, que Austin Myles.

—Hay otro hotel en Quincy, Montana. Y está ocupado.

—Entonces vete a otra ciudad.

Frunció el ceño.

—El pueblo más cercano está a ochenta kilómetros de distancia. Créeme, he preguntado.

Oh, Dios. Esto no estaba sucediendo. No podíamos compartir la cama. ¿Y si me quedaba dormida e intentaba acurrucarme con él? O peor aún, ¿qué pasaría si mis manos vagaban y lo manoseaba mientras estaba inconsciente?

—Entonces vete a casa. Toma el avión. Llamaré a mi padre y le diré que me negué a volver a casa. Me aseguraré de que sepa que fue mi decisión y...

—Cleo, cálmate. —Austin levantó una mano—. Es una noche. ¿Te importaría ponerte algo?

Me miré y una ola carmesí de vergüenza se extendió por mi piel. Imaginé que el color era más o menos el mismo que el de mi pijama de seda.

Me los había puesto antes para asustar a Austin. Había funcionado. Excepto que ahora era dolorosamente obvio que mis pezones eran de piedra y que se veía mucha piel.

Me tapé con los abrazos alrededor del pecho y me apresuré a buscar en los cajones un jersey de color crema y me vestí. En el momento en que me lo puse, a la altura del muslo, los hombros de Austin se relajaron.

¿De verdad? ¿Tan horribles eran mis pezones? Ugh. ¿Por qué tuve que enamorarme de semejante imbécil?

Llamaron de nuevo a la puerta y me giré, dispuesta a recoger la cena, pero en un instante Austin saltó sobre la cama y me apartó de la puerta.

—Mirilla. —Señaló el círculo.

Señalé la manilla.

—Servicio de habitaciones.

Frunció el ceño y abrió la puerta, apenas, hasta que pudo evaluar quién estaba al otro lado.

—¿En serio? —murmuré.



RIDGE

Austin abrió la puerta, no sin antes fruncir el ceño, y le hizo un gesto al mismo chico de antes para que entrara.

Me apresuré a ir a mi bolso, para sacar otros veinte porque este chico se los había ganado esta noche.

—Gracias.

Asintió y su sonrisa se amplió cuando le entregué la propina.

—Sólo tiene que llevar el carro hasta el pasillo cuando haya terminado y vendré a recogerlo más tarde esta noche. Que tenga una buena noche, señora.

—Tú también.

En cuanto cerró la puerta, Austin echó el cerrojo y aseguró la cadena.

—¿Muy paranoico? —Levanté la tapa metálica de mi plato y el olor a patatas fritas y a hamburguesa con queso llenó la habitación.

Vaya. The Eloise Inn no perdía el tiempo. Habían enviado una cesta entera de patatas fritas con queso en un lado, y la hamburguesa era más grande que mi cara.

La mirada de Austin se centró en mi comida.

Bien. Tal vez si tuviera suficiente hambre, iría a otro lugar a buscar comida. Como West Hollywood.

Su estómago gruñó, pero no hizo ningún movimiento para salir. El hombre probablemente se moriría de hambre antes que rendirse y salir de esta habitación y concederme una victoria. Terco.

Volvió a gruñir. Resonó en la habitación como un león hambriento atrapado en la jaula que era su vientre plano.

Maldita sea. ¿No podía callar a ese animal? Volvió a gruñir y mis nervios empezaron a flaquear. Mi nutricionista interior empezaba a tener urticaria mientras el gruñido continuaba. El abrumador impulso de alimentar a la gente, de darles alegría a través del azúcar, los carbohidratos y la grasa, estaba arraigado en lo más profundo de mi alma.

Maldita sea, otra vez.

—¿Quieres compartir? No me voy a comer todo esto yo sola —murmuré. O podría llamar y pedir su propia hamburguesa con queso. Quizá debería haberle tirado la bandeja a la cara.

—Estoy bien para compartir. —Los ojos oscuros de Austin se encontraron con los míos y me dedicó una pequeña sonrisa. No se le veían los dientes, pero era una sonrisa—. Gracias.



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

32



RIDGE

Mi enamoramiento se encendió como una erupción cutánea inmune a la crema de hidrocortisona.

Sin esperanza. Estaba desesperada.

Volví a prestar atención a la comida, repartiéndola entre el plato y la cesta.

—¿Quieres un poco de champán? —No es que quedara mucho.

—No. —Agarró el plato que le ofrecí y volvió a su lado de la cama, apoyándose en algunas almohadas.

—¿Agua? —Me dirigí a la mininevera y saqué una botella para mí.

—Por favor.

Agarré otra, me senté en la cama, imitando su postura, y me metí una patata frita en la boca.

Él hizo lo mismo.

Luego, fui por la hamburguesa.

Austin siguió comiendo papas fritas.

A los cinco bocados, no había nada más que contar, quise esconderme en la bañera para comer. Incómodo no era una palabra lo suficientemente fuerte para esto.

No nos miramos. No hablamos. Pero era imposible ignorar, especialmente en mi estado de embriaguez por segundos, cada uno de los movimientos de Austin. Podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo, y sus anchos hombros ocupaban la mitad de la cama, poniéndonos muy, muy cerca. Sus piernas eran tan largas que incluso colgando del borde, sabía que tendría que dormir en diagonal para caber.

Habría toques.

Oh, dulce Jesús, íbamos a tocarnos. Era aterrador, pero a la vez estimulante. Si mi enamoramiento fuera un pequeño sarpullido, probablemente sería un brote en todo el cuerpo por la mañana.

¿Qué iba a ponerse? ¿Se desnudaría hasta quedar en calzoncillo? Un Austin sin camiseta sería un gran regalo de Navidad, pero conociendo a Austin, dormiría en el suelo, completamente vestido y con el ceño fruncido toda la noche.

—Está nevando. —Austin lanzó una mirada a la ventana.

En el exterior, iluminado por las farolas, cúmulos de nieve flotaban en el aire como plumas heladas.



RIDGE

—¿No es bonito?

Se volvió hacia mí, con una cara de horror, como si le hubiera dicho que Santa no era real.

Le hice un gesto para que se fuera y levanté mi cesta.

—¿Más patatas fritas?

—No. —Austin sacudió la cabeza y volvió a mirar la ventana—. ¿Por qué no pudiste escapar en verano?

—¿Disculpa? —Me tensé—. No soy una niña. No me he escapado. Me fui de vacaciones.

—No me refiero a eso.

—Entonces, ¿qué quieres decir? —Bajé las piernas de la cama y llevé mi cesta al carro, dejándola en el suelo con demasiada fuerza.

—Ya sabes.

—Obviamente, no —refunfuñé, alcanzando mi bebida. En esta habitación, el champán era lo único que estaba de mi lado. Y mis zapatillas.

—Lo que quiero decir es que... eres tranquila —explicó Austin.

—Predecible.

—Sí.

—Aburrida —murmuré antes de dar un largo trago.

—No he dicho eso.

No tenía que hacerlo. Mucha gente pensaba que mi vida debía ser más emocionante. Mi padre era multimillonario. Papá me daría cualquier cosa del mundo si estuviera a su disposición, sin hacer preguntas. No viajé por el mundo. No gastaba frívadamente. Mi idea de un viernes emocionante por la noche era experimentar con recetas de repostería.

—Lo entiendo —dije—. Esto no es el tipo de cosas que hago normalmente y tomó a todo el mundo desprevenido. Cleo tiene una mente propia. Sorpresa.

Agarré el mando de la televisión de la cómoda y lo encendí. La música genérica del canal guía llenó la habitación mientras volvía a mi lado de la cama, procurando sentarme lo más cerca posible del borde.

El canal Hallmark era mi favorito en esta época del año porque los romances navideños cursis me hacían sonreír. Lo encontré en la guía, marqué el número y en cuanto cambié el canal, una pareja follando llenaba la pantalla.

Mátame ahora.



RIDGE

Austin me arrebató el mando a distancia de la mano y no dejó de buscar un programa de deportes. Era la única vez que no me quejaba del baloncesto.

—Eh... ¿quién vigila la tienda? —preguntó, cruzando los brazos. También se acercaba al borde de la cama.

—Brynette.

Tarareó, con los ojos fijos en la pantalla.

Hice todo lo posible por seguir el partido, pero a medida que la pelota se movía de un extremo a otro de la cancha, el champán se impregnaba en mi sangre, haciéndome sentir sueño. Antes de que pudiera caer, me obligué a levantarme de la cama y a ir al baño, donde me lavé la cara y me cepillé los dientes. Luego apoyé las manos junto al lavabo y me encontré con mi reflejo en el espejo.

Una noche.

Puedes hacerlo una noche.

Entonces sentaba a Austin, sin champán, y le explicaba con calma que necesitaba este viaje. Él se iría a casa y yo tendría dos dichosas noches a solas en mi habitación de hotel.

Me unté la crema de noche, me quité el jersey que me había puesto porque era imposible que durmiera con lana y salí del baño.

Los ojos de Austin se dirigieron a mí en cuanto se abrió la puerta. Se había llevado el carrito de la comida y mis botellas de champán y el cubo al pasillo, pero estaba de nuevo en su lado de la cama.

Mantuve la barbilla alta y me dirigí a la cama, moví las sábanas y me metí. Luego estiré un brazo hacia la lámpara y la apagué.

—Buenas noches, Austin.

—Buenas noches, Cleo. —Se movió, quitándose las botas.

Mis ojos se dirigieron a sus calcetines mientras levantaba los pies en la cama.

—¿Son calcetines de pizza?

—Sí —murmuró, apagando la luz de su lado de la habitación—. Mi madre me los compró.

Corazón. Derretido.

Llevaba calcetines de pizza porque eran un regalo de su madre.

Me puse del otro lado para mirarlo.



THE EDENS
1 #

Griffin. ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

RIDGE

—Siento que hayas tenido que venir aquí. No era mi intención.

Me miró y su mirada se suavizó.

—Lo sé.

Si lo sabía, ¿por qué estaba tan enfadado? ¿Por qué lo irritaba tanto?

—¿Por qué me odias? —susurré, arrepintiéndome al instante de las palabras y de las dos botellas de champán que me habían dado el valor para soltarlas. La embriaguez parcial estaba fuera de lugar. Estaba claro que estaba jodidamente borracha. Pero no me retracté de mi pregunta. Lo miré fijamente, esperando que respondiera.

—Es más fácil.

—Más fácil?

La mirada de Austin se desvió hacia mis labios. Los miró como si... espera, ¿querría besarme? Porque yo estaría totalmente de acuerdo con eso. ¿Pero por qué querría besarme? A Austin no le gustaba de esa manera. O de ninguna manera.

Abrí la boca para preguntarle de qué estaba hablando, pero en un instante se fue.

Se puso las botas más rápido que ningún otro hombre en la historia de los hombres con botas y agarró su teléfono y su cartera. Se los metió en los bolsillos mientras rodeaba la cama y se dirigía a la puerta.

Me apoyé en un codo, mis ojos seguían cada uno de sus pasos.

—¿A dónde vas?

Dudó en la puerta, mirando por encima del hombro.

—Voy a ir a ver el lugar.

—Explorar? —Se le escapó una risa—. Estamos en Montana.

Su expresión se endureció.

Esta mirada, la conocía bien.

Era la que me daba cada vez que le ofrecía algo de la pastelería. Era la que me daba cada vez que yo protestaba por una medida de seguridad. Era la mirada que me dirigía cada vez que le sonreía.

—Sí, Cleo, estamos en Montana —dijo—. ¿Y de quién es la culpa?

Antes de que pudiera responder, estaba saliendo por la puerta. Y por primera vez en toda la noche, sólo quería ir a casa.



THE EDENS

L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

36



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

4



Cleo

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

A

lguien estaba tocando un tambor en la habitación de al lado. Un tambor muy fuerte y extremadamente doloroso.

No. Espera. Eso era sólo mi pulso.

—Vete a la mierda, champán —gemí, apretando los ojos y esperando que este dolor de cabeza desapareciera.

Me limitaba a una botella. Siempre. Una botella y luego cambiaba al agua. Tenía esa regla desde que mi mejor amiga de la universidad se había casado y yo había engullido champán en la recepción como si fuera el deber de la dama de honor comprobar que todas las botellas tuvieran gas.

La regla de la botella única ni siquiera se me había pasado por la cabeza anoche, gracias a Austin, pero si sobrevivía hoy, no lo olvidaría nunca más.

Pateé las sábanas, intentando desesperadamente desenvolver las sábanas enredadas alrededor de mis piernas. Cuando por fin tocaron el aire, las balanceé sobre el borde de la cama y...

Por eso tenía los pies tan calientes. Había dormido con las pantuflas puestas.

Mi estómago se agitó cuando me senté, con los ojos aún cerrados. Inspiré profundamente y me obligué a poner mis piernas temblorosas en el suelo.

Está bien. No está mal. Estaba mareada pero no tenía ganas de vomitar. Si pudiera vencer este dolor de cabeza, podría sobrevivir.

Di un paso y no me tambaleé. Gané. Salvo que en el segundo paso, todo se vino abajo. El mundo giró y se puso patas arriba cuando mi pie se enganchó en algo del suelo.

Un hombre muy grande y muy enfadado durmiendo en el suelo.

Esto va a doler. Me preparé para el impacto, pero no choqué con la alfombra. No, choqué con una pared de músculos. Una pared que pertenecía a un hombre grande y enfadado que había estado durmiendo en el suelo.

THE EDENS
1 #

37



RIDGE

—¿Qué demonios? —Austin me atrapó contra su pecho, rodeándome con sus brazos para frenar mi caída.

—Shh. —Le acaricié el cabello, subiendo hasta sentir la suavidad de sus labios. Entonces apreté, aspirando algo de aire mientras me sentaba en su regazo.

Mis ojos, que de alguna manera habían permanecido cerrados durante la situación, se abrieron de golpe. La tenue luz que se asomaba por la rendija de las cortinas bien podría haber sido la de los faros, por la forma en que agredía mis iris y amplificaba la agonía de mi cabeza. Me dolía tanto que me llevé las manos a las sienes.

—Cleo...

—Shh —siséé, más fuerte esta vez.

En cualquier día normal, habría apreciado el hecho de estar sentada en el regazo de Austin. Que acababa de tocar sus labios. Habría memorizado el volumen de sus muslos y la sensación de sus fuertes brazos. Pero hoy, estaba a segundos de la muerte, y la supervivencia era lo único que tenía en mente. Me zafé de su abrazo y, en lugar de intentar ponerme de pie, me arrastré hasta el baño.

Feliz Nochebuena, Cleo.

Era el momento más humillante de mi vida y no me importaba un carajo.

Cuando las palmas de mis manos tocaron el azulejo, gemí mientras el frío del mármol calmaba mi piel demasiado caliente. Cuando mis rodillas cruzaron el umbral, me rendí y me acurruqué en posición fetal, empapándome del frío.

—¿Qué estás haciendo?

—Shh. —Hice una mueca y me tapé los oídos. ¿Cuántas veces tenía que decirle una mujer a un hombre que se callara antes de que le hiciera caso?

—Son las cuatro de la mañana.

Austin tenía el ceño fruncido. No necesité verlo porque lo oí en su voz.

—Son las tres en California. —Me ardía la garganta al hablar. ¿Por qué lo preguntaba? Austin conocía mi horario. Llegaba a la pastelería a las cinco para prepararme antes de que mi ventanilla abriera a las seis. Y maldita sea la resaca, el despertador de mi cuerpo estaba sonando.

Bien. Fuera del piso.



RIDGE

Inhalé un poco de oxígeno y luego me desenrosqué, decidiendo que tal vez mi estómago no estaba tan firme como había sospechado inicialmente. Conseguí incorporarme y me apoyé en la pared.

—¿Estás bien?

—No. —Sacudí la cabeza y levanté una mano para que se fuera.

—¿Quieres que cierre la puerta?

Asentí y metí las piernas en el pecho, para que no le estorbaran. Luego la cerró, dejándome en la oscuridad del baño.

Al otro lado de la puerta, Austin arrastraba los pies por la habitación y parecía que se había dejado caer en la cama. Si sólo eran las cuatro, eso significaba que había dormido poco más de tres horas.

En. El. Piso.

Y me llamó predecible.

No estaba segura de dónde había desaparecido anoche. Después de una hora de esperar a que volviera de explorar el lugar, me quedé dormida. Pero como tenía el sueño ligero, me desperté cuando volvió a la habitación después de medianoche. No me había dado cuenta de que se había llevado la llave de la habitación, pero el chasquido de la cerradura me había sacado de mi letargo. Austin había desaparecido en el baño y yo me había desmayado antes de que saliera.

Tenía la boca seca. Me dolía el cuerpo. Ahogué un gemido. Lo que necesitaba era agua, Advil, cafeína y calorías, en ese orden.

Los dos primeros fueron bastante fáciles de encontrar en el baño, incluso con las luces apagadas. Después de beber tres de los pequeños vasos de la habitación y otros tantos analgésicos, tanteé el terreno hasta que localicé el cepillo de dientes. Ahora sólo tenía que encontrar cafeína y calorías.

Con una respiración fortificada, salí del baño de puntillas. Austin estaba boca abajo en la cama, completamente vestido y durmiendo encima del edredón. Me dirigí en silencio a los cajones, abrí uno y saqué un sujetador, un jersey y vaqueros.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Austin, sin moverse mientras hablaba.

—Necesito café.

Refunfuñó algo contra la almohada y se levantó del colchón.

—Dame un minuto.

—¡No! —Ouch. Demasiado fuerte, Cleo—. Quédate. Duerme.



THE EDENS
I #

Griffin. ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

RIDGE

Milagrosamente, el hombre no discutió. Simplemente enterró la cara en la almohada.

Durante la misión de reconocimiento de anoche, debió considerar que Quincy era seguro. Sorpresa.

Volví al baño felizmente oscuro y me vestí rápidamente, luego encontré mis zapatos y los recogí junto con algo de dinero en efectivo de mi bolso y una tarjeta de habitación del tocador. Aunque sabía que Austin no estaba dormido, me escabullí de la habitación sin decir nada.

El aire del pasillo era cálido y olía a Navidad. Por suerte, el olor no me hizo vomitar. Me dirigí al ascensor, con la cabeza martilleando al ritmo de cada paso, y cuando pulsé el botón, el tintineo fue ensordecedor. Cuando llegué al vestíbulo, el olor a café me llenó la nariz y prácticamente corrí hacia la recepción.

El joven que estaba detrás de la puerta dio una vuelta al verme llegar y miró el reloj.

—Buenos días.

—Necesito café.

Debió percibir mi desesperación porque se bajó de su taburete y me hizo un gesto para que lo siguiera. Tampoco habló. Dios bendiga a los montañeses.

La recepción era una isla en el gran vestíbulo y detrás de ella había dos puertas. Una de ellas, supuse, daba a un despacho. La otra, la puerta que me abrió, daba a una enorme cocina.

Las luces eran brillantes y se reflejaban en la mesa de preparación de acero inoxidable y en los electrodomésticos, pero entrecerré los ojos y mi nariz me guió. En un rincón de la habitación, la cafetera me llamó la atención.

El tipo sacó una taza de cerámica blanca de una bandeja en el lado limpio del lavavajillas y luego se dirigió a la olla industrial y llenó mi taza casi hasta el borde.

—¿Hielo?

Asentí mientras él se dirigía a la máquina de hielo, utilizando la cuchara de metal para dejar caer dos cubitos de hielo en la taza.

—Ya has hecho esto antes.

Sonrió y me entregó la taza.

—Las resacas son una mierda.

—Gracias. —El primer sorbo estaba caliente, pero los cubitos de hielo ayudaron.



RIDGE

—¿Ibuprofeno?

Sacudí la cabeza y tragué más.

—Ya tomé.

—Voy a dejarte aquí y volver a mi puesto. Bebe todo lo que quieras.

—Gracias.

Me guiñó un ojo antes de salir, dejándome en la silenciosa cocina.

Después de dos tazas, el dolor era manejable. Rellené mi taza una vez más y volví al vestíbulo.

—¿Mejor? —preguntó, volviéndose cuando atravesé la puerta.

—Mucho. Añade algo de comida y me habrás salvado la vida.

Se rio y extendió la mano.

—Soy Mateo.

—Cleo.

—Encantado de conocerte.

—Igualmente. —Sonréi—. Ayer, la encargada...

—Eloise. Mi hermana.

Por supuesto, era uno de los Eden. Antes no había notado el parecido, pero ahora las similitudes en sus ojos y la forma clásica de sus narices eran evidentes. La sonrisa de Mateo no era dulce como la de Eloise, pero era juvenil y atractiva. Sospeché que hacía buen uso de esa encantadora sonrisa los fines de semana para las chicas más jóvenes que yo.

—Eloise dijo algo sobre una cafetería. Dirigida por otra hermana.

—Lyla. Es la dueña de la cafetería, pero...

—No lo digas.

Miró el reloj de la pantalla de su ordenador.

—No abre hasta las seis y media.

—Maldita sea. —Mis manos estaban temblorosas y con todo ese café en el estómago, sería un desastre nervioso a las cinco.

Lo que realmente necesitaba era algo de masa. Algo para amasar y trabajar y usar para quemar esta resaca. Si estuviera en casa, haría algún tipo de pasta rellena de gelatina. O rollos de canela. Mi estómago gruñó.

—¿Has estado aquí toda la noche? —le pregunté a Mateo, cruzando dos dedos detrás de mi espalda con la esperanza de que esto pudiera funcionar.



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Eh... sí.

—¿Sin descanso?

Asintió.

—¿Y?

—Así que... apuesto a que te está entrando hambre.

—Tengo veintidós años. Siempre tengo hambre.

Sonréi.

—¿Te gustaría hacer un trato?



—¿Qué demonios estás haciendo?

Mis ojos se levantaron del desorden harinoso de la mesa de preparación cuando un hombre enfadado irrumpió en la cocina.

Enfadado, pero hermoso. Mateo era lindo. Este tenía que ser otro Eden.

Arrugué la nariz, haciendo lo posible por parecer arrepentida. Quiero decir, no lo sentía, pero lo fingí de todos modos.

—Haciendo rollos.

—Rollos. —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho y sus ojos se encendieron—. ¿Por qué?

La puerta detrás de él se abrió de golpe y Mateo se apresuró a entrar.

—Lo siento. Mierda.

—¿Qué sucede, Matty? —preguntó el otro hombre.

—Knox, esta es Cleo. Es pastelera en Los Ángeles. Tenía hambre y Lyla aún no había abierto, así que... hizo rollos de canela. Son increíblemente increíbles. Mejor que los de mamá.

—Gracias, Mateo. —Mi pecho se hinchó de orgullo. Y tenía razón, eran hermanos.

—¿Qué demonios? Dejas que una extraña use mi cocina. —Knox resopló—. Y le digo a mamá que has hecho eso.

—No es una extraña —dijo Mateo—. Es una huésped.

42



RIDGE



THE EDENS
1#

—Los huéspedes no entran en la cocina. —Knox volvió su atención hacia mí y enganchó un pulgar sobre su hombro—. Ya son las seis y media y Lyla tiene su tienda abierta. No es por ser grosero, pero vete.

—Bien. —Levanté un dedo cubierto de harina—. Sobre eso. Yo, eh... no puedo.

De ninguna manera iba a dejar esta cocina. Finalmente, me sentía yo misma gracias a la cocción, el rollo de canela y las dos tazas de café adicionales que había tomado mientras trabajaba. Además, lo único que me esperaba fuera de esta habitación era un guardaespaldas gruñón que planeaba arrastrar mi trasero a California hoy.

—¿Por qué? —Knox arqueó una ceja. Su mandíbula cincelada tenía barba y su físico en forma se veía incluso a través de su chaqueta de cocinero. Lástima que no hubiera conocido a alguien como él en la escuela de cocina. Podría haberlo conquistado con mis magdalenas de chocolate con glaseado de mantequilla de cacahuete.

Knox parecía el tipo de persona que apreciaría mis cupcakes más vendidos, a diferencia de Austin. No importaba el sabor que le diera, Austin recibía mis cupcakes con una mueca. Incluso el día que le preparé un paquete especial de variedades, doce tipos diferentes metidos en mi característica caja. Le entregué el regalo, y él hizo una mueca, luego me informó de que a su equipo le encantarían.

No a él. A su equipo.

Porque que el cielo no permita que Austin pierda la oportunidad de demostrarme lo mucho que le molesta mi existencia.

Knox se aclaró la garganta. Mateo me miró con las cejas levantadas.

—¿Qué? Oh. —Knox me había hecho una pregunta. Sí—. Lo siento, estoy con resaca. No puedo irme porque estoy en medio de los rollos. Y cupcakes de arándanos. Están en el horno.

Los ojos de Knox se dirigieron a dicho horno y luego volvieron a los rollos que acababa de sacar.

—No podemos servir esos.

—Bien. —Mateo se rio—. Más para mí. ¿Puedo llevarme los extras a casa, Cleo?

—Por supuesto.

Mateo bostezó y dio una palmada en el hombro de su hermano antes de guiñarme y salir de la cocina.

RIDGE

—¿Supongo que no tienes fresas? —le pregunté a Knox—. Hago esta increíble galette de fresas y graham con ralladura de lima y me vendría bien esta mañana.



THE EDENS

1 #

Knox parpadeó. Dos veces.

Austin hizo lo mismo cuando le hice preguntas. Extraño.

—¿Es un no a las fresas? O...

Eso me valió otro parpadeo, pero en lugar del ceño fruncido que solía seguirse cuando Austin me miraba boquiabierto, Knox sonrió.

—No me voy a librar de ti esta mañana, ¿verdad?

Sonréi.

—No.



—¿Dónde demonios has estado? —gritó Austin—. Te he buscado por todas partes.

Mis hombros cayeron.

—Me has encontrado.

Mi viaje a Montana estaba a punto de terminar.

Austin se pasó una mano por su mandíbula, observando la cocina del hotel mientras sacudía la cabeza. Era raro verlo desaliñado. Sin embargo, tenía un buen aspecto, un poco desordenado y muy sexy.

—¿Has estado aquí toda la mañana? —preguntó.

—Sí. —Horneando. Escondiéndome.

Eran las diez y media según el reloj de la pared. Si mi equipo de seguridad hubiera sido otra persona que no fuera Austin, podría haber llegado hasta el mediodía, pero supuse que al final se acordaría de que la predecible Cleo estaría metida hasta los codos en harina, levadura y azúcar.

—Cristo. —Austin sacudió la cabeza—. Estaba preocupado.

Ups. Me estremecí, odiando la culpa que me recorría.

—Lo siento. No quería preocuparte. Sólo tenía hambre.

Austin agitó una mano por la cocina.

44



RIDGE

—Y en lugar de buscar un bocadillo matutino en una máquina expendedora, decidiste hornear suficientes panecillos para alimentar a todo el maldito pueblo.

—No todo el pueblo —murmuré—. Sólo los huéspedes. —Y los empleados.

Bien, quizás me había dejado llevar un poco. La mesa de preparación estaba sobrecargada de rollos de canela y cupcakes de tarta de zanahoria. La galette se estaba enfriando junto a los croissants de chocolate. Y acababa de sacar una sartén caliente de bollos de naranja del horno.

—Seguro que te mueres de hambre. —Agarré un plato de la estantería que tenía detrás y le serví a Austin un bollo caliente. Era un tipo grande, así que añadí un cupcake y un rollo de canela también. Tal vez la razón por la que nunca comía mi comida era porque no tenía hambre. Pero Austin llevaba el hambre escrito en su precioso rostro y si había un momento en el que podía abrazar todo lo que era mi repostería, era éste—. Toma.

Frunció el ceño ante el plato, pero lo tomó de mi mano, luego mordió el bollo, masticó el bocado durante aproximadamente un segundo antes de tragarse y dejar el plato a un lado.

—Café. Para acompañarlo.

¿En serio? Mi comida no necesitaba ser lavada. Mis bollos estaban lo más lejos de estar secos. *Imbécil*. Mi temperamento se disparó. Tal vez fueron los efectos persistentes del champán, pero agarré el paño de la mesa y se lo lancé a la cabeza.

La atrapó antes de que pudiera golpearle en la cara.

—¿Qué demonios?

—A todo el mundo le gusta mi comida —espeté—. A todo el mundo. Mateo ya se fue a casa porque su turno había terminado, pero pregúntale a Knox. La gente. Ama. Mi. Comida.

—Por qué tú no?

La estructura de Austin se puso rígida.

—¿Quiénes son Mateo y Knox?

En el momento oportuno, la puerta que llevaba de la cocina al comedor se abrió y Knox entró con una bandeja vacía.

—Los cupcakes de arándanos se han acabado. También la primera tanda de rollos de canela.

—¿Quién demonios eres tú? —se quejó Austin.



RIDGE

—Estás en mi cocina. —Knox llevó la bandeja al lavavajillas, dejándola caer en el fregadero y sin perder el ritmo. Luego se giró y se apoyó en el borde, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Quién eres tú?

Los hombres se enzarzaron en un duelo y antes de que se lanzaran puñetazos, o magdalenas, me lancé a hacer las presentaciones.

—Knox Eden, te presento a Austin Myles, jefe de los dolores de cabeza y odiado general de los productos horneados.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.



THE EDENS

1 #

46



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

5



THE EDENS
1 #

Austin

— ¿N

os permites un minuto? —le pregunté a Knox, haciendo lo posible por ignorar la forma en que sus ojos se detenían demasiado tiempo en la figura de Cleo.

Era una figura preciosa, con curvas y en forma, tonificada y exuberante; no podía culpar al tipo de buen gusto. Pero seguía queriendo meterle el puño en la nariz. Darle una patada a este tipo sólo añadiría otro retraso a nuestra hora de salida, si es que conseguíamos un vuelo. Ya habíamos perdido uno.

Knox asintió.

—No hay problema.

Me llevé las manos a los costados y aspiré una bocanada de aire para calmarme mientras él salía de la habitación con su sonrisa fija en Cleo. Estaba demasiado cansado para esto. Lo único que quería era subirme a un avión y dormir hasta llegar a California.

Anoche había sido miserable. Cuando Cleo salió del baño, con la cara fresca y oliendo a miel, supe que dormir a su lado no era una opción. Así que me fui a ver el hotel.

No era un gran edificio, nada que ver con los ostentosos complejos turísticos que había visto al viajar varias veces con Ray. Toda mi inspección había durado menos de una hora.

Lo había hecho dos veces.

Luego había salido, pensando en mirar un poco la ciudad, pero cuando el frío helado me había tocado la piel, me había retirado al interior. Había pasado horas en el vestíbulo, sentado frente al fuego, mirando las llamas, con la esperanza de que si esperaba lo suficiente, Cleo estaría dormida. Cuando los párpados me resultaron demasiado pesados para luchar contra ellos, di por terminada la tarea y regresé a la habitación.

DEVNEY PERRY

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.



RIDGE

Cleo había estado boca abajo en una almohada, con esos perfectos labios rosados lo suficientemente abiertos como para dejar escapar un ligero ronquido. Apenas había parpadeado cuando entré y me acomodé en el suelo. Al menos el hotel tenía una alfombra de felpa en lugar de las alfombras industriales de la mayoría de los lugares.

Me había dormido con los ronquidos de Cleo. Me desperté con una patada en el estómago.

No había querido quedarme dormido después de que ella tropezara conmigo. Había planeado dejarla ir a buscar café, pensando que traería un poco para los dos. Horas más tarde, cuando me di cuenta del tiempo que había pasado durmiendo sobre su almohada, me entró el pánico.

Por eso no era seguro que la vigilara. Bajaba la guardia cada vez que la encontraba con harina en su cabello chocolate, como ahora. Siempre parecía dejar un mechón junto a su oreja izquierda.

—Lamento lo de esta mañana —dijo—. Si te hace sentir mejor, Knox tampoco estaba muy contento de encontrarme aquí.

Gruñí.

¿No estaba contento? Sí, claro. Ese tipo había estado babeando por ella y seguro que parecían amigos. Y a ella le gustaban los chefs.

Cleo había salido con uno el año pasado, un chico que trabajaba en un restaurante a unas manzanas de Crumbs. Su relación había sido breve pero dolorosa. Todos los días, recibía un informe de quien tenía asignado el detalle sobre lo que habían hecho exactamente ella y el chef John: cena, película, sesión de besos en su auto.

Habían sido tres semanas y seis días agonizantes.

Cleo me dedicó una pequeña sonrisa.

—Feliz Nochebuena.

—Feliz Nochebuena.

—¿Seguro que no tienes hambre?

Asentí.

—Estoy bien.

—Toma. —Puso uno de los panecillos en un plato y lo extendió—. Prueba esto.

—Estoy bien. —Levanté una mano—. No tengo hambre. —Preocuparme por ella me había puesto un nudo en el estómago que aún no se había soltado.



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Sólo pruébalo. —Caminó alrededor de la mesa, trayéndome el plato.

—No quiero un cupcake.

—Pero si lo pruebas, puede que te guste.

—No lo quiero, Cleo.

—Pero si lo intentas...

—No quiero un maldito cupcake —espeté, arrepintiéndome al instante cuando su rostro cayó—. Mierda. Lo siento.

Tiró el plato a un lado, la cerámica rebotó y el cupcake rodó fuera del plato, cayendo sobre el borde de la mesa al suelo.

—Bien.

Sus dedos volaron hacia los lazos de su delantal, rasgando y tirando hasta que se liberó. Entonces se lo pasó por encima de la cabeza, lo hizo una bola y lo lanzó.

En mi cara.

El paño blanco y una nube de harina me golpearon en la nariz antes de que pudiera bloquearla. Cuando dejé el delantal a un lado, Cleo marchaba hacia la puerta.

—Maldita sea. —Sacudí la cabeza, dándole ventaja antes de salir corriendo de la cocina tras ella. La alcancé en el vestíbulo de camino al ascensor—. Mira, lo siento...

Mi teléfono sonó. Lo saqué del bolsillo y el nombre de Ray parpadeó en la pantalla. *Mierda*.

—Cleo, espera.

Ella no escuchó. Pulsó la flecha hacia arriba y en el momento en que las puertas se abrieron, desapareció en el interior.

No estaba seguro de con qué Hillcrest debía tratar primero. Me decidí por el menos aterrador de los dos y contesté mi teléfono.

—Ray.

—Austin, tengo entendido que ayer enviaste al piloto a casa con el avión. Un avión vacío.

—Sí, lo envíe a casa. Cleo no quería irse, así que acepté quedarme una noche.

—¿Juntos?

49



RIDGE

—Sí, señor. —No tenía sentido evitar los detalles—. El hotel estaba agotado. Dormí en el suelo.

Su silencio fue suficiente reacción.

—Pronto iremos al aeropuerto —dije.

—No responde a mis llamadas. Dile que espero que venga directamente aquí cuando llegues.

Ray no esperó mi confirmación antes de terminar la llamada. No necesitaba un acuerdo. Había dado una orden y yo la cumpliría.

Un año más. Tenía que aguantar un año más trabajando con Ray, luego me rebajaría el sueldo y lo dejaría libre. Pero tenía que aguantar un año más. Dos sería ideal, pero uno mínimo.

A Channing le faltaban dos años para graduarse en la universidad y yo me negaba a que mi hermano se endeudara mientras obtenía su título. También me negué a que mi madre se endeudara para pagar su educación.

Mamá ya había sacrificado bastante por nosotros dos. Todo lo que yo quería era que ella llegara a la jubilación y disfrutara de un ritmo de vida más fácil.

Había trabajado incansablemente toda mi vida para mantenernos a mí y a Channing. Las Navidades no habían sido nunca tan lujosas como las de los Hillcrest, pero mamá nos había mimado a su manera, con un gran regalo que ahorraba y elegía con cuidado. En nuestros cumpleaños, nos preparaba un pastel especial.

Nunca me había importado que mis vaqueros fueran de segunda mano y mis zapatos no fueran de marca. Durante mucho tiempo, habíamos sido mamá y yo, el equipo Myles.

Papá había muerto en un accidente de trabajo cuando yo tenía tres años, y aunque tenían algo de dinero guardado, ella lo había utilizado para pagar nuestra casa y así no tener que mudarnos. Me dio esa estabilidad. Luego, cuando estaba en la escuela, me presentó al cartero, que se convirtió en algo más que un cartero.

Eddy había sido un buen hombre. Un buen padre y padrastro. Un buen marido.

Murió antes del segundo cumpleaños de Channing. Cáncer.

Yo era trece años mayor que Channing y, después de que Eddy falleciera, había hecho todo lo posible para ayudar a mamá a criarlo. No había necesitado mi ayuda; en cuanto a las personas, mi madre era la más fuerte de la tierra. Pero la ayudé a pesar de todo. Ya había soportado bastante.



RIDGE

Mamá y yo habíamos insistido en que Channing obtuviera un título universitario. Él tenía el cerebro para ello y yo obtenía un beneficio decente cada año para pagarlos.

Pero necesitaba a Ray.

Aunque quería a Cleo.

Me dirigí al ascensor y pulsé el botón, sin saber qué encontraría cuando llegara a la cuarta planta. Con suerte, a Cleo de pie junto a una maleta hecha. En lugar de eso, entré en la habitación y me encontré con una nube de vapor que salía de la parte inferior de la puerta del baño. La ducha estaba abierta.

Esta mujer me odiaba de verdad.

¿Cómo iba a sentarme aquí si ella estaba desnuda a seis metros? Giré hacia la puerta, escapando de la habitación y de ese delicioso olor. No importaba el frío que hiciera fuera, tenía que salir de este edificio.

El ascensor sería demasiado lento, así que encontré la escalera, troté hasta el primer piso y tomé la puerta más cercana marcada como salida.

El aire frío era un hijo de puta, que me mordía la carne, pero apreté los dientes, maldiciendo este miserable estado a cada paso que daba hacia la cafetería. Cuando entré, todos los clientes se quedaron mirando. Probablemente porque era el californiano idiota en Montana sin un maldito abrigo.

Me acerqué al mostrador, saqué mi cartera y la puse sobre el mostrador.

—Café. Caliente como puedas hacerlo. Luego un cupcake y un bollo. Por favor.

El camarero asintió y me dejó preparar mi pedido.

Con la comida y la bebida en la mano, encontré una mesa vacía lo más lejos posible de la puerta. Olí el cupcake antes de darle un bocado. Estaba buena, no increíble, pero me moría de hambre. Cleo había tenido razón en eso.

Comprar la comida de otras personas se había convertido en un juego enfermizo. Nada era tan bueno como la comida que Cleo intentaba darme a la fuerza, la comida que yo pretendía que era horrible en el mejor de los casos. En lugar de maravillarme con las creaciones culinarias hechas por una mujer que no podía tener, comía de otros pasteleros.

Porque había otros en el mundo. Al igual que había otras mujeres.

Comí el cupcake, el bollo, y bebí café, y luego miré el reloj. Cleo normalmente tardaba una hora en prepararse para el día.

RIDGE

Ya había pasado suficientes mañanas en mi auto antes del amanecer, viendo cómo se encendían las luces de la casa antes de que ella saliera de su garaje casi exactamente sesenta minutos después y se dirigiera al trabajo. Ahora que ella sabía lo de su equipo de seguridad, no tenía sentido seguir actuando. También sería inteligente para ella variar la rutina de vez en cuando.

Mi equipo estaba entrenado y era muy bueno para mezclarse en las sombras, pero también lo eran los criminales. Si le pasaba algo...

Aparté ese pensamiento y apuré un trago ardiente de café. A Cleo no le iba a pasar nada. Ella estaría bien. Incluso cuando dejara de trabajar para Ray, él encontraría a alguien igual de capaz para mantenerla a salvo.

Además, esta mañana fue un buen ejemplo de cómo mi juego se deslizó cuando ella estaba cerca.

Tras veinte minutos de espera, Cleo había tenido tiempo suficiente para salir de la ducha y ponerse algo de ropa, así que llevé el envoltorio de mi cupcake al cesto de basura, le di un silencioso agradecimiento al camarero y me dispuse a salir al Ártico.

Me castañetearon los dientes mientras me dirigía al hotel. Se me puso la piel de gallina. ¿Por qué no había traído un maldito abrigo? Por supuesto. Porque el plan había sido entrar y salir.

El vestíbulo del hotel estaba en silencio mientras me dirigía a la escalera, esperando que los cuatro tramos me hicieran entrar en calor. Cuando llegué a la habitación y metí la tarjeta de acceso en la puerta, el olor de Cleo me llegó una vez más y me hizo sentir una oleada de sangre en la ingle.

Tuve la tentación de taparme la nariz. En cambio, opté por respirar por la boca.

La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y Cleo salió, con el cabello mojado y enredado en un nudo. Tenía el rostro enrojecido por la ducha, pero al menos estaba vestida. Sus vaqueros desgastados de diseño le quedaban como una segunda piel y su camiseta negra de tirantes no dejaba ninguna de sus curvas a mi imaginación.

Joder, estaba preciosa. Impresionante, realmente. No había ninguna estrella de Hollywood que pudiera rivalizar con la belleza de Cleo. Mi corazón dio un salto y mi garganta se secó.

Dejé caer mis ojos al suelo.

—Hemos perdido el vuelo de la mañana, pero hay otro a las tres.



RIDGE

Llegaríamos tarde a California, pero al menos estaríamos en casa y podríamos seguir nuestros caminos. Era el mayor tiempo que había pasado con Cleo últimamente y era demasiado. Era demasiado perfecta. Demasiado irresistible. No confiaba en no perder el disfraz de severo y grosero.

Y sin que estos actúen como barrera para mis verdaderas emociones, ella vería a través de mí.

Esa no era una conversación que quisiera tener en Navidad.

—¿Necesitas ayuda con tu maleta? —pregunté.

—Oh, no me voy a ir.

—¿Qué? —Mi cara se levantó mientras ella desaparecía en el baño. La seguí—. Repite eso.

—No me voy a ir —dijo a través del espejo mientras se desataba el cabello y agarraba un cepillo, para arrastrarlo con cuidado por sus largos mechones—. He reservado estas vacaciones. Me las voy a tomar.

—Maldita sea, eres difícil.

—Difícil? —Sus movimientos se volvieron más rápidos—. ¿Cómo voy a ser difícil? No quiero irme. No tengo que irme.

—Sí, así es.

—Llamaré a mi padre y le explicaré. Si te preocupa tu trabajo, no lo hagas.

—Si no te llevo a casa, tú y yo sabemos que Ray me despedirá antes del año nuevo.

—No, no lo hará. Me aseguraré de que entienda que fue mi decisión y que si te despide, no volveré a hablar con él.

Le creí.

Ella lucharía por mi trabajo. Se enfrentaría a su padre.

Aunque me odiaba.

Porque Cleo Hillcrest era la mejor persona que había conocido. Sería injusto que Ray me despidiera, y ella lo sabía. Ella luchaba por lo que era correcto. Cleo tenía un corazón puro y un alma bondadosa. Ponía a los demás antes que a sí misma, y por eso este viaje a Montana era tan extraño. Podía odiar las Navidades de Hillcrest, pero durante años la había visto soportarlo porque su padre se lo había pedido.

No la culpaba por necesitar una escapada, pero no arriesgaría su seguridad por ello.



RIDGE

—No puedo dejarte aquí —dije. No podía dejarla, y punto.

Tal vez la verdadera razón por la que no quería separar mi relación con Ray era porque eso significaba que perdería mi conexión con Cleo. Incluso en los días en que ella estaba asignada a otra persona, yo tenía ese vínculo. Cortarlo era probablemente lo mejor. Mi cordura estaba al borde del abismo. Pero no podía dejarla.

Cleo dejó el cepillo y se volvió hacia mí con un suspiro.

—Voy a relajarme y a disfrutar de esta habitación. Voy a pasear por la ciudad y a comer demasiado. Luego volveré a casa después de Navidad y me pondré a trabajar. Estoy bien sola.

Se acercó y la habitación se estremeció. Se me aceleró el corazón cuando me miró con esos brillantes ojos color avellana y, en ese momento, le habría prometido el mundo por un solo beso de esos suaves labios.

—Vete a casa, Austin. Por favor. Vete a casa.

La súplica en su voz me hizo sentir. Era una de las pocas veces que había visto a Cleo ignorar lo que los demás querían y seguir su propio camino. Ella quería estas vacaciones y yo no sería el hombre que se las robara.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Asentí.

—De acuerdo.

Sonrió.

—Gracias.

Tragué con fuerza, sin poder apartar los ojos. Sus labios eran suaves y rosados. La parte inferior estaba más llena que la superior, pero no mucho. Sólo lo suficiente para que hiciera su mohín sexy y natural. ¿Qué pasaría si la besara? ¿Qué pasaría si cediera a la tentación?

Cleo me daría un rodillazo en las bolas.

Perdería mi contrato con Ray, y destruiría mi reputación.

Mis empleados se quedarían sin trabajo y yo arruinaría mi empresa.

Besarla... casi valdría la pena.

—Austin —susurró, forzando mis ojos hacia los de ella.

Cleo ladeó la cabeza. Sus cejas se juntaron.

Y di un paso atrás.



RIDGE

—Le diré a tu padre que nos quedaremos.

Ella asintió mientras yo daba otro paso atrás, pero antes de que pudiera salir del baño, su mano salió disparada y me rodeó el codo.

—Espera. ¿Qué quieres decir con “nos”?



THE EDENS
1#

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

55



RIDGE

6



THE EDENS

1#

Cleo

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—¿Y éste?
—No me importa —murmuró Austin.
Fruncié el ceño y me dirigí al siguiente
modelo del estante de abrigos de hombre.

—¿Este?

—No me importa.

Ese fue el sexto “no me importa” desde que llegamos a Quincy Farm and Feed.

—Tienes que comprar un abrigo.

—¿Por qué? —Se cruzó de brazos.

—Tus labios están azules. —Mis ojos se dirigieron a su boca. El tinte púrpura no era tan atractivo como su color rosado normal, pero quería besarlo a pesar de todo. Sólo una vez. Como eso no iba a ocurrir, me centré en la tarea que tenía entre manos y agarré un abrigo verde de su perchero. —Toma.

Me lo quitó de las manos y se lo puso en el brazo.

—Póngelo. —Era una talla extra grande, así que estaba segura de que le quedaría bien.

—¿No crees que deberíamos comprarlo primero? A menos que tengas más compras que hacer.

—No. —Era una tienda bastante agradable, pero no estaba en el mercado de los suministros de la granja y la comida para mascotas. La única razón por la que habíamos venido aquí era porque nos habíamos enterado en el hotel de que ésta era la única tienda de la ciudad abierta en Nochebuena que tenía abrigos para hombres.

56



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Austin había argumentado que si nos quedábamos en casa, el abrigo era innecesario. Tal vez él estuviera bien sentado en la cama, trabajando en su portátil mientras yo veía la televisión, pero definitivamente no. Estar cerca de Austin no era una opción.

O bien hacía algo que me molestaba y me veía obligada a ahogar esa cara tan bonita en una almohada. O me daría uno de esos raros regalos, una pequeña sonrisa o una mirada amable, como la que me había dado en el baño cuando había cedido a estas vacaciones.

Esos preciosos momentos, aunque muy pocos y muy espaciados, fueron como echar gasolina al fuego de mi enamoramiento.

Vivía para esos momentos. Si los dos estuviéramos atrapados en una habitación de hotel, podría olvidarme de y hacer algo épicamente humillante y estúpido. Como lamer su barba incipiente como si fuera glaseado de queso crema.

Qué rico.

Asfixiar y lamer no eran opciones, así que en su lugar, arrastré a Austin fuera del hotel. Mi agenda para las vacaciones se había trastocado por completo. Aunque me gustaba vagar.

—Bien, vamos. —Me dirigí a la caja registradora—. Yo lo pagaré.

Austin frunció el ceño y se acercó, obligándome a alejarme del lector de tarjetas de crédito con ese físico fornido. Sacó la cartera de sus vaqueros, compró el abrigo y arrancó las etiquetas, encogiéndose de hombros antes de dirigirse a la puerta.

—¿A dónde quieres ir? —pregunté, mirando hacia arriba y a la acera.

—California.

—Nadie te detiene —dije con una sonrisa dulce. Antes de aventurarnos a salir de la habitación, me pasé veinte minutos intentando convencerlo de que se fuera a casa sin mí. El testarudo se había negado.

Austin me lanzó una mirada que decía que no iba a volver a tener ese debate.

—Bien —murmuré—. Si te vas a quedar aquí conmigo, ¿hay algo que te gustaría ver?

—No.

—¿Estás seguro?



THE EDENS
L #

57



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Austin me miró fijamente, con la boca cerrada. Lo hacía seguido. Yo le repetía una pregunta, verificando dos veces porque verificar dos veces era de buena educación, muchas gracias. Pero él se quedaba ahí, recordándome en silencio que ya había dado su respuesta y que no iba a cambiar.

Levanté las manos y me giré.

—Entonces yo decidiré.

Austin se puso a mi lado, todavía tranquilo. Se quedó en su lado de la acera, lo suficientemente lejos como para que no hubiera riesgo de tocarme, pero lo suficientemente cerca como para poder empujarme si estaba en peligro.

La barba incipiente de su mandíbula captó la luz del sol de la mañana. El aire era seco y frío, lo que hacía que sus mejillas se sonrojaran. Era un día brillante y alegre, a pesar de la gélida temperatura. La nieve brillaba bajo el cielo azul sin nubes, convirtiendo a Quincy en un lugar increíble en invierno.

Inspiré largamente y expulsé un chorro blanco de aire helado. Un timbre sonó cuando una mujer salió de una tienda. Reduje la velocidad y miré dentro del escaparate decorado con lazos navideños y vegetación. El aroma de las manzanas salía de la puerta y se mezclaba con el aire fresco de la montaña.

Me desvíe hacia la puerta, sabiendo que Austin me seguiría. Era una tienda de cocina, cuya pared trasera estaba forrada con una hilera de recipientes de cristal llenos de aceites y vinagres aromatizados.

—Buenos días —saludó la empleada, quitándose unas gafas colocadas en la nariz—. Felices fiestas.

—Felices fiestas. —Sonréí, con los ojos muy abiertos mientras lo asimilaba todo. Esta no era la clase de tienda que esperaba ver en una ciudad tan pequeña. Las tablas de cortar talladas a mano formaban un conjunto artístico sobre una mesa redonda en el centro del pequeño espacio. A lo largo de una pared, una serie de ganchos sostenían diferentes utensilios y adornos de cocina.

Me acerqué a una tabla de cortar, mis dedos recorriendo la suave veta de la madera.

—Esto es hermoso.

—Gracias. —La mujer se acercó al mostrador de la caja—. ¿Quieres un poco de sidra de manzana?

—Por favor. —Asentí y tomé la taza cuando me la acercó. Austin, como era típico, negó. Sorbí la bebida caliente, el sabor estallando en mi lengua—. Está delicioso.



RIDGE

—Es mi receta. —Sonrió, colocando un mechón de cabello gris detrás de la oreja—. ¿Comprando algo en particular hoy?

—Sólo estoy echando un vistazo. Somos turistas y estamos explorando hoy.

—Hay bastantes tiendas abiertas —dijo—. Sobre todo para los, eh, caballeros de la ciudad que hacen algunas compras de regalos de última hora.

Como si lo hubiera conjurado de la nada, el timbre de la puerta sonó y un hombre entró saludando.

—Buenos días, Sandy. Tengo un poco de prisa. Yo...

—Todavía no has comprado nada para tu mujer —dijo ella—. O a tu madre.

El hombre se encogió de hombros con una sonrisa tímida y Sandy se dedicó a sacar artículos de las mesas, obteniendo su visto bueno con cada uno de ellos antes de cobrarlo y preparar dos bolsas de regalo diferentes.

Me quedé, bebiendo mi sidra y eligiendo tres espátulas y una tabla para llevarme a casa.

Austin estaba de pie estoicamente junto a la puerta, con los hombros inmovilizados, cuando sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla, su cuerpo se relajó ante lo que vio. Esperaba que saliera, pero se limitó a llevarse el teléfono a la oreja.

—Hola, mamá.

Intenté no escuchar su conversación en voz baja mientras miraba, pero era difícil no captar cada una de sus palabras en una tienda de este tamaño.

—Feliz Nochebuena —dijo—. Lo sé. Siento que yo también me la pierda.

Se estaba perdiendo la Navidad con su familia por mi culpa. Mi corazón se hundió. Maldita sea. Había estado tan preocupada por mí, que no había pensado en lo que esto le haría a él. Tal vez yo era tan egoísta como él había proclamado.

—Bien, mamá. Disfruta. Te llamaré cuando llegue a casa. —Hizo una pausa—. Sí. La cena suena muy bien. Te quiero.

Había dejado de comprar cuando terminó la llamada y deslizó su teléfono en el bolsillo. Me quedé mirándolo.

La mirada de Austin se dirigió a la mía, manteniéndola por un momento antes de apartar la vista. El rallador de queso parecía atraer su atención.

Suspiré y fui a la caja registradora, dejando que Sandy empaquetara mis cosas ahora que el otro hombre tenía sus regalos y se dirigía a la puerta. Cuando tuvo todo embolsado, le agradecí de nuevo la sidra.

Austin apareció a mi lado con una tabla de cortar en la mano.



RIDGE

—Es linda —dije.

—Sí. —Sacó su tarjeta de crédito y pagó antes de que yo le dijera adiós con la mano y le indicara el camino hacia el exterior.

—¿Te importa si caminamos un poco más? —pregunté, sabiendo ya su respuesta. Pero se lo pregunté de todos modos. Porque, a pesar de lo que él pensaba de mí, yo era considerada con sus sentimientos. Al menos, normalmente.

—Por mí está bien. —Acortó sus pasos y me dejó marcar el ritmo.

—¿Para quién has comprado la tabla de cortar? —pregunté mientras caminábamos por la cuadra.

—Mi madre.

—¿Por qué no te vas a casa? Dáselo mañana.

—Ella trabaja mañana. Celebramos juntos la Nochebuena.

—Austin. —Me detuve, sacudiendo la cabeza—. Vete a casa. Por favor. Pásalo con tu familia.

—Para cuando llegue esta noche, estará dormida. Trabaja temprano.

—Oh.

Esperó a que siguiera caminando. Siempre lo hacía. No estaba segura si eso formaba parte del manual de los guardaespaldas o si simplemente estaba siendo respetuoso, pero me gustaba que siempre me cubriera las espaldas.

—¿A qué se dedica tu madre? —pregunté, pero no esperaba una respuesta. Austin rara vez hablaba de sí mismo o de su vida personal.

—Es enfermera. Le gusta trabajar los días festivos porque le pagan tiempo y medio. Y como mi hermano y yo ya somos mayores, nos da igual celebrar en Nochebuena o en Navidad o cuando sea.

—Ah. —Asentí—. ¿Y tu padre?

—Ha muerto.

—Lo siento. —Qué manera de ser entrometida, Cleo.

—No lo hagas. Fue hace mucho tiempo, cuando yo era joven. Era bombero y murió en servicio.

—Todavía no debería entrometerme. Yo...

—Está bien, Cleo.

Cleo. Cómo me gustaba mi nombre en su voz cuando no estaba enfadado conmigo. Era como una nota profunda y resonante. Musical y sensual.



THE EDENS

#

Griffin. ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

60



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Pasamos por otra tienda abierta y el escaparate me atrajo al interior. Era una joyería especializada en plata. Encontré un hermoso brazalete con una piedra ovalada de turquesa en el centro. Lo compré para Brynne y luego un par de pendientes de plata para mí. Todo el tiempo, Austin se quedó junto a la salida, esperando a que terminara.

El tráfico en la calle principal se había intensificado cuando llegamos a las afueras del centro. El sol había calentado la carretera y, al pasar los vehículos, sus neumáticos resbalaban por la nieve.

—Me gusta Quincy —dije mientras cruzábamos la calle, paseando hacia el hotel—. Es encantador.

—Su aeropuerto deja mucho que desear —refunfuñó Austin.

Me reí.

—Es muy pequeño.

Mi vuelo hasta aquí había requerido tres escalas. Una de California a Salt Lake, luego de Salt Lake a Missoula. El último tramo hasta Quincy había sido en un avión de hélice y me había agarrado al reposabrazos todo el tiempo. Treinta minutos habían parecido tres horas.

Hice un gesto con la mano hacia The Eloise Inn.

—Me gusta que el edificio más alto del centro sea el hotel.

Se alzaba orgulloso como punto focal de la calle, pero era un guijarro comparado con las montañas nevadas de la distancia. En la pared que daba hacia nosotros, una gran corona decoraba la fachada de ladrillo.

Las guirnaldas cubrían la calle principal y brillaban bajo la luz. Cada una de las tiendas por las que pasamos tenía un escaparate festivo. Incluso las oficinas que estaban cerradas parecían estar llenas del espíritu navideño.

—Así es como debe ser la Navidad —dije—. Festiva pero pacífica.

—Estoy de acuerdo. —Austin asintió.

—Puede que sea la primera cosa en la que estamos de acuerdo. Y esta es definitivamente la conversación más larga que hemos tenido.

—No, no lo es.

—Sí, lo es.

—¿Y todos los días que estuve en la pastelería poniendo a punto la seguridad?



RIDGE



THE EDENS
#1

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Hablar de cámaras y del protocolo de salida no es una conversación. —Levanté una mano antes de que pudiera discutir—. Está bien. Sé que no te gusto. Sólo espero que podamos llevarnos bien mientras estemos aquí.

—No es que no me gustes, Cleo.

—Claro que sí. —Me encogí de hombros, fingiendo que la verdad no me dolía—. Pero aprecio tu dedicación a mi padre y a nuestra familia. Especialmente cuando eso significa que tienes que aguantarme.

—Eso no es... —Austin se pasó una mano por el cabello y dudó. Tal vez quería mentir, decirme que yo no era un gran dolor de cabeza. Pero los dos sabíamos que sería una mentira, así que en la forma predecible de Austin, simplemente se quedó callado.

—Creo que voy a entrar. —Señalé el hotel. A pesar de mi abrigo y del sol, el calor de mi sidra se había esfumado y el frío se había metido en mis huesos.

—Voy a ir a la gasolinera. A comprar unos cuantos artículos de aseo. ¿Vas a estar en la habitación?

—En realidad, voy a pasar el rato en el vestíbulo. Tal vez leer en mi teléfono junto al fuego.

—Por favor, no huyas. Mándame un mensaje si cambias de planes.

—Lo haré —prometí.

—Entonces te veré en un rato. —Con una inclinación de cabeza, se dio la vuelta y caminó por la calle.

Las largas piernas de Austin se comían la acera y, con las manos en los bolsillos del abrigo, sus hombros parecían más anchos que nunca.

No le mires el culo. Lo miré. ¿Cómo iba a resistirme a echar un vistazo rápido? Mirar el trasero perfectamente esculpido de Austin fue mi regalo de Nochebuena.

Por suerte, no se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado poniendo media ciudad de Quincy entre nosotros.

Ugh. Este estúpido enamoramiento. Lo triste era que, por mucho que me insultara o por muchas veces que me viera obligada a tirarle algo a la cabeza, no quería que el enamoramiento terminara. No había conocido a ningún hombre que mereciera ocupar el lugar de Austin en mis fantasías. Aunque a veces fuera un imbécil y siempre un gruñón, seguía siendo el sueño.

Con un suspiro, entré a duras penas. El vestíbulo del hotel era cálido y acogedor, pero a cada paso que daba sentía que estaba en el lugar equivocado.

RIDGE

Lo correcto para Austin sería empacar mis cosas y llevarlo a casa para la Nochebuena.

Me dirigí a uno de los sofás, dejándome caer frente a la chimenea, y saqué el teléfono del bolso para buscar vuelos. Había uno. El último vuelo de Quincy a Los Ángeles salía en diez minutos. No llegaríamos a tiempo.

Pero, ¿y si nos dirigimos a una ciudad más grande? Comprobé las opciones de vuelo desde Missoula. El último salía a las ocho de la tarde. Eran dos horas de viaje y el vuelo nos llevaría a casa después de la medianoche, pero estaría en casa para el día de Navidad. Si salíamos en la siguiente hora, podríamos llegar.

Me levanté del sofá y recogí mis cosas, corriendo hacia el ascensor. El elevador tardó una eternidad en volver al vestíbulo. *Date prisa. Date prisa.* Finalmente, sonó el timbre y entré, pulsando el botón de la planta cuatro. Las puertas nunca se habían cerrado tan lento. El viaje hacia arriba fue agonizante.

Atravesando las puertas, corrí hacia la habitación, tanteando la llave para entrar. Entonces dejé caer el bolso y el botín de la compra, arrancándome el abrigo mientras corría hacia el armario y mi maleta vacía. Los cajones se vaciaron en un instante. Mis artículos de aseo fueron arrojados a su bolsa de viaje. Estaba sentada sobre la maleta, cerrándola para que la cremallera se cerrara, cuando la puerta de la habitación se abrió y Austin entró, llevando una bolsa de plástico.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Haciendo las maletas. Si nos vamos ahora y conducimos a Missoula, podemos tomar el último vuelo...

—Cleo, no.

—¿Cómo que no? Tenemos que darnos prisa. —Chasqueé los dedos y señalé mi maleta—. ¿Me ayudas a cerrar la cremallera, por favor?

Austin negó.

—Ya he reservado mi vuelo para el día después de Navidad para que coincida con el tuyo. Nos quedamos.

—Pero...

—Nos quedamos. Es demasiado tarde.

—No es demasiado tarde. —Mis hombros cayeron—. No quiero que tengas que quedarte aquí y pasar la Navidad con alguien que ni siquiera te gusta.

Tiró su bolsa de plástico a un lado y cruzó la habitación.

—Me gustas.



RIDGE

Oh, cómo deseaba que eso fuera cierto.

—Está bien. No tienes que fingir.

—Me gustas, Cleo. —Se acercó aún más, sus manos llegaron a mis hombros.

Mi corazón se detuvo. Realmente se detuvo. Austin no me tocaba. Nunca. A menos que fuera por error. Pero el peso de sus anchas manos y el calor de sus palmas se filtraron a través de mi jersey y en mi piel.

—Nos quedaremos.

Apenas registré sus palabras. Olía tan bien, como a colonia picante y aire fresco y un aroma que era totalmente de Austin. ¿Por qué tenía que oler tan bien? Resistí el impulso de dejar caer mi nariz en su pecho.

—¿Estás seguro?

Ahí estaba yo, comprobando de nuevo.

Austin no respondió.

Sólo que en lugar de molestia en su rostro, tenía una expresión diferente, una que no podía entender. Tenía la frente arrugada, casi como si le doliera. Sus labios estaban fruncidos en una fina línea. Pero sus ojos contaban una historia completamente diferente. Eran intensos y oscuros, el marrón de un tono más profundo de lo normal y totalmente hipnotizante.

Tal vez no le gusté.

O tal vez...

Antes de que pudiera permitirme la fantasía de que podría gustarle, sólo un poco, Austin apartó sus manos de mis hombros, se giró para recoger la bolsa de plástico del suelo y entró en el baño, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Dos segundos más tarde, el sonido del chorro de la ducha entró en la habitación.

Me bajé de la maleta y me tumbé en la cama, gimiendo hacia el techo.

¿Por qué no podemos ser amigos? La vida sería más fácil si fuéramos amigos. ¿Por qué no puedo deshacerme de este estúpido enamoramiento?

—Quiero volver a casa —refunfuñé. Montana había sido un gran error.

Pero estaba aquí. Austin estaba resignado a la idea de quedarse y, a medida que pasaban los minutos, nuestras posibilidades de llegar a casa en Los Ángeles para Navidad disminuían.

Era el momento de sacar lo mejor de una situación incómoda. Me levanté de la cama y deshice rápidamente la maleta. Luego, mientras la ducha se



RIDGE

apagaba, garabateé una nota para Austin en la que le decía que había ido al vestíbulo. Estaba desnudo al otro lado de la puerta del baño. No había manera de que pudiera ocultar el rubor de mis mejillas cuando saliera.

Así que me escabullí de la habitación y fui al vestíbulo. Había un nuevo empleado en el mostrador cuando me acerqué.

—Hola. Me preguntaba si podía reservar un lugar en el comedor para la cena de esta noche.

—Por supuesto. —El empleado sonrió y anotó mi reserva.

—Gracias.

Si la víspera de Navidad era el momento de Austin para celebrar, entonces haría todo lo posible para que este viaje fuera agradable. Empezando por la cena.

RIDGE

7



THE EDENS
1 #

Austin

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—H ola —respondí a la llamada de Channing—. ¿Cómo va todo?

—Bien. Sólo quería llamar para asegurarme de que no se te han congelado las bolas todavía.

Me reí.

—No del todo. Lamento no estar allí hoy.

En cambio, estaba de vuelta en la tienda de suministros agrícolas con dos pantalones térmicos colgados de un brazo mientras miraba los paquetes de calzoncillos y calcetines. Me había duchado, pero llevar la ropa de ayer me estaba cansando. Podía sobrevivir con los mismos vaqueros durante el resto del viaje, pero no iba a llevar la misma maldita ropa interior.

Probablemente debería haber parado en la tienda después de mi viaje a la gasolinera para comprar artículos de aseo, pero a estas alturas, no me importaba hacer varios viajes. No había mucho más que hacer hoy.

—Te lo compensaré en Año Nuevo —le dije a Channing.

—Está bien —dijo—. Mamá y yo estamos bien. Ella está cocinando todas mis cosas favoritas hoy porque se siente culpable por no estar en casa en Navidad.

Así era mamá todos los años. Se pasaba toda la Nochebuena en la cocina, preparando más comida de la que Channing y yo podíamos comer en toda la semana, y mucho menos en un solo día, para que el día de Navidad no estuviéramos solos.

Luego volvía a casa de su turno en el hospital y comía las sobras. Mamá no hacía el tradicional asado de Navidad, ni jamón, ni pavo. Se dirigía directamente a nuestros favoritos: lasaña casera y enchiladas de chile verde. También se recalentaban bien en el microondas.

66



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

- Me gustaría estar allí —dije.
- Tienes que lidiar con la diva.
- No es una diva. —Fruncí el ceño y agarré un paquete de cuatro bóxers y un paquete de calcetines negros.
- Amigo, las chicas que tienes que proteger son unas divas totales.
- No Cleo.
- ¿Entonces por qué se fue a Montana a unas vacaciones lujosas?
- Sólo vino a estar sola.
- Diva.
- ¿Quieres dejar de llamarla diva? —me quejé—. Ella no es así.
- Vaya. Lo siento —murmuró.
- No eres tú. —Suspiré—. Estoy al límite.

Estar en este viaje, tan cerca de Cleo, me estaba convirtiendo en un bastardo excepcionalmente gruñón.

Había un chasquido de fondo, como si Channing estuviera pulsando botones. Supongo que mientras mamá estaba en la cocina, él estaba jugando a los videojuegos. A mí nunca me habían gustado, pero en vacaciones como ésta, hacía una excepción y dejaba que me enseñara a jugar.

—Ojalá estuviera allí —repetí. Aunque sólo era parcialmente la verdad. Cleo era magnética y encantadora. El tiempo con ella nunca era un desperdicio, por muy doloroso que fuera mantener mis ataduras.

—Sí —dijo Channing—. Al menos no tienes que ir a una fiesta de ricos.

—Cierto. —Los Hillcrest hacían una extravagante celebración de Nochebuena y a Ray le gustaba tener seguridad dentro y fuera de la casa. Mi equipo estaría allí esta noche, como todos los años. Mi segundo al mando, Blake, estaría allí mismo y no importaba lo que surgiera, él se encargaría.

Cuando empecé con Garrison, gestionaba el negocio y me encargaba de las tareas de los clientes. Pero a medida que fuimos creciendo, reduje mi tiempo con los clientes. Me centré en la evaluación de riesgos y en la asignación de trabajos a los miembros del equipo. Construí relaciones con mis clientes y formé a mi equipo, la mayoría de los cuales eran ex militares, en nuestros protocolos.

Confiaba en todos y cada uno de ellos mientras estaban en el campo, por lo que asistir a eventos y fiestas personalmente no era algo que hiciera durante años.



RIDGE

Especialmente cuando se trataba de los Hillcrest. Era demasiado ver a Cleo ataviada con un vestido brillante, la tela rozando sus curvas, y su sonrisa brillante, falsa, pero hermosa.

Pasé por delante de una estantería de pantalones de chándal y agarré unos de color gris claro. Serían mejores para dormir esta noche que mis vaqueros cuando acampase en el suelo.

—¿Pasa algo más? —le pregunté a Channing.

—No. —Su atención había vuelto claramente a su juego, no es que fuera muy hablador por teléfono de todos modos. Conseguir alguna idea de cómo iban sus clases era una lucha.

A los dos nos iba mejor en persona. Encontraría algún momento la próxima semana para llevarlo a comer o cenar y asegurarme de que estaba bien.

—De acuerdo, te dejo ir. Dale un abrazo a mamá de mi parte. Y no te comas todo. Volveré el día después de Navidad y más vale que haya enchiladas.

Se rio.

—No prometo nada.

Terminé la llamada y volví a echar un vistazo a la tienda por si necesitaba algo más. No había nada. Todo lo que había comprado cabía en mi bolso. Esta noche trabajaría en mi portátil, contestando correos y leyendo informes. Con suerte, eso sería suficiente para distraerme de Cleo en la cama con ese pijama tan escaso. Aunque sería más difícil disimular mi atracción en sudor.

—¿Otra vez? —me preguntó el dependiente cuando me acerqué a la caja registradora y dejé mis cosas—. Pensé que habías vuelto para comprar un regalo de última hora para tu novia. Eso es más o menos lo que están haciendo todas las compras hoy.

—Ella no, eh... no. Esto es sólo para mí.

Maldita sea. ¿Debo comprarle a Cleo un regalo? Ni siquiera había pensado en eso. ¿Por qué iba a hacerlo? Si le comprara algo, eso lo haría raro, ¿no? Pero era Navidad.

Tal vez podría comprarle algo de la tienda de cocina. Cleo tenía más utensilios de cocina que cualquier otra persona en la tierra, pero había echado el ojo a una especie de espátula. ¿Se daría cuenta del regalo? ¿Sabría que había estado observando todos sus movimientos en aquella tienda, no porque me preocupara su seguridad, sino porque apenas podía apartar los ojos de ella?

A la mierda mi vida. ¿Cuándo una espátula se había vuelto tan complicada?



RIDGE

—¿Efectivo o tarjeta? —Mientras yo debatía los méritos de una maldita espátula, el dependiente había contabilizado mis compras y las había embolsado para llevar.

—Oh, lo siento. —Saqué mi cartera y pasé mi tarjeta por la máquina. Luego agarré mis cosas y me fui. Me obligué a cruzar la calle para no caer en la tentación de entrar en la tienda de artículos de cocina.

Si Cleo fuera mía, le compraría todas las baratijas de cocina que caben en sus cajones. Le compraría regalos de buen gusto, que ella apreciara, a diferencia de las joyas demasiado elegantes que su padre le compraba cada Navidad y que nunca usaba.

Ella apreciaría más un par de sencillos pendientes y un nuevo rodillo que el Tesla que él le había comprado el año pasado. El Tesla que había vendido dos semanas después, donando los beneficios a caridad.

Blake había estado con ella ese día. Se había reído y puesto los ojos en blanco ante Ray, y luego había elogiado a Cleo por ser el soplo de aire fresco que era.

No necesitaba un auto nuevo. Lo que necesitaba era un fin de semana en Montana para relajarse.

Ese podría ser mi regalo para ella. Este par de días.

Cuando volví al hotel, atravesé las puertas y miré hacia la chimenea. Cleo estaba en uno de los sofás, con los ojos pegados al teléfono. Había estado en el mismo lugar cuando me había ido antes.

Crucé el vestíbulo, poniéndome al lado de su sofá.

—Hola.

—Hola. —Una sonrisa natural se extendió por su rostro cuando levantó la vista. Sonreía a todo el mundo y siempre era genuina. Esas sonrisas, combinadas con sus productos horneados, eran la razón por la que la gente acudía a su pastelería. Cleo era magnética—. ¿Dónde has ido?

Levanté la bolsa.

—Compré un par de cosas para poder cambiarme.

—Oh. —Sus hombros cayeron—. Lo siento.

—Deja de disculparte. Voy a subir a cambiarme y luego a trabajar. Estaré fuera de tu vista para que puedas relajarte en la habitación.

—En realidad, he hecho una reserva para cenar.



RIDGE



—Oh. —Hice una mueca. Una cena íntima de Nochebuena con esta hermosa mujer sería una tortura.

La sonrisa de Cleo desapareció.

—Puedo cancelarla.

—No, no lo hagas. —Si lo que quería era cenar, entonces comería con ella.

Durante mucho tiempo, había fingido ser un profesional. Había mantenido una distancia profesional. Había mantenido nuestras interacciones *profesionales*. Me había alejado de ella para mantener *la profesionalidad*.

Si profesional significaba realmente actuar como un grosero, un maldito idiota, tenía la profesionalidad justa.

Cleo no se merecía mi actitud. Durante el último día, durante los últimos cuatro años, había estado actuando como un idiota. Mantener la actuación era agotador.

Hoy, intentaría ser un *verdadero* profesional.

—La cena suena muy bien. Gracias. —Señalé mi camisa—. Pero no tengo nada bonito que ponerme.

—Yo tampoco. Y lo he comprobado con el comedor. No es elegante. Podemos ir como estamos.

—Bien, entonces. ¿A qué hora?

Su rostro se iluminó con una sonrisa radiante.

—Siete y media.

Eso me daba cuatro horas para recomponerme, dejar de hacer pucheros y dejar de arruinar sus vacaciones.

—Estaré allí.



—Esto es muy bueno. —Cleo cerró los ojos y tarareó. La expresión de éxtasis en su rostro era más apetecible que el pastel de chocolate en mi tenedor. Abrió los ojos y sonrió—. ¿Qué tal el tuyo?

Dejé caer mi mirada hacia mi plato y me aclaré la garganta.

—Bien.

—¿Quieres probar un poco de tarta de queso?

RIDGE

—No, gracias. —Me metí un bocado en la boca y miré a cualquier parte menos a ella.

Éramos los únicos que quedábamos en el comedor. Había habido dos grupos grandes aquí esta noche, pero ambos se habían disuelto y marchado hacia una hora.

Cleo y yo habíamos comido sin prisas. No había habido mucha conversación, pero gracias a los demás en la sala, habíamos pasado el tiempo observando a la gente. Los demás nos habían dejado amablemente mirar mientras comían, reían y abrían regalos. Cleo y yo habíamos pedido filetes. No había quedado ni un gramo en nuestros platos. Estaban muy buenos.

—¿Más? —Cleo levantó la botella de vino tinto entre nosotros.

—Claro. —Sujeté el tallo de mi copa mientras ella servía.

—Me gusta esta versión de Austin.

—¿El que bebe?

Ella soltó una risita, llenando su propia copa.

—Sí. Es genial.

—Eres la primera persona que me llama frío. —Di otro mordisco a mi pastel seguido de un sorbo de vino, y la última pizca de tensión por esta comida se desvaneció.

Me permití *relajarme* y disfrutar de su compañía.

—¿Siempre quisiste tener una pastelería? —le pregunté.

—Sí. Mi madre me dejaba ayudarla en la cocina. Me dejaba triturar plátanos para el pan de plátano y medía los ingredientes para que yo los echara en el bol de la batidora. Era muy pequeña cuando murió, pero nunca olvidé esos días en la cocina. Cuando me hice mayor, era algo que podía hacer para sentirme unida a ella.

No había más que adoración y amor en sus ojos cada vez que hablaba de su madre. No era seguido, pero sí lo suficiente como para ver que Cleo llevaba a Janet en su corazón. Tal vez por eso su comida era de otro mundo. Estaba impregnada de amor.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Siempre quisiste dedicarte a la seguridad privada?

—No sé si alguien en este negocio planea estar en este negocio. —Al menos, así fue para todos mis chicos—. Simplemente caí en ello. Siempre quise ser bombero, como mi padre. Mi madre quería que me licenciara primero, pero yo había planeado solicitar un puesto en cuanto lo tuviera. Entonces, un mes



RIDGE

antes de la graduación, conocí a un tipo que tenía una empresa de seguridad. Buscaba un poco de músculo para trabajar en algunos eventos.

La mayoría de los otros chicos de veintitantes años que había contratado se habían aburrido. Habían odiado estar de pie contra la pared, observando una fiesta en lugar de participar en ella. Pero a mí me había gustado el trabajo. Era interesante observar a la gente cuando no se daba cuenta de que la estaban observando.

Había visto a los hombres mirar a otras mujeres además de sus citas. Había oído a mujeres hablar de otras mujeres. Y había aprendido lo que se siente cuando la tensión en una multitud se dispara antes de que estalle una pelea.

—Estaba trabajando en este concierto. Era un acuerdo privado en un hotel para una fiesta de veintiún años. El cumpleañero era un niño rico mimado. Su padre era un actor, y no, no puedo decirte quién.

—Qué pena. —Hizo un mohín.

—Acababa de cumplir veintidós y estaba a semanas de graduarme. Mi carga lectiva era escasa, así que aceptaba cualquier trabajo que me dieran porque quería el dinero. Así que estoy en un concierto y estos dos imbéciles exaltados están a punto de pelearse por una chica. Los separé sin romper ningún hueso ni hacer una escena. No fue gran cosa, pero mi jefe estaba allí esa noche. Lo vio todo. Antes de irnos esa noche, se ofreció a formarme y a darme un trabajo que pagaba el triple de lo que habría ganado en un año como bombero. No pude dejarlo pasar.

—¿Cuánto tiempo trabajaste para él? —preguntó Cleo.

—Unos cinco años. Se jubiló, se mudó a Hawái y decidí fundar Garrison. —Había construido mi empresa lenta y deliberadamente, contratando sólo a miembros del equipo cuando podía garantizar sus ingresos durante un año. Llevaba dos años trabajando en Garrison antes de que Ray se convirtiera en cliente, y desde entonces habíamos crecido considerablemente.

Seguía siendo una empresa pequeña en comparación con las empresas de seguridad privada de Los Ángeles. Tenía la intención de mantenerla así, eligiendo servicios de calidad en lugar de un equipo masivo. Aun así, Garrison era más grande de lo que había soñado luego de menos de una década en el negocio.

—¿Alguna vez has deseado ser bombero? —preguntó Cleo.

—De vez en cuando —admití—. Cuando veo catástrofes y a los uniformados unirse, me arrepiento. Pero, sobre todo, me considero afortunado por tener un buen trabajo. Y me gusta llevar la voz cantante.



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Cleo se rio.

—Eres bastante mandón.

—Riesgos laborales.

Recogió el bolso que había traído a la cena del asiento de la silla vacía a su izquierda, y sacó una pequeña caja envuelta.

—Te he traído algo.

Joder. Debería haberle comprado esa espátula.

—Yo... no te compré nada.

—Oh, esto no es nada. No espero ni necesito regalos este año. Pero vi esto y no pude dejarlo pasar. —Deslizó la caja por la mesa.

La agarré y desenvolví con cuidado el papel de aluminio rojo y dorado para descubrir una baraja de cartas. La caja era una escena de montaña pintada a mano con las palabras: *Bienvenidos a Quincy*.

—Me he dado cuenta de que las colecciónas.

Logré asentir. Sostuve la caja, sin palabras. ¿Cómo lo había sabido? Coleccionaba barajas de todos los lugares a los que había viajado. Si hubiera visto éstas, las habría comprado.

—Las vi ayer en el aeropuerto cuando volé y me parecieron preciosas —dijo—. Si no te gustan, no vas a herir mis sentimientos.

Espera. Ella la había comprado incluso antes de que yo apareciera aquí. ¿Por qué? ¿Por qué me compraría algo cuando me odiaba?

Tal vez...

Dejé de lado ese pensamiento y me aclaré el nudo en la garganta. Entonces levanté la vista y me encontré con sus brillantes ojos color avellana.

—Son geniales. Gracias.

—De nada. —Sonrió—. Espero que te guste.

—Me gusta. Mucho.

—¿Por qué cartas? —preguntó—. Creo que es algo genial para coleccionar. Mejor que los vasos de chupito o los imanes de la nevera. Pero siempre me he preguntado por qué.

—Mi madre. Ella me enseñó a jugar a diferentes juegos cuando era pequeño, pero yo era duro con las cartas. Siempre que tenía dinero, compraba una baraja nueva y le rogaba que me enseñara un nuevo juego.

—¿Cuántas tienes?

73



RIDGE

—Ni idea. Pero llenan tres cajones de mi cocina.

—Son muchas barajas.

Y esta sería mi baraja favorita.

La camarera apareció junto a nuestra mesa, con las manos apretadas alrededor de un folio negro que probablemente contenía nuestra cuenta.

—¿Qué tal el postre? ¿Puedo ofrecerles algo más?

—No, creo que hemos terminado —dijo Cleo—. Gracias. ¿Puedo poner esto en la cuenta de mi habitación?

—Sí, por supuesto. —La mujer le entregó la cuenta—. Y puedes llevarte el vino siquieres retirarte a tu habitación.

—Cleo... —Empecé a protestar y a agarrar la cuenta, pero me hizo callar con el ceño fruncido. Luego firmó su nombre en el recibo y añadió una propina—. Gracias por la cena —dije después de que la camarera recogiera nuestros platos.

—Gracias por comer conmigo. —Cleo se levantó de su silla—. ¿Me enseñas un juego de cartas?

—Claro.

Tomó su copa de vino y la botella, y luego salió del comedor. Pero en lugar de dirigirse al ascensor, volvió al sofá frente a la chimenea donde había estado leyendo antes.

—¿Aquí?

—¿Prefieres jugar en la habitación?

—No, aquí está bien. —Me dejé caer en el sofá y levanté la tapa de mis cartas. Cuanto menos tiempo pasáramos en ese dormitorio, mejor—. ¿Sabes jugar al gin rummy?

—No.

Saqué las cartas de la caja y las barajé. Luego le enseñé a jugar al gin. Una hora después, se había terminado la botella de vino y no había ganado ni una sola mano. Pero su sonrisa y el brillo de sus ojos no lo decían.

—Gin. —Descarté mi última carta.

—¿Qué? ¿Ya? —Soltó una risita y tiró sus cartas en el montón—. Bien, me rindo. Juguemos a otro juego. ¿Qué tal guerra? ¿O pesca? Puede que tenga una oportunidad si jugamos a juegos de niños.

—Aprendí a jugar al gin cuando tenía seis años.

RIDGE

—Fanfarrón. —Puso los ojos en blanco y se llevó la mano a la boca para tapar un bostezo.

—Deberíamos subir.

—No, todavía no. —Se relajó en el grueso cuero del sofá, inclinando los ojos hacia la chimenea de piedra y observando la corona que colgaba sobre el fuego—. Es tranquilo. Me gusta estar aquí.

—A mí también. —Recogí las cartas, volviéndolas a poner en la caja, y luego igualé su posición.

—Gracias, Austin. —Volvió la cabeza para mirarme. De alguna manera, mientras yo guardaba las cartas y ella estaba sentada, nos habíamos acercado. O tal vez nos habíamos acercado mientras jugábamos, utilizando el cojín central del sofá como mesa de juego.

Siempre que había ocurrido, nuestros hombros casi se tocaban. Un mechón de su cabello se había deslizado sobre el cuero del sofá y había rozado el algodón de mi camisa.

—¿Por qué?

—Por este descanso. Sé que fue algo fuera de lo normal para mí, pero a veces sólo quiero decir a la mierda con todo. Sólo hacer lo que hace feliz a mi corazón. ¿Tiene algún sentido?

—Sí. —Mis ojos recorrieron su rostro. Sin pensarlo, levanté mi mano para acariciar su mejilla.

Su respiración se entrecortó.

Un cosquilleo recorrió mi piel.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Haciendo feliz a mi corazón.

Me incliné más cerca. Y besé a Cleo.



RIDGE

8



THE EDENS
1#

Cleo

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

A

Iguien estaba tocando un tambor en la habitación de al lado. Un tambor muy fuerte y extremadamente doloroso.

No. Espera. Eso era sólo mi pulso.

—Jódete, vino —gemí contra la almohada, cerrando los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto había bebido anoche en la cena con Austin.

Salí disparada de la cama.

Oh. Mi. Dios.

Austin me había besado. Austin Myles me había besado.

Me había besado, ¿verdad? ¿O lo había soñado en mi estado de embriaguez?

Mi mano voló a mis labios. Los sentía igual que siempre. Tal vez un poco secos, ya que no me había puesto mi bálsamo nocturno para dormir. Toqué los bordes, buscando cualquier señal de que había besado al hombre más hermoso y sexy que había visto nunca, pero no había nada.

Sin rozaduras en la piel. Sin hinchazón.

Pero no lo había imaginado. No lo había soñado. Recordaba claramente que estaba sentada en el sofá en mi feliz zumbido cuando Austin dejó caer sus labios sobre los míos.

Después de eso, las cosas se volvieron borrosas. La realidad había sido raspada por la barba de su escultural mandíbula.

El beso no había durado mucho. No había habido ni lengua ni mordiscos juguetones. Sólo los suaves labios de Austin sobre los míos y el deseo irrefrenable de... más.

Oh, Dios mío. Austin me había besado.

76



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

¿Por qué? ¿No me odiaba? ¿No era una gran molestia en su vida?

—Y dónde estaba?

Me giré en círculo, con la cabeza dando vueltas. La habitación estaba vacía excepto por mí. Estaba sola, pero no había llegado sola a la habitación. Austin había estado conmigo. Tras la partida de cartas y el beso, se había tumbado en la cama a mi lado y yo le había sonreído hasta quedarme dormida.

La almohada de su lado de la cama tenía una abolladura notable. La colcha estaba arrugada porque él había dormido encima de las sábanas mientras yo me había metido.

Al menos no había sufrido en el suelo.

Había dormido a mi lado y me había besado. ¿O lo había besado yo? Oh, mierda. Se me revolvió el estómago. ¿Tenía todo esto al revés?

—Soy tan estúpida. —Me llevé una mano a la frente dolorida.

Austin no tenía ninguna razón para besarme. Ninguna. Pero había estado achispada por el vino, algo que siempre me hacía ser coqueta y atrevida, y lo había besado. Luego me había llevado arriba y me había acostado.

El hombre probablemente ya estaba de vuelta en California.

Incliné la cabeza hacia el techo y gemí.

—Montana fue una idea horrible.

La mortificación rezumaba en mis huesos, haciéndome estremecer. Me dirigí al baño y comprobé mi estado de desaliño. Tenía el cabello por todas partes y el maquillaje que no me había quitado anoche estaba corrido.

Al menos Austin no estaba aquí para ver la maldita ruina en la que me había convertido. Yo era lo más alejado de lo deseable. Demonios, ni siquiera quería ser yo en ese momento. Así que me lavé los dientes, abrí la ducha y me puse a trabajar recogiendo los jirones de mi dignidad.

¿Y qué si lo había besado? Podría explicarle que fue un error y disculparme. Podía fingir que nunca había sucedido. Una vez que volvíéramos a Los Ángeles, esperaba no volver a ver a Austin, pero daba igual. De todos modos, no le gustaba y quizás me resultaría más fácil dejar atrás el enamoramiento si Austin se convertía en un recuerdo lejano.

Mi ducha estaba lejos de ser relajante por la forma en que me temblaban las manos. Las lágrimas se me clavaron en las comisuras de los ojos, pero me negué a llorar, así que me enjuagué el acondicionador del cabello y salí. El melodrama no iba a facilitar las cosas.



THE EDENS

#1

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

77



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Me sequé y envolví el cuerpo con una toalla, luego me pasé un cepillo por el pelo antes de hacer un nudo. Cuando salí del baño, esperaba encontrar mi habitación vacía.

Pero ahí estaba. Un hombre glorioso de un metro ochenta. sosteniendo dos tazas de cerámica blanca. Me encantaba The Eloise Inn, pero tenían que mejorar el café en la habitación.

—Pensé que querías esto. —Me tendió una taza.

Lo que quería era hacer retroceder el tiempo. Bueno, no completamente. No quería olvidar el beso a Austin.

—Gracias. —Tomé la taza mientras su mirada recorría mi cuerpo. Mi cuerpo muy desnudo cubierto sólo con una toalla blanca.

Lo correcto sería vestirse y hablar de esto lejos, muy lejos de la cama que parecía hacerse más grande cada vez que los dos estábamos juntos en esta habitación. En lugar de eso, bajé la barbilla y me tragué el nudo en la garganta.

—Sobre lo de anoche... —dije al mismo tiempo que Austin:

—Siento haberte besado.

Parpadeé y mis ojos se dirigieron a los suyos.

—¿Qué?

—Siento haberte besado. —No parecía arrepentido. Había una pequeña sonrisa en su boca, y Austin nunca me sonreía. Nunca. Excepto que lo había hecho anoche, como lo estaba haciendo ahora. Esos ojos marrones eran más oscuros de lo normal. No parecía en absoluto incómodo o molesto por encontrarme recién duchada y con una toalla.

—¿Me has besado? Pensé que te había besado.

—No.

—Pero te devolví el beso.

—Lo hiciste.

¿Qué demonios estaba pasando? No iba a volver a beber. Claramente, algunas mujeres nacieron capaces de pensar razonablemente después de dos noches de beber. Yo no.

Austin estaba de pie frente a mí, sus ojos iban entre mis ojos y mi boca.

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué me besaste?

Se dio la vuelta, dejó la taza en la mesita y cruzó la habitación. No me tocó, pero se quedó cerca, a escasos centímetros.

RIDGE

—Ayer dijiste que no me gustabas. Pero eso no es cierto. Me gustas. Siempre me has gustado. Y supongo que, simplemente... bajé la guardia. Lo siento.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Disculpa?

—No quiero incomodarte.

—¿Incomodarme? —Sonaba como un loro. Un loro con resaca.

Asintió.

—Fue poco profesional.

—¿No fue profesional?

—Eres mi clienta, Cleo.

—Pero querías besarme.

—Sí.

Austin había querido besarme. Bueno, ¿qué mierda hacía con esta información?

Mi cabeza estuvo a punto de explotar, como aquella vez que se me cayó un saco de harina en la pastelería y todo salió despedido en un soplo blanco.

Bien, no había hecho ningún movimiento con Austin. Él había sido el que inició el beso. Mi cerebro comenzó a reaccionar y los detalles de anoche se aclararon a través de la niebla del vino. Austin me había tocado la cara. Me había tocado la mejilla. Había sido él quien se había inclinado hacia mí.

Y aquí estaba, disculpándose por ello. Arrepintiéndose.

—Olvidemos lo que pasó. —Dejé la taza de café en el mueble de la televisión y me agaché para abrir un cajón en busca de ropa. Hice una bola con una braga en el puño y escondí el sujetador en una camiseta, luego saqué un vaquero.

—Cleo... —Austin suspiró mientras me ponía de pie, con la ropa pegada al pecho.

—Está bien.

—No, no lo está.

—Por favor, Austin. No lo hagas. Ya me siento bastante avergonzada. No quiero que te sientas culpable. —Le dediqué una pequeña sonrisa, dispuesta a correr y pasar el día de Navidad encerrada en el baño del hotel. Pero él me detuvo con su siguiente frase.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

79



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—No me siento culpable.

—¿Eh? —Me quedé con la boca abierta—. ¿No?

—Nunca me sentiré culpable por besarte.

Parpadeé. Si estaba confundido, al menos la mirada torturada de su rostro me hizo sentir que no era la única que luchaba por darle sentido a esto.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —murmuró, pasándose una mano por la mandíbula—. Mira, me gustas.

—Ya lo has dicho.

Austin dio un paso adelante, acortando la distancia que yo había puesto entre nosotros.

—Sé que no soy tu persona favorita y que he sido un imbécil a veces, la mayor parte del tiempo, pero no puedo seguir fingiendo. Lamento cómo te he tratado. Lo siento de verdad. No te lo merecías. No estoy orgulloso de ello.

Puf. Mi cerebro hizo puf.

—Me gustas, Cleo.

Esto tenía que ser un sueño porque si a Austin *le gustara* me derretiría en un charco. Menos mal que llevaba esta toalla para absorberlo.

—Siento haberte besado. —Levantó la mano y me acarició la mejilla, como había hecho anoche. El zumbido de la electricidad me robó el aire de los pulmones y me incliné hacia su contacto.

—Yo no —susurré.

—¿No?

—No. —Sacudí la cabeza.

—¿Me odias?

—Algunos días —admití.

Eso me valió una sonrisa de oreja a oreja, con dientes blancos y rectos. Ser un charco era inminente.

—¿Qué está pasando?

La mirada de Austin bajó a mis labios.

—Te estoy besando de nuevo.

—Oh —dije mientras su aliento acariciaba mi mejilla.



RIDGE

Luego, su boca estaba allí, rondando la mía antes de dejar caer un beso en la comisura de mi boca. Luego otro. Y otro más. Me acribilló a besos hasta que me incliné y la ropa que llevaba en los brazos cayó a mis pies descalzos.

Los brazos de Austin me rodearon y me aplastaron contra su cuerpo. Los besos suaves desaparecieron y estrelló sus labios contra los míos. Me abrí y dejé que su lengua me penetrara. Su sabor estalló en mi lengua y gemí, rodeando con mis brazos sus anchos hombros para sujetarlo con fuerza.

Maldita sea, Austin me estaba besando. Y Dios mío, lo hacía muy bien. Me temblaron las piernas y apreté mi agarre en sus hombros antes de que mis rodillas pudieran ceder.

Austin apartó su boca y dejó caer su frente sobre la mía.

—¿Quéquieres?

—Tú. Siempre te he deseado.

Se inclinó hacia atrás, sus cejas se juntaron.

—Lo has hecho?

—Vamos. —Solté una risita—. Tienes que saber que estoy enamorado de ti desde el día en que mi padre te trajo a Crumbs.

—Tenías una mancha de chocolate en la mejilla y tus dedos estaban morados.

Ese día había estado haciendo pasteles de arándanos y, en el momento en que Austin entró, me reprendí por no llevar guantes. Me había dado mucha vergüenza que me hubiera visto con los dedos morados.

—Fuiste brusco. Me dijiste cinco palabras.

Hola. Me alegro de conocerte.

—Te miré y se me trabó la lengua. Ojalá hubiera ido a la pastelería antes de aceptar el trabajo con tu padre. Deseé haberte conocido primero.

Suspiré, con el corazón apretado.

—Si mi padre se entera, perderás tu trabajo.

—Lo haré.

Desenganché los brazos de su cuello y esperé que me bajara, pero su agarre se hizo más fuerte y me levantó, con los dedos de los pies colgando por encima de la alfombra. Sus ojos buscaron los míos, esperando que me decidiera.

Porque esa mirada de confianza, de completa seguridad, me decía que Austin ya había decidido. No le importaba perder este trabajo.



RIDGE

Si todo lo que teníamos era este viaje, no quería pensar en lo que pasaría mañana. Quería estar con Austin. Sólo por esta vez.

—Bésame de todos modos.

No hacía falta decírselo dos veces. Austin aplastó sus labios contra los míos y el calor en la habitación se disparó. Con sólo una toalla, estaba ardiendo y estaba tan desesperada por sentir su piel contra la mía que tiré de su camisa.

Su lengua saqueó mi boca, sin dejar ningún rincón sin tocar. Las yemas de sus dedos se clavaron en las curvas de mis caderas mientras nos daba la vuelta y nos acompañaba a la cama.

—Maldita sea, Cleo, cómo te deseó. —Separó su boca de la mía y la dejó caer sobre mi cuello, arrastrando besos húmedos por mi piel.

—Sí. —Mis dedos se hundieron en su cabello oscuro.

Gruñó contra mi piel y me dejó caer al borde de la cama.

Me quedé mirando mientras se llevaba la mano a la espalda y se quitaba la camiseta. *Oh, abdominales.* ¿Era esta la razón por la que no comía productos horneados? Porque un paquete de seis era bueno. Le perdonaría cada bocado perdido de mi comida si me dejara pasar mis manos por su estómago de tabla de lavar.

Se me hizo la boca agua y busqué el botón de sus vaqueros, pero mi mano fue apartada.

—Todavía no. —Dejó caer su mirada a la parte delantera de mi toalla.

Levanté una mano para deshacer el pliegue de la tela sólo para que mi mano volviera a ser quitada.

—¿Por qué fue eso?

—Es de mala educación desenvolver el regalo de otra persona.

Y ahí estaba el charco. Se acumuló entre mis piernas.

Austin me agarró de la mano y me puso de pie. Su dedo recorrió la línea desnuda de mi hombro, haciendo que un escalofrío me recorriera. Ese mismo dedo rozó mi clavícula antes de sumergirse en el hueco de mi garganta. Se movió lentamente, recorriendo cada centímetro deliberadamente, hasta que jadeé bajo su contacto.

—Austin.

Su atención se centró por completo en su dedo cuando finalmente alcanzó la línea de la toalla. Luego, con un movimiento de muñeca, desapareció, olvidada a mis pies.



RIDGE

Mantuve mi mirada en la dura planicie de su pecho, observando el vello de sus pectorales. Estudié los contorneados músculos de sus brazos y cómo las venas de sus bíceps y tríceps se enroscaban entre sí, todo ello mientras él estudiaba mi cuerpo con la misma intensidad.

Sus ojos recorrieron cada una de las curvas de mis pechos y la hinchazón de mis caderas. Bajaron hasta el vértice de mis muslos. Cuando me atreví a levantar la vista, había tanto aprecio y lujuria en su mirada que me robó el aliento.

Austin levantó una mano para ahuecar uno de mis pechos mientras se acercaba, y el calor de su pecho chocaba con el mío. Giró mi pezón entre sus dedos, y sus ojos no dejaron de vagar, dejando rastros de cosquilleo en mi piel.

—Mi turno. —Metí la mano entre nosotros para agarrar la cintura de sus vaqueros. No me detuvo cuando abrí el botón y arrastré la cremallera sobre su excitación.

Pasé la palma de la mano por su longitud, presionando con fuerza mientras su erección llenaba mi mano. Era larga, gruesa y perfecta. Un dolor floreció en mi interior, el latido del deseo coincidía con los fuertes latidos de mi corazón.

Austin puso su dedo bajo mi barbilla y subió mi boca, reclamándola con la suya mientras me tumbaba en la cama. Luego se apartó para desnudarse, volviendo a acercarse a mí con una ferocidad que nunca antes había sentido.

Me deseaba. Lo sentí en el golpe de su lengua y en el firme agarre de sus manos. Me quería a mí, sólo a mí.

Antes no me había dado cuenta, pero a medida que besaba, chupaba y lamía, todo se hizo evidente. Los insultos. Las críticas. Los rechazos. Los había utilizado como herramientas para mantenerme alejada.

Con un brazo alrededor de mi espalda, Austin me metió más en la cama. Su peso me presionó contra el colchón y, cuando abrí las piernas, se relajó en el hueco de mis caderas, sin romper ni una sola vez nuestro beso.

Mis manos recorrieron las duras líneas de su espalda, mis cortas uñas se clavarón en los sólidos músculos de su cuerpo.

Cada lametón y cada mordisco hacían que el dolor de mi corazón se disparara.

—Austin.

Metí la mano entre nosotros para empujar su eje, pero se detuvo.

—Joder. Sin condón.



RIDGE



THE EDENS
1 #

—No me importa.

—¿Estás...?

Asentí y arqueé las caderas.

—Por favor.

Tomaba la píldora desde la escuela y no había estado con un hombre desde la universidad. Salir en los últimos cuatro años había sido casi imposible. Era difícil salir con alguien cuando estabas encaprichada con tu guardaespaldas.

Austin arrastró la punta de su polla por mis pliegues.

—Dios, estás mojada.

—Para ti. —Siempre para él.

Se movió, lentamente, hacia adelante y hacia atrás hasta que se deslizó dentro, llenándome y estirándome.

—Austin —gemí.

—Dios, qué bien te sientes. —Dejó caer una serie de besos por mi pecho hasta llegar a la curva. Entonces tomó un pezón en su caliente boca, mordiendo el duro nudo, y volví a gritar su nombre. La mezcla de placer y dolor me hizo correr por las venas.

Austin se retiró antes de volver a embestir, el sonido de sus caderas chocando con las mías resonó en la habitación junto con mis gemidos.

Su ritmo empezó a ser lento, deliberado, hasta que se movió con un movimiento que definitivamente daría una pista a la habitación de al lado sobre lo que estábamos haciendo exactamente.

Follando. Me estaba follando a Austin Myles. Oh, sí, estaba follando a Austin y maldita sea, era bueno. Tan, tan bueno. Lo gritaría desde el techo del hotel si me dejaran.

Él era mío. Por hoy, era mío. Y me sentí tan bien que cerré los ojos y dejé que el placer se convirtiera en una luz cegadora. El eje de su polla se arrastraba contra mi clítoris con cada empuje. Golpeó el punto interior que me hizo enloquecer hasta que me estremecí, retorciéndome bajo él.

—Me voy a... —No tuve oportunidad de advertirle. Me rompí, palpitando a su alrededor mientras gemía durante el orgasmo más duro y largo de mi vida.

Los puntos blancos de mi visión se despejaron justo a tiempo para permitirme ver cómo se rompía la dureza del rostro de Austin y, con un gemido, se soltó, derramando calor dentro de mí hasta que se desplomó sobre la cama.

RIDGE



THE EDENS

#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

Nuestros cuerpos resbaladizos se pegaron el uno al otro y yo hundí mi cara en su cuello, saboreando su aroma y memorizando el peso de su cuerpo sobre el mío.

Me había arruinado. Nadie se compararía y no esperaba tener que descubrirlo.

Cuando ambos recuperamos el aliento, se deslizó y se bajó de la cama.

—Traeré una toalla.

—Está bien. —Me levanté temblando. Pasé junto a Austin, necesitando un minuto a solas para procesar todo lo que acababa de suceder, así que me encerré en el baño y me enfrenté al espejo.

Se me había soltado el cabello del nudo y colgaba sobre mis hombros. Mis labios estaban rojos e hinchados. Y había algo en mis ojos, algo que no había notado antes de hoy.

Amor.

Estaba enamorada de Austin.

¿Cómo podría fingir que esto no había sucedido?

Esa era la preocupación de mañana. No iba a dejar que arruinara lo que teníamos hoy, así que me limpié y volví al dormitorio.

Austin estaba bajo las sábanas, con un brazo fuerte detrás de la cabeza. El otro abierto y esperando.

No hablé mientras me deslizaba bajo las sábanas y me acurrucaba a su lado. Su brazo libre me rodeó los hombros y me acercó. Entonces cerré los ojos y dejé que el ritmo de los latidos de su corazón se filtrara en mi alma.

—Feliz Navidad.

Me besó la cabeza y me estrechó más en su abrazo.

—Feliz Navidad.

85



RIDGE

9



THE EDENS
1#

Austin

ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

Griffin.

— ¿A

dónde vas? —Apreté a Cleo antes de que pudiera escapar de la cama.

—No pensé que estuvieras despierto.

Tenía los ojos cerrados, pero llevaba horas despierto, saboreando la sensación de tenerla entre mis brazos y la caricia de su cabello al recorrer mi piel.

—No lo estoy.

—Vuelve a dormir. —Su risita me hizo cosquillas en el pecho—. Voy a buscar algo de comer.

—No te vayas. —La rodeé con los dos brazos, abrazándola—. Todavía no.

—Tendremos que dejar esta cama en algún momento.

Ella tenía razón. En algún momento tendríamos que enfrentarnos a la realidad. Pero por ahora, no me importaba nada más que sus pechos desnudos contra mis costillas y sus piernas enredadas con las mías.

—Vamos a pedir el servicio de habitaciones. En diez minutos.

—De acuerdo. —Ella asintió y se acurrucó más.

Estar con Cleo... no había palabras para describir lo bien que encajaban dos personas. Nunca en mi vida había habido una mujer como ella y nunca habría otra. Ella me había destruido. Ella había cambiado el camino de mi vida. No estaba seguro de lo que íbamos a hacer, pero renunciar a ella no era una opción.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, arrancando la idea de mi cabeza.

—Lo resolveremos. Sólo tienes que saber esto: ahora que te tengo en mis brazos, no te voy a dejar ir.

Cleo se movió y se apoyó en un codo.

—Austin, ¿qué está pasando aquí?

86



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Levanté una mano para apartar un mechón de su ojo.

—Maldita sea, eres hermosa.

Sus mejillas se sonrojaron y sus ojos brillaron bajo la luz que entraba por la ventana. Su piel era tan suave y cremosa. Me incliné para besar la peca de su clavícula.

Me tocó el hombro.

—¿Vas a responder a mi pregunta?

Me reí, inclinándome hacia atrás. Tenía una arruga en el entrecejo, con la cara marcada por la preocupación.

—¿Crees que hay alguno de tus cupcakes de ayer en la cocina? Mataría por una ahora mismo. O un bollo. O cualquier cosa que hayas hecho ayer.

Parpadeó, la preocupación se transformó en confusión.

—Pero odias mi comida.

—Me encanta tu comida.

—No, no es así. —Frunció el ceño—. No finjas que te gusta sólo porque me has visto desnuda.

Volví a reír, pensando en todas las veces que me había tragado una carcajada cuando ella estaba cerca. Cleo era una de las personas más divertidas e ingeniosas del mundo, pero al igual que su comida, no me había permitido disfrutar de su humor.

Cambiando de posición, me senté y me apoyé en el cabecero, con las piernas estiradas a lo largo de la cama mientras ella se incorporaba para mirarme, trayendo la sábana con ella.

—Mis favoritos son tus cupcakes de chocolate —dije—. Los simples, no los que tienen relleno de mantequilla de cacahuete. Aunque esos también son increíbles, el de chocolate simple es mi favorito. Le regalaste a Blake una caja por su cumpleaños y nunca he estado más celoso.

—¿Es una broma?

—No. Los quiero para mi cumpleaños este año.

—¿De verdad?

—De verdad. —Asentí—. Son lo mejor que he tenido en la boca. Excepto tú, cariño.

Sonrió.

—De acuerdo.



THE EDENS #1

ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

Griffin.



RIDGE

—Mi siguiente favorito son tus rollos. De cualquier tipo. Aunque el de zanahorias y pasas podría estar empatado en el primer puesto con el de arándanos.



Sus ojos se suavizaron.

—Nunca te he visto comer eso.

—Lo he hecho.

—¿Cuándo?

Me encogí de hombros.

—Siempre que mandas cosas con los chicos de turno. Pero no me permito comer mucho de lo que horneas.

—¿Por qué?

—Porque sería demasiado. Me preocupaba que si mostraba lo mucho que me gustaba tu comida, todo el mundo lo vería.

—Vería qué?

—Que estoy enamorado de ti.

Su respiración se entrecortó.

—Austin.

—Te amo, Cleo. —Decir esas palabras aflojó algo en mi pecho. Algo que había estado reteniendo durante demasiado tiempo—. He estado enamorado de ti desde el día que entré en la pastelería y te vi, cubierta de harina y con manchas de arándanos en los dedos.

—Pero eso fue... —Su frente se arrugó. El principio. Había estado enamorado de ella desde el principio—. ¿Todo este tiempo?

Asentí y llevé una mano a su mejilla. Era inútil fingir. Ahora estábamos juntos en esto, con todas las vulnerabilidades.

—Necesito este trabajo con tu padre. Mi equipo, mi familia, dependen de mí. Era más fácil, en muchos sentidos, alejarme de ti. Fingir que iba a desaparecer. Pero nunca lo hizo. Y ahora no hay que fingir. No voy a renunciar a ti.

—Yo tampoco voy a renunciar a ti. —Cleo me pasó los dedos por el cabello, dejándolos caer y curvándose alrededor de mi oreja.

Su caricia era eléctrica. Mi polla se agitó bajo la sábana y me estiré hacia ella, pero giró fuera de la cama antes de que pudiera sujetarla al colchón,

RIDGE

llevándose la sábana y dejándome completamente desnudo. La colcha estaba en algún lugar del suelo.

Agarró el teléfono de la mesita de noche y empezó a golpear la pantalla. Luego, lo llevó hacia su oreja mientras se giraba, dándose cuenta de que yo estaba desnudo.

Hacer ejercicio era una parte habitual de mi vida y me esforzaba por mantener mi cuerpo en forma, sobre todo por el trabajo, pero también porque el ejercicio me ayudaba a ordenar la mierda en mi cabeza. El agradecimiento de Cleo fue un extra.

Sus ojos se abrieron cuando bajaron por mi vientre plano hasta mi creciente excitación.

Sonréí.

—Hola, papá.

Dejé de sonreír y salté de la cama, rodeé el extremo y agarré su toalla de donde la habíamos dejado caer antes. Luego me la puse alrededor de la cintura, porque no podía estar desnudo en la misma habitación que Cleo mientras ella hablaba con Ray.

Dijo algo al otro lado de la línea que la hizo poner los ojos en blanco.

—Entiendo que estés molesto. Supéralo.

Parpadeé, sorprendido por la agudeza de su tono. Nunca había oído a Cleo dirigirse a Ray con ese tipo de desafío.

Bien por ella.

—Volveré mañana. Pero hay algo importante que necesito hablar contigo y no puede esperar.

—Cleo... —Empecé, pero ella me miró y levantó un dedo, así que me callé.

Ray estaba dando una conferencia al otro lado de la línea. Sea lo que sea lo que estaba diciendo, Cleo no estaba escuchando.

—Papá —dijo—. Cállate.

La voz de Ray se hizo más fuerte, su frustración se hizo patente.

Cleo se quitó el teléfono de la oreja y terminó la llamada.

—Grr. Sólo quería...

El teléfono sonó en su mano y lo contestó inmediatamente. Sin duda era Ray.

—Voy a colgarte otra vez a menos que me prometas que te vas a callar y me vas a escuchar hasta que termine.



RIDGE

Hubo una larga pausa y luego los hombros de Cleo se relajaron.

—Gracias. Como decía, tengo algo importante que decirte.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Estaba a punto de ser despedido.

No importa lo que Cleo le dijera a Ray, era inevitable. Perdería mi trabajo y nos veríamos en problemas en Garrison. Reduciría mi salario y aceptaría cualquier trabajo que pudiera conseguir para asegurarme de que los chicos tuvieran trabajo, incluso si eso significaba añadir famosos a mi lista de clientes. Odiaba su drama y los malditos paparazzi, pero no iba a hundir mi empresa. Channing podría tener que pedir algunos préstamos para la escuela, pero no era el fin del mundo.

Contuve la respiración, esperando.

Cleo se volvió hacia mí, con el teléfono pegado a la oreja, y sonrió.

—Estoy enamorada de Austin.

Sus palabras me golpearon de lleno en el corazón. No importaba lo que pasara, escuchar esas palabras valía la pena. A la mierda con el trabajo. Ella era todo lo que realmente necesitaba.

Extendí una mano y tomé la suya.

Entrelazó sus dedos con los míos y su sonrisa se amplió.

—Lo amo, papá. Y lo he hecho durante mucho tiempo. Voy a estar con Austin.

Para el resto de su vida, si tuviera algo que decir al respecto. Todavía no estábamos allí. Esto era de hace horas, aunque era de hace años. Pero pronto. Había esperado lo suficiente. Era el momento de lanzarme a su vida, con toda la fuerza.

—Sé que esto es inesperado, pero por favor... —Apartó el teléfono de su oído y apretó los dientes—. Me ha colgado.

El teléfono que tenía en la mesita de noche sonó.

—Es él. —Ella suspiró.

—Sí. —Dejé caer su mano y fui al otro lado de la cama y respondí a la llamada de Ray.

—¿Cuánto tiempo has estado follando con mi hija?

—Eso no es asunto tuyo.

—Seguro que es asunto mío. Te pago para protegerla, no para...



THE EDENS
I #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

90



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Renuncio.

Cleo jadeó y se llevó una mano a la boca.

—Adiós, Ray. —Terminé la llamada y tiré el teléfono a un lado.

Joder. Eso se había deteriorado rápidamente.

—Dios mío, no debería haberlo llamado. —Las manos de Cleo se hundieron en su cabello mientras paseaba junto a la cama—. Lo siento mucho. Austin, lo siento mucho. Podríamos haber mantenido el secreto y él no se habría enterado.

—No voy a mantener esto en secreto.

—Pero...

—No más secretos, cariño.

Sus manos cayeron y se enfrentó a mí.

—De acuerdo.

—Estaremos bien.

El teléfono sonó en su mano y miró la pantalla. Dudó, tomándose un largo momento antes de aceptar la llamada.

—¿Sí?

La voz de Ray resonó mientras lanzaba otro sermón. No lo entendí todo, pero básicamente estaba cuestionando sus elecciones de vida.

Cerró los ojos y su cuerpo se tensó con cada segundo que pasaba. Los dedos de su mano libre se cerraron en un puño.

—¡Basta! Para. ¿Cuándo te convertiste en esta persona? ¿Cuándo dejaste de escucharme? Sé que me amas y quieres lo mejor para mí, pero esta es mi decisión. Amo a Austin. Esto no ha sido algo que te hayamos ocultado durante años. No hemos estado escondiéndonos a tus espaldas. Este viaje a Montana nos unió y no voy a disculparme. Lo amo. Y si aceptas su renuncia, también podrías aceptar la mía. Renuncio como tu hija.

Luché contra una sonrisa. Cleo quería a Ray, a pesar de sus diferencias. Puede que renunciara a la Navidad, pero nunca renunciaría a ser su hija. La amenaza estaba hecha, pero todos sabíamos que no iba a durar.

Al igual que sabía que Ray estaba a punto de ceder.

Quería a Cleo más que a la vida.

Su respuesta fue amortiguada, pero cuando sus dedos se desenroscaron y sus hombros bajaron, supo que la había oído.

RIDGE

—Sí, podemos discutirlo más tarde —dijo—. Pero no mañana. Volvemos a casa y luego voy a la pastelería a hacer cupcakes a Austin. Iremos a cenar la noche siguiente.

Joder, la amaba.

—Bien. Adiós, papá. Feliz Navidad. —Terminó la llamada, dejó el teléfono a un lado y se encogió de hombros—. Ninguno de los dos podemos renunciar.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí, luego rodeé la cama y la tomé en mis brazos.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Cleo me rodeó la cintura con sus brazos, apretando su oído contra mi corazón—. ¿Quieres que pida el servicio de habitaciones?

—Todavía no. —Agarré la sábana que rodeaba su cuerpo y la aparté antes de hacer lo mismo con mi toalla—. Feliz Navidad, Cleo.

Se puso de puntillas, sonriendo contra mis labios mientras pasaba su mano por mi muslo.

—Feliz Navidad, Austin.

Fue una que nunca íbamos a olvidar.



—Creo que deberíamos volver aquí —dijo Cleo, echando un vistazo al vestíbulo de The Eloise Inn. La sonrisa en su rostro había estado ahí toda la mañana. Mientras nos duchábamos juntos. Mientras hacíamos la maleta. Mientras nos íbamos de la habitación 410. Y ahora, mientras esperábamos el transporte del hotel para llevarnos al aeropuerto.

—Me gusta Quincy. —Apoyó su cabeza en mi hombro—. Tal vez podríamos hacer de esto una cosa anual. Podríamos venir aquí cada Navidad.

—Cada tres.

—Todas —contestó ella.

Vendría aquí todos los inviernos y me congelaría el culo si eso era lo que ella quería.

—Cada cuatro.

—El compromiso no funciona así.

Me reí.

RIDGE

—Te daré una de cada tres navidades con viajes de verano en medio.

Extendió la mano.

—De acuerdo.

Agarré su mano y me llevé los nudillos a los labios justo cuando el transporte se detuvo. Volveríamos a Quincy, de eso no tenía ninguna duda.

Le debía a esta ciudad, a este hotel, mi futuro.

Le debía a Quincy por haberme dado a Cleo.



THE EDENS

1 #

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

93



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

EPÍLOGO



THE EDENS
1 #

Cleo

DOS AÑOS DESPUÉS...

ESTA NOCHE ELLIO A GRIFFIN.

Griffin.

—**E**so no es lo que acordamos, Austin.

—Sí, lo es. —Tenía las manos en las caderas mientras estaba frente a mí en la cocina de la pastelería.

—No, no lo es. —Hice rebotar a nuestro hijo sobre mi cadera y respiré tranquilamente—. Dijiste chocolate.

—Dije vainilla.

—No, no lo hiciste.

—Lo hice, nena. Dije vainilla.

Agarró uno de mis cupcakes de chocolate de la caja y pasó el dedo por el glaseado. Una lenta sonrisa apareció en su rostro mientras lo lamía.

—Pero me las llevaré a la oficina. Los chicos se los comerán.

—Estás mintiendo... —Me estiré para agarrar el paño de la encimera, dispuesta a tirárselo a la cara, pero Austin fue más rápido. Me lo arrebató antes de que pudiera agarrarlo.

Shaun se arrulló antes de meterse el puño en la boca, cubriendo sus nudillos de babas.

Me dirigí a la nevera y abrí la puerta, para sacar uno de sus chupetes. Todavía no le estaban saliendo los dientes, pero le encantaba meterse cosas en la boca y yo prefería los juguetes desinfectados a sus regordetos dedos. Se lo di y le sequé el puño.

Mientras me ocupaba de nuestro hijo, Austin comía un cupcake, una que había hecho específicamente para su madre.

94



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Ella trabajaba el día de Navidad y Austin había querido llevarle algo dulce esta noche. Con lo dulce era donde yo brillaba, así que le había prometido media docena de cupcakes de chocolate, sin grageas ni relleno. Eso era lo que había pedido, algo que recordaba con claridad porque esas eran sus cupcakes favoritos. Debería haber sabido que había estado tramando algo para conseguir extras. Habíamos estado tan ocupados preparando las fiestas que no había traído ninguno de sus favoritos a casa en las últimas dos semanas.



THE EDENS

#

La puerta de la cocina se abrió y Brynne entró con rapidez.

—Uf. Acabo de voltear el cartel y cerrar la puerta.

—Gracias. —Le regalé una sonrisa—. Hoy fue una locura.

Las prisas de Nochebuena que esperábamos nos habían mantenido ocupados todo el día. Casi se nos había acabado todo lo que había en la vitrina, aunque, por suerte, había muchos cupcakes de vainilla para que las robara para la madre de Austin. Mi marido acaparaba el chocolate porque no había manera de que lo compartiera con su equipo. El hombre correría tres kilómetros más cada día de esta semana sólo para comerse seis cupcakes.

—¿Te importaría preparar una caja de seis vainillas antes de irte a casa? —le pregunté a Brynne.

—En absoluto. —Se acercó y le hizo cosquillas en el pie a Shaun.

Podía ir por los cupcakes yo, pero no quería dejar a Shaun todavía. Había estado en casa con Austin todo el día mientras yo estaba en el trabajo y lo había echado de menos.

A los tres meses, Shaun ya era una versión en miniatura de Austin. Tenían el mismo cabello oscuro y los mismos ojos marrones. La nariz de Shaun se parecía más a la mía, pero era pequeño y quién sabía cómo cambiaría al crecer.

—¿Cómo estuvo hoy? —le pregunté a Austin.

—Bien. —Lamió el último trozo de glaseado de su pulgar y luego tiró el envoltorio del cupcake a la basura—. No hicimos mucho. Él jugó en su Jumperoo mientras yo hacía ejercicio. Luego nos echamos una siesta. Hoy ha estado un poco inquieto y le gotea la nariz. Quizá esté resfriado.

—Pobrecito. —Le besé la parte superior de la cabeza—. Usémoslo como excusa para escaparnos de la fiesta antes.

—Por mí está bien.

Esta noche íbamos a ir a casa de mi padre para su celebración anual de Nochebuena. Lo último que quería hacer era arreglarle después de estar en la pastelería desde las cuatro, pero papá me había rogado que fuéramos.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

95



RIDGE

La madre de Austin iba a venir a nuestra casa para pasar la tarde cuidando a Shaun, y luego, mañana, íbamos a tener una tranquila mañana de Navidad en nuestra casa antes de que todos vinieran a cenar para celebrar la primera Navidad del bebé.

Lo único que esperaba esta noche era ver a Austin en traje. El hombre era hermoso con cualquier cosa que se pusiera, pero con su traje negro, me costaría quitarle las manos de encima hasta que estuviéramos en casa.

Había sido lo mismo el día de nuestra boda. Habíamos tenido un polvo rápido en el trayecto de la iglesia a la recepción en la parte trasera de nuestra limusina, ocultos por la pantalla de privacidad del conductor, porque no había podido resistirme.

Nos habíamos casado el año pasado, una semana antes de Navidad. La ceremonia había sido sencilla y elegante. Mi madrastra, por supuesto, quería una fiesta extravagante, pero mantuvimos la ceremonia y la recepción pequeñas. Luego nos libramos de la locura de las fiestas porque Austin me llevó a Quincy para nuestra luna de miel. Habíamos pedido alojarnos en la misma habitación y servicio de habitaciones durante cinco días seguidos, sin apenas salir de la cama.

Me había dejado embarazada en esa habitación.

Rodeé la mesa y llegué al lado de Austin.

Me pasó el brazo por los hombros y me abrazó.

—¿Cansada?

Asentí y tarareé, apoyándome en su amplio pecho.

—Sí. Realmente no quiero ir a esta fiesta esta noche. El año que viene, vamos a algún sitio.

—De hecho... —Metió la mano en la bolsa de pañales que había sobre la mesa, rebuscando en el bolsillo delantero hasta sacar un papel.

Un recibo.

Por una habitación en The Eloise Inn.

—¿Qué es esto?

—Tu regalo de Nochebuena. Nos vamos el día después de Navidad a Quincy.

—¿De verdad?

Asintió.



THE EDENS

1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

96



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Tu padre ofreció el avión. Mi madre tiene que trabajar de todos modos, así que acordamos celebrarlo cuando lleguemos a casa. Channing va a pasar la semana en casa de su novia. Así que nos escapamos.

Sonaba perfecto.

Habíamos estado tan ocupados últimamente, con el trabajo y la vida, que hacía falta un descanso, los tres solos.

Austin había dejado de trabajar para mi padre después de todo. Se había convertido en un conflicto de intereses y había decidido que era mejor mantener su negocio separado de mi familia. Por supuesto, papá no estaba en absoluto de acuerdo, pero dado el hecho de que yo vivía con mi propio guardaespaldas personal, al final se había dado cuenta de que era la decisión correcta.

Sustituir los ingresos de papá no había sido ningún problema para Austin después de todo. Gracias a un par de buenas referencias de mi padre, Garrison había contratado a varios clientes importantes y estaba a punto de tener su mayor año. En los últimos dos años, el equipo de Austin se había duplicado y él se había apresurado a expandirse para satisfacer su creciente lista de clientes. En los últimos veinticuatro meses había trabajado muchas horas, pero por fin nos habíamos acostumbrado a la rutina. Por fin estábamos en un buen momento para tomarnos estas vacaciones.

Brynne asomó la cabeza por la puerta.

—¿Se lo has dicho?

—Sí. —Austin sonrió.

—Bien. —Entró con la caja de cupcakes de vainilla—. Hoy casi se me escapa. Dos veces. Soy pésima guardando secretos.

—¿Lo sabías?

Ella asintió.

—Necesitas unas vacaciones. Tengo este lugar cubierto.

—Gracias. —Levanté la cabeza hacia Austin—. Y gracias a ti.

Dejó caer sus labios sobre los míos.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Shaun tiró su chupete al suelo y agarró mi cabello en su puño.

—¿Qué te parece, amigo? —Austin desenrolló sus dedos—. ¿Listo para ir a Montana?



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

RIDGE

Nuestro hijo dejó escapar un fuerte gritó antes de abrir la boca e introducir el puño.

Austin le besó la cabeza y luego hizo lo mismo con la mía antes de dejarnos ir. Cargamos la bolsa de los pañales y cerramos las puertas de la pastelería.

Luego nos fuimos a casa a hacer las maletas para otra Navidad en Quincy.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

INDIGO



THE EDENS

#

98

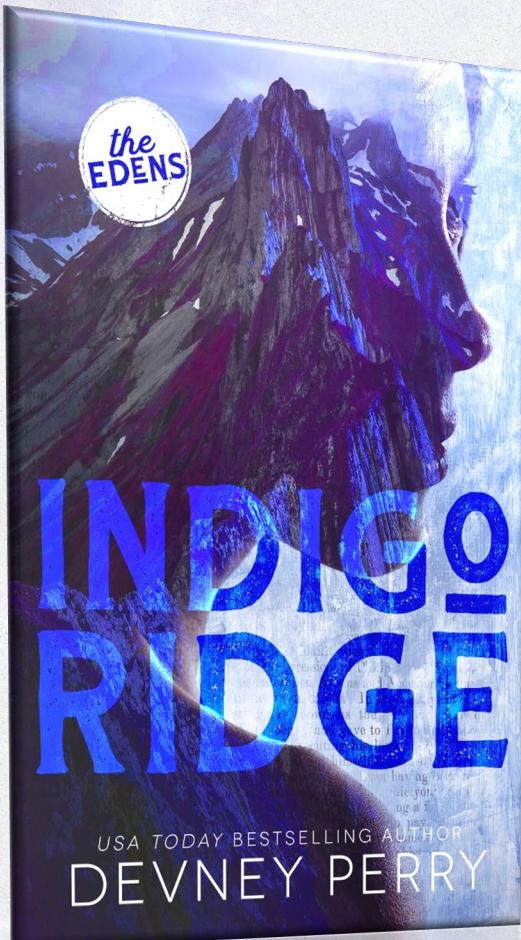


RIDGE

INDIGO RIDGE



(THE EDENS #1)



Griffin.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

THE EDENS

#1

99



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE



SINOPSIS

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Winslow Covington cree en la vida, la libertad y la ley. Como nueva jefa de policía de Quincy, Montana, está decidida a demostrar a la comunidad que no se ha ganado el puesto porque su abuelo sea el alcalde.

Según su abuelo, lo único que tiene que hacer es ganarse el favor de los Eden. Pero ganarse a la familia fundadora del pueblo podría haber sido más fácil si no fuera por su aventura de una noche con el hijo mayor. En su defensa, era su primera noche en la ciudad y no se dio cuenta de que el hombre fuerte y encantador que la llevó a la cama era de la realeza de Quincy.

Acostarse con **GRIFFIN EDEN** fue un gran error, uno que está tratando de olvidar. Él es insufrible, arrogante y no deja de recordarle a todo el mundo que ella es una forastera. Winslow hace todo lo posible por evitar a Griffin, pero cuando una mujer aparece muerta en la propiedad de Eden, los dos no tienen más remedio que cruzar sus caminos.

A medida que las pistas sobre el asesino conducen a uno de los habitantes de Quincy, Griffin se da cuenta de que Winslow es más de lo que creía. HERMOSA E INTELIGENTE, RESULTA DIFÍCIL RESISTIRSE A ELLA. PARA ÉL. **Y PARA EL ASESINO.**

THE EDENS
1 #

100



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

PRÓLOGO



THE EDENS
#101

— CC rees que volarás, pajarito?

Una voz, una pesadilla, susurró a través del viento.

Las rocas de la base de este acantilado de color marfil brillaban plateadas al captar la luz de la luna. Una oscuridad tan negra e infinita empezó a tirarme, de mi tobillo atado, cuando di un paso hacia el borde.

— ¿Dolerá volar?

— Vamos a averiguarlo.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

101



RIDGE

1



THE EDENS
1 #

Winslow

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—¿P odría otro...?
El camarero no se detuvo al pasar.
—Trago —murmuré, desplomándome hacia delante.

Mi abuelo me había dicho que este bar era el lugar donde se reunían los lugareños. No sólo estaba a poca distancia de mi nueva casa en caso de que decidiera no conducir, sino que ahora era una local. A partir de hoy, vivía en Quincy, Montana.

Se lo dije al barman cuando le pedí la carta de vinos. Levantó una ceja blanca y tupida por encima de su mirada entrecerrada, y yo abandoné mi sed de una copa de cabernet, pidiendo en su lugar vodka. Había agotado toda mi fuerza de voluntad para no pedir un twist de limón.

Los cubitos de hielo de mi vaso tintinearon al girar mi sorbete de plástico rosa. El camarero también ignoró ese sonido.

Main Street tenía dos bares, eran trampas para turistas en esta época del año, según mi abuelo. Pero me arrepentí de no haber elegido uno de ellos para celebrar mi primera noche en Quincy. Dada su actitud, el barman, que debía de pensar que yo era una turista perdida, también se arrepintió de mi decisión.

Willie's era un bar de mala muerte y no era exactamente mi ambiente.

Los barman del centro probablemente reconocían a sus clientes, y los precios figuraban en un menú, no se entregaban con tres dedos de una mano arrugada.

Parecía tan viejo como este edificio oscuro y lúgubre. Como la mayoría de los bares de los pueblos de Montana, las paredes estaban repletas de carteles de cerveza y luces de neón. La pared de espejos situada frente a mi asiento

102



RIDGE

estaba repleta de estantes con botellas de licor. La sala estaba llena de mesas y todas las sillas estaban vacías.

Willie's estaba casi desierto este domingo a las nueve de la noche.

Los lugareños debían conocer un lugar mejor para relajarse.

El único otro cliente era un hombre sentado en el extremo más alejado de la barra, en el último taburete de la fila. Había llegado diez minutos después que yo y había elegido el asiento más alejado de mí. Él y el camarero eran casi un calco el uno del otro, con el mismo cabello blanco y barbas desaliñadas.

¿Gemelos? Parecían lo suficientemente mayores como para haber fundado este bar. Tal vez uno de ellos era el propio Willie.

El barman me atrapó mirando.

Sonreí y agité el hielo de mi vaso.

Su boca se frunció en una fina línea, pero me preparó otro trago. Y al igual que con el primero, lo entregó sin una palabra, levantando los mismos tres dedos.

Me retorcí para meter la mano en el bolso, sacando otros cinco porque estaba claro que empezar una cuenta estaba fuera de lugar. Pero antes de que pudiera sacar el billete de mi cartera, una voz profunda y áspera recorrió la habitación.

—Hola, Willie.

—Griffin —saludó el barman.

Así que era Willie. Y podía hablar.

—¿Lo de siempre? —preguntó Willie.

—Sí. —El hombre de la voz increíble, Griffin, se sentó el taburete que estaba a dos lejos del mío.

Cuando su cuerpo alto y ancho se acomodó en el asiento, me llegó su aroma. El cuero, el viento y las especias llenaron mi nariz, ahuyentando el aire mohoso del bar. Era embriagador y seductor.

Era el tipo de hombre que hacía girar la cabeza de una mujer.

Un vistazo a su perfil y el cóctel que tenía delante era innecesario. En cambio, observé a este hombre de pies a cabeza.

Las mangas de su camiseta negra se estiraban alrededor de sus anchos bíceps y se amoldaban a los planos de sus hombros mientras apoyaba los codos en la barra. Llevaba el cabello castaño peinado con los dedos y enroscado en la



RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

nuca. Sus antebrazos bronceados tenían el mismo vello oscuro y una vena recorría el músculo acordonado que había debajo.

Incluso sentado, pude ver que sus piernas eran largas, sus muslos gruesos como los troncos de los árboles de hoja perenne de los bosques de las afueras de la ciudad. Los dobladillos deshilachados de su pantalón desteñido rozaban sus botas negras de vaquero. Y mientras se movía en su asiento, capté el brillo de la hebilla del cinturón plateado y dorado.

Si su voz, su olor y esa mandíbula cincelada no hubieran sido suficientes para dejarme la boca seca, esa hebilla lo habría hecho.

Una de las películas favoritas de mi madre había sido *Legends of the Fall*. Me había dejado verla a los dieciséis años y habíamos llorado juntas. Siempre que la echaba de menos, la ponía. El DVD estaba rayado y el cierre de la caja estaba roto porque había visto esa película innumerables veces simplemente porque había sido de ella.

Siempre se había desmayado por Brad Pitt como un vaquero sexy.

Si pudiera ver a Griffin, también estaría babeando. Aunque le faltaba el sombrero y el caballo, este tipo era la fantasía de todo vaquero hecho realidad.

Me llevé el vaso a la boca, di un sorbo a la bebida fría y aparté la mirada del apuesto desconocido. El vodka me quemó la garganta y el alcohol se me subió a la cabeza. El viejo Willie mezclaba sus cócteles con fuerza.

Estaba mirando descaradamente. Era grosero y obvio. Sin embargo, cuando dejé el vaso, mi mirada volvió inmediatamente a Griffin.

Sus penetrantes ojos azules estaban esperándome.

Mi respiración se detuvo.

Willie dejó un vaso lleno de hielo y líquido ámbar frente a Griffin, y luego, sin estirar los dedos para que pagara, se alejó.

Griffin dio un solo trago a su bebida, con la nuez de Adán balanceándose. Luego su atención se centró en mí una vez más.

La intensidad de su mirada era tan embriagadora como mi cóctel.

Me miraba sin vacilar, fijamente con un deseo audaz. Su mirada recorrió mi camiseta negra de tirantes hasta los vaqueros rotos que me había puesto esta mañana antes de salir del hotel en Bozeman.

Había pasado cuatro horas y media conduciendo hasta Quincy con un remolque U-Haul enganchado a mi Dodge Durango. Cuando llegué, me puse a



THE EDENS
L #

104



RIDGE

descargar inmediatamente, y sólo me detuve para reunirme con mi abuelo para cenar.

Estaba hecha un desastre después de un día de transportar cajas. Llevaba el cabello recogido en una coleta y el maquillaje que me había puesto esta mañana probablemente había desaparecido. Sin embargo, el aprecio en la mirada de Griffin hizo que una oleada de deseo llegara a mi corazón.

—Hola —dije. *Tranquila, Winn.*

Sus ojos centelleaban como dos zafiros perfectos engarzados detrás de unas pestañas largas y llenas de hollín.

—Hola.

—Soy Winn. —Extendí una mano sobre el espacio entre nosotros.

—Griffin. —En el momento en que su cálida y callosa palma rozó la mía, un cosquilleo recorrió mi piel como si fueran fuegos artificiales y me estremecí.

Santo cielo. Había suficiente electricidad entre nosotros para alimentar la máquina de discos de la esquina.

Me concentré en mi bebida, engullendo más que sorbiendo. El hielo no hizo nada para refrescarme. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí tan atraída por un hombre? Hacía años. Habían pasado años. Incluso entonces, palidecía en comparación con cinco minutos al lado de Griffin.

—¿De dónde eres? —preguntó. Al igual que Willie, debió suponer que yo también era turista.

—Bozeman.

Asintió.

—Fui a la universidad en Montana State.

—Vamos Bobcats. —Levanté mi copa en forma de saludo.

Griffin devolvió el gesto, y luego puso el borde de su vaso sobre su labio inferior lleno.

Volvía a mirar fijamente, sin pudor. Tal vez fueran los pómulos angulosos los que distinguían su rostro. Tal vez fuera la nariz recta con una ligera protuberancia en el puente. O sus oscuras y atrevidas cejas. No era un hombre común y corriente. Griffin era un hombre hermoso.

Y si estaba en Willie's... era lugareño.

Lugareño significa fuera de los límites. *Maldita sea.*

Me tragué mi decepción con otro trago de vodka.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

RIDGE

El ruido de las patas de un taburete resonó en la sala cuando se sentó junto al mío. Sus brazos volvieron a la barra, con su bebida entre ellos, mientras se inclinaba hacia delante. Se sentó tan cerca, con su cuerpo tan grande, que el calor de su piel se filtró en la mía.



THE EDENS

#

—Winn. Me gusta ese nombre.

—Gracias. —Mi nombre completo era Winslow, pero muy poca gente me llamaba de otra manera que no fuera Winn o Winnie.

Willie pasó por delante y entrecerró los ojos al ver el espacio que había entre Griffin y yo. Luego se unió a su doble.

—¿Están relacionados? —pregunté, bajando la voz.

—Willie Senior está en nuestro lado del bar. Su hijo está mezclando bebidas.

—Padre e hijo. Uh. Pensé que eran gemelos. ¿Willie Senior tiene la misma personalidad brillante que Willie Junior?

—Es peor. —Griffin se rio—. Cada vez que vengo a la ciudad, se pone más irritable.

Espera. ¿Eso significa...?

—¿No vives en la ciudad?

—No. —Sacudió la cabeza, recogiendo su bebida.

Hice lo mismo, ocultando mi sonrisa en el vaso. Así que no era un lugareño. Lo que significaba que el coqueteo era inofensivo. *Bendito seas, Quincy.*

Un centenar de preguntas personales pasaron por mi mente, pero las descarté todas. Skyler solía criticarme por entrar en modo interrogatorio a los diez minutos de conocer a alguien nuevo. Una de las muchas críticas. Utilizaba su profesión de entrenador de vida como excusa para decirme todo lo que había hecho mal en nuestra relación. En la vida.

Mientras tanto, me había traicionado, así que ya no escuchaba la voz de Skyler.

Pero aun así no iba a bombardear a este hombre con preguntas. No vivía aquí, y reservaría mis preguntas para la gente que sí lo hacía: mis electores.

Griffin miró hacia el extremo de la sala y la mesa de tejo vacía.

—¿Quieres jugar una partida?

—Um... ¿seguro? Nunca he jugado antes.

106



RIDGE

—Es fácil. —Se deslizó de su taburete, moviéndose con una gracia que los hombres de su tamaño no solían poseer.

Lo seguí, con los ojos pegados al mejor culo que había visto nunca. Y no vivía aquí. Un coro imaginario encaramado en las polvorrientas vigas del bar emitió un *yeehaw* colectivo.

Griffin se dirigió a un extremo de la mesa mientras yo me dirigía al otro.

—Bien, Winn. El que pierda paga la siguiente ronda de bebidas.

Menos mal que tenía dinero en efectivo.

—De acuerdo.

Griffin pasó los siguientes diez minutos explicando las reglas y demostrando cómo deslizar los discos por la superficie cubierta de arena hacia las líneas de puntos. Luego jugamos, partida tras partida. Luego una ronda más, y ambos dejamos de beber, pero ninguno hizo ademán de irse.

Gané algunos partidos. Perdí la mayoría. Y cuando Willie anunció que cerraba a la una, los dos salimos al exterior, al oscuro estacionamiento.

Una camioneta negra y polvorienta estaba estacionada junto a mi Durango.

—Eso fue divertido.

—Lo fue. —Le sonréí a Griffin. No me había divertido tanto coqueteando abiertamente con un hombre en, bueno... nunca. Reduje la velocidad de mis pasos porque el último lugar al que quería ir era a casa, sola.

Debió de tener la misma idea porque sus botas se detuvieron en el pavimento. Se acercó un poco más.

Winslow Covington no tenía relaciones de una noche. Había estado demasiado ocupada desperdiциando años con el hombre equivocado. Griffin tampoco era el hombre correcto, pero había aprendido en mi época de policía que a veces no se trataba de elegir el bien o el mal. Se trataba de elegir los errores correctos.

Griffin. Esta noche, elegí a Griffin.

Así que acorté la distancia entre nosotros y me puse de puntillas, dejando que mis manos recorrieron su duro y plano estómago.

Era alto, media dos o tres centímetros más que el metro ochenta. A mi metro setenta y cinco, era refrescante estar cerca de un hombre que me superaba en altura. Llevé una mano a su cuello, tirando de él hacia abajo hasta que su boca se posó sobre la mía.

—¿Es tu camioneta?



RIDGE



—Mierda. —Maldije al reloj y me puse en marcha, quitándome las sábanas del cuerpo desnudo y corriendo hacia el baño.

Tarde no era como quería empezar el primer día de mi nuevo trabajo.

Abrí la ducha, con la cabeza martilleando cuando me metí bajo el chorro frío y grité. No había tiempo para esperar el agua caliente, así que me lavé el cabello con champú y me puse acondicionador mientras me quitaba el olor de Griffin de la piel. Ya lloraría su pérdida más tarde.

Tenía un dolor entre las piernas en el que también pensaría más tarde. La noche anterior había sido...

Alucinante. La mejor noche que había tenido con un hombre. Griffin sabía exactamente cómo usar su poderoso cuerpo y yo había sido la afortunada receptora de tres —¿o habían sido cuatro?— orgasmos.

Me estremecí y me di cuenta de que el agua estaba caliente.

—Maldita sea.

Me quité de la cabeza los pensamientos sobre Griffin y me apresuré a salir de la ducha, me maquillé frenéticamente y deseé que el secador funcionara más rápido. Sin tiempo para rizarme o alisarme el cabello, me lo enrosqué en un moño apretado a la altura de la nuca y me apresuré a ir al dormitorio para vestirme.

El colchón descansaba en el suelo, las sábanas y las mantas revueltas y esparcidas por todas partes. Por suerte, antes de ir al bar anoche, había buscado ropa de cama en las cajas y la había hecho. Cuando llegué a casa, después de pasar horas en la parte trasera de la camioneta de Griffin, prácticamente me había tirado de cara a las almohadas y me había olvidado de poner el despertador.

Me negué a arrepentirme de Griffin. Empezar mi nueva vida en Quincy con una noche caliente y salvaje parecía un poco el destino.

Casualidad.

Tal vez en su próximo viaje por la ciudad, nos encontraríamos. Pero si no, bueno... no tenía tiempo para la distracción de un hombre.

Y menos hoy.

RIDGE

—Oh, Dios. Por favor, no dejes que llegue tarde. —Rebusqué en una maleta y encontré unos vaqueros oscuros.

Mi abuelo me había dicho específicamente que no me presentara en la estación con un aspecto elegante.

Los vaqueros estaban ligeramente arrugados, pero no había tiempo para encontrar la caja que tenía la plancha. Además, una plancha es sinónimo de lujo. La sencilla camiseta blanca que encontré a continuación también estaba arrugada, así que busqué mi chaqueta negra favorita para ocultar los peores defectos. Luego me puse mis botas negras favoritas con tacones gruesos antes de correr hacia la puerta, recogiendo mi bolso de donde lo había dejado en el suelo del salón.

El sol brillaba. El aire era limpio. El cielo era azul. Y no tuve tiempo de apreciar ni un minuto de mi primera mañana en Quincy, Montana, mientras corría hacia mi Durango estacionado en la entrada.

Me puse al volante, arranqué el motor y volví a maldecir el reloj del salpicadero. *Ocho-cero-dos.*

—Llego tarde.

Por suerte, Quincy no era Bozeman y el trayecto desde un lado de la ciudad hasta la comisaría en el otro tardaba exactamente seis minutos. Entré en el estacionamiento y dejé el auto junto a un Bronco azul que me resultaba familiar y me permitió respirar profundamente.

Puedo hacer este trabajo.

Luego salí del auto y me dirigí a la puerta de la estación, esperando a cada paso que me viera bien.

Una mirada desdeñosa del oficial apostado tras una mampara de cristal en la recepción y supe que me había equivocado. *Mierda.*

Tenía el cabello canoso cortado al ras al estilo militar. Me miró de arriba a abajo y las arrugas de su rostro se hicieron más profundas con el ceño fruncido. Esa mirada probablemente no tenía nada que ver con mi atuendo.

Y todo lo que tiene que ver con mi apellido.

—Buenos días. —Sonréí brillantemente y crucé el pequeño vestíbulo hasta su lugar de trabajo—. Soy Winslow Covington.

—La nueva jefa. Lo sé —murmuró.

Mi sonrisa no vaciló.

RIDGE

Me los ganaría. Eventualmente. Eso es lo que le había dicho a mi abuelo anoche cuando me invitó a cenar después de devolver el U-Haul. Me los ganaría a todos, uno por uno.

La mayoría de la gente iba a pensar que la única razón por la que había conseguido el puesto de jefa de policía de Quincy era porque mi abuelo era el alcalde. Sí, él sería mi jefe. Pero no había una cláusula de nepotismo para los empleados de la ciudad. Probablemente porque en una ciudad de este tamaño, todo el mundo estaba relacionado de alguna manera. Si se añadían demasiadas restricciones, nadie podría conseguir un trabajo.

Además, mi abuelo no me había contratado. Podría haberlo hecho, pero en lugar de eso, había formado un comité de búsqueda para que hubiera más de una voz en la decisión. Walter Covington era el hombre más justo y honorable que había conocido.

Y con nieta o sin ella, lo que importaba era mi actuación. Tomaría las riendas de la comunidad, y aunque mi abuelo me quería completamente, no dudaría en despedirme si metía la pata.

Me lo había dicho el día que me contrató. Anoche me lo volvió a recordar.

—El alcalde está esperando en su despacho —dijo el agente, pulsando el botón para hacerme pasar a la puerta junto a su cubículo.

—Ha sido un placer conocerte. —Miré la placa plateada de su uniforme negro—. Oficial Smith.

Su respuesta fue ignorarme por completo, volviendo su atención a la pantalla de su ordenador. Tendría que ganármelo otro día. O tal vez estaría abierto a una jubilación anticipada.

Atravesé la puerta que conducía al interior de la comisaría. Había estado aquí dos veces, ambas durante el proceso de entrevista. Pero ahora era diferente, ya no era una invitada que caminaba por el toril. Este era mi toril. Los agentes que levantaban la vista de sus escritorios estaban a mi cargo.

Se me revolvió el estómago.

Estar despierta toda la noche teniendo sexo con un extraño probablemente no había sido la forma más inteligente de prepararme para mi primer día.

—Winnie. —El abuelo salió de lo que sería mi oficina, con la mano extendida. Hoy parecía más alto, probablemente porque llevaba unos bonitos vaqueros y una camisa almidonada en lugar de la camiseta raída, vaqueros anchos y los tirantes que le había visto ayer.



RIDGE

Estaba en forma para sus setenta y un años y, aunque su cabello era de un espeso color plateado, su compleción era tan fuerte como un buey. Estaba en mejor forma que la mayoría de los hombres de mi edad, por no hablar de la suya.

Le estreché la mano, contenta de que no hubiera intentado abrazarme.

—Buenos días. Siento llegar tarde.

—Yo también acabo de llegar. —Se inclinó más cerca y bajó la voz—. ¿Estás bien?

—Nerviosa —susurré.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Lo harás muy bien.

Podría hacer este trabajo.

Tenía treinta años. Dos décadas por debajo de la edad media de una persona en este puesto. Cuatro décadas más joven que mi predecesor cuando se jubiló.

El antiguo jefe de policía había trabajado en Quincy durante toda su carrera, ascendiendo en el escalafón y actuando como jefe desde que yo estaba viva. Pero esa era la razón por la que mi abuelo me había querido en este puesto. Dijo que Quincy necesitaba ojos frescos y sangre joven. La ciudad estaba creciendo, y con ella, sus problemas. Las viejas costumbres no servían.

El departamento tenía que adoptar la tecnología y los nuevos procesos. Cuando el anterior jefe anunció su jubilación, mi abuelo me animó a presentar mi nombre. Por algún milagro, el comité de contratación me había elegido.

Sí, era joven, pero cumplía los requisitos mínimos. Había trabajado durante diez años en el Departamento de Policía de Bozeman. Durante ese tiempo, había obtenido mi licenciatura y un puesto de detective. Mi historial era impecable, y nunca había dejado un caso sin cerrar.

Tal vez mi bienvenida habría sido más cálida si fuera un hombre, pero eso nunca me había asustado y ciertamente no iba a hacerlo hoy.

Puedo hacer este trabajo.

Haría este trabajo.

—Deja que te presente a Janice. —Me indicó con la cabeza que lo siguiera a mi despacho, donde pasamos la mañana con Janice, mi nueva asistente.

Había trabajado para el antiguo jefe durante quince años, y cuanto más hablaba, más me enamoraba de ella. Janice tenía el cabello gris de punta y las



RIDGE

gafas de montura roja más bonitas que jamás había visto. Conocía los entresijos de la comisaría, los horarios y las carencias.

Cuando terminamos nuestra reunión inicial, tomé nota mentalmente de llevarle flores porque, sin Janice, probablemente me caería. Recorrimos la comisaría y conocimos a los agentes que no estaban patrullando.

El oficial Smith, al que rara vez se le enviaba al campo porque prefería el escritorio, había sido uno de los candidatos a jefe, y Janice me dijo que había sido un imbécil malhumorado desde el día en que fue rechazado.

Todos los agentes, aparte de él, habían sido educados y profesionales, aunque reservados. Sin duda, no estaban seguros de qué hacer conmigo, pero hoy me había ganado a Janice, o quizás ella me había ganado a mí. Yo lo llamaba una victoria.

—Conocerás a la mayor parte del departamento esta tarde en el cambio de turno —dijo cuando nos retiramos a la seguridad de mi despacho.

—Pensaba quedarme hasta tarde una noche de esta semana para conocer el turno de noche también.

No era una comisaría grande, porque Quincy no era una ciudad grande, pero en total tenía quince agentes, cuatro despachadores, dos administradores y una Janice.

—Mañana, el sheriff del condado vendrá a conocerte —dijo Janice, leyendo en el cuaderno que había tenido con ella toda la mañana—. A las diez en punto. Su personal es el doble del nuestro, pero tiene más terreno que cubrir. En su mayor parte, su equipo se mantiene fuera de nuestro camino, pero él siempre está dispuesto a intervenir si necesitas ayuda.

—Es bueno saberlo. —Tampoco me importaría tener a alguien para intercambiar ideas.

—¿Cómo está tu cabeza? —preguntó mi abuelo.

Puse mis manos junto a mis oídos e hice el sonido de una bomba que explota.

Se rio.

—Ya lo entenderás.

—Sí, lo harás —dijo Janice.

—Gracias por todo —le dije—. Tengo muchas ganas de trabajar contigo.

Se enderezó.

—Igualmente.



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

RIDGE



—Bien, Winnie. —El abuelo se palmeó las rodillas—. Vamos a comer algo. Luego tengo que ir a mi oficina, y te dejaré volver aquí e instalarte.

—Estaré aquí cuando vuelvas. —Janice me apretó el brazo mientras salíamos de mi oficina.

Mi abuelo se limitó a asentir, manteniendo la distancia. Esta noche, cuando no fuera la jefa Covington y él no fuera el alcalde Covington, me dirigiría a su casa y recibiría uno de sus abrazos de oso.

—¿Qué tal si comemos en The Eloise? —sugirió mientras salíamos.

—¿El hotel?

Asintió.

—Sería bueno que pasaras algún tiempo allí. Conocer a los Eden.

Los Eden. La familia fundadora de Quincy.

Mi abuelo había prometido que la forma más rápida de ganarse el favor de la comunidad era ganarse a los Eden. Uno de sus parientes de generaciones pasadas había fundado el pueblo y la familia había sido la piedra angular de la comunidad desde entonces.

—Son los dueños del hotel, ¿recuerdas? —preguntó.

—Lo recuerdo. Sólo que no me di cuenta de que había un restaurante en el hotel estos días. —Probablemente porque no había pasado mucho tiempo en Quincy últimamente.

Los seis viajes que había hecho aquí para participar en el proceso de entrevistas habían sido mis primeros viajes a Quincy en años. Cinco, para ser exactos.

Pero cuando Skyler y yo habíamos caído en desgracia y mi abuelo había lanzado el trabajo como jefe, había decidido que era hora de un cambio. Y Quincy, bueno... Quincy siempre había ocupado un lugar especial en mi corazón.

—Los Eden pusieron en marcha el restaurante del hotel hace unos cuatro años —dijo—. Es el mejor lugar de la ciudad, en mi opinión.

—Entonces vamos a comer. —Abrí mi auto—. Nos vemos allí.

Seguí su Bronco desde la estación hasta Main Street, observando la plétora de autos de fuera del estacionamiento en el centro. La temporada turística estaba en pleno apogeo y casi todas las plazas estaban llenas.

Mi abuelo estacionó a dos cuadras de Main en una calle lateral y, codo con codo, nos dirigimos a The Eloise Inn.

RIDGE

El emblemático hotel de la ciudad era el edificio más alto de Quincy, que se alzaba orgulloso contra el telón de fondo de las montañas en la distancia. Siempre había querido pasar una noche en Eloise. Quizá algún día me reservaría una habitación, sólo por diversión.

El vestíbulo olía a limones y romero. La recepción era una isla en el gran espacio abierto, y una joven de rostro dulce estaba detrás del mostrador, registrando a un huésped. Cuando vio al abuelo, le guiñó.

—¿Quién es? —pregunté.

—Eloise Eden. Ella asumió el cargo de gerente el invierno pasado.

Mi abuelo la saludó y luego pasó por delante de la recepción hacia una puerta abierta. El ruido de los tenedores sobre los platos y el sordo murmullo de las conversaciones me saludaron al entrar en el restaurante del hotel.

El comedor era amplio y los techos tan altos como los del vestíbulo. Era el lugar perfecto para el entretenimiento. Casi un salón de baile pero lleno de mesas de distintos tamaños, también funcionaba bien como restaurante.

—Acaban de poner esas ventanas. —El abuelo señaló la pared más lejana, donde las ventanas de cristal negro cortaban una pared de ladrillo rojo—. La última vez que hablé con Harrison, dijo que este otoño remodelarían todo este espacio.

Harrison Eden. El patriarca de la familia. Había estado en el comité de contratación, y me gustaba creer que había causado una buena impresión. Según mi abuelo, si no lo hubiera hecho, no habría conseguido el trabajo.

Una anfitriona nos recibió con una amplia sonrisa y nos condujo a una mesa cuadrada en el centro de la sala.

—¿Cuál de los Eden dirige el restaurante? —pregunté mientras ojeábamos la carta del menú.

—Knox. Es el hijo mayor de Harrison y Anne. Eloise es su hija menor.

Harrison y Anne, los padres. Knox, un hijo. Eloise, una hija. Era probable que hubiera muchos más Eden por conocer.

En la calle Main, el nombre Eden aparecía en numerosos escaparates, incluida la cafetería en la que deseaba haber tenido tiempo de pasar esta mañana. Las travesuras de anoche me estaban afectando, y escondí un bostezo con mi menú.

—Son buena gente —dijo el abuelo—. Has conocido a Harrison. Anne es un encanto. Su opinión tiene mucho peso por aquí. También la de Griffin.



THE EDENS
#

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

RIDGE

Griffin. ¿Dijo Griffin?

Se me cayó el estómago.

No. Esto no puede estar pasando. Tenía que ser un error. Tenía que haber otro Griffin, uno que no viviera en Quincy. Anoche le había preguntado específicamente si vivía en la ciudad y había dicho que no. ¿No es así?

—Hola, Covie.

Tan ocupada en mi enloquecimiento mental por haberme acostado no sólo con un hombre de la zona, sino con uno que necesitaba que me viera como una profesional y no como un ligue, no me di cuenta de los dos hombres que estaban junto a nuestra mesa hasta que fue demasiado tarde.

Harrison Eden sonrió.

Griffin, que estaba hermoso como anoche, no lo hizo.

¿Había sabido quién era yo? ¿Había sido algún tipo de prueba o truco? Lo dudo. Parecía tan sorprendido de verme como yo de verlo a él.

—Hola, Harrison. —Mi abuelo se levantó para estrechar su mano y luego me señaló—. Recuerdas a mi nieta, Winslow.

—Por supuesto. —Harrison me agarró la mano cuando me puse de pie, estrechándola con firmeza—. Bienvenida. Nos alegramos de tenerte como nueva jefa de policía.

—Gracias. —Mi voz era sorprendentemente firme considerando que mi corazón intentaba salirse del pecho y esconderse bajo la mesa—. Me alegro de estar aquí.

—¿Te gustaría unirte a nosotros? —ofreció mi abuelo, señalando con la cabeza las sillas vacías de nuestra mesa.

—No —dijo Griffin al mismo tiempo que su padre:

—Nos encantaría.

Ni el abuelo ni Harrison parecieron darse cuenta de la tensión que desprendía el cuerpo de Griffin mientras ocupaban sus sillas, dejándonos a Griffin y a mí presentarnos.

Tragué con fuerza y extendí una mano.

—Hola.

La afilada mandíbula que había trazado con mi lengua anoche se apretó tanto que oí el crujido de sus muelas. Me miró la mano antes de atraparla con su gran palma.



RIDGE

—Griffin .

Griffin Eden.

Mi aventura de una noche.

Demasiado para que fuera casualidad.



THE EDENS
#116

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

116



RIDGE

2



THE EDENS
117

Griffin

W inn.

Me había dicho que se llamaba Winn.

Winn, la mujer sexy de cabello oscuro y sedoso, ojos azules profundos y piernas largas. Winn, la mujer con matrícula de Bozeman. Winn, la turista con pecas en la nariz.

A veces ocurría que un turista se topaba con Willie's para tomar una copa. Eso molestaba mucho a Willie Junior y Senior, porque a ninguno de los dos les gustaban los forasteros en su bar. Me consideré un bastardo afortunado por haber tomado la decisión de última hora de ir a tomar una copa y acercarme a un taburete junto a Winn.

Excepto que ella no era *Winn*.

Era Winslow Covington, un nombre que seguramente habría reconocido. Mi abuelo llevaba semanas hablando de ella desde que el comité de contratación la había elegido como nueva jefa de policía.

Definitivamente no era una turista.

Se suponía que era una maldita turista.

—Joder —murmuré mientras la camioneta daba tumbos y rodaba por el camino de grava hacia la casa de mamá y papá.

—¿Estás bien, Griff? —preguntó Conor desde el asiento del pasajero de mi camioneta.

Gruñí.

—De acuerdo —dijo, dirigiendo su atención a los verdes pastos que se veían por la ventana.

Qué jodido lío. Habían pasado dos días desde la comida en The Eloise y todavía estaba enojado conmigo.

RIDGE

Winslow Covington.

No era alguien que debería haber follado en el asiento trasero.

Tal vez debería haberlo sabido. Tal vez debería haber vinculado a Winn con Winslow. Pero papá había hablado tan bien de ella y de su experiencia que me había imaginado a una mujer totalmente diferente en mi mente. Alguien mayor. Alguien más dura. Alguien más ruda.

Winn no era más que bordes suaves y un deseo sin igual.

Pasaron dos días y todavía estaba luchando por encajar a Winn en Winslow.

Esas nociones preconcebidas fueron una mierda para borrarlas.

Papá se había tomado su papel en el comité de búsqueda tan en serio como cualquier otro trabajo al que le hubiera visto enfrentarse, incluida la gestión del rancho Eden. Era el tipo de hombre que se tomaba a pecho cualquier responsabilidad, por grande o pequeña que fuera. Era un rasgo que me había transmitido.

Aunque la forma en que se había lanzado al comité de búsqueda había rozado el celo. Mamá culpó al aburrimiento de su entusiasmo por un puesto no remunerado. Desde que papá se había jubilado y me había cedido las riendas del rancho hacía tres años, había estado dando vueltas.

Había otros negocios familiares que aún requerían su atención, como el hotel. Pero la mayoría de ellos funcionaban con el piloto automático. El compromiso de tiempo no era como el del rancho. Esta tierra había sido su prioridad durante décadas, sólo superada por su familia. Los niños ya eran mayores. El rancho era mío.

Había necesitado a ese comité de búsqueda casi tanto como ellos a él.

Tenía que reconocer el mérito de mi padre. Muchos agricultores y ganaderos se resistían a pasar el mando a la siguiente generación. Tenía amigos de la universidad que habían abandonado las operaciones de su familia para trabajar en un despacho simplemente porque sus padres se negaban a dar un paso al costado.

Mi padre no. Luego de su jubilación, no me había dado ni un solo consejo no solicitado. Si un empleado le pedía consejo, papá me lo enviaba a mí. Colaboraba siempre que se lo pedía, pero aparte de algunos deslices ese primer año, había dejado de dar órdenes a todo el mundo, incluido a mí. No había críticas cuando introducía una nueva idea. No había censuras en voz baja cuando cometía un error. Nada de viajes de culpabilidad cuando dejaba de hacer algo a su manera.



RIDGE

Amaba a mi padre. Lo respetaba por encima de cualquier otro hombre en la tierra. Pero, por el amor de Dios, ¿no podría haber mencionado, sólo una vez, que Winslow Covington era una mujer hermosa y vivaz que iba a hacer girar muchas más cabezas que sólo la mía?

En cambio, alabó su energía. Dijo dos veces que había superado a los otros candidatos. Ella era *fuerte*. Tenía la *tenacidad* para llevar el departamento de policía hacia el futuro.

En mi mente, había imaginado a una mujer musculosa con un corte de cabello masculino y una nariz estrecha como la de su abuelo. Desde luego, no era la belleza que había estado sentada en el bar de Willie.

Había sido cegado por la apariencia de Winn, esa sonrisa y su ingenio. Entré para tomar una copa y pensé, ¿qué demonios? ¿Cuándo fue la última vez que vi a una mujer tan impresionante?

Prefería ligar con turistas porque su estancia en Quincy era temporal. Si me hubiera rechazado o no hubiera mostrado ningún interés, me habría marchado. Pero el deseo en su mirada había coincidido con el mío, y simplemente... tenía que tenerla.

Esa fue la noche más erótica que había tenido en años. Tal vez nunca.

Apreté la mandíbula y el volante para no mirar hacia el asiento trasero. El olor de Winn había desaparecido, pero su dulce cítrico había tardado todo el día de ayer en desvanecerse.

Ahora apesta a Conor.

Bendito sea ese chico y sus glándulas sudoríparas.

Empezó a trabajar para nosotros en el instituto, apilando fardos de heno y haciendo pequeños trabajos en el rancho. Intentó ir a la universidad en Missoula durante un año, pero después de suspender, volvió a casa en Quincy. Conor era el empleado más joven a tiempo completo en el rancho y este chico se movía sin parar.

No había muchos hombres que pudieran seguir mi ritmo. A los treinta y un años, me sentía tan en forma como hace una década. Pero la diferencia de edad de diez años entre Conor y yo, combinada con su ética de trabajo, significaba que él podría llevarme a la ruina.

Se había pasado la mañana limpiando el granero que hay junto a mi casa, y lo que normalmente me llevaba tres horas, lo hizo él en la mitad de ese tiempo. El sudor cubría su camisa de cuadros y el ala de su gorra de béisbol. La gorra estaba tan blanqueada por el sol como la mía, la tela negra se había desvanecido



RIDGE

hasta convertirse en marrón. La marca del rancho Eden —una *E* con una curva en forma de corredor de mecedora— había sido una vez cosida en blanco y ahora era de un gris sucio.

Conor era un buen chico. Pero maldita sea, apestaba.

Odiaba haber perdido el perfume de Winn.

—Bonito día —dijo.

—Lo es. —Asentí.

Los rayos de sol atravesaban el cielo azul sin nubes. El calor ya había derretido el rocío de la mañana y, mientras conducíamos, prácticamente podía ver crecer la hierba. Era en días de verano como este cuando, de adolescente, solía encontrar un campo abierto, tumbarme y echarme una siesta.

Hoy me vendría bien una de esas siestas después de haberme despertado a las cuatro, duro y dolorido por la mujer que había invadido mis sueños. Dormir era arriesgado, así que me había conformado con una ducha fría y mi puño antes de retirarme a mi despacho. El papeleo había sido una buena distracción. También lo había sido el trabajo en el granero. Pero era en momentos como éste, cuando el mundo estaba más tranquilo, cuando ella volvía a acercarse sigilosamente a mí.

Por mucho que lo intentara, no podía apartar a Winn de mi mente.

Su cuerpo apretado. Sus dulces labios. Su larga y oscura cabellera que había rozado mi pecho desnudo cuando se sentó a horcajadas en mi regazo y se hundió en mi polla.

Infiernos. Ahora se me estaba poniendo dura de nuevo.

Una relación con ella o con cualquier mujer estaba descartada, de ahí mi racha de aventuras de una noche durante el último año. Mi objetivo era mi familia y el rancho. Cuando la mayoría de los días terminaban, apenas tenía tiempo de ducharme antes de acostarme. El estilo de vida de soltero me convenía. No respondía a nadie más que a la tierra. Si necesitaba compañía, tenía cinco hermanos a los que llamar. Una mujer requeriría una energía de la que no disponía.

Los turistas no pedían compromiso.

Excepto que ella no era una turista.

¿Había sabido quién era yo en el bar de Willie? De *ninguna manera*. Parecía tan sorprendida de conocerme en el almuerzo el otro día como yo. No importaba. Nada de eso importaba. No tenía intención de repetir la noche del domingo.



RIDGE

Winslow era una desconocida, y aunque tentadora, mantendría la distancia.

Había trabajo que hacer.

—Voy a dejarte en la tienda —le dije a Conor—. Puedes tomar la camioneta y dirigirte al prado que está a lo largo del camino a Indigo Ridge. En las próximas semanas vamos a llevar el ganado a ese prado y noté algunos puntos que necesitan ser arreglados cuando estaba conduciendo por allí el otro día.

—Claro que sí. —Conor asintió, con el codo asomando por la ventana abierta—. ¿Hasta dónde debo llegar?

—Hasta donde puedas. Para el viernes, me gustaría tener toda esa zona terminada.

El cuartel general del rancho permaneció junto a la casa de troncos de mamá y papá. Aunque mi casa veía más y más actividad cada año, la tienda principal y los establos probablemente siempre estarían aquí, donde papá los había construido.

—Llámame si necesitas algo —dije, estacionando junto al Cadillac de mamá.

—Lo haré. —Conor se bajó de un salto y corrió por el amplio terreno abierto que separaba la casa de mi infancia de los edificios del rancho.

Mamá salió por la puerta principal mientras mis botas golpeaban la grava.

—Hola, Conor.

Reduje la velocidad, girando para inclinar su gorra.

—Señora.

—Ese chico es un encanto. Lo ha sido desde que llevaba pañales. —Me sonrió mientras subía los escalones del porche.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. ¿Tienes tiempo para un café o ya te vas a hacer lo siguiente?

—Necesito seguir moviéndome, pero no diría que no a una taza para el viaje.

—Acabo de preparar una olla fresca. —Me hizo un gesto para que entrara y se dirigió directamente a la cocina.

Papá estaba sentado a la isla con el periódico extendido sobre la encimera de granito.

La *Gaceta de Quincy* llegaba una vez a la semana, todos los miércoles. Cuando yo era niño, esos periódicos semanales no se leían porque ni mamá ni



RIDGE

papá tenían tiempo para hacerlo. Los usábamos sobre todo para encender la estufa de leña. Pero ahora que papá estaba jubilado, se pasaba horas estudiando cada palabra impresa.



THE EDENS #1

—Hola, papá.

—Hola. —Se enderezó, quitándose las gafas—. ¿Qué pasa hoy?

Había un entusiasmo en su voz, como si estuviera esperando que le hiciera una invitación para un proyecto. Aunque disfrutaba del tiempo con mi padre, hoy necesitaba un tiempo a solas. Tiempo para enderezar mi cabeza y alejarme de cierta mujer.

Pero tal vez podría ahorrarme un viaje a la ciudad. Ir a cualquier lugar cerca de los límites de la ciudad parecía arriesgado hoy.

—Esperaba que tuvieras tiempo de ir a la ciudad y recoger un paquete de postes de acero para la valla en Farm and Feed —dije.

—Claro. —Asintió—. Lo haré cuando termine con el periódico.

—Ya lo leíste dos veces. —Mamá puso los ojos en blanco desde la cafetera.

—Sólo el artículo sobre Winslow —argumentó—. Los Nelsen hicieron un trabajo de mierda en este caso.

Me acerqué a la isla, inclinándome para leer por encima de su hombro. Mi mirada se posó en su bonito rostro. La foto ocupaba la mitad de la primera página. Winn iba vestida con una camisa negra de uniforme, cuyo botón superior le ahogaba el esbelto cuello. Llevaba el cabello recogido en un rodete. Su expresión era la definición de neutralidad.

La foto debía ser de hace diez años. Tal vez una tomada en la academia.

—También podrían haberla llamado niña —resopló papá y empujó el papel hacia mí.

Si la imagen no fuera lo suficientemente mala, el artículo ciertamente no ayudaba. Debajo del titular “Jefa de Policía de Quincy” había una columna que parecía más bien una exposición sobre la política y el favoritismo en un pueblo pequeño.

No era de extrañar, dado que la reportera que figuraba era Emily Nelsen.

Le encantaba provocar el drama. Y cuando se trataba de las mujeres de la ciudad que se habían propuesto perseguirme, Emily era la líder de la manada. Menos mal que no sabía que me había enrollado con Winn. El artículo ya era bastante malo.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

122



RIDGE

Los padres de Emily eran los dueños del periódico y el desprecio por Walter Covington era tan claro como la tinta en blanco y negro de cada página.

—¿Estás realmente sorprendido? —le pregunté a papá—. Sabes que los Nelsen siempre han odiado a Covie. Desde aquella disputa en el partido de baloncesto por las trompetas.

—Eso fue hace siete años.

—¿Importa? Podrían haber sido setenta y seguirían guardando rencor.

Los Nelsen habían llevado dos trompetas a un partido de baloncesto del instituto. Mi hermano menor, Mateo, había jugado como estudiante de segundo año en el equipo universitario junto con el hijo de los Nelsen. Habían hecho sonar esas malditas trompetas en el gimnasio durante una hora seguida. Finalmente, Walter les pidió que se callaran.

Nuestro alcalde había recibido el golpe por todos los que estaban en las gradas ese día. Los artículos publicados desde entonces no habían sido amables con Covie. Supongo que los Nelsen tampoco tenían planes de ser amables con Winn.

El artículo omitió la mayor parte de su experiencia, aunque su edad se mencionó tres veces. Junto con la palabra: *preferencia*.

Treinta años era joven para un jefe de policía. Si papá no hubiera estado en el comité de contratación, yo también lo habría llamado favoritismo.

¿Qué tipo de experiencia podía tener Winn a estas alturas de su carrera? Si ocurría algo desastroso, no quería que la jefa dejara caer los remos al agua cuando necesitaríamos un capitán firme al timón. Tal vez, a pesar de una edición de mierda, Emily Nelsen tenía un punto.

Pero como no estaba de humor para discutir con mi padre, le quité la taza de café a mamá y le besé la mejilla.

—Gracias por la recarga.

—Por supuesto. —Me apretó la mano—. ¿Cenamos esta noche? Knox no trabaja en el restaurante y Mateo no tiene turno en el hotel. Lyla y Talia dijeron que podrían venir alrededor de las seis.

—¿Qué pasa con Eloise?

—Vendrá después de que el empleado de noche llegue al hotel, probablemente alrededor de las siete.

Cada vez era más difícil reunirnos a todos bajo su techo y en la misma mesa. Mamá vivía para la rara ocasión en que podía alimentar a sus seis hijos.



RIDGE

—Haré lo que pueda. —Era una época de mucho trabajo en el rancho y la idea de una cena familiar ya me cansaba. Pero no quería decepcionar a mamá— . Nos vemos luego. Gracias de nuevo por recoger esos postes, papá.

Levantó su propia taza de café, con la atención puesta en el papel y el ceño fruncido.

Un gato blanco corrió a través del porche cuando salí. Se metió bajo la escalera inferior y, cuando llegué al suelo, me agaché para verla metida en un rincón, alimentando un coro de pequeños maullidos.

Gatitos. Tendría que llevar a algunos de ellos a mi establo cuando fueran destetados. Mamá ya tenía al menos diez gatos. Pero como mantenían alejados a los ratones, a ninguno le había importado conseguir de vez en cuando una bolsa de comida seca para gatos.

Salí por la grava, en dirección al taller. El gigantesco edificio de acero era el más grande del rancho. Con el granero y los establos en una esquina del terreno, la casa de mamá y papá en la otra, la tienda era la tercera esquina del triángulo.

Nuestros empleados venían aquí para fichar sus turnos. El director de la oficina y el contable tenían un escritorio aquí, aunque ambos preferían trabajar en la oficina que teníamos en la ciudad.

Mis botas resonaron en el suelo de hormigón cuando entré en el espacio cavernoso. Una de las hileradoras estaba estacionada justo dentro de las puertas corredizas.

—Hola, Griff. —Mi primo, que trabajaba para nosotros como mecánico, asomó la cabeza desde debajo de la máquina.

—Hola. ¿Cómo va todo?

—Oh, lo arreglaré.

—Buenas noticias. —Ya había comprado dos tractores nuevos esta primavera. prefería dejar otro gran gasto de equipo para el invierno.

Seguí caminando mientras él volvía a trabajar en la máquina. Hoy tenía una montaña de trabajo de oficina que hacer, aquí o en casa. Nos faltaba un hombre para la temporada de verano y llevaba una semana de retraso en poner un anuncio en los clasificados del periódico. Evitar a Emily era la razón, pero no podía seguir posponiéndolo. Salvo una mirada a mi oscura oficina y me volví hacia la puerta.

En total, el rancho constaba de noventa mil acres. La mayoría de los días, yo era más un gerente de negocios que un verdadero ranchero. Todavía llevaba



RIDGE

mis botas y la hebilla del cinturón que había ganado en un rodeo en el instituto. Pero el título de empresario que había obtenido se utilizaba más a menudo que mis alicates de esgrima.

Hoy no.

Junio era un mes precioso en Montana y el cielo azul llamaba la atención. Había una brisa fresca procedente de las montañas, que llevaba al valle el aroma de los pinos y de la nieve derretida.

El sol y el sudor le harían bien a mi cabeza. Necesitaba un día de trabajo duro y manual. Quizá si me agotaba, dormiría sin soñar con Winn.

Acababa de llegar al banco de herramientas, listo para cargar un nuevo rollo de alambre de espino y pinzas de poste, cuando mi teléfono sonó en el bolsillo de mis vaqueros.

—Hola, Conor —respondí.

—Griffin.

Mi corazón se detuvo ante el pánico en su voz, pero mis pies ya se movían, trotando hacia la puerta de la tienda.

—¿Qué pasa? ¿Te lastimaste?

—Es...

—¿Es qué? Habla conmigo.

—Empecé en Indigo Ridge, en ese puesto de la esquina.

—Sí. —Cuando toqué la grava más allá de la puerta, estaba corriendo. Podría ser joven, pero Conor no se asustaba—. Conor, dime qué pasó.

Un sollozo escapó de su boca.

—Voy en camino —dije, pero no terminé la llamada. En cambio, subí a mi camioneta, dejé que mi teléfono se conectara al Bluetooth y mantuve a Conor en la línea conmigo mientras conducía—. Respira, Conor.

Un suspiro escapó de sus pulmones. Mi pie se clavó en el acelerador mientras corría hacia el desvío.

—Estoy saliendo del camino de grava —dije, tomando el camino de dos vías que corría a lo largo de la línea de la valla.

No respondió más que para continuar con esos sollozos desgarradores y apagados.

La camioneta traqueteaba con tanta fuerza que mis huesos parecían desprenderse. Estos caminos no estaban pavimentados ni eran lisos, sólo



RIDGE

estaban desgastados por las veces que habíamos conducido por los campos. Las pistas estaban llenas de agujeros, rocas y zanjas. No estaban pensados para más de ocho kilómetros por hora. Yo iba a veinte.

Mi estómago se retorcía con cada minuto que pasaba. *Dios, no dejes que se haga daño.* Si se hubiera cortado la mano o el brazo o la pierna y estuviera sangrando, tardaríamos en llegar al hospital. Demasiado tiempo. Y había enviado a Conor a uno de los extremos más lejanos del rancho.

Finalmente, veinte minutos más tarde, divisé la camioneta en la distancia. Las montañas se perfilaban en el horizonte.

—Estoy aquí —dije, y luego terminé la llamada. Mis neumáticos derraparon hasta detenerse. Una nube de polvo se desprendió de la carretera cuando salí disparado y corrí hacia Conor.

Estaba sentado contra un neumático, con las rodillas levantadas y la cabeza colgando entre ellas. Un brazo colgaba suelto a su lado. El otro tenía el teléfono pegado a la oreja.

—Conor. —Puse mi mano en su hombro, haciendo una rápida exploración: no había sangre, tampoco huesos rotos aparentes, diez dedos, dos orejas y dos pies calzados.

Levantó la vista y su teléfono cayó a la hierba. Las huellas de las lágrimas manchaban su rostro bronceado.

—Es Lily.

—Lily...

—G-Green —se atragantó—. Lily Green.

Green. Una de las enfermeras de la residencia de ancianos donde había vivido mi abuela antes de fallecer era una Green.

—¿Qué pasa con Lily Green?

Otra lágrima cayó por el rostro de Conor.

—Allí.

—Allí... —Me quedé sin palabras y mi estómago encontró un nuevo fondo.

No. Otra vez no.

Tragué con fuerza y me puse de pie, sabiendo sin preguntar lo que iba a encontrar.

Con pies de plomo, atravesé la hierba alta hasta el poste de la esquina y trepé por la valla. Mis botas siguieron el mismo camino toscamente pisado que debió de recorrer Conor.



RIDGE

Por encima de mí, la torre de Indigo Ridge se elevaba en el cielo azul. Su atrevida fachada de roca captaba el sol. Este lugar era tan intimidante como hermoso. Una sólida pared de roca que cortaba los campos en una línea tan dura que era como si la montaña hubiera sido hendida de arriba abajo. Las rocas de su base eran tan negras y duras como el frente del acantilado.

Subí hacia las rocas que había evitado durante años. Hacía años que no pasaba por este lado de la valla. No desde que encontré el cuerpo.

El último cuerpo.

Mi mirada se posó en un mechón de cabello rubio. En un vestido blanco. En las extremidades destrozadas. En un río de sangre.

En Lily Green.



RIDGE

3



THE EDENS
1 #

Winslow

—Voy rápido a casa a buscar una camisa nueva —le dije a Janice, frunciendo el ceño ante el desastre que había hecho con mi camisa blanca.

Mi manga, manchada de café, era tan desastrosa como mi escritorio. Carpetas, informes y notas adhesivas abarrotaban la superficie de madera marrón. ¿O era gris? Hacía dos días que no la veía.

Estaba oficialmente enterrada.

Cuando Janice vino a decirme que era la hora de la reunión semanal del personal con el equipo de administración —una reunión permanente no oficial que no estaba en mi calendario—, tenía tanta prisa por unirme a ellos que cuando fui a buscar mi taza de café, una mancha saltó de la taza y me salpicó la camisa.

—¿Me llamarás si surge algo? —pregunté.

—Por supuesto. —Sonrió y se dirigió a la puerta, deteniéndose en el umbral—. Lo estás haciendo muy bien, Winslow.

—¿Lo estoy? Porque siento que me estoy ahogando. —Algo que sólo admitiría ante Janice. Ella era mi única aliada en la estación. Ganarse a la gente iba más lento de lo que esperaba. Mucho más lento.

Era mi edad. Nadie había admitido abiertamente que me consideraba demasiado joven, no en mi cara. Pero las miradas de reojo contenían palabras no pronunciadas. Dudas.

Puedo hacer este trabajo.

Quizá los demás dudaban de mí, pero yo no iba a dudar. Mucho.

—Ahora estás bebiendo de una manguera de incendios, pero será más fácil —prometió Janice—. Y la gente de aquí entrará en razón. Dale tiempo.

Suspiré.

128



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Gracias.

Asintió y se escabulló hacia su impecable escritorio.

Tomando mi bolso del cajón inferior, escudriñé los montones de informes para revisar y los currículos de los oficiales para leer. Esta noche me llevaría otra pila a casa y los leería por encima como lo había hecho anoche. Estaba en modo de aprendizaje, tratando de familiarizarme con el personal. También le había pedido a Janice que sacara todos los expedientes de los últimos tres meses para saber qué tipo de delitos ocurrían en Quincy.

Hasta ahora, no había habido más que cuatro conductores ebrios, una fiesta de instituto fuera de control, una pelea en un bar y un disturbio doméstico. Janice me había advertido de que había un arresto por metanfetamina escondido en la mezcla, pero aún no había llegado a ese archivo.

En general, los expedientes eran escasos. Los informes eran cortos, demasiado cortos. Y todo estaba escrito a mano en plantillas de papel.

Mi abuelo no había bromeado cuando me dijo que el Departamento de Policía de Quincy necesitaba un empujón hacia el futuro. Aunque empujón parecía una palabra demasiado suave. Lo que necesitábamos era una excavadora.

Yo era esa excavadora.

Caminando por el pasillo, saludé a Allen, uno de los oficiales del turno de día.

Asintió y sus ojos se dirigieron a mi manga. La esquina de su boca se levantó.

Me encogí de hombros.

—El café me atacó.

—Por eso tengo predilección por nuestras camisas y pantalones negros. Oculta los derrames.

—Se supone que mi pedido de uniformes llega hoy. Entonces yo también seguiré con las camisas negras. —Sonréí y me dirigí a la puerta.

De acuerdo, eso estuvo bien. Allen no había evitado el contacto visual. Progreso, ¿verdad?

Saludé al oficial Smith cuando me crucé con él para ir al vestíbulo, esperando que asintiera.

—Voy a ir a casa rápidamente. ¿Podrías llamarme si surge algo?

129



RIDGE

Me ignoró, como lo había hecho durante los dos últimos días. Incluso cuando nos encontramos ayer en la sala de descanso, actuó como si yo no hubiera estado allí. El calor de su mirada me quemó la espalda mientras salía por la puerta.

Jubilación anticipada. Definitivamente íbamos a discutir una jubilación anticipada si no cambiaba su actitud.

Saqué las gafas de sol del bolso y las utilicé para proteger mis ojos del resplandor y tapar las ojeras; no había sido fácil dormir esta semana. Mi Durango estaba estacionada junto al auto de Allen. Los asientos de cuero estaban calientes y el aire estaba cargado. Abrí la ventanilla y aspiré el aroma del sol de verano.

Situada en el corazón del oeste de Montana, Quincy estaba a una hora del Parque Nacional de los Glaciares. La ciudad estaba situada en un valle rodeado de montañas nevadas, cuyas laderas estaban cubiertas por un denso bosque de hoja perenne. El río Clark Fork se abría paso entre los árboles y proporcionaba una frontera natural a un lado de los límites de la ciudad.

Cuando era niña, mi abuelo nos llevaba a acampar junto al río. Mi familia pasaba unos preciosos fines de semana de verano en sus lugares favoritos, donde pescábamos, íbamos de excursión y asábamos malvaviscos.

A cada paso, Quincy guardaba un recuerdo.

Visitar al abuelo siempre había sido una aventura. Mi padre había crecido aquí, y para él, Quincy era su hogar. A mamá y papá les habría encantado verme viviendo aquí. Probablemente me habrían seguido desde Bozeman.

Aunque si no hubieran muerto, dudo que me hubiera mudado a Quincy.

Si no hubieran muerto, muchas cosas serían diferentes.

A cada paso, Quincy guardaba un recuerdo.

Todavía no había decidido si eso era bueno o malo.

Dejando a un lado el pasado, observé a los turistas que deambulaban por las aceras de Main. Debido a nuestra proximidad al parque nacional, Quincy estaría repleta hasta el otoño de visitantes.

Como alcalde, a mi abuelo le encantaba la afluencia de dinero en su pequeña ciudad. Como residente, los turistas lo ponían de los nervios. La abundancia de visitantes era la razón por la que le gustaba llevarnos a las montañas para acampar en verano.

Había sido durante las visitas de otoño e invierno cuando realmente nos habíamos quedado en Quincy para explorar. No había cambiado mucho desde mi infancia. Había comodidad en lo familiar.



THE EDENS
1#

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

130



RIDGE

Como en la mayoría de las pequeñas ciudades de Montana, Main Street era un segmento de la carretera que conducía dentro y fuera de la ciudad. Todo se ramificaba desde el centro de Quincy, como las arterias de un corazón. Pero la mayor parte del comercio estaba aquí, todo agrupado en el núcleo de la ciudad.

Los restaurantes, los bares y las tiendas minoristas eran el principal atractivo para nuestros visitantes de temporada. Las oficinas y los bancos llenaban los espacios intermedios. La parada favorita de mamá siempre había sido la tienda de antigüedades. La de papá, la ferretería. La tienda de comestibles y las dos gasolineras hacían de sujetalibros a un lado de Main. Quincy Farm and Feed era el otro.

La comunidad se enorgullecía de esta calle. Los escaparates eran ingeniosos y encantadores. Las cestas de flores colgaban de las farolas en verano, las guirnaldas navideñas y las luces centelleantes en invierno.

Me encantaba esta ciudad.

Mi ciudad.

Todavía no había asimilado que Quincy era mía.

Quizá porque me sentía más afín a los turistas que a los lugareños.

Reduje la velocidad en un paso de peatones, esperando a que una pareja atravesara la intersección. Entre ellos había una niña con un jersey amarillo y una sonrisa adorable. Sus padres la hacían girar entre ellos después de cada cuenta de *uno-dos-tres-yippee*.

Hace tiempo, yo había sido esa niña.

—¿Qué me pasa hoy? —Sacudí la cabeza, sacándome del pasado, y luego tomé la siguiente calle lateral en mi ruta a casa.

Mamá y papá habían sido una constante en mi mente estos dos últimos días. Probablemente porque estaba en Quincy. Probablemente porque habían cambiado muchas cosas en sólo una semana.

Una nueva casa. Un nuevo trabajo.

Mudarse fue la decisión correcta, pero eso no lo hacía fácil. Echaba de menos a mis amigos de Bozeman. Echaba de menos mi antiguo departamento y mis compañeros de trabajo.

Claro, tenía al abuelo, y era maravilloso verlo todos los días. Con el tiempo, encajaría aquí. Pero por el momento, ser nueva se sentía como estar sola.

¿Era por eso que había dormido con Griffin el domingo?

Me encogí por enésima vez sólo de pensar en su rostro en el restaurante.



RIDGE

Mi abuelo y Harrison Eden habían charlado durante toda la comida, llevando la conversación. Griffin apenas había pronunciado una palabra. Se había limitado a estar sentado, mirando con desprecio a su plato, mientras yo forzaba una sonrisa y hacía lo posible por entablar una pequeña conversación con su padre.

La tensión que irradiaban los hombros de Griffin había crecido exponencialmente durante la comida. El arrepentimiento estaba tan claramente escrito en su hermoso rostro que casi había fingido un dolor de estómago para escapar.

Por suerte, él había salido primero. En el momento en que terminó su sándwich, se excusó de la mesa.

Todavía estaba enfadada conmigo por haberle mirado el culo mientras se alejaba.

Con un poco de suerte, pasarían unos meses antes de que nos encontráramos de nuevo. Quizá para entonces dejaría de pensar en su cuerpo desnudo en el asiento trasero de su camioneta.

Griffin Eden fue un error puntual, y con un poco de suerte, ni un alma en Quincy se enteraría de que me lo había tirado en mi primera noche en la ciudad.

Mi casa era una casa artesanal de una sola planta pintada en gris paloma con contraventanas blancas. Estacioné en la entrada y subí los escalones del porche de ladrillo hasta la puerta roja.

La puerta era la razón por la que había comprado esta casa, eso y porque sólo había tres lugares en el mercado.

Esta casa de dos dormitorios y un baño tenía el tamaño perfecto para mi vida sencilla. No necesitaba un patio grande. El dormitorio extra se convertiría en mi oficina porque no necesitaba un dormitorio de invitados, ya que rara vez los tenía.

Me apresuré a entrar e ignoré el desastre que era el salón. Las cajas se amontonaban en el sofá en el centro de la habitación. No se habían tocado desde el domingo porque había pasado todas las tardes desde entonces revisando los expedientes de los casos.

Mi habitación estaba en el mismo estado, tal vez peor.

En un lado de la habitación había tres maletas abiertas, cuyo contenido estaba esparcido por el suelo de madera. En algún lugar bajo este techo había perchas, sólo que aún no las había encontrado. Rebusqué en el montón de ropa



RIDGE

más cercano y encontré una camisa nueva, luego me quité la camisa manchada y la arrojé a la creciente pila de ropa sucia.

Mi nueva lavadora y secadora llegaban el viernes. El resto de los muebles que había pedido se habían retrasado, así que por ahora mi colchón estaba en el suelo con mi armario.

Tal vez esta noche buscaría las perchas. Tal vez no.

Vestida y ya sin olor a café, me apresuré a salir y entrar en la Durango, y conduje hacia la calle. Luego me fui por donde había venido hacia Main.

Estaba frenando en la intersección cuando pasó un destello rojo y azul, y una sirena dividió el aire.

Esa era la patrulla de Allen.

Saqué mi teléfono de la consola, sin ver nada en la pantalla. Hoy había estado haciendo papeleo, no saliendo a patrullar, así que ¿a dónde iba? Había pasado algo. ¿Por qué nadie me había llamado?

En lugar de tomar la izquierda que me llevaría a la estación, giré a la derecha, siguiendo a Allen por Main. Cuando llegó a las afueras de la ciudad, pisó el acelerador y salió disparado por la carretera.

Mi corazón latía con fuerza mientras me apresuraba a mantener el ritmo, conduciendo con una mano mientras marcaba la emisora con la otra.

—Departamento de Policía de Quincy —respondió el oficial Smith.

—Hola, soy Winslow.

Gruñó.

—Estoy siguiendo a Allen fuera de la ciudad. ¿Puedes decirme a dónde va?

—Hubo una llamada. Hay una emergencia en las montañas.

—De acuerdo. —Esperé más explicaciones. No me dio ninguna—. ¿Qué emergencia?

—Alguien encontró un cuerpo en la base de Indigo Ridge.

Jadeé.

—¿Qué? ¿Por qué no me llamaste?

—Se me olvidó.

Imbécil.

—Oficial Smith, tendremos una conversación cuando regrese a la estación.



RIDGE



THE EDENS
#1

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Con eso, terminé la llamada, tirando mi teléfono a un lado para poder concentrarme en alcanzar a Allen.

Sus luces de freno brillaron cuando redujo la velocidad para tomar un desvío. No había ninguna señal de tráfico ni indicador, pero seguí su rastro de polvo por la carretera de grava, mientras las montañas se acercaban a cada minuto. Un acantilado sobresalía del resto, con su frente vertical que se elevaba por encima de los árboles y las praderas.

Había tres camionetas agrupados en la hierba, estacionados al otro lado de la valla. Allen aminoró la marcha cuando se acercó, llevando el auto a la cuneta.

Estacioné detrás de él, agarré mi teléfono y lo metí en un bolsillo. Luego rebusqué en mi bolso un pequeño bloc de notas y un bolígrafo antes de salir.

—Jefa. —Allen se paró a un lado de la carretera, esperando que me uniera a él.

—¿Qué está pasando? —La breve explicación del oficial Smith había sido poca, escasa.

—Uno de los peones del rancho de los Eden se tropezó con un cuerpo esta mañana.

—¿Este es el rancho Eden?

Era una pregunta estúpida. Cuando seguí la mirada de Allen hacia los hombres que estaban de pie junto a las camionetas, vi a Griffin al instante.

Tenía las piernas abiertas mientras estaba junto a esa familiar camioneta negra. Tenía las manos apretadas en las caderas. La palabra “*vete*” podría estar grabadas en el ala de su sombrero negro descolorido.

Me armé de valor.

—Guía el camino, Allen.

—Sí, señora. —Se puso en marcha a través de la hierba alta, caminando hacia la valla de cuatro hileras de alambre de espino. Con una mano levantando el segundo alambre y un pie calzado presionando el tercero, abrió un hueco para que me agachara y me deslizara por él.

Ocupé su lugar, sujetando los cables para él, y luego me tocó a mí dirigir, caminando hacia Griffin.

—Winslow. —Su voz era plana. Imposible de leer.

—Griffin. —Mi voz sonaba igual. Tenía un trabajo que hacer—. ¿Puedes mostrarnos el cuerpo?

RIDGE

Nos indicó con la cabeza que lo siguiéramos más allá de la fila de camionetas.

Un hombre más joven estaba sentado contra el neumático de la última camioneta de la fila. A su lado se agachaba otro hombre, mayor, con bigote y sombrero de vaquero.

El chico del suelo estaba pálido. Las lágrimas manchaban sus mejillas. Debió ser él quien encontró el cuerpo. Había visto suficientes caras como la de él para saber quién fue el primero en llegar a la escena.

—Conor encontró a la chica —dijo Griffin, manteniendo la voz baja mientras caminábamos hacia la esquina de la valla. Más allá de ella, las rocas se agrupaban en la base del acantilado.

—Tendré que interrogarlo más tarde.

—Claro. —Asintió—. Trabaja para nosotros. Lo envíe aquí para arreglar la valla.

—¿A qué hora fue eso?

—Alrededor de las diez. Trabajamos en el granero a primera hora de la mañana durante un par de horas.

—¿Tocó el cuerpo?

—Probablemente. —Suspiró, y luego guió el camino a través de la valla.

Los postes eran de madera, los cables demasiado tensos para estirarse, así que planté una bota en la abrazadera inferior y balanceé las piernas. Luego me dirigí hacia el acantilado, caminando lentamente para asimilarlo todo.

Había un rastro de hierba aplastada, probablemente de Conor y Griffin. Por lo demás, la zona parecía intacta.

Griffin y Allen se quedaron cerca mientras yo marcaba el ritmo hacia las rocas, moviéndome tan metódicamente por su escarpado frente como lo había hecho por la pradera. Subimos hasta que llegué al punto de aterrizaje.

Y un cuerpo roto.

Apagué el interruptor de mi mente que se llenó de pánico ante la sangre. Apagué las emociones que acompañan a una muerte espantosa. Tragué con fuerza, hice mi trabajo, y examiné la escena.

El cuerpo era de una mujer joven, boca abajo. Unos cuantos mechones de cabello rubio sueltos ondeaban con la brisa. La muerte ennegrecía la zona bajo su piel y huesos destrozados.



RIDGE

La mayor parte de la sangre se había secado y endurecido en charcos pegajosos y goteos desde donde había fluido. Llevaba un vestido blanco, con la falda casi intacta donde le rozaba los tobillos. El corpiño nunca volvería a estar limpio.

Tenía los brazos extendidos a los lados. Una pierna estaba doblada en un ángulo antinatural. En las pantorrillas sólo quedaban unas pocas manchas de piel lisa y grisácea. Por lo demás, los huesos sobresalían de la superficie de sus extremidades.

—Otro —susurró Allen.

Miré por encima de mi hombro.

—¿Otro qué?

Señaló la cresta por encima de nosotros.

Había un sendero en la roca a mitad de camino entre nosotros y el pináculo del acantilado. No me había fijado en él durante el trayecto. El sendero desaparecía en una curva, probablemente donde descendía por la ladera, pero el final estaba directamente sobre nosotros.

—Había sido empujada? —Había saltado?

—¿Qué estoy mirando, Allen?

—Suicidio —explicó.

Maldita sea.

—¿Por qué dices eso?

Allen y Griffin compartieron una mirada.

—¿Qué? —¿Qué me estoy perdiendo?

—Eres nueva aquí. —Griffin pronunció la palabra *nueva* con tal desprecio que fue como si hubiera tomado esas cinco letras y me las hubiera arrojado a la cara—. Este no es el primer cuerpo encontrado en la base de Indigo Ridge.

—¿Cuántos otros ha habido antes?

—Dos.

Dos. Ahora eran tres. *Santa. Mierda.* ¿Qué demonios estaba pasando? ¿En qué me había metido?

—Hemos tenido una serie de suicidios en los últimos diez años.

Parpadeé.

—Una cadena de suicidios.



RIDGE



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin

—Siete en total.

—¿Siete? —Casi se me cae la mandíbula—. Eso es casi uno por año.

Los hombros de Allen se desplomaron.

—Ha sido como un efecto dominó. Una persona lo hace, y otra decide hacerlo también.

Señalé la cresta.

—¿Y aquí es donde vienen?

—No siempre —dijo Griffin.

Me fijé en los pies descalzos de la chica. El vestido de verano con blusón. Si hubiera llevado pantalón corto o vaqueros, podría haber pensado que se trataba de un accidente de senderismo.

—¿Sabemos quién es? —pregunté.

—Lily Green —respondió Griffin—. Conor lo cree, al menos. Son más o menos de la misma edad. Creo que eran amigos.

No quedaba nada del rostro de la chica. Entonces, ¿cómo la había reconocido Conor? Quizá por el tatuaje de una mariposa azul en su muñeca.

—Allen, ¿estás bien para tomar fotos de la escena?

—Sí. Yo... estuve aquí para el último.

El último. Mi estómago se revolvió.

—Muy bien. Llamaré a la comisaría para que venga el médico forense y podamos trasladar el cuerpo. Cuanto antes podamos identificarla, antes podremos notificar a los familiares.

—De acuerdo, jefa.

—Necesito hablar con tu empleado ahora —le dije a Griffin.

Respondió retrocediendo por las rocas.

La cabeza me daba vueltas mientras lo seguía.

Siete suicidios en diez años. Eso era una locura. Eran demasiados. Las tasas de suicidio eran más altas en las zonas rurales que en las ciudades, pero siete suicidios en diez años... eso era demasiado.

Sabía que ocurría con los niños pequeños. Y Allen tenía razón, a veces podía convertirse en un efecto dominó. Nos había pasado lo mismo en el instituto de Bozeman durante unos años: tres chicos habían intentado suicidarse, dos habían muerto.

RIDGE

El director y los profesores se pusieron manos a la obra después de la segunda muerte, asegurándose de vigilar a los niños más detenidamente y proporcionando salidas para que otros estudiantes informaran de los amigos que pudieran estar en peligro.

Siete suicidios.

En esta pequeña comunidad.

¿Cómo no lo había sabido? ¿Por qué mi abuelo no me lo había dicho? ¿Por qué no se había hablado de esto durante mis entrevistas? Había hecho muchas preguntas sobre casos criminales anteriores. Aunque tal vez no habían considerado estos crímenes. ¿Al menos habían sido documentados?

Las preguntas pasaron por mi mente mientras seguía a Griffin hasta la valla y trepaba por ella. Luego las dejé de lado cuando nos reunimos con los otros dos hombres en las camionetas.

—Conor, ella es Winslow Covington. —Griffin se agachó junto al joven—. Es la nueva jefa de policía y va a hacerte algunas preguntas.

El chico levantó la vista de su lugar en el suelo, con el rostro marcado por la angustia y el terror.

Me agaché para que no tuviera que pararse.

—Hola, Conor.

—Señora. —Sollozó y se pasó un antebrazo por la nariz.

—¿Te importa si te hago algunas preguntas?

Sacudió la cabeza.

El hombre del bigote le dio una palmada en el hombro a Conor, luego se levantó y se dirigió al portón trasero de la camioneta, dejándonos algo de espacio.

Griffin se levantó, pero sus pies no se movieron. Se alzaba sobre nosotros mientras yo hacía mis preguntas y tomaba mis notas.

Fue bastante sencillo: Conor había salido a arreglar la valla por orden de Griffin; había visto el vestido de Lily en las rocas y se precipitó hacia el cuerpo. No había intentado moverla, pero había tomado su mano para comprobar si tenía pulso. El tatuaje, como había sospechado, había delatado su identidad. Desde allí, había bajado y llamado a Griffin.

—Gracias, Conor. —Le sonréi tristemente—. Probablemente tendré algunas preguntas de seguimiento para ti.



RIDGE

—Está bien. —Una lágrima recorrió su mejilla—. Fuimos juntos al instituto. Lily y yo. Salimos en nuestro primer año. Rompimos pero ella siempre estaba...

Las lágrimas llegaron más rápido.

Encontrar un cadáver nunca era fácil. Encontrar a alguien que amabas... esto lo perseguiría.

—Lo siento mucho.

—Yo también. —Su barbilla temblaba—. Ojalá hubiera hablado conmigo. Desearía haber hablado con ella.

—Esto no es tu culpa. —El alto cuerpo de Griffin se dejó caer junto al mío—. Ve con Jim, ¿de acuerdo?

—¿Y la camioneta?

—Me encargaré.

Conor se puso de pie, con el equilibrio inestable.

Griffin se incorporó y rodeó con una mano el brazo de Conor, acompañándolo hasta donde esperaba Jim.

Los seguí a distancia, observando cómo Griffin abrazaba al chico y lo ayudaba a subir al asiento del copiloto de una camioneta blanca. La puerta estaba marcada con una *E* y subrayada con una barra en forma de U debajo: el emblema del rancho Eden.

Griffin habló con Jim durante un momento antes de que el hombre mayor asintiera y se dirigiera al lado del conductor.

—¿Se quedará con Conor? —le pregunté a Griffin mientras Jim y Conor se alejaban.

—Lo hará.

—Necesito mantener esto en silencio durante un tiempo para asegurarme de que tenemos la identidad correcta, y luego notificar a los familiares.

—La madre de Lily es una enfermera en el hogar de ancianos. Allen puede conseguirte su información.

—¿Y si no es Lily?

—Es ella, Winslow. Conocemos a nuestra gente.

Lo dijo como si yo no fuera una de ellos. *Ouch*.

Un nuevo rastro de polvo siguió a un vehículo por la carretera principal de grava. Con suerte era el médico forense.

—Esta es tu propiedad, ¿correcto? —pregunté.



RIDGE



THE EDENS
1 #

—Sí.

—¿Esta carretera se cierra alguna vez? ¿Con una valla por la noche o algo así?

—No. —Sacudió la cabeza—. La propiedad al otro lado de la carretera solía pertenecer a otro rancho, pero la compré hace dos años. Ahora es todo propiedad de Eden. No hay ninguna razón para cercarla más que para segmentar los pastos para el ganado.

—¿Alguna vez tienes gente que conduzca hasta aquí?

—No. Es una propiedad privada. —Se llevó las manos a la cadera—. ¿Por qué?

—¿Ha visto algún vehículo extraño yendo y viniendo esta semana?

—Este es un rancho enorme. Es imposible controlar el tráfico. —Su mandíbula se apretó—. ¿Por qué lo preguntas?

Miré hacia arriba y hacia abajo por el camino de grava. No había ningún vehículo a la vista que pudiera pertenecer a la chica. Estaba descalza. ¿Dónde estaban sus zapatos?

—Simplemente estoy haciendo preguntas. —Por eso estaba aquí.

—Esa chica saltó a la muerte. Su madre debe estar muy preocupada por ella. ¿Qué tal si dejas de hacer preguntas y empiezas a dar respuestas?

—¿Qué tal si te dejo la ganadería a ti? ¿Y tú me dejas las investigaciones a mí? Sólo hago mi trabajo.

Se burló:

—Si quieras hacer tu trabajo, ve a decírselo a la madre de Lily. Todo lo demás es una maldita pérdida de tiempo.

Sin decir nada más, se alejó furioso, marchando hacia su camioneta. Me dejó en el campo, viendo cómo desaparecían sus luces traseras.

—Eso salió bien —murmuré—. Mierda.

Levanté la cabeza hacia el cielo.

Tal vez no fue así como el jefe anterior lo habría manejado. Tal vez habría echado un vistazo a esa pobre chica y habría sabido que era un suicidio. Pero...

—Ahora soy la jefa. —Y haríamos las cosas a mi manera.

Le guste o no a Griffin Eden.

RIDGE

4



THE EDENS
#1

Griffin

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

a botella de cerveza helada apenas había rozado mis labios cuando sonó el timbre.

—Cristo —refunfuñé—. ¿Y ahora qué?

Había sido un día muy largo y no estaba de humor para recibir visitas. Pero probablemente se trataba de un empleado, ya que los miembros de mi familia no sabían tocar el timbre, así que ignorar a mi invitado no era una opción.

Con mi botella de cerveza en la mano, caminé por el pasillo hasta la puerta con los pies descalzos. Si tenía suerte, lo cual era raro, no tendría que volver a ponerme las botas para lo que fuera que supusiera esta visita.

Había momentos en los que estaría bien poner algo de espacio entre la casa y el trabajo. Vivir fuera del rancho donde no fuera tan fácil acceder al personal o a mi familia. Pero no había un lugar en la tierra en el que prefiriera estar que en este rancho. Incluso cuando la gente se presentaba en mi puerta sin avisar.

Abrí la puerta de un tirón, esperando, bueno... cualquier otra persona además de Winslow.

Sus ojos, del color de los arándanos maduros, parecían más azules a la luz del atardecer. Una mirada a su hermoso rostro y, por un momento, me olvidé de respirar.

—Hola —dijo.

Me llevé la botella a los labios. Luego, bebí un trago.

La bebida parecía necesaria cerca de esta mujer.

Probablemente no fue una decisión brillante teniendo en cuenta que el alcohol era la razón por la que me había metido en este lío con ella en primer lugar, pero una mirada a esos ojos y a ese cabello sedoso y mi polla se agitó bajo mis vaqueros.

141



RIDGE

—¿Por qué demonios no podía controlarme cerca de ella?

Su bonitos ojos se entrecerraron cuando engullí la mitad de mi cerveza.

—¿Tienes sed?

Aparté la botella de mis labios.

—Algo así.

No hacía falta preguntarle cómo sabía dónde vivía. No sólo podía buscarlo en su base de datos en la estación, sino que cualquiera en Quincy podía darle indicaciones. Demonios, tres minutos en Main y probablemente se toparía con un pariente. Encontrar a un Eden en esta ciudad era tan fácil como buscar hojas en un árbol en junio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Nunca respondiste a mis preguntas el miércoles.

El miércoles. Un día que me gustaría olvidar. Había estado de un humor de mierda durante los dos últimos días. Le había gritado a todo el mundo como le había hablado a ella en la escena. En mi defensa, esa había sido la segunda vez que había encontrado una mujer muerta en mi propiedad.

—¿Así que viniste a mi casa?

—¿Habrías ido a la estación si te lo hubiera pedido?

—No.

—Eso es lo que me imaginaba. —Levantó la barbilla, con los pies bien plantados. Winn no se iba a ir hasta que hablara con ella, y esta vez, no podía irse exactamente.

Suspiré y me aparté, haciendo un gesto con la barbilla para que entrara.

Pasó junto a mí y su dulce aroma cítrico me envolvió como una enredadera.

Mi cuerpo reaccionó al instante, tensándose en todos los lugares equivocados. Di otro trago a mi cerveza. La única explicación racional para este exasperante deseo tenía que ser la lujuria. Había pasado demasiado tiempo sin sexo y ahora me comportaba como un adolescente cachondo.

La lujuria. Definitivamente era lujuria.

Y esas pecas en su nariz. Maldita sea, lo hicieron por mí.

Estaba demasiado ocupado para estudiar sus pecas.

—¿Sabías quién era yo? —espeté.

—¿Perdón?

142



RIDGE

- En Willie's. ¿Sabías quién era?
- No. Dijiste que pasabas por el pueblo. Supuse que no vivías aquí.
- Dijiste Bozeman. Pensé que eras turista.
- ¿De verdad no sabías quién era yo?
- No te habría follado en mi camioneta si lo hubiera sabido. Como regla general, no tengo sexo con lugareñas. Se complica cuando las mujeres se dan cuenta de que no estoy interesado en una relación. Estoy demasiado ocupado.
- Ah. Entonces estás de suerte porque no tengo ningún deseo de tener una relación. Y en lo que a mí respecta, nunca sucedió.

A la mierda con lo que nunca hubiera pasado. Esa noche estaba grabada a fuego en mi cabeza. Pero si ella quería fingir que no había sucedido, me parecía bien. Nadie en Quincy necesitaba saber que le había dado tres orgasmos a la jefa de policía.

—Volviendo al motivo de mi visita. Me gustaría saber más sobre el camino a Indigo Ridge. —Esta noche era todo negocios, sus hombros firmes y su expresión estoica. Igual que el miércoles. Ni un fantasma de su hipnotizante sonrisa adornaba sus suaves labios.

Probablemente era más seguro así.

- ¿Quieres una cerveza?
- No, gracias.
- ¿Estás en servicio?
- Por eso estoy aquí.

Me terminé la botella, haciendo que ella se quedara mirando, y luego me retiré a la cocina a buscar la segunda cerveza. Tal vez dos Bud Lights me embotaran los sentidos lo suficiente como para no tener una erección mientras ella estuviera en mi casa. Por el momento, mi polla estaba dispuesta a mandar todo a la mierda y llevarla a mi dormitorio.

No teníamos mucho espacio para movernos en el asiento trasero de mi camioneta. En un colchón de tamaño king, Winn y yo podríamos divertirnos.

Dios mío. Me pasé una mano por la cara mientras abría la nevera. ¿Qué me pasaba?

Winn estaba aquí para hablar de una chica muerta, y yo estaba pensando en sexo. La imagen mental del cuerpo destrozado de Lily Green me hizo reflexionar y cerré la nevera, renunciando a la cerveza.

- ¿Hablaste con la madre de Lily?



RIDGE

—Lo hice. —Una oleada de tristeza rompió su compostura neutral—. No tardamos en confirmar la identidad de Lily a través de las huellas dactilares. Hablé con su madre el miércoles por la noche.

—¿Has hecho eso alguna vez? ¿Notificar a un padre que su hijo estaba muerto?

Me hizo un solo gesto con la cabeza.

—Es la peor parte de este trabajo.

—Lo siento.

—Mi mentor en la policía de Bozeman solía decirme que era nuestro deber y nuestra responsabilidad aliviar la carga de cualquier manera que pudiéramos. Que nunca sabemos cómo vamos a cambiar las vidas que tocamos con este trabajo. Una vez tuvo que decirle a una mujer que su marido había sido asesinado en un robo a una licorería. Años después, se encontró con ella. Empezaron a salir y ahora están casados. Siempre me recordaba que incluso los días oscuros pasan. Que nos curamos de nuestras pérdidas. No sé si eso es cierto cuando se pierde un hijo. Pero espero, por el bien de la madre de Lily, que con el tiempo encuentre consuelo. Y espero haber podido suavizar el golpe, en la medida de lo posible.

La estudié mientras hablaba, con suave honestidad y vulnerabilidad en sus palabras. Si le había hablado así a la madre de Lily, con tanta verdad y compasión, entonces sí, había suavizado el golpe. Hasta donde era posible.

La noticia del suicidio de Lily había viajado rápidamente por Quincy, como era de esperar. Había ido a la ciudad esta mañana para poner un clasificado en el periódico y los Nelsen habían estado alborotados con la noticia. Sin duda sería el titular de la próxima semana. Emily había buscado más información y, cuando me quedé callado, me hizo una oferta no tan sutil de intercambiar sexo por secretos.

Había decidido publicar mi anuncio de ayuda en línea en lugar de en el periódico.

Emily había sido un error de una noche el año pasado. Un error que todavía estaba pagando.

Esperaba que Winslow no resultara ser lo mismo.

—¿Había una nota? —pregunté—. ¿De Lily?

Ignoró mis preguntas y formuló una propia.

—¿Puedes decirme más sobre el camino a Indigo Ridge?



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

- Es un camino de grava. No hay mucho más que contar.
- Hay un sendero que sube por la cresta. Lo recorrió ayer. ¿Con qué frecuencia lo utilizas o los miembros del personal de tu rancho?
- ¿Por qué importa?
- Porque se trata de una investigación en curso.
- De un suicidio.
- De la muerte de una joven. —Habló como si Lily pudiera haber sido asesinada.
- No alargues esto buscando algo que no existe. Sólo lo empeorarás.

Sus puños se cerraron.

- Estoy haciendo preguntas porque le debo a esa chica y a su madre hacer mi trabajo.
- Tus respuestas habrían venido con una nota de suicidio.

Winn ni siquiera parpadeó.

- Así que no había ninguna nota.

Se cruzó de brazos.

- Pasé por la casa de tus padres antes de venir aquí. Tu padre me dijo que te habías hecho cargo de la gestión del rancho. Preferiría hablar contigo porque me dijo que eras tú quien conocía la mayoría de las rutinas del día a día. Pero si debo volver allí y hacerles estas preguntas...

—No. —Maldita sea. Este no era un tema que le había puesto a papá.

El primer suicidio en Indigo Ridge había sido hace años. Había encontrado el cuerpo y se lo tomó muy mal. Hasta el día de hoy, evitaba ese camino a toda costa. No le haría revivir eso, aunque significara revivirlo yo mismo.

—Hablemos en el salón.

Mi casa no era tan grande como la de mis padres, de dos mil metros cuadrados, pero la mitad de ese tamaño me venía muy bien. El concepto abierto y los techos abovedados daban a mi rancho carácter y una sensación de amplitud. Con tres dormitorios y un despacho, era suficiente para mí. No tenía seis hijos a los que atender, a diferencia de mamá y papá, que tuvieron que añadir dos veces más para que entráramos todos.

Me dirigí al sofá y tomé asiento mientras Winslow se dirigía al lado opuesto de la mesa de café, y se sentó en una silla de cuero.

Miró la foto enmarcada en la mesa auxiliar.



THE EDENS
#1

145



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE



THE EDENS
1#

—¿Tus hermanos?

—Los seis. Yo soy el mayor. Luego Knox. Lyla y Talia, las gemelas. Luego está Eloise, que administra la posada.

—Mi abuelo me la presentó después del almuerzo del lunes.

Ese horrible y tenso almuerzo.

—Mateo es el más joven. Está trabajando aquí en el rancho y en la posada hasta que decida lo que quiere hacer.

Probablemente se haría cargo de un negocio familiar o empezaría uno propio. Eso es lo que habíamos hecho los demás. Mis padres nos habían inculcado su espíritu empresarial a todos. Y su amor por Quincy.

Cada uno de nosotros se había mudado para ir a la universidad. Knox y Talia habían sido los que más tiempo habían permanecido fuera, pero al final, la atracción de Quincy y la familia los había traído a casa también.

Winslow estudió la foto, memorizando nuestros rostros. A mucha gente le costaba distinguirnos a mí y a mis hermanos, sobre todo cuando éramos jóvenes. Nuestras edades eran parecidas. Knox y yo teníamos la misma complejión, aunque sus tatuajes lo diferenciaban. Las chicas eran innegablemente hermanas.

Pero sospeché que Winslow no tendría problemas para reconocer a mis hermanos. Era inteligente. Centrada.

Buenas cualidades en una policía.

—De acuerdo, jefa. —Apoyé los codos en las rodillas—. ¿Qué quieres saber?

Se movió y sacó una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo trasero de sus vaqueros. Era el mismo que tenía el miércoles. Lo abrió y el bolígrafo se posó sobre el papel.

—El sendero que sube a Indigo Ridge. ¿Para qué sirve?

—Hoy en día no hay nada. Antes de que compráramos el lugar vecino, utilizábamos ese sendero para subir el ganado a la montaña. Incluso entonces era raro. Sólo lo hacíamos si había sequía y nos faltaba hierba. Hay un atajo que serpentea hasta la parte trasera de la cresta donde tenemos unos doscientos acres.

Su bolígrafo voló sobre el papel.

—Creo que vi eso cuando estaba allí arriba.

—Ahora está bastante cubierto de maleza. Después de comprar el lugar vecino, nos dio un camino directo a la montaña. No hemos movido el ganado por

RIDGE

ese camino desde entonces. —Parte de la razón por la que había presionado tanto para comprar la propiedad vecina era porque odiaba mover el ganado por ese camino. Era empinado y requería que fuéramos en fila india, siguiendo al ganado a caballo.

—Creo que yo también vi ese camino. Aunque camino es probablemente un término generoso. Eran más bien dos huecos entre los árboles.

—Ese es el único.

—¿Alguien sube allí? ¿O es estrictamente para el ganado?

—Mi tío. Ahora vive allí. Después de comprar la casa del vecino, construyó una cabaña en las montañas. Está justo en la frontera con el servicio forestal. Ha estado allí durante un año.

Su bolígrafo araño el papel mientras tomaba nota.

—¿Y habría recordado haber visto a alguien subiendo o bajando por el sendero?

—No. Su casa no está cerca de ese sendero. —Y Briggs estaba luchando cuando se trataba de recordar estos días.

—¿La gente va a hacer senderismo?

—No sin permiso. E incluso entonces, no lo daría. —No en Indigo Ridge.

—Así que nadie va allí.

—Los niños a veces —admití—. Chicos curiosos que saben que ahí es donde se suicidaron dos chicas. Atrapé a un grupo de ellos el otoño pasado. No he visto a nadie ahí arriba desde entonces.

—¿Lily estaba con ese grupo de niños?

—No, eran más jóvenes. De instituto.

Su bolígrafo hizo otra nota.

—El médico forense determinó que la hora de la muerte fue probablemente a última hora de la noche del domingo, hasta la madrugada del lunes. ¿Alguno de tus empleados habría estado en la zona a esa hora? ¿O quizás tu tío?

—Quieres coartadas.

—Llámalo coartada si quieres. Estoy tratando de determinar si alguien la habría visto subir allí y si realmente estaba sola. Encontramos su auto estacionado en la autopista. Desde donde estaba hasta el lugar donde habría saltado, hay once kilómetros. Lo recorri ayer y me llevó casi tres horas. Me pregunto si alguien podría haberla visto durante ese tiempo.

RIDGE



THE EDENS
148

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

- Nadie que trabaje para mí.
- Si fue de noche, tendría que haber tenido una linterna. No encontramos ninguna en el camino ni junto a su cuerpo. Tampoco encontramos zapatos.
- ¿A dónde quieres llegar?
- ¿Dónde están sus zapatos? Si hubiera caminado sin ellos, sus pies habrían parecido carne picada. Sus pies tenían algunos rasguños, pero no que valgan once kilómetros. ¿Cómo llegó hasta allí en la oscuridad? A las once está muy oscuro.
- Dijiste que el médico forense sospechaba que podría haber sido el lunes por la mañana.
- Muy temprano. Pero, de nuevo, es la hora de la muerte.
- Tal vez subió durante el día. Se quedó allí un rato. No lo sé.
- Winn pasó a una nueva hoja de la libreta.
- ¿Alguien habría estado cerca el lunes por la mañana temprano para ver a alguien salir de la cresta?
- Crees que alguien subió con ella.
- Posiblemente.
- ¿Y qué? ¿La mató? —Sacudí la cabeza y suspiré—. Es un suicidio, jefa. Igual que las otras chicas que saltaron de ahí. No sé por qué lo hicieron. Me duele el corazón por sus familias. Pero es exactamente igual que las otras dos veces. Lo sé porque estuve presente en las tres.
- Ella parpadeó.
- No lo sabías, ¿verdad? —murmuré—. Papá encontró el primer cuerpo. Yo encontré el segundo.
- Y ahora Lily Green.
- Asentí.
- Es horrible. Realmente horrible. Lo que necesitamos son más recursos en la ciudad para estas chicas, no ir a buscar un asesino cuando no lo hay. Cosa que entenderías si fueras de aquí. Pero no lo eres.
- Abrió la boca y la cerró antes de hablar. Sus fosas nasales se ensancharon.
- ¿Qué?
- Nada. —Se sentó un poco más recta—. ¿Hay algo más que puedas decirme sobre las otras chicas?
- Todo estará en un informe, estoy seguro.

148



RIDGE

—Sí, estoy segura. Pero lo pregunto de todos modos.

—La chica que encontré fue hace dos años, era una de las amigas de Eloise. Nos afectó a todos. Eloise sabía que la estaba pasando mal pero no pensó que llegaría tan lejos. —Así que ahora mi hermana cargaba con esa culpa. Todos lo hacíamos—. La chica que papá encontró fue hace cinco años, había sido amiga de Lyla.

—Lo siento. Eso tuvo que ser duro para tu familia.

—Lo fue.

Winslow cerró su cuaderno y se puso de pie.

—Gracias por tu tiempo.

—¿Eso es todo?

—Por ahora. Sé donde está la salida. —Sin otra palabra, salió del salón.

Lo más inteligente sería dejarla ir. Mantener cierta distancia. Dejarla salir por la puerta mientras yo me quedaba aquí en este sofá. Pero me quedé de pie, con los modales que mi madre nos había inculcado desde una edad temprana. Acompañábamos a los invitados a la salida y les agradecíamos por venir.

Alcancé a Winn justo cuando estaba a punto de agarrar el pomo. Me estiré junto a ella, acercándome demasiado, y abrí la puerta. Otro de los modales: los hombres sostenían las puertas para las mujeres.

Levantó la vista hacia mí, con la respiración entrecortada. Una vez más, su dulce aroma llenó mi nariz. Abrió la boca, pero no se movió.

Un centímetro, tal vez dos, separaba nuestros cuerpos. Ese pequeño espacio crepitaba, la electricidad entre nosotros era tan fuerte como lo había sido en Willie's. Era más hermosa de lo que me había imaginado sentado en aquel bar oscuro y mohoso.

Los ojos azules de Winn se alejaron de los míos, y en el momento en que su mirada se dirigió a mi boca, estaba acabado.

Me incliné más cerca.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—No tengo ni la maldita idea. —Entonces mis labios estaban sobre los de ella.

Una pasada de mi lengua contra su labio inferior y no estábamos junto a mi puerta. Estábamos en Willie's, encerrados en mi camioneta. Nuestras ropas estaban quitadas y esparcidas por el suelo. Nuestras bocas estaban fundidas mientras ella se sentaba a horcajadas en mi regazo.

RIDGE

Días después, todavía podía sentir la forma en que se había movido sobre mí, meciendo sus caderas arriba y abajo, y arriba y abajo. Las marcas de las uñas que había dejado en mis hombros se habían desvanecido y, maldita sea, las quería de vuelta.

Solté la puerta para envolver a Winn en mis brazos, atrayéndola contra mi pecho.

Me dejó y su lengua se enredó con la mía mientras saboreaba su dulzura. Sus labios eran suaves, pero frenéticos. Sus manos agarraron mi camiseta y la cerraron en puños mientras yo inclinaba mi boca sobre la suya para profundizar en ella.

Mi pulso palpitaba en mis venas. Mi excitación era como el acero, tan dura como la pistola enfundada en su cadera. Estuve a un segundo de cerrar la puerta de una patada y llevarla a mi dormitorio cuando el sonido del relincho de un caballo nos separó.

Winslow separó sus labios de los míos y nuestras respiraciones se mezclaron. Sus ojos se abrieron cuando se fue de mis brazos.

Mi pecho se agitó mientras me esforzaba por recuperar el aliento, y antes de que la bruma del deseo se disipara, ella se había ido. Se alejó sin mirar atrás.

Me quedé en el umbral, con los brazos cruzados, y la vi subir a su todoterreno y arrancar por el camino de grava, desapareciendo en la arboleda que rodeaba mi propiedad.

—Mierda. —Me restregué su beso de los labios y entré por la segunda cerveza.

Necesitaba cualquier cosa para quitarme su sabor embriagador de la lengua.

La segunda botella no funcionó. Tampoco la tercera.

RIDGE

5



THE EDENS
151

Winslow

¿P or qué lo había besado? Durante los últimos tres días, esa pregunta había revoloteado por mi mente como un niño con exceso de azúcar en un trampolín.

Llevaba ocho días viviendo en Quincy y había besado a Griffin en dos de nuestros cuatro encuentros. Cuestionar mi decisión de mudarme, mi cordura, se había convertido en una parte habitual de mi rutina diaria. Y por la noche, ya que dormir había sido difícil. Esta mañana, mientras me lavaba los dientes, había considerado por una fracción de segundo volver a casa, a Bozeman.

Excepto que no había ningún hogar.

Y renunciar no estaba en mi naturaleza.

Tiempo. Lo que necesitaba era tiempo. Sobreviviría a la segunda semana como había sobrevivido a la primera. Si lograba pasar los próximos ocho días sin besar a Griffin Eden, tal vez podría sacarme a ese hombre de la cabeza.

El trabajo exigía toda mi atención. Mi atención se centraba en construir cualquier tipo de relación positiva con los oficiales. Hasta ahora, las cosas en la comisaría estaban... tensas. Con el tiempo, el personal se acostumbraría a mí, ¿no?

—Buenos días. —Entré en la sala de descanso y la conversación se detuvo.

Los tres oficiales que estaban alrededor de la cafetera se dispersaron, asintiendo cada uno al pasar junto a mí en su camino hacia el pasillo.

Me tragué un gemido y llené mi taza antes de retirarme a mi despacho, y cerré la puerta. Luego me desplomé contra su lado.

—No voy a renunciar.

RIDGE



THE EDENS
152

La actitud en la comisaría se había vuelto más fría. Incluso Janice me miró de reojo cuando empecé a hacer preguntas sobre Lily Green, Indigo Ridge y la cantidad de suicidios en la última década.

Aparentemente era un tema que no se podía tocar. Todos me miraban así. Tal vez Griffin tenía razón. Tal vez tenía que dejarlo pasar y aceptarlo. No quería sacar a relucir recuerdos dolorosos y empeorar las cosas para las familias y los amigos.

Pero se sentía... fuera de lugar.

El mejor policía que conocí me dijo una vez que siguiera siempre mis instintos.

Los expedientes volvían a estar desperdigados por la superficie de mi mesa, a pesar de la hora que había pasado organizando anoche. Todavía no había conseguido revisar los casos de los últimos tres meses, pero le había pedido a Janice que sacara otros tres de todos modos, ampliando mi lapso a seis meses.

Janice me los había entregado esta mañana. Encima de ellos estaban los expedientes de cada suicidio en Quincy.

Siete muertes.

Ya había leído cada informe tres veces, con la esperanza de que aplastara esa sensación de malestar. No lo había hecho. ¿Qué me estaba perdiendo? Algo, ¿verdad?

Me alejé de la puerta y me dirigí a mi silla, dejando el café a un lado. Luego agarré el teléfono y marqué el número al que llevaba una semana queriendo llamar.

—Cole Goodman —respondió.

Sonréí ante su cálida voz.

—Hola.

—¿Quién es?

—Qué gracioso —dije sin palabras—. Será mejor que no te hayas olvidado de mí ya.

Se rio.

—Nunca. ¿Este es tu nuevo número de trabajo?

—Sí. Creo que mi teléfono personal fue tragado por las cajas en casa. Hace días que no lo veo.

—Suena como tú —bromeó.

152



RIDGE

Cole había pasado muchas horas escuchándome quejarme de que había perdido mi teléfono. En mi defensa, todavía no había extraviado mi móvil de la estación ni una radio.

La organización no era necesariamente una debilidad. Podía ser organizada. Pero tampoco me importaba un poco de caos. Cuando mi atención se centraba en un carril, todo lo demás se volvía un poco borroso. Desempaquetar y encontrar mi teléfono no parecía tan importante como entender la muerte de Lily Green.

—Estaba pensando en ti —dijo—. ¿Cómo te fue la primera semana?

—Fue... interesante.

—Uh-oh. ¿Qué está pasando?

Suspiré y la verdad salió a flote.

—No le gusto a nadie aquí. Me siguen mirando como si fuera demasiado joven para este trabajo y sólo lo obtuviera gracias a mi abuelo.

—Sabías que esto no sería fácil.

—Lo sé —murmuré—. Sólo... tenía esperanzas.

—Aguanta. Sólo ha pasado una semana. Eres una gran policía. Dales tiempo para que lo vean.

Todas las cosas que me había dicho a mí misma, pero de alguna manera escucharlas de Cole me dio un impulso de confianza.

Cole había sido mi mentor en Bozeman. Cuando me ascendieron a detective, él había estado ahí para ayudarme en cada paso del camino. Siempre que tenía un caso difícil, Cole era la persona a la que acudía para hablar de él.

En nuestros años de trabajo juntos, se había convertido en algo más que un colega. También era un amigo muy querido. Su esposa, Poppy, era dueña de mi restaurante favorito en Bozeman. Sus hijos eran las almas más dulces del mundo. Cuando perdí a mi propia familia, la suya había estado ahí para ayudarme a superar los días más oscuros.

—Los echo de menos. Extraño a los Goodman.

—Nosotros también te extrañamos. Poppy estaba hablando de hacer un viaje de fin de semana para visitarte.

—Me encantaría. —Por ellos, realmente desempacaría mi casa.

—Háblame de la estación.

—En realidad, si tienes unos minutos, ¿puedo comentarte algo?



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

153



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

—Siempre.

Pasé los siguientes quince minutos hablándole de Lily Green y de los otros suicidas. Le conté cómo la madre de Lily se había derrumbado en mis brazos cuando fui a su casa a contarle la horrible noticia. Su grito había sido tan lleno de agonía que nunca olvidaría ese ruido.

La angustia era un sonido feo y oscuro.

Me quedé con Melina Green durante horas esa noche. Le tomé la mano mientras llamaba a su exmarido y le contaba lo de Lily. Luego esperé con ella mientras él conducía las dos horas desde Missoula. Cuando llegó, con los ojos enrojecidos y el alma rota por la muerte de su hija, le di mis condolencias y luego los dejé para que lloraran.

Ayer pasé por la casa de Melina para ver cómo estaba. Abrió la puerta con un albornoz y las mejillas manchadas de lágrimas. Y una vez más, cayó en mis brazos y la abracé mientras lloraba.

Pero Melina era una mujer fuerte. Se recompuso y empezó a hablar de Lily. Durante una hora, me habló de la luz brillante y hermosa que había sido su hija.

Lily tenía veintiún años y vivía con su madre para ahorrar dinero. Cuando le había preguntado a Melina si había encontrado una nota de suicidio en la habitación de Lily, había confesado que no había tenido la fuerza emocional para comprobarlo. Pero su ex había entrado en la habitación de Lily mientras había estado en Quincy y no había encontrado nada.

—Estoy tratando de ser sensible y no presionar demasiado a la madre —le dije a Cole—. Pero mi impresión es que ella y Lily estaban muy unidas. Está conmocionada. Realmente sorprendida de que Lily se suicidara.

—No puedo imaginar su dolor —dijo Cole—. Puede que no quiera pensar en las señales que no vio. O que su hija le estaba ocultando algo. Tienes que hablar con otras personas que conocían a Lily.

—Ese es mi plan. Empecé con los oficiales y el personal de aquí.

—¿Y qué dijeron?

—Nadie la conocía bien. Uno de los oficiales dijo que su hijo se graduó con Lily, pero que habían perdido el contacto cuando su hijo se mudó a la universidad. Los demás sólo la conocían del banco donde trabajaba como cajera. Todos dicen que Lily siempre estaba sonriendo. Que era una joven feliz.

Eso no significaba necesariamente nada. Sabía lo que se sentía al sentirse completamente perdida y sola, pero forzaba una sonrisa para el mundo exterior.

—¿Y los otros suicidas?



RIDGE

—Los informes son escasos.

El anterior jefe no había sido muy detallista. Eso era algo que el personal de aquí iba a tener que cambiar porque no iba a permitir que los informes cortos y apresurados fueran la norma.

—El año pasado, un chico de diecisiete años se colgó en su sótano. Antes de eso, todas han sido mujeres. Tres, incluyendo a Lily, saltaron desde un acantilado. Otra se cortó las venas en la bañera. Otra se bebió un frasco de pastillas recetadas. Y la primera, hace diez años, se disparó con la pistola de su padre. Supongo que era policía.

Nadie en la comisaría había querido hablar de ese caso.

—Maldita sea. —Cole suspiró—. Eso es mucho para un pueblo tan pequeño. Especialmente porque en su mayoría son mujeres.

—Exactamente. —Las tasas de suicidio eran más de tres veces superiores en los hombres. Sin embargo, en Quincy, era como si las estadísticas se hubieran invertido.

—No es algo inaudito, pero me da que pensar.

—A mí también. No es necesariamente fuera de lo normal, pero las chicas tenían veinte años. Normalmente, habría esperado que fueran más jóvenes lidiando con cosas de la escuela, ¿sabes? Estas chicas estaban trabajando y haciendo la transición a su vida adulta. Los problemas del instituto deberían haber quedado atrás.

—¿Todas de Quincy?

—Sí.

—Aunque eran mayores, probablemente seguían conectados a ella. Sus viejos conocidos, buenos y malos. El pueblo.

—Ciento.

—¿Qué dice tu instinto? —preguntó.

—Es inquietante —admití—. Tal vez si hubiéramos encontrado una nota o un diario o cualquier cosa que mostrara que esta chica estaba luchando, no me sentiría tan inquieta.

—Sigue buscando. Sigue hablando con la gente.

—Estoy hiriendo la sensibilidad.

Se rio.

—Eres bastante buena para perder el teléfono y las llaves. Pero eres fantástica para herir la sensibilidad.



THE EDENS
1 #

Griffin. ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

DEVNEY INDIGO PERRY



RIDGE

—Ja, ja —murmuré, con una sonrisa en los labios. Había echado de menos las burlas de Cole.

—Sácalos de quicio, Winnie. Si eso es lo que hace falta para que tus instintos dejen de gritar.

—Gracias. —Un nudo de ansiedad se aflojó en mi estómago. Cole a menudo me decía lo que yo ya sabía. Eso no hacía que sus palabras fueran menos poderosas.

—Llámame si necesitas hablarlo de nuevo.

—Bien. Dale un abrazo a Poppy de mi parte. A Brady y MacKenna también.

—Lo haré. Te enviaré un mensaje con algunos fines de semana que nos sirvan.

—No puedo esperar. —Nos despedimos y luego me senté de nuevo en mi silla, mirando el lío de expedientes que tenía que revisar.

Tal vez estaba leyendo demasiado de Lily Green. Quincy era un pueblo pequeño y tenía que pensar que mis oficiales tenían buen pulso para lo que estaba pasando. Si hubiera alguna razón para sospechar de un juego sucio, la habrían visto, ¿no? Y mi abuelo también. No había mencionado nada sobre los suicidios.

¿Excepto que si la razón por la que nadie había cuestionado estos suicidios era porque eran de Quincy? Yo era la única persona que no había pasado años trabajando en este departamento. No sólo eso, sino que todos los miembros del personal habían nacido y crecido en este condado.

Tal vez para ellos, esto era normal.

Lo más triste sería que tuvieran razón.

Llamaron a la puerta.

—Entra —dije.

Janice asomó la cabeza dentro.

—Emily del periódico está en la línea uno.

—¿Podrías decirle que estoy en una reunión y tomar el mensaje?

—Claro que sí. —Cerró la puerta, dejándose con mis propios pensamientos.

Giré en mi silla, de derecha a izquierda, de derecha a izquierda. Mis ojos nunca se apartaron de la pila de expedientes.

¿Por qué? ¿Por qué me molestaba la muerte de Lily?



RIDGE

—No hay nota. —Esa era la mayor pieza que faltaba.

—Su auto. —¿Por qué había estado a kilómetros de Indigo Ridge? ¿Quién la había llevado hasta allí?

—Sus zapatos. —Si había caminado, ¿dónde estaban sus zapatos?

El sábado, después de haber descansado el viernes por la noche gracias al hombre que me había besado, volví a Indigo Ridge. Había explorado la zona, recorriendo la cresta no una vez más, sino dos. Luego caminé por el sendero hasta donde habíamos encontrado el auto de Lily.

No había pistas a la vista, y desde luego ningún par de zapatos.

Lo que realmente me apetecía hacer con mi día era salir de nuevo al sendero, pero la pila de archivos no se hacía más pequeña, así que le di un sorbo a mi café, ahora frío, y me puse a trabajar.

Ocho horas y demasiados expedientes para contarlos, no había nada especialmente digno de mención, aunque había añadido tres elementos más a mi lista de nuevos requisitos de papeleo. Janice había programado reuniones individuales con todos los agentes del departamento y, a partir de mañana, me sentaría con cada uno de ellos para hablar de forma individual.

Tenía elogios para cada persona, excepto el oficial Smith, pero también críticas. Dudaba de que ganara muchos amigos cuando terminaran estas reuniones, pero daba igual. Ahora este era mi departamento, maldita sea, e íbamos a empezar a crear informes que valieran la pena leer.

Cuando Janice entró para darme las buenas noches, yo estaba agotada y hambrienta. Estaba empacando algunos archivos para llevarlos a casa cuando sonó mi teléfono.

—Hola, abuelo.

—Voy a asar hamburguesas para la cena.

—Estoy en camino. ¿Necesitas que recoja algo?

—Cerveza fría.

—Estoy en ello. —Sonréí y me apresuré a salir por la puerta. Después de una rápida parada en la tienda para conseguir su favorita, Coors Original, me dirigí a través de la ciudad.

Mi abuelo vivía en las afueras de Quincy, en un barrio junto al río. La casa había sido de él y de mi abuela antes de que ella muriera hacía quince años. En toda mi vida, la casa no había cambiado. El exterior seguía siendo del mismo color verde guisante. El interior era una sinfonía de beige.



RIDGE

A mi abuela le encantaban las gallinas, y su colección de estatuas de gallos y gallinas estaba orgullosa encima de los armarios de la cocina. Entrar por la puerta principal era como entrar en mi infancia. Su amor por ella se aferraba a las anticuadas cortinas floreadas, a las mantas de croché y a los cojines de punto de cruz que había dejado.

—¿Abuelo? —llamé desde la entrada.

No respondió, así que me dirigí a la terraza trasera. El aroma ahumado de su barbacoa me saludó al salir, junto con otra cara conocida.

—Bueno, ahí está. —Frank, el vecino y amigo de mi abuelo, salió de una tumbona. Aplaudió una vez y abrió los brazos—. He estado esperando que vinieras a visitarme.

Me reí y entré en su abrazo.

—Hola, Frank.

—Echaba de menos ver tu cara, hermosa. Bienvenida. Me alegro de que ahora seas uno de los nuestros.

¿Lo era? Porque me sentía como una extraña, y el cosquilleo en mi estómago me advertía que podría ser siempre así.

Frank me soltó, poniendo sus manos sobre mis hombros para mirarme de arriba abajo.

—Ya has crecido. Todavía no puedo creer que seas nuestra jefa de policía. Te miro y veo a esa niña con coletas que venía a hacer pasteles de barro en el jardín de Rain.

—¿Qué tal está Rain?

—Ven a vernos. Compruébalo tú. Le encantará que nos visites.

—Lo haré —prometí, sintiéndome mal por no haber pasado ya por allí.

Rain y Frank se habían mudado a la casa de al lado cuando yo era pequeña. Aquel fin de semana habíamos venido a visitar a mis abuelos y recordé que me parecía genial que su U-Haul fuera de Mississippi.

Eran mayores que mis padres y más jóvenes que mis abuelos, pero después de que nana muriera de un repentino ataque al corazón cuando yo tenía quince años, Frank y Rain habían adoptado al abuelo. Habían estado a su lado durante la muerte de su esposa.

Y cuando había perdido a su hijo y a su nuera.



RIDGE

Frank y Rain habían estado aquí para él cuando yo no podía. Eran parte de la familia. Frank era el mejor amigo de mi abuelo. Ahora estaba aquí y podíamos ser una familia.



THE EDENS #1

—¿Te quedas a cenar? —pregunté.

—No puedo. He estado arreglando este viejo Jeep para Rain. El nuevo guardabarros acaba de llegar, así que tengo que hacer algunos retoques. —Se golpeó el vientre plano—. Y me prometió paella para la cena.

Frank, al igual que el abuelo, tenía un físico amplio y una estructura musculosa. Los dos iban de excursión juntos casi todos los fines de semana en los veranos, y durante la semana, compartían el auto para ir al gimnasio.

—Será mejor que me ponga en marcha —dijo.

—Me alegra de verte, Frank.

—Tú también, Winnie. —Me dedicó una sonrisa amable, luego se volvió y estrechó la mano del abuelo—. ¿Te apetece pescar mañana después del trabajo?

—Absolutamente.

—Es un trato. —Frank saludó con la mano, bajó las escaleras, y atravesó el césped para desaparecer en su garaje.

—¿Cómo está mi niña? —Mi abuelo se acercó y me envolvió en un abrazo de oso.

—Estoy bien. —Me hundí en su amplio pecho. El latido de su corazón era fuerte bajo mi oído, un ritmo reconfortante que había sido un latido constante toda mi vida—. ¿Cómo estás?

—Hambriento.

Me reí y lo dejé ir.

—¿Qué puedo hacer?

—Tráeme esa cerveza fría.

Mientras él asaba las hamburguesas, yo preparaba los panecillos, los aderezos y las servilletas. Luego comimos los dos en la terraza, con el río más allá del patio como música de la noche.

—Gracias por preparar la cena —dije cuando los platos estaban vacíos, y salimos a dar un paseo después de la cena por su cuadra.

—Por supuesto. Me alegra de haberte localizado. Intenté llamar a tu otro número. Decía que tu buzón de voz estaba lleno.



RIDGE

Los mensajes eran probablemente todos de Skyler. Nuestra ruptura había sido hace cuatro meses, y las constantes llamadas estaban disminuyendo.

—No puedo encontrar ese teléfono. Ni siquiera sé cuándo lo perdí.

—Me lo imaginaba. —Se rio—. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy... bien. —No muy bien. No estoy mal. Sólo bien—. Ha pasado una semana.

—Todavía no puedo creer lo de la dulce Lily Green. Me rompe el corazón.

—El mío también. —El rostro angustiado de Melina apareció en mi mente—. Nunca dijiste nada sobre los suicidios.

Se metió las manos en los bolsillos de color caqui.

—No quería ponerte eso mientras estabas lidiando con tantas cosas en Bozeman. Y por horrible que sea, eso es parte de la vida. Aquí y en cualquier otro lugar.

—Siete en diez años. ¿No crees que es mucho?

—Por supuesto que sí. Cada vez ponemos más recursos en los consejeros de la escuela. Tenemos dos disponibles para los miembros de la comunidad, de forma gratuita. Pero si estos chicos no se acercan, si no sabemos que están sufriendo, ¿cómo vamos a ayudar?

Suspiré.

—No estoy tratando de criticar. Es sólo que... ha sido una larga semana.

Sacó una mano y puso su brazo alrededor de mis hombros.

—Lo siento.

—¿Crees que hay una posibilidad de que no sean suicidas?

—Ojalá pudiera decir que sí. Ojalá hubiera otra explicación. Pero cada una de esas muertes fue investigada. La mayoría venían con notas.

—Lily no dejó ninguna.

—O tal vez todavía no la has encontrado.

—Seguiré buscando.

—Sé que lo harás. No me gusta pensar en que te enfrentes a esto. Es pesado y duro. Pero alguien tiene que hacerlo, y confío en ti por encima de cualquier otro para hacer lo correcto.

—Gracias. —Me apoyé en su lado. Su fe en mí era inquebrantable. Me la había ganado. Me la seguiría ganando. Empezando por darle a Melina Green cualquier respuesta que pudiera encontrar sobre su hija.



THE EDENS
1#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—Cambio de tema —dijo—, pasé por Willie's el sábado.
—Um... de acuerdo. —Mierda. Willie no me había parecido un bocazas. No habría hablado de Griffin y de mí, ¿verdad?

—Vio tu foto en el periódico —dijo.

—¿Te refieres al periódico de cotilleos? —En el único periódico que había leído, en realidad no había muchas noticias. No es que lo haya leído todo. Tuve que parar después de la primera página.

El artículo sobre mi puesto de jefa me había llamado básicamente policía infantil y afirmaba que la única razón por la que había conseguido el puesto era por el abuelo. Pero el periódico había salido el miércoles. Había estado en Indigo Ridge, entonces con Melina Green.

Mi abuelo había llamado y me había dejado un mensaje de voz, echando humo y maldiciendo el nombre de Nelsen. Cuando escuché el mensaje y pasé por la tienda para comprar el periódico, ya había anochecido. Cuando por fin me senté a leer el artículo, no me quedaban muchas ganas de hacerlo.

—Willie mencionó que tú y Griffin Eden estuvieron juntos la semana pasada.

Maldita sea, Willie.

—Sí —murmuré.

—¿Quieres decirme qué pasa ahí?

—No.

—Me pareció que el almuerzo fue un poco incómodo.

—Incómodo es un eufemismo.

Se rio.

—Entonces asumiré que no quiero saberlo.

—Realmente no quieras.

—Bueno, sólo ten cuidado. Griffin es un buen hombre, pero es conocido por romper algunos corazones.

—No hay necesidad de preocuparse por el mío. No tengo ningún interés en Griffin Eden.

Eso no era del todo cierto.

Una noche con Griffin y se había convertido en una constante en mi mente. Tal vez si dejara de besarla, eso ayudaría. Pero era demasiado hermoso para su propio bien, ciertamente para el mío, y Dios mío, podía besar.



THE EDENS
#1

161



RIDGE

La química estaba fuera de este mundo. El hombre era magnético. Nunca en mi vida mi cuerpo había respondido con tanta fuerza al tacto de un hombre, ni siquiera al de Skyler.

Reproducir nuestra noche juntos se había convertido en un escape. Cuando todo lo demás en mi cabeza se volvía demasiado ruidoso, pensaba en su beso. En sus manos y su lengua, recorriendo mi piel.

Era alarmante pensar tanto en un solo hombre. Pero como no tenía planes de verlo pronto, ¿qué daño hacían unos cuantos pensamientos errantes cuando estaba sola en la cama?

Mi abuelo y yo terminamos nuestro paseo, casi siempre en silencio. Las calles de Quincy mantenían una paz inigualable. Le di un abrazo de buenas noches para volver a casa, con la esperanza de deshacer al menos una caja antes de acostarme.

Salvo que en el momento en que mi casa gris y mi puerta roja quedaron a la vista, vi una camioneta conocida.

Dos camionetas, en realidad.

Una estaba cubierta de polvo. La otra era de un reluciente negro y recién encerada.

—Maldita sea. —Realmente no tenía tiempo para esto. Él iba a arruinar mi noche, ¿no?

Estacioné en la entrada, salí y cerré la puerta.

Dos rostros apuestos me esperaban en el porche. Uno estaba de pie, con los brazos cruzados y las piernas ocultas en vaqueros desteñidos. El otro llevaba un traje. Ni siquiera se había aflojado la corbata.

Intercambiaron una mirada recelosa y luego se centraron en mí cuando me detuve en la escalera inferior y me crucé de brazos.

—¿Qué estás haciendo aquí?



RIDGE

6



THE EDENS

1#

Griffin

¿M

e estaba hablando a mí?

Esos profundos ojos azules se entrecerraron, aunque no en mi dirección.

El de traje se enderezó.

—Hola.

—Responde a mi pregunta, Skyler. —Winn subió los escalones del porche, todavía con los brazos cruzados—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Intenté llamarte.

—Que yo no contestara debería haber sido la primera pista de que no quería hablar contigo.

¿O era porque había perdido su teléfono? Mantuve la boca cerrada, observando cómo el tipo se deshacía bajo su mirada.

Winn tenía la mirada fulminante perfeccionada. Era muy sexy ver a una mujer tan feroz, sobre todo sabiendo que podía dejarlo todo y bajar la guardia para coquetear y reírse como lo había hecho en Willie's. Y debajo de todo eso había otra capa, la mujer profesional y astuta que había venido a mi casa con su cuaderno y su bolígrafo.

Compleja. Segura de sí misma. Compasiva. Cada una de las facetas de Winslow Covington era atractiva.

Luché contra una sonrisa mientras ella permanecía inmóvil, esperando que el de traje hablara.

—Estaba preocupado por ti, Winnie.

Acarició la Glock enfundada en su cinturón junto a su reluciente placa.

—Innecesario.

163



RIDGE

Miró en mi dirección y su boca se aplanó. Skyler me había mirado fijamente desde el momento en que estacioné en la calle y me dirigí al porche de Winn.

Antes de que pudiera llamar a la puerta o preguntar quién era, me había informado de que ella no estaba. Probablemente había pensado que me iría. ¿Por qué no me había ido? Tal vez porque ese tipo y la arrogancia que desprendía su chaqueta a medida me habían desagradado al instante.

—¿Quién es este tipo? —preguntó, señalándome con el pulgar.

Ella ignoró su pregunta.

—¿Cómo encontraste mi dirección?

Me miró de nuevo, acercándose a ella.

—¿Podemos hablar en privado? Es sobre la casa.

—¿Qué pasa con la casa? Te dije diez veces que no la quiero. Si tú sí, entonces puedes comprármela. Si no, deja de dar vueltas y ponla en venta.

—Winnie.

—Skyler. —Ella descruzó los brazos y sacudió una muñeca como si él fuera una mosca que estaba apartando. Luego se volvió hacia mí y, por un momento, esperé la misma mirada y el mismo rechazo. Pero su expresión se aclaró tan repentinamente que me hizo parpadear dos veces.

Atrás quedó la mirada fulminante. Atrás quedó la mandíbula fija y el ceño fruncido. Una impresionante sonrisa transformó su rostro, mostrando su belleza, y maldita sea, quería besarla de nuevo.

—Hola, bebé.

—Bebé? Antes de que pudiera encontrarle sentido a eso, cerró la brecha entre nosotros, se puso de puntillas y presionó sus labios contra la comisura de mi boca.

Cuando cayó sobre sus talones, se movió, dándole la espalda a Skyler. Sus ojos se abrieron y dijo:

—Por favor.

Finge ser el novio.

Por mí estaba bien, siempre y cuando ella sepa que no iba a ser el novio.

—Hola, nena.

—¿Cómo fue tu día?

Me incliné, sin poder evitarlo, y rocé mis labios con los suyos.

—Mejor ahora.



RIDGE

Y maldita sea, eso no era una mentira. Cada vez que la veía, era más hermosa.

—¿Te vas a quedar esta noche? —preguntó.

—Lo estaba planeando.

—Bien. —Pasó junto a mí e introdujo su llave en la cerradura. Sin mirar a Skyler, desapareció dentro de la casa.

—Winnie —llamó.

Ella ya se había ido.

Me reí y la seguí al interior de la casa, cerrando la puerta. Después de atravesar un laberinto de cajas, encontré a Winn en la cocina, de pie contra la encimera, echando humo en silencio.

—¿Es un amigo?

—Mi ex.

—Ah. Ahora la jugada del falso novio tiene sentido.

—Gracias por seguir la corriente.

—De nada. —Me apoyé en la pared.

—Espera. —Me miró con recelo—. ¿Por qué aceptaste?

Me encogí de hombros.

—Me irritó.

—A mí también me irrita —murmuró.

—¿Quieres que me quede hasta que desaparezca?

—Si no te importa.

—¿Hay algo que deba saber? —Porque si ese bastardo la estaba acosando, saldría y me aseguraría de que entendiera que las reglas acababan de cambiar.

—No. —Sacudió la cabeza—. Es inofensivo, a menos que cuentes que es un verdadero dolor de cabeza.

—¿Cuál es la historia?

Se encogió de hombros.

—Estuvimos juntos durante ocho años. Comprometidos durante seis. Lo cancelamos hace cuatro meses y él se mudó de nuestra casa, que se niega a vender.

Ocho años era una relación larga. Seis años era un compromiso infernal. ¿Por qué no se habían casado?



RIDGE

—¿Por eso te mudaste aquí? ¿Por tu ruptura?

—Es parte del motivo. Era el momento de cambiar. Cuando mi abuelo mencionó que el anterior jefe se iba a jubilar, decidí al menos presentar mi candidatura. Sinceramente, no pensé que me tendrían en cuenta.

—Incluso con Covie como alcalde?

—Mi abuelo me quiere, pero también quiere a esta ciudad. No pondría a alguien en el puesto de jefe que no fuera capaz de hacer el trabajo. Y soy capaz, Griffin.

Cuanto más aprendía sobre ella, más sospechaba que lo era.

—He oído que ayer fuiste a visitar a Melina Green.

—¿Cómo lo sabes?

—Conor. Fue a verla. Al parecer, te echó de menos.

—Fue muy amable de su parte.

—Fue un detalle de tu parte.

Dejó caer su mirada al suelo.

—Lo menos que puedo hacer es mostrarle que no está sola.

Ese acto, en sí mismo, la diferenciaba del antiguo jefe. Siempre había mantenido las distancias con la comunidad. Quizá había sido intencionado. Tenía que ser difícil atrapar a los amigos o a los miembros de la familia. Probablemente era más fácil mantenerse alejado que castigar a un compañero por infringir la ley.

O tal vez sólo era un bastardo frío. Esa era la impresión de papá.

Winslow era todo menos fría.

La estudié mientras estaba allí, el silencio de la casa se hacía más fuerte. Había un peso sobre sus hombros. Un cansancio en sus ojos.

—Menuda semana, ¿no?

—Esa es una forma de decirlo. —Miró hacia una caja colocada en la encimera, se acercó, y abrió la tapa con un suspiro—. Como puedes ver, desempacar no ha sido una prioridad.

Había dejado su vida en suspenso para hacer preguntas sobre Lily Green y visitar a una madre afligida.

—Este es un buen lugar. También es un buen barrio. Uno de mis compañeros del instituto vivía en la casa verde tres casas más allá.

—¿Así es como supiste dónde vivía?



RIDGE

—No, le pregunté a mi madre. Una de sus mejores amigas era tu agente inmobiliario.

—Demasiado para la privacidad —murmuró.

—Pueblo pequeño. La privacidad es relativa.

—Supongo que es cierto. —Sacó un vaso de la caja y lo puso directamente en el lavavajillas.

—¿Quieres ayuda?

—No, pero gracias. —Terminó con los vasos, y como no estaba en mi naturaleza quedarme parado cuando había trabajo que hacer, agarré la caja vacía y doblé el papel de embalaje, luego rompé la caja.

—¿Dónde quieres esto?

—Hay una pila de cajas vacías fuera de mi habitación, por el pasillo.

—De acuerdo. —Me dirigí hacia allí, llevando la caja y el papel.

Mis botas parecían hacer el doble de ruido de lo normal en sus suelos de madera. Había dos habitaciones al final del estrecho pasillo. A la derecha estaba su dormitorio. El colchón descansaba en el suelo, la cama sin hacer. Tres maletas estaban arrimadas a la pared del fondo, abiertas y desbordadas.

Winslow parecía estar tan arreglada. ¿Le molestaba vivir en un desorden? Porque seguro que a mí me habría molestado.

Frente a su habitación había otra abarrotada de cajas. Añadí la mía a la corta pila de cartones aplastados y volví a la cocina.

El lavavajillas estaba funcionando. Winn se había retirado al salón. A su lado, en el cojín central del sofá de cuero, estaba el bolso que había llevado antes y una pila de archivos.

El sofá era el único mueble de la habitación, quizás de toda la casa. Estaba sentada en un ángulo extraño debajo de la lámpara central. A su lado había una caja sin abrir que Winn había metido junto a un reposabrazos para usarla como mesa auxiliar improvisada.

¿Su ex se había llevado los otros muebles? ¿Todavía los estaban trasladando? Estaba a punto de preguntar cuando una carpeta de manila me llamó la atención de debajo de su bolso. Acercándome, leí el nombre de la ficha.

Harmony Hardt.

La chica que había encontrado en la base de Indigo Ridge.



RIDGE

Probablemente había fotos en esa carpeta. Fotos de las imágenes grabadas para siempre en mi cerebro. El cabello oscuro enmarañado. Las extremidades torcidas. La sangre. La muerte.



THE EDENS

#

—Estás investigando los suicidios —dijo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito.

—Son suicidas, Winn.

Se quedó callada, sin estar de acuerdo ni en desacuerdo.

—Es triste —dijo—. Horrible. Entiendo que quieras encontrar una explicación diferente. La mayoría de los forasteros lo hacen.

—Sabes, no dejas de recordarme que soy nueva en la ciudad. Pero no soy tan nueva. He pasado mucho tiempo aquí, especialmente de niña. Esta era la ciudad natal de mi padre.

—Hay una diferencia entre visitar Quincy y vivir en Quincy.

—Bueno, ahora vivo aquí.

—Sí, lo haces. —Y eso hizo que esta insaciable atracción por ella fuera exponencialmente más complicada.

Winn se levantó y se inclinó sobre el respaldo del sofá, mirando hacia la ventana que daba al porche. El ex seguía allí, con la cara pegada al teléfono y los dedos volando sobre su pantalla.

—Todavía está aquí —refunfuñó con una mirada de soslayo—. ¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos?

Saqué su teléfono del bolsillo trasero de mi vaquero.

—Esto estaba en mi casa.

—Maldita sea. —Se levantó y cruzó la habitación, agarrándolo de mi mano. Luego la arrojó en dirección a su bolso, como si no le importara que desapareciera de nuevo—. Debe haberse caído de mi bolsillo. Ahora mismo estoy un poco dispersa, pero al final lo habría localizado.

—¿No lo necesitas?

—En realidad no. Es mi móvil personal, al que Skyler ha estado llamando.

—Se dirigió al sofá, dejándose caer en el mismo asiento—. Eres bienvenido a sentarte. Pero si necesitas irte, está bien.

168



RIDGE

Lo único que me esperaba en casa era una pila de facturas que pagar. Esta mujer era mucho más entretenida que las horas pasadas en mi despacho, así que tomé asiento a su lado, dejando espacio suficiente para que mi polla no se hiciera ilusiones.

—Entonces, ¿cuál fue la razón por la que lo cancelaste? ¿Tu compromiso? — No era de mi incumbencia, pero lo pregunté de todos modos. Tal vez si la entendiera mejor, me la quitaría de la cabeza. Eso, y pasar unos años sin besarla.

Días después y la tentación de sus labios era tan poderosa como siempre.

Era tan cautivadora como peligrosa.

—No es el hombre que yo creía que era —dijo.

El imbécil probablemente había estado follando con otra persona. *Idiota.*

—Lo siento.

—Es mejor ahora que si nos hubiéramos casado.

—Ciento.

Como si Skyler supiera que estábamos hablando de él, sonó el timbre de la puerta.

Las fosas nasales de Winslow se ensancharon.

—Es testarudo.

—¿Por qué está aquí?

—Tu suposición es tan buena como la mía. No me habló después de mudarse. Luego se enteró, a través de unos amigos comunes, de que me mudaba a Quincy y se preocupó. Puede decir que está aquí por nuestra casa, pero la pelota está en su campo. Y nuestro agente inmobiliario sabe que la mejor manera de localizarme es el correo electrónico.

—¿Cuáles eran sus preocupaciones?

—Skyler está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Creo que esperaba que yo suspirara por él. Tal vez pensó que lo perdonaría. Tal vez rogaría para que volviera. No lo sé. Probablemente no le guste el hecho de que no le dedique más tiempo. Tuvo ocho años. Y no le voy a rogar a ningún hombre.

Eso no era exactamente cierto. Me había suplicado en el asiento trasero de mi camioneta cuando tenía mi dedo en su clítoris y quería correrse.

Mi polla se movió.

—¿Quieres molestarlo un poco? —pregunté.

—¿Qué tienes en mente?



RIDGE

Sonréí.

—Ya vuelvo.

El rostro de Skyler se dirigió al mío cuando abrí la puerta principal. Había estado hablando por teléfono otra vez.

Levanté la barbilla, pasé junto a él por las escaleras y me dirigí a mi camioneta. Hoy había pasado por la tienda de comestibles para comprar algunas cosas. Había pensado en Winslow cuando pasé por los condones, así que agarré una caja por capricho.

O tal vez por deseo.

Con los condones en la mano, cerré la puerta de la camioneta y volví a la casa.

Skyler los vio al instante. Su mandíbula se tensó.

—¿Todavía estás aquí? Que pases una buena noche. —Le sonréí, luego atravesé la puerta y eché el cerrojo.

Winn se sentó más erguida cuando me reuní con ella en el sofá, ambos escuchando.

Unos pasos bajaron las escaleras del porche. Momentos después, el motor de una camioneta se puso en marcha.

—Eso fue demasiado satisfactorio. —Se rio—. Gracias.

—De nada. —Este fue el momento en el que tuve claro que debía irme, pero en lugar de eso, me relajé más en el sofá, echando un brazo sobre el respaldo.

Los ojos de Winn se posaron en la caja de condones que tenía en la mano.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Si dijera que no, ¿lo preguntarías de todos modos?

—Sí.

Me reí.

—Dispara.

—Pensaste que era turista en Willie's. ¿Es eso lo tuyo? ¿Turistas?

—Lo mío son las mujeres hermosas. Pero sí, es menos complicado si no viven aquí. Menos expectativas.

Ella tarareó.

—¿Por qué me besaste en tu casa?

—¿Por qué me devolviste el beso?

170



RIDGE

La esquina de su boca se curvó.

—¿Para quién son los condones?

—Tú. —No tenía sentido mentir. Estaba metida en mi cabeza.

Winslow era una mujer aparte. En belleza. En cerebro. En atractivo sexual.

Su confianza en sí misma era tan seductora como las pecas de su nariz.

Con un movimiento elegante, se levantó y cerró la brecha entre nosotros. Su pierna pasó por encima de mi regazo y sus rodillas se acomodaron fuera de mis muslos. Sus manos, delicadas pero poderosas, se deslizaron por el suave algodón de mi camiseta color carbón. Luego presionó su centro contra mi polla hinchada, frotando su núcleo contra la hebilla de mi cinturón.

—Dame tu boca —ordené.

Se inclinó y sus labios rozaron los míos.

Agarré una mano alrededor de su cabeza, sosteniéndola hacia mí mientras me lanzaba, con mi lengua deslizándose entre sus dientes.

Winn jadeó, con sus caderas chocando contra las mías.

Cualquier esperanza de salir de aquí antes de que oscureciera se evaporó.



RIDGE

7



THE EDENS
1#

Winslow

Un grito se alojó en mi garganta cuando me desperté de golpe. El sudor se me acumulaba en las sienes.

Cerré los ojos con fuerza y respiré para calmar mi corazón acelerado, utilizando cada fragmento de fortaleza mental para apartar la pesadilla de mi mente.

Mis padres solían decir:

—Es sólo un mal sueño, Winnie.

Esto no era un sueño.

La sangre, la mutilación, era real. Los ojos sin vida. El grito, mi grito, que aún resonaba en mis oídos cinco años después.

¿Dejarán de existir estas pesadillas? Habían empeorado desde que me mudé aquí. Me perseguían casi todas las noches.

A mi lado, Griffin se movió. La sábana que había colocado sobre nosotros después de la última follada, revelaban los contornos esculpidos de su musculosa espalda. Los anchos hombros. Los hoyuelos justo por encima de su trasero.

Me escabullí de debajo del algodón y me levanté del colchón, todavía en el suelo. De puntillas, salí de la habitación y cerré la puerta.

Mi ropa del trabajo estaba esparcida junto a la de Griffin en el salón. Agarré su camiseta y me la acerqué a la nariz. Olía a jabón de lavandería y a la especia masculina y natural del hombre que me había hecho ver las estrellas anoche. Volví a respirar, reconfortada por el aroma, antes de ponérmela. La camiseta me llegaba en la parte superior de los muslos y me rozaba el trasero, pero al menos estaba cubierta por si alguno de mis vecinos también estaba despierto.

Una de las partes favoritas de esta casa era el mirador del salón. Junto al cristal había un estrecho banco, no lo suficientemente amplio para descansar, pero sí para sentarse y contemplar la noche. Había comodidad en la tranquilidad

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

172



RIDGE

de esta calle. Paz en el silencio de las casas dormidas y las luces del porche encendidas.

La pesadilla me daba golpecitos en la sien, pidiendo atención. La aparté y estudié la camioneta de Griffin, trazando con la mirada la marca del rancho Eden en la puerta del pasajero. Luego cerré los ojos y me lo imaginé en mi sofá. Desnudo. Con los abdominales marcados. Sus caderas empujando. Su polla como el terciopelo y el acero.

Centrarme en el sexo probablemente no era la forma correcta de afrontar mi pasado, pero por esta noche, no me importaba lo correcto. Sólo quería que la pesadilla desapareciera. Así que me imaginé el rostro de Griffin mientras se corría, su mandíbula tensa y el abultamiento de sus bíceps mientras su cuerpo se estremecía al liberarse.

Habíamos follado duro en el sofá. Después, esperaba que se marchara, pero me había llevado a mi dormitorio, y si antes había pensado que el sexo había sido bueno, con un poco de espacio para moverse, me había mostrado el poder de ese gran cuerpo.

Orgasmo tras orgasmo, prácticamente me desmayé después de la última ronda.

Una sonrisa apareció en la comisura de mis labios.

Acostarse con él fue sin duda una decisión estúpida. Una decisión estúpida, adictiva y que me hacía doblar los dedos de los pies. El autocontrol era mi especialidad, pero cuando se trataba de él, las reglas no parecían aplicarse.

Griffin Eden era tentador. Magnético. Robusto y audaz.

Y estaba desnudo en mi cama.

Levanté las rodillas, estirando su camisa sobre mis pantorrillas. Los tres bostezos eran la forma en que mi cuerpo me recordaba lo cansado que estaba, pero no quería dormir. El sueño volvería. Permanecía demasiado cerca de la superficie. Así que, con la sien pegada a la ventana, me quedé mirando la oscuridad. Sola.

La pesadilla —un recuerdo— siempre me hacía sentir sola.

Mi aliento empañó el cristal y el frío de la casa me puso la piel de gallina en los antebrazos. Estaba a punto de ceder, de colarme en mi dormitorio para darme una ducha caliente, cuando el arrastre de pies descalzos llenó la habitación.



THE EDENS
I #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

173



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Griffin salió del pasillo, con la sábana enrollada alrededor de su estrecha cintura. Sus pasos se ralentizaron cuando me vio en la ventana con su camiseta puesta.

—¿Estás bien?

—No podía dormir —mentí.

Nadie sabía de mis pesadillas. Ni siquiera Skyler. Nunca me había preguntado por qué me despertaba en mitad de la noche, sólo que cuando lo hacía, no encendía la luz. Podría despertarlo y él tenía trabajo.

Griffin asintió y se dirigió a sus vaqueros, dejando caer la sábana para ponerse el pantalón en una pierna gruesa y fuerte a la vez. Dejó el botón superior desabrochado y el cinturón colgando mientras caminaba hacia mí, arrastrando una mano por su despeinado cabello chocolate.

Yo misma lo había despeinado antes, sujetándolo mientras él chupaba mis pezones en su talentosa boca.

—Será mejor que me vaya. —Su voz profunda estaba empañada por el sueño y el estruendo me produjo un escalofrío.

—De acuerdo. —Asentí, observando su pecho desnudo. La capa de vello en sus pectorales era demasiado tentadora y levanté una mano para rozar las gruesas hebras. Los latidos de su corazón eran tan sólidos y fuertes, como todo lo demás de este hombre.

—¿Me vas a dar mi camiseta?

—¿Vas a agarrarla?

Sus manos se dirigieron al dobladillo, y la levantó por encima de mi cabeza. Luego sonrió mientras la ponía sobre su cuerpo, cubriendo el duro vientre y la esculpida V de sus caderas.

Este hombre era mejor que cualquier fantasía. Mejor que cualquier héroe de novela romántica o estrella de cine. Mejor que cualquier amante que me haya llevado a la cama. No es que haya tenido muchos.

El aire frío de la ventana recorrió mi piel desnuda, pero no me moví del banco. Esperé mientras Griffin tomaba la sábana y la acercaba, envolviéndola alrededor de mis hombros antes de encontrar sus botas entre las cajas.

Un silencio incómodo se instaló en la habitación. Las relaciones casuales no eran lo habitual en mí. Incluso a mis veinte años, los únicos hombres con los que había estado habían sido novios. Entonces pasó Skyler.



RIDGE

No estaba segura de qué decir. No estaba segura de qué hacer. Así que me quedé quieta, escuchando a Griffin abrocharse el cinturón. Había sido más fácil en el bar simplemente entrar en mi auto y alejarme.

Mamá me había dicho una vez que yo no era de las que se acostaban. Yo era como ella, una mujer que amaba. ¿Se equivocaba si me gustaba esta aventura con Griffin? No había amor entre nosotros, simplemente lujuria.

No quería que mamá se equivocara en nada. Quería que siguiera siendo un recuerdo perfecto, la hermosa mujer que me había amado antes de la pesadilla.

—Oye. —La mano de Griffin se acercó a mi hombro, su pulgar hizo un círculo sobre la sábana—. ¿Estás bien?

—Sí. —Me tragué el nudo en la garganta—. Cansada.

—¿Segura?

Asentí y me deslicé por la cornisa del banco.

—Gracias por quedarte cuando Skyler estaba aquí.

—¿Va a ser un problema?

—No lo sé. —Pero después de la exhibición de Griffin con los condones, dudaba que volviera a ver a Skyler.

—Así que, um... esto probablemente no sea una gran idea si se convierte en algo habitual. Estoy ocupado.

Ocupado. Ese término me ponía de los nervios, pero no importaba. Yo también estaba *ocupada*.

—De acuerdo. —Los orgasmos habían sido de otro mundo, pero estaba demasiado gastada para cualquier tipo de relación, aunque sólo fuera de sexo.

—Bien —dijo, como si esperara que discutiera—. Cierra cuando me vaya.

Era la jefa de policía, tenía un cinturón negro en karate y sabía manejar una pistola, pero este hombre quería hacer valer su capacidad de protección.

Odié que me gustara.

—Nos vemos, Griffin.

—Adiós, Winn. —Saludó una vez y se dirigió a la puerta.

Esperé junto a la ventana, observando hasta que su camioneta desapareció, entonces cerré la puerta y fui al dormitorio. El aire olía a Griffin y a sexo.

La sábana del colchón estaba arrugada y mi edredón había sido pateado a los pies de la cama. El despertador negro que había en el suelo junto a una



RIDGE

almohada indicaba que eran las tres y media. No había forma de volver a dormir, no ahora, así que dejé caer la sábana y me dirigí al baño para darme una ducha.

Vestida con vaqueros y la camisa negra abotonada que todos los agentes llevaban como parte de su uniforme, me dirigí a la comisaría.

El turno de noche era mínimo, así que todo estaba tranquilo cuando estacioné en mi plaza reservada. El encargado del mostrador se sorprendió cuando entré por la puerta.

—Oh, uh, hola, jefa.

—Buenos días. —Sonreí—. Espero que haya algo de café.

—Acabo de preparar. —Asintió y me hizo pasar para que no tuviera que usar mi llave.

Con una taza humeante en la mano, me retiré a mi despacho, donde me esperaban las pilas de expedientes de ayer, y no perdí tiempo para sumergirme en ellos. El cambio de turno a las seis era un bullicio de actividad y más de un agente me miró con los ojos muy abiertos cuando salí de mi despacho para reunirme con ellos.

La conversación era limitada. Las risas eran escasas. Escuché cómo el turno de noche daba su informe resumido, y luego volví a la soledad de mi oficina para que pudieran tener unos minutos sin que la jefa los escuchara.

Tal vez un día me acogerían en su grupo.

Quizá algún día no me moleste que no lo hagan.

—Toc, toc. —Janice asomó su cabeza dentro de mi oficina—. Buenos días.

—Hola. —Sonreí y la hice pasar.

—¿Estás bien? —preguntó, estudiando mi rostro.

Abrí la boca para mentir, pero en su lugar salió una pregunta.

—¿Puedo confesar algo?

—Claro. —Tomó asiento frente a mi escritorio, con la carpeta que había traído apoyada en su regazo.

—Este es mi primer trabajo como jefa. Probablemente ya lo sabes.

Ella asintió.

—Sí.

—¿Es tan obvio que no he hecho esto antes?

—No, pero todos leemos el periódico.



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Mi labio se curvó. La periodista había omitido por completo mi currículum, haciendo creer que mi única cualificación era el apellido Covington.

—Estoy acostumbrada a estar en el pasillo, no en una oficina. Estoy acostumbrada a estar en las conversaciones, no en la recepción de los informes oficiales. Estoy acostumbrada a que me incluyan. No esperaba que fuera tan chocante, la diferencia entre ser oficial y ser jefa.

—Es comprensible. —Janice me dedicó una suave sonrisa, pero no me ofreció ningún consejo.

No había nada que dar. Yo no era un oficial. Era la jefa.

La línea entre los dos era necesaria, aunque eso me pusiera en un lado, sola.

—Cambiando de tema. —Hice un gesto con la mano y señalé la carpeta—. ¿Qué tienes para mí?

—Llegó la autopsia del médico forense de Lily Green. Pensé que querías verla antes de ponerla en el escritorio de Allen.

—Sí, por favor.

Allen era el oficial asignado oficialmente a la muerte de Lily Green, aunque no parecía importarle mi intromisión. En cierto modo, casi había parecido aliviado cuando le dije que iba a tomar un papel activo. Y cuando me ofrecí a contarle a Melina Green la muerte de su hija, aceptó de inmediato.

Janice me entregó el informe y luego repasó una breve lista de puntos que había que tratar. Después, me dejó con la autopsia.

Fue casi exactamente como lo había previsto. La causa de la muerte fue un traumatismo corporal extremo debido a una caída. No había sustancias en su sangre. Tampoco marcas o heridas más allá de las causadas por el impacto.

La única nota de interés fue la actividad sexual de Lily. El examinador observó que probablemente había tenido relaciones sexuales en las veinticuatro horas anteriores a su muerte porque había restos de lubricante en su piel, aunque no había semen.

—Huh. —Saqué mi cuaderno para el caso, hojeando mis notas.

Melina me había dicho que Lily no había tenido novio cuando le pregunté. ¿Tal vez no lo sabía? Si Lily había estado viendo a alguien, ¿tendría su novio conocimiento de su estado mental? ¿Había estado con ella antes de su muerte, conduciendo su auto? ¿La había llevado a esos caminos de grava desiertos a lo largo del rancho Eden?



RIDGE

Por mucho que quisiera buscar respuestas a esas preguntas, tendrían que esperar. Mi día estaba lleno de reuniones y llamadas telefónicas. Otro efecto secundario inesperado de ser jefa. No me esperaba las reuniones, y la transición de las investigaciones a la gestión me iba a costar acostumbrarme.

Toda la gracia que el personal y la comunidad me habían dado durante mi primera semana se esfumó, porque el trabajo administrativo llegó a montones.

Finalmente, a las cuatro, llegué a la primera pausa del día. Mi agenda estaba despejada hasta mañana, y aunque había correos electrónicos que responder, necesitaba alejarme de este escritorio. Así que agarré mi bolso y me escapé de la estación.

La ruta hacia la casa de Melina Green me resultaba familiar, y cuando estacioné frente a su valla blanca, ella estaba arrodillada en la hierba junto a un parterre.

—Buenas tardes —dije.

Miró por encima del hombro, con el cabello rubio recogido en una trenza bajo un sombrero de paja. Me dedicó una sonrisa temblorosa, se puso de pie, y se acercó mientras yo abría su puerta.

—Hola, Winnie.

—¿Cómo estás? —Abrí mis brazos y ella entró en mi abrazo.

—Minuto a minuto. Eso es lo que me dijiste, ¿verdad?

—Minuto a minuto.

Era algo que Poppy me había dicho después de la muerte de mis padres. Le había preguntado cómo lidiar con el tipo de dolor que desgarraba cada latido del corazón.

—¿En qué estás trabajando? —pregunté, dejándola ir.

—Deshierbando. Estuve tentada de quedarme en pijama todo el día, pero...

—Las lágrimas no derramadas brillaron en sus ojos—. Necesito hacer algo, cualquier cosa, menos llorar.

—Puedo entenderlo. ¿Por qué no me pones a trabajar?

Pasamos los siguientes treinta minutos limpiando dos parterres. El sol de la tarde me calentaba la camisa negra, pero me quedé junto a Melina, arrancando brotes de hierba y cardos pequeños mientras el sudor me humedecía la frente.

—Necesito hacerte una pregunta sobre Lily. ¿Te importaría?

—No. —Sacudió la cabeza, con los ojos concentrados en la paleta que tenía en la mano y en la maleza que cortaba de raíz. La hoja se hundió en la tierra con



RIDGE

un corte arenoso. Superaría esta pérdida manteniéndose ocupada. Yo había hecho lo mismo. Porque cuando uno estaba ocupado, había menos tiempo para pensar. Menos tiempo para sufrir.

Hasta la noche, cuando los recuerdos se colaban en tu sueño.

—Dijiste que no tenía novio. ¿Pero podría haber estado viendo a alguien nuevo? ¿Tal vez una primera o segunda cita con un chico?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Sólo estoy tratando de averiguar con quién pasaba el tiempo. —Normalmente creía en la transparencia total, pero hasta que no tuviera más respuestas sobre Lily y quienquiera que hubiera estado con ella antes de su muerte, no quería dejar a Melina con preguntas sin respuesta.

—A Lily le gustaba ir al centro los viernes y sábados por la noche con sus amigos. Normalmente se reunían en uno de los bares. Siempre sentí que estaba caminando en una línea muy fina. Ella vivía aquí y a mí me encantaba que viviera aquí. Pero era una adulta, así que intenté mantener la boca cerrada sobre las fiestas.

Si Lily era como la mayoría de las mujeres de veintiún años, probablemente había conocido a un chico en el bar. Demonios, yo tenía treinta años y había hecho lo mismo con Griffin.

—No hice demasiadas preguntas —dijo Melina—. Intenté no molestarla para que volviera a casa antes de las dos. Tal vez fue mi error. Pero ella era joven y una vez, hace mucho tiempo, yo también lo fui.

Las lágrimas comenzaron a caer y Melina hizo lo posible por secarlas con sus guantes de jardín, dejando vetas de tierra en sus mejillas.

—Yo, um... —Se quitó los guantes—. Será mejor que me lave.

—Por supuesto.

Cuando se excusó para entrar, me vi fuera del patio. Cualquier otra pregunta tendría que esperar, pero Melina me había dado un punto de partida.

Había hablado con muchos de los amigos de Lily, pero no había preguntado por ella en los bares locales. Ellos serían mi próxima parada. Pero primero, antes de que se pusiera el sol, quería hacer una visita más a Indigo Ridge.

Al salir de la casa de Melina, me dirigí hacia las montañas, recorriendo el camino de grava hacia Indigo Ridge. Mis zapatos no eran los mejores para el senderismo, pero estacioné en la base del sendero y empecé a subir de todos modos. Paso a paso, subí por el camino de tierra. Cuando llegué a la cima estaba

179



RIDGE

jadeando y pegajosa. La brisa que corría entre las rocas me refrescó el sudor entre los omóplatos.

Me acerqué al borde del sendero y me incliné para mirar por encima del acantilado. Su cuerpo no estaba en las rocas dentadas de abajo, pero aún podía imaginarlo allí. Su cabello rubio. Ese vestido empapado de sangre.

Un salto. Un paso. Eso era todo lo que se necesitaba. Un tropiezo. Una caída. Y una vida destrozada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Una mano me sujetó el codo y me arrastró lejos del borde.

Me giré, con el corazón en la garganta, y lancé un puño hacia la nariz de Griffin. Conseguí detener el puñetazo antes de que cayera, pero por poco. Mis nudillos rozaron su piel y sus ojos se abrieron al ver que me había movido tan rápido.

—Jesús, Winn. —Soltó mi codo—. ¿Qué mierda te pasa?

—A mí? ¿Qué demonios te pasa? Me has dado un susto de muerte. Podría haberme caído.

—Entonces no te pongas tan malditamente cerca del borde —bramó, arrastrando una mano por ese grueso cabello—. Joder. No necesitamos que tengas un accidente.

—Esto debería estar cercado —grité, apretando una mano contra mi corazón palpitante.

—Eso es lo que estoy haciendo aquí. —Señaló con el pulgar hacia el sendero—. Subí aquí para construir una valla a lo largo del camino y vi tu equipo. Te seguí hasta aquí justo a tiempo para verte en el borde.

Fruncí el ceño ante su ceño fruncido.

—Sólo estaba mirando.

—Mira desde aquí atrás. —Me agarró del brazo de nuevo, arrastrándome contra él—. No puedo encontrar tu cuerpo ahí abajo también.

La súplica en su mirada, el miedo en su expresión, ahuyentaron cualquier enfado, y mis hombros se desplomaron.

—Está bien. Lo siento.

Exhaló un largo suspiro, sacudiendo su frustración.

—No pasa nada. ¿Por qué estás mirando?



RIDGE

—No lo sé —admití—. Sé que piensas que fue un suicidio. Ni yo misma sé qué pensar, simplemente... algo no encaja. Y necesito averiguar qué. Por Lily. Por su madre. A veces, cuando no puedo encontrarle sentido a algo, empiezo por el final y trabajo hacia atrás hasta el principio.

Así que me quedaría aquí hasta que pudiera volver sobre sus pasos.

Y eso fue lo que hice. Me quedé allí, mirando a la nada más allá del sendero.

Griffin se quedó a mi lado, sin hablar. Sin moverse. Simplemente se quedó a mi lado mientras yo pensaba.

Ella había venido aquí, aterrorizada. Desesperada. Probablemente sola.

Di un paso más hacia el borde.

Griffin me agarró la mano, sujetándola con fuerza.

Dejé que fuera mi atadura mientras miraba por encima del acantilado, poniéndome en el lugar de Lily.

Había tenido un buen trabajo. Había tenido padres cariñosos. Tenía amigos en Quincy. Algo la había llevado al límite.

—¿Un corazón roto?

—¿Qué? —preguntó Griffin, alejándose del borde una vez más.

—Nada —murmuré. La autopsia era confidencial y Griffin no se había ganado los detalles—. Me gustaría saber qué estaba haciendo Lily hasta el momento de su muerte. Si había estado saliendo con amigos. Un novio. ¿Dónde saldría alguien de su edad un domingo por la noche?

—Willie's —respondió.

—¿Te habrías fijado en ella si hubiera entrado?

—Tú y yo éramos las únicas personas allí.

—Algún otro lugar?

Se frotó esa fuerte mandíbula.

—Los bares del centro. La gente más joven suele ir allí en los veranos con los turistas. Y estás de suerte.

—¿Lo estoy? ¿Por qué?

Me agarró del brazo, tirando de mí un paso más para alejarme del acantilado.

—Estaba pensando en ir al centro.



RIDGE

—¿Ah, sí? —Levanté las cejas—. Pensé que ibas a poner una valla en este camino.

—Cambio de plan.



THE EDENS
182 #1

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

182



RIDGE

8



THE EDENS
1#

Griffin

—N o hace falta que vengas conmigo. —Winn se detuvo frente Big Sam's Saloon—. ¿No estás ocupado?

Sí, estaba ocupado. Pero agarré el pomo de la puerta y se la abrí de todos modos.

—Después de ti.

Frunció el ceño, pero entró y se olvidó de mí mientras miraba todos los detalles, desde las lámparas de ruedas hasta las costuras de las paredes con paneles de madera.

Los propietarios habían hecho una gran remodelación hace unos diez años. Se habían mudado a Quincy desde Texas y los cuernos largos que habían traído colgaban detrás de la barra. Las mesas eran barriles de whisky con tapas de cristal. Los taburetes estaban tapizados en piel de vaca blanca y negra.

La temática del lejano oeste era para los turistas, y la música country sonaba en la máquina de discos de la esquina.

Detestaba a Big Sam's.

—Está lleno —dijo, escudriñando la habitación.

—Lo está la mayoría de los días en verano.

Unos cuantos rostros conocidos saltaron de entre la multitud y, mientras nos dirigíamos a la barra, levanté una mano para saludar a uno de los chicos que trabajaba en la ferretería.

Hice un gesto con la barbillia hacia el camarero cuando se acercó, su cabeza calva captó el resplandor de la luz que se reflejaba en los estantes de licores con espejos.

—Hola, John.

183



RIDGE

—Griffin. —Se acercó a la barra para estrechar mi mano. John se había recortado la barba blanca desde la última vez que pasé por aquí hace un mes. Rozaba su corazón en lugar de su prominente barriga cervecera—. ¿Qué te trae por aquí?

Señalé con la cabeza a Winn.

—John, ella es Winslow Covington.

—La nueva jefa. —Le tendió la mano a Winn—. Bienvenida a Quincy.

—Gracias. —Le estrechó la mano y luego se sentó en un taburete—. ¿Te importa si te hago algunas preguntas?

—Depende de las preguntas.

Tomé asiento a su lado y, antes de que pudiera lanzar sus preguntas, pedí una cerveza.

—Bud Light para mí, John. Vodka tonic para la jefa.

—Estoy de servicio —murmuró mientras se alejaba.

—Entonces no lo bebas.

Volvió a fruncir el ceño. Como todo lo demás con esta mujer, era frustrantemente sexy.

—Este es un buen lugar.

—Solía ser uno de los negocios de la familia Eden. Mi tío abuelo era el Big Sam. —Los nuevos propietarios no habían cambiado el nombre, probablemente porque iba con su tema cursi, pero eso era lo único que quedaba del bar que había sido.

—¿Solía ser?

—A Sam le gustaba más la bebida que dirigir un negocio. Lo vendió a los actuales propietarios antes de que se hundiera.

—Ah. ¿John es uno de los propietarios?

—No, el gerente. Pero si Lily estuvo aquí el domingo por la noche, él es tu mejor opción para conseguir información. Trabaja casi todos los fines de semana.

—¿No puedo sólo preguntarle? ¿Por qué nos pediste una bebida?

Me incliné más cerca, mi hombro rozando el suyo.

—Los barman de los pueblos pequeños siempre saben lo que pasa. Escuchan los chismes. Ven la emoción. Pero también protegen a los suyos. John es un buen tipo, pero no te conoce, y no confía en los de fuera.

Apretó los dientes.



RIDGE



THE EDENS

185

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—¿Tienes que seguir llamándome así?

—Es lo que eres. ¿Quieres encajar? Siéntate aquí conmigo. Pide un trago. Déjale una propina decente. Si quieras dejar de ser una forastera, entonces conoce a la comunidad.

—Bien. —Suspiró mientras John volvía con nuestras bebidas—. Gracias.

Asintió mientras ella se llevaba el vaso a los labios, enviándome una mirada por encima del borde.

Sonréí y di un sorbo a mi cerveza.

—¿Y cuáles son esas preguntas? —preguntó John, apoyando una cadera en la barra.

—Estoy tratando de aprender más sobre Lily Green. Ella era...

—Sé quién era.

Winn se puso rígida ante su tono cortante.

—¿Recuerdas haberla visto aquí el sábado o el domingo por la noche?

—No, ella no estuvo aquí.

—¿Venía seguido? Su madre dijo que desde que cumplió los veintiún años, salía a los bares los fines de semana.

John se encogió de hombros.

—No más que cualquiera de los otros chicos de por aquí. Vienen. Se toman unas copas y juegan al billar. Se mezclan con los turistas.

—¿Hubo alguien en particular con quien viste a Lily más de una vez?

—Sí. —Asintió—. Su grupo habitual de amigos.

A quien Winslow habría conocido si fuera de aquí. Fue una indirecta por parte de John. Podría haber enumerado fácilmente la lista de nombres de amigos.

Pero no lo necesitaba. Porque Winn lo hizo por él.

—Frannie Jones. Sarina Miles. Conor Himmel. Henry Jacks. Bailey Kennedy. Clarissa Fitzgerald. ¿Esos amigos?

Tomé un trago para ocultar mi sonrisa mientras la expresión de suficiencia desaparecía del rostro de John.

—Sí —murmuró.

—¿Notaste a Lily con alguien más? —preguntó—. ¿Como un novio?

185



RIDGE

—No. No era ese tipo de chica. Venía, se tomaba una o dos copas. Siempre era responsable de llamar a un taxi o viajar con un conductor designado. No se me ocurre ninguna vez que se haya ido de aquí con un chico.

Se formó una arruga entre las cejas de Winn, como si estuviera decepcionada por esa respuesta. ¿Qué buscaba? Conor sabría si Lily había estado viendo a alguien. También lo sabría Melina.

—¿Algo más? —preguntó John—. Tengo que comprobar las otras mesas.

—No, gracias. Aprecio la ayuda y fue un placer conocerte.

—Igualmente. —John dio un golpecito en la barra y se fue a tomar otro pedido.

—¿Qué estás buscando? —pregunté, manteniendo mi voz baja.

—Como dije en la cresta, sólo quiero volver sobre sus pasos y averiguar qué estaba haciendo antes de morir. Pero parece que no estuvo aquí.

—John lo sabría.

Winslow bebió otro trago, luego rebuscó en su bolsillo, y sacó un billete de veinte.

—Adiós, Griffin.

Dejó el dinero en la barra y se dirigió a la puerta.

Dejé mi cerveza y la seguí, alcanzándola antes de que saliera.

—Vamos a Old Mill. Tal vez fue allí.

—No necesito escolta —dijo, pero se puso a mi lado en la acera.

—Los dos bares de Main delimitan la sección turística de Quincy. —The Eloise Inn estaba casi exactamente en el centro—. ¿Quieres saber por qué?

—Porque hay una ordenanza que exige al menos cuatrocientos metros entre cualquier establecimiento con licencia de alcohol.

Sonréí ante la sonrisa descarada de su bonita boca.

—Has investigado un poco.

—No, sólo he estado aquí muchas, muchas veces. Mi abuelo ha vivido aquí toda su vida adulta y le encanta contar historias. Sé mucho sobre Quincy. Aunque no conozca a la gente. Aunque sea una forastera.

Oh, ella odiaba esa palabra. Supongo que en su lugar, yo también la odiaría.

—La ordenanza fue idea de mi tatarabuela —dije mientras atravesábamos esos cuatrocientos metros hacia Old Mill—. Mi tatarabuelo fundó Quincy. Nuestra



RIDGE

familia ha vivido aquí desde entonces. El chiste que se cuenta en el pueblo es que no se puede tirar una piedra sin golpear a un Eden.

Con tíos, tíos y primos, tenía innumerables parientes viviendo en la ciudad. Mis padres habían tomado el timón no oficial de la familia. La mayoría de los negocios que habían iniciado mi tatarabuelo y sus descendientes habían pasado a manos de mi abuelo. Él se los había pasado a mi padre.

Algunos de mis otros parientes eran empresarios en la ciudad, pero en su mayor parte, mis padres, mis hermanos o yo éramos los dueños y administradores de la mayoría de los negocios con el nombre de Eden.

—Old Mill fue el primer bar de Quincy —dijo—. Comenzó poco después de la fundación de la ciudad. La historia cuenta que mi tatarabuela permitió a mi tatarabuelo abrir el bar, pero sólo si el barman era empleado suyo. Así, ella podía establecer las reglas.

—¿Las reglas? ¿Como cuántos tragos podía tomar?

Asentí.

—Y qué tarde para servirlo. Pero le preocupaba que alguien más viniera y abriera otro bar. Según los rumores de la familia, ella misma era una mujer de negocios bastante astuta, así que sugirió la ordenanza, y como los Eden estaban bastante al mando en ese momento...

—Sucedió.

—Exactamente. El pueblo sólo tenía dos cuadras en ese momento. Ella pensó que tardaría cien años en duplicar su tamaño. Un radio de cuatrocientos metros no sólo le daba el control del alcohol en la ciudad, sino el control sobre los hábitos de consumo de su marido.

Winn sonrió.

—Y no ha cambiado.

—No. La ciudad creció pero esa ordenanza se quedó.

—Lo que tiene sentido porque Willie's no está en Main.

—No hay suficiente distancia, así que lo establecieron a cinco manzanas de Main y se convirtió en el lugar de reunión de los lugareños.

Y el lugar donde nunca esperé encontrar esta intrigante creación.

Nos cruzamos con dos hombres, turistas a juzgar por sus polos, vaqueros y botas sin cordones. Ambos miraron a Winn de arriba abajo. No fue sutil y su boca se apretó en una línea mientras los ignoraba, con los ojos dirigidos hacia adelante.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

187



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Eran hombres valientes, no sólo porque ella llevaba una pistola, sino porque yo era un bastardo posesivo. Con una mirada mía, cada uno de ellos bajó los ojos a la acera.

Eso siempre sería un problema con Winn.

Era demasiado hermosa. No se esperaba ver a una mujer tan despampanante caminando por las calles de Quincy. Hoy llevaba el cabello suelto, liso y largo, que le caía por la espalda. Sin gafas de sol para proteger sus ojos, esos iris azules brillaban bajo el sol de la tarde.

Llegamos a un cruce y ella miró a ambos lados antes de cruzar la calle y dirigirse al bar. Tenía los hombros erguidos y el rostro serio cuando abrió la puerta.

Old Mill no tenía la decoración de Big Sam's. Era más bien un bar de deportes, y si no tenía ganas de ir a Willie's, venía aquí a ver un partido y a tomar una copa. Las pantallas planas estaban montadas entre carteles de cerveza de neón. Tres máquinas de keno estaban contra la pared justo en la puerta. Sobre ellas colgaba una camiseta enmarcada de los Quincy Cowboys. Esta noche se jugaban dos partidos de béisbol diferentes, con las voces de los locutores silenciadas a través del sistema de sonido del bar.

—¿Tu familia sigue siendo dueña de este lugar? —preguntó mientras nos dirigíamos al bar.

—Ya no. Mis padres se lo vendieron a Chris cuando era un niño.

—¿Quién es Chris?

Señalé al barman.

—¿Hay alguna otra ordenanza en Quincy que exija a todos los barman tener barbas blancas tupidas?

—No que yo sepa. —Me reí y le acerqué un taburete a la barra antes de tomar el mío—. Hola, Chris.

—Griff. —Me saludó con la cabeza y luego le tendió la mano a Winn—. Eres la nieta de Covie, ¿verdad?

—Lo soy. —Ella encajó su delicada mano en su carnoso agarre—. Winslow. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. ¿Qué los trae por aquí?

—Winn tiene algunas preguntas para ti. ¿Pero qué tal una cerveza primero? Lo que haya de barril. Sorpréndenos.



RIDGE

—Enseguida. —Chris no sería brusco como John, quien, comparado con Willie, era tan acogedor como un felpudo. De los tres barman habituales de la ciudad, Chris era el tipo más agradable.

Winn no me necesitaba aquí, pero me costaba irme.

Sus preguntas para Chris eran las mismas que le había hecho a John.

¿Lily estuvo aquí el sábado o el domingo? ¿Recuerdas haberla visto con el mismo tipo más de una vez? ¿Tenía novio?

Las respuestas de Chris fueron las mismas que habíamos obtenido en Big Sam's. Ninguno de los dos terminamos las cervezas, y cuando ella fue a pagar, yo me adelanté. Con un gesto de despedida a Chris, nos retiramos a nuestros vehículos en el extremo opuesto de Main.

—Hablaste con todos los amigos de Lily, ¿no? —pregunté.

—Lo hice. Esperaba que alguno de ellos se diera cuenta de que algo iba mal. Pero todos estaban tan sorprendidos como Melina.

—Conor está destruido. Creo que podría haber tenido sentimientos por ella.

—¿De verdad?

—No creo que ella haya correspondido esos sentimientos. Fue empujado a la zona de amigos hace mucho tiempo.

—Hmm. —Sus hombros cayeron.

—Crees que tenía un novio, ¿no?

Se quedó callada.

Eso era un sí. Tal vez Lily se había enrollado con el tipo misterioso antes de morir. ¿Pero quién? Ahora mi propia curiosidad estaba corriendo por la cuadra. Si Lily había estado viendo a alguien, Conor lo habría sabido. A menos que Lily hubiera ocultado una relación para evitar sus sentimientos.

—Quizá se acostaba con alguien que trabajaba en el banco con ella —dije.

—Nunca dije que se acostara con nadie.

Le dirigí a Winn una mirada cómplice.

—No tenías que hacerlo.

—¿Por qué has venido a la ciudad conmigo? —Se cruzó de brazos—. Me dijiste que me retirara. Me dijiste que dejará esto, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. Pero por el bien de Melina, por el de Conor, respeto que intentes darles más explicaciones.



THE EDENS
#1

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

189



RIDGE



THE EDENS
1#

—Oh. —Sus brazos cayeron a los lados—. Gracias.

—De nada.

—Adiós, Griffin.

Antes de que pudiera subir a su todoterreno y desaparecer, me dirigi al lado del pasajero de su Durango.

—¿Qué estás haciendo? —Entrecerró los ojos a través de la ventana.

—Podríamos ir juntos a Willie's.

—¿Cómo sabías que iba a ir a Willie's?

Me reí.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, —Ella resopló pero abrió las puertas.

Las cinco cuadras hasta Willie's fueron muy cortas. El interior de su auto me recordaba a su cama. En el momento en que entramos en el estacionamiento, la temperatura en la cabina se disparó. La atracción crepitó entre nosotros como una chispa.

—Vendría alguna vez a Willie's y no me la imaginaría en mi camioneta?
Probablemente no.

Winslow apagó el auto y salió tan rápido que prácticamente corrió hacia la puerta. Tenía las mejillas sonrojadas cuando la alcancé.

—¿*Shuffleboard?* —Le di un codazo al abrir la puerta.

—No. —Ese bonito rubor se hizo más intenso—. Estoy aquí en misión oficial. Y tú mismo lo has dicho esta mañana. No es bueno repetirlo. Eres un hombre ocupado.

Dije muchas cosas estúpidas.

—Griff. —Willie estaba detrás de la barra, con el ceño fruncido cuando entramos.

—Hola, Willie. —Winn no se molestó en tomar asiento, y lo que le había dicho sobre hacer las paces en los otros bares se le había olvidado. O tal vez sabía que pedir una bebida y hacer cumplidos con Willie sería una pérdida de tiempo. Se lanzó a sus preguntas sobre Lily, y cuando recibió una serie de gruñidos de no, le agradeció su tiempo.

Winn se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, cuando la puerta se abrió y una cara conocida entró en el bar.

RIDGE

—Harrison. —Mi tío Briggs se acercó, con la mano extendida—. ¿Qué pasa, hermano? No sabía que ibas a venir a la ciudad esta noche.

Joder.

Winn miró entre los dos.

—Griffin. —Le puse la mano en el hombro—. Soy Griffin, tío Briggs.

Estudió mi rostro, la confusión nublando sus ojos. Su aspecto era normal, con vaqueros y una camisa roja. Pero llevaba dos botas diferentes, una de punta redonda y otra cuadrada. Un juego de llaves colgaba de una mano.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Pensé en tomar una cerveza. —Tenía la frente fruncida, aún tratando de entender cómo no era mi padre.

—Yo invito. —Hice un gesto con la cabeza para que Briggs se dirigiera a la barra, y luego miré a Winn—. Me voy a quedar aquí con él.

—Claro. —Miró a mi tío, sus ojos se suavizaron—. Que tengas una buena noche, Griff.

—Adiós, Winn.

Mientras se dirigía a la puerta, me uní a mi tío en la barra. Me llamó por el nombre de mi padre tres veces en la hora que estuvimos sentados tomando una cerveza. Se acordaba perfectamente de Willie, pero no dejaba de lanzarme miradas extrañas.

—Será mejor que me vaya a casa —le dije—. ¿Te importa si hago autostop contigo? No he visto tu casa en años.

—Estuviste allí la semana pasada.

—Eh?

—Es cierto. Mi error.

Le pagué a Willie y luego le arrebaté las llaves de la camioneta a Briggs.

—¿Qué tal si conduzco yo? No me he terminado la cerveza.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros y se dirigió al estacionamiento donde le esperaba su vieja camioneta Chevy.

Me subí al volante, estremeciéndome ante el olor de la cabina. Había un vaso de café en el portavasos y supuse que la crema que había añadido hacía tiempo que se había cuajado.

Con las ventanillas bajas, conduje hacia el rancho, pasando por el camino de grava en el que había estado antes. El lugar donde había encontrado el auto



RIDGE

de Winn. El siguiente desvío conducía a la parte trasera de Indigo Ridge, y mientras nos dirigíamos a las estribaciones de la montaña, robé algunas miradas a Briggs.

Hoy parecía más viejo de lo que nunca había visto. La piel de sus mejillas estaba ligeramente caída. El bigote estaba blanco. Briggs era cinco años mayor que papá y había vivido toda su vida en este rancho.

Había estado allí para ayudar a papá a construirnos una casa en el árbol. Me ayudó a domar mi primer caballo.

Cuando mi abuelo se dispuso a traspasar el rancho y sus negocios a sus hijos, Briggs optó por dejar que papá se hiciera cargo. La gestión nunca había sido su pasión. Se conformaba con tener una cuenta bancaria con dinero que rara vez gastaba y una vida sencilla viviendo en la tierra que poseía su corazón.

La cabaña de Briggs estaba entre árboles de hoja perenne en lo que podría considerarse el prado más bonito del rancho. Una pila de leña cortada de forma desigual estaba esparcida por el porche. Un hacha estaba apoyada contra los escalones.

—¿Estuviste cortando madera? —pregunté.

Briggs asintió.

—Para adelantarme al invierno.

—Buen plan. —Aunque no me entusiasmaba que dirigiera los fogones si no lograba ponerse un par de botas a juego.

Estacioné, recogí la taza de viaje y vertí el contenido mientras nos dirigíamos a la casa. Sin saber lo que iba a encontrar, me puse en guardia mientras lo seguía al interior. Pero la cabaña estaba tan limpia y ordenada como siempre.

—¿Cómo van las cosas en el rancho, Griffin? —preguntó, tomando la taza de mi mano y la llevó al fregadero.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre esta noche.

—Bien. Ocupado. Estamos a punto de terminar con las reparaciones de la valla para el año.

—Eso siempre es una buena sensación. —Se rio—. ¿Quieres quedarte un rato? ¿Cenar conmigo?

—No, pero gracias. —Le sonreí—. Será mejor que me vaya.

—Te agradezco que pases por aquí.

—De nada. —¿Recuerda siquiera haber ido al bar?



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Maldita sea, esto era difícil. Mi corazón se apretó. Sus ojos azules eran los mismos que veía en el espejo cada mañana. Era el mejor tío que un niño podría haber deseado. Había tratado a los hijos de papá como a uno de los suyos.

Briggs había estado casado una vez, brevemente, hasta que lo dejó después de su tercer aniversario. Mis hermanos, yo y mis padres, habíamos sido su familia. No se había perdido ni uno solo de mis partidos de baloncesto o fútbol. Había estado presente en todas las graduaciones.

Verlo así... joder, era duro.

—Te veré pronto. —Me despedí con la mano y salí.

Estaba más que preparado para volver a casa.

Excepto que no tenía un vehículo. Estaba en el centro de la ciudad.

—Mierda. —Saqué mi teléfono y llamé a papá—. Oye, ¿puedes venir a recogerme y llevarme a la ciudad?

—¿Ahora? —Sonaba como si tuviera la boca llena.

—Sí. Ahora. Estoy en la cabaña del tío Briggs.

—¿Dónde está tu camioneta?

—En la ciudad. Y necesito hablar contigo.

—Muy bien. —Se oyó el arrastre de pies y un intercambio amortiguado con mi madre antes de que la línea se cortara.

Empecé a caminar por el camino, llegando a un kilómetro y medio antes de oír el estruendo de un motor y la nueva camioneta de papá salió de un recodo de los árboles.

Tenía una gota de salsa barbacoa en su camisa.

—Lamento interrumpir la cena.

—Está bien. —Dio la vuelta a la camioneta, dirigiéndose a casa—. ¿Qué está pasando?

Exhalé y le hablé de Briggs.

—Maldita sea —maldijo, sus manos apretando el volante—. Hablaré con él.

—Hay que hacer algo más que hablar.

—Yo me encargo.

—Quizá deberíamos llamar al médico del abuelo. Ver si podemos llevar a Briggs a un hogar o...

—Dije que me encargaría de ello, Griffin —espetó.



THE EDENS

#1

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

193



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Dios. Levanté las manos.

—Bien.

La tensión se extendió por la cabina y, cuando papá se detuvo junto a mi vehículo en la calle Main, no dijo nada mientras yo me bajaba. Dio marcha atrás y se marchó antes de que yo hubiera sacado las llaves del bolsillo.

Desbloqueé mi camioneta y me subí, cerrando la puerta demasiado fuerte.

—Maldita sea.

Briggs había tenido algunos episodios como éste el año pasado. Había empezado por confundir un nombre en la cena familiar. Pero eso ocurría siempre, ¿no? Mamá solía repasar todos nuestros nombres antes de dar con el niño que tenía problemas.

Excepto para Briggs, los pequeños errores se estaban convirtiendo en costumbre. Había conducido a la ciudad este invierno y Knox había tropezado con su camioneta en Main. Briggs había olvidado dónde estaba. Seis meses atrás, Talia se había topado con Briggs en la tienda de comestibles y se había puesto la camisa al revés.

Pero esta noche... había sido la peor. Él realmente pensó que yo era papá. Todo el tiempo que habíamos estado Willie's.

Quizá si mi abuelo no hubiera sufrido demencia, no me preocuparía tanto. Pero yo era una adolescente cuando la salud mental del abuelo se había deteriorado. Lo había visto convertirse en el fantasma del hombre que había conocido.

Había destruído a papá. A Briggs también.

Ahora nuestra familia volvería a pasar por ello.

Mi estómago gruñó, obligándome a salir de mi cabeza. Las sobras me esperaban en casa. También un montón de trabajo. Pero mientras conducía por Main, mi camioneta se dirigió hacia una pequeña casa gris con una puerta roja.

No había tiempo para esto. El rancho no se manejaba solo y yo tenía cosas que hacer. Pero estacioné en la acera, viendo a Winn a través de la ventana delantera.

Se había quitado la camiseta negra que llevaba antes y se había puesto una sencilla camiseta blanca de tirantes. Los tirantes de su sujetador negro se veían en sus hombros. Llevaba el cabello recogido en una coleta, cuyas puntas se balanceaban sobre sus hombros mientras arrastraba una caja de cartón alta por el pasillo.



RIDGE

Cuando toqué el timbre, escuché un fuerte golpe y luego un par de pasos antes de que la puerta se abriera de golpe.

—Hola. —Se apartó un mechón de cabello de su frente sudorosa—. ¿Cómo está tu tío?

—No muy bien —admití—. Mi abuelo tenía demencia. Alzheimer. No apareció hasta que tenía más de setenta años. Está sucediendo antes con Briggs.

—Lo siento. —Me hizo un gesto para que entrara y cerró la puerta.

Inspeccioné el salón, tan lleno de cajas como esta mañana.

—¿Estás desempacando?

—Más o menos. Hoy llegó mi cama.

—Así que no estabas planeando dormir en el suelo para siempre.

—Estaba pendiente de entrega. Mi colchón llegó antes de la mudanza, pero no el marco.

—¿Y el que tenías en Bozeman?

—Era de Skyler. —Su labio se curvó—. Dejé todos los muebles para empezar de cero.

—Ah. —Asentí—. Entonces, ¿dónde está el marco?

—En la caja. Acabo de llevarlo al dormitorio.

—¿Tienes herramientas?

—Um... ¿sí? —Ella golpeó la parte superior de una caja—. Tengo un destornillador. En algún lugar. Está en uno de estos. O tal vez una caja en la oficina.

Ella había pasado una hora buscando sus herramientas.

Sin mediar palabra, fui a mi camioneta y agarré la pequeña caja de herramientas que guardaba bajo el asiento trasero. Cuando entré, Winn estaba en el dormitorio junto a la caja de cartón abierta.

—¿Instrucciones? —pregunté.

Señaló el paquete y el folleto adjunto.

—Puedo hacerlo.

—Ayudaré.

—¿Por qué?

Sonréí.

—Así puedo ayudarte a romper la cama.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

195



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Pensé que no querías hacer eso de nuevo.

—Puedo hacer tiempo para una noche más. ¿Qué dices, jefa?

Recogió las instrucciones y las entregó.

—Una noche más.



THE EDENS #196

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

196



RIDGE

9



THE EDENS
1 #

Winslow

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

L

a lengua de Griffin entró en mi boca, revoloteando contra la mía, antes de separarse. Luego se inclinó para ponerse las botas.

Me aparté, observando cómo tapaba su cabello bajo la desteñida gorra de béisbol negra que había llevado anoche. Las puntas con las que había estado juguetando antes de que saliera de mi cama se enroscaron en su nuca.

Me costaba esfuerzo no ir hacia él. No pasar mis manos por su amplio pecho y rogarle un beso más. Pero me quedé en el reposabrazos del sofá porque si esto iba a funcionar, los límites eran la clave.

—Nos vemos. —Griffin se acercó y se inclinó como si estuviera a punto de besar mi frente, pero en el último segundo se apartó, ajustando el ala de su sombrero.

No debería haberme decepcionado. Los gestos dulces y los besos en la frente no eran parte de esta relación. Estábamos disfrutando del sexo casual, nada más.

Límites.

—Adiós. —Lo seguí hasta la puerta y esperé junto al umbral mientras salía, con sus botas golpeando la escalera del porche antes de que llegara a la acera, dando esas largas y fáciles zancadas.

Verlo alejarse se había convertido en parte de mi rutina diaria.

Llevaba una semana viniendo aquí cada noche. Cada mañana se marchaba antes del amanecer y yo me preguntaba si volvería. O si la última noche había sido la última.

Algunas noches, venía temprano, poco después de que yo llegara a casa del trabajo. Otras noches, al anochecer, me encontraba desempacando una caja. Interrumpía mis progresos y me llevaba al dormitorio, así que el salón seguía

197



RIDGE

llegó de cartones y yo seguía viviendo de las maletas. La cocina estaba desempacada, pero se había avanzado poco en el resto.

El sexo... distraía. Era una distracción maravillosa. Esta aventura no tenía ninguna posibilidad de durar. Así que las cajas podían esperar hasta que Griffin y yo nos cansáramos.

Miró por encima de su hombro mientras rodeaba el capó de su camioneta, e incluso en la oscuridad, vi la sonrisa sexy en sus labios. Sí, volvería esta noche.

No era la única que disfrutaba de esto.

Cerrando la puerta, esperé a que el motor de su camioneta acelerara antes de ir a mi dormitorio. Las sábanas estaban arrugadas y su olor, a especias, cuero y tierra, flotaba en el aire. Anoche me había dormido con ese olor mientras estaba recostada sobre su pecho, con el cuerpo flácido y completamente saciada.

Anoche fuimos salvajes. Me había agotado tanto, que no había tenido una pesadilla en toda la semana.

Si esta nueva cama pudiera hablar, gritaría: *oh, Dios, Griff.*

¿Qué tenía él que había hecho que fuera tan fácil alejar mis inhibiciones? Con Skyler, siempre me había sentido reservada con el sexo. Había tardado años en relajarme de verdad cuando estábamos en la cama, y él no había sido el amante más creativo.

Tal vez era diferente con Griffin porque no había ataduras. No había presión para un compromiso a largo plazo. Tal vez porque mi propio placer se había convertido en una prioridad. Tal vez porque Griffin lo hizo una prioridad también.

Maldita sea, ese hombre. Griffin tenía un cuerpo hecho para complacer. Sus manos me convertían en masilla. Sus labios, un desastre tembloroso. Su polla, una esclava deseosa de sus órdenes.

Sonréí mientras entraba en el baño y abría la ducha. El agua caliente alivió algunos de mis músculos doloridos.

Desde que me mudé a Quincy, no había salido a correr por las mañanas. No había hecho ejercicio, y punto, porque el sexo había ocupado el lugar del ejercicio. Tal vez mañana, si tenía energía, si Griffin no me desvelaba hasta la una o las dos, buscaría mis zapatillas y correría unos cuantos kilómetros por mi barrio. O tal vez podría probar el pequeño gimnasio de la estación. No era mucho más que una elíptica y un conjunto de pesas, pero un par de oficiales lo usaban regularmente. Tal vez pudiéramos crear un vínculo con el cardio.



THE EDENS
#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

198



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Lo dudaba, pero en este punto, intentaría cualquier cosa.

Después de lavar la ropa y leer los expedientes de los casos que no había revisado anoche —un altercado provocado por la embriaguez, un robo menor y vandalismo en una exhibición de Santa Claus la Navidad pasada— me dirigí a la comisaría.

El oficial Smith estaba listo y esperando en su puesto en el vestíbulo para darme su fría bienvenida habitual.

—Buenos días, oficial Smith.

Nada.

Imbécil.

Su nombre era Tom, pero él y yo nos quedamos con los apellidos. Parecía odiarme más y más con cada día que pasaba.

Al final tendría que conocerme, ¿no? Tal vez esa actitud se descongelara cuando se diera cuenta de que estoy aquí para el largo plazo. O... una jubilación anticipada. Él iba a tener unas semanas más para adaptarse, y luego yo le iba a proponer una jubilación anticipada.

Mi mesa de trabajo era el desastre de siempre, pero me había reservado la mañana para ordenarla. Me pasé horas guardando archivos, revisando los correos electrónicos y mi larga lista de tareas pendientes. Y finalmente, al mediodía, la madera gris pardusca estaba a la vista.

—Realmente necesito hacer esto en casa. —Limpiar.

Giré mi silla hacia la ventana a mi espalda y contemplé el bosque más allá del vidrio.

La estación estaba entre una arboleda de pinos y abetos, cuyos troncos eran tan anchos que no podía rodearlos con los brazos. Las ramas formaban un dosel sobre el edificio que impedía que el sol entrara en él. Había estado tan ocupada sumergiéndome en este trabajo que no había dedicado tiempo a mirar por la ventana.

Un error que remediaría en el futuro.

Al igual que mi tranquila calle bajo la luz de la luna, había paz en esos árboles.

Ahora que me estaba instalando, que estaba armando una rutina, era el momento de poner en orden mi casa para que, cuando entrara por la puerta a la noche, pudiera simplemente respirar.

Un golpe en la puerta me hizo voltearme de la ventana.



THE EDENS

L#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

199



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Vaya. —Los ojos de mi abuelo se abrieron al entrar en la oficina—. Estuviste ocupada..

—Fue una mañana productiva. —Sonréí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pensé en invitar a comer a mi jefa de policía favorita.

—Bien, me muero de hambre. Y después, tengo que ir al juzgado. Conseguir el cambio de registro de mi vehículo. Cambiar mi licencia de conducir.

Más pasos para hacer oficial esta mudanza.

Una vez matriculado mi Durango, estaría en el garaje la mayor parte del tiempo. Había dudado en utilizar el Explorer sin matricular del antiguo jefe porque olía a cigarrillo, pero después de una minuciosa limpieza, el olor empezaba a desaparecer.

—¿Nos vemos en el centro? —preguntó.

—¿A dónde?

—Eden Coffee.

El negocio de la hermana de Griffin. Los nervios aparecieron, pero asentí y seguí al abuelo fuera de la estación. Como en nuestra última cita para comer, tuvimos que estacionar en Main y caminar.

—Es bonito —dije, observando el edificio verde.

En la puerta de la cafetería figuraba el nombre de *Eden Coffee* con letras doradas. Las ventanas de cristal negro brillaban bajo el sol de junio. En la acera había un tablero para sándwiches, con letras onduladas que indicaban las ofertas del día. Incluso desde el otro lado de la puerta, el aroma del café, la vainilla, el azúcar y la mantequilla llenaba mi nariz.

—Ahora tengo mucha hambre.

—¿Aún no has estado aquí? —preguntó.

—He tomado café en casa o en la comisaría. —Esperando que unos cuantos encuentros con los oficiales en la sala de descanso nos dieran la oportunidad de estrechar lazos—. Y no me di cuenta de que tenían almuerzo.

—Lyla hace una comida increíble. El domingo por la mañana, quedemos aquí para desayunar. Sus pasteles son la razón por la que tengo una barriga.

Me burlé y le di un golpe en el pecho.

—Pero por favor.

200



RIDGE



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

Se rio y me abrió la puerta. Un timbre tintineó en el techo y, en cuanto entramos, casi choco con Frank.

—Hola. —Frank sonrió, tirando de mí en un rápido abrazo—. ¿Cómo te va, cariño?

—Bien. —Sonréí—. El abuelo y yo íbamos a almorzar.

—Igual yo. Acabo de entrar y estaba buscando una mesa.

—Acompáñanos —dijo mi abuelo, señalando hacia el mostrador.

Me moví para seguirlos, observando el restaurante. El interior estaba pintado en el mismo tono que el exterior, lo que le daba un aire moderno y sombrío. Junto al mostrador había vitrinas con pasteles, cupcakes y otros productos de panadería. Había algunas mesas de madera a lo largo de las paredes, todas ocupadas menos una.

Mis pasos vacilaron al ver un rostro apuesto en la mesa más cercana al mostrador.

Griffin llevaba la misma ropa que había usado esta mañana en mi casa. Su sombrero desteñido aún cubría su cabello rebelde. Estaba sentado con dos hermosas mujeres. Una tenía el cabello castaño del mismo tono que el de Griff, en un nudo. Llevaba un delantal verde. *Lyla*. Reconocí su rostro de la foto familiar en su casa.

El largo cabello rubio de la otra mujer colgaba en mechones lisos y brillantes sobre sus hombros. Su camiseta de tirantes mostraba sus delgados brazos y sus vaqueros eran ajustados. Colocó su mano en el antebrazo de Griffin y una ráfaga de celos corrió por mis venas.

Aparté mis ojos, forzando mis pies a través de la habitación. Lo nuestro era casual, temporal. Pero no habíamos hablado de ser exclusivos. Había asumido que, como había pasado todas las noches en mi cama, era la única cama. ¿Estaba saliendo con ella? ¿Por eso estaba tan ocupado? Mantuve mi mirada hacia adelante, negándome a mirar.

El estómago se me revolvió y el hambre que había tenido antes se desvaneció mientras seguía a mi abuelo y a Frank por la cafetería.

—Hola, Covie. —Lyla se levantó de la mesa, doblando la esquina para colocarse detrás del mostrador.

—Hola, Lyla —saludó Frank.

—Frank —dijo su nombre pero mantuvo su mirada en mi abuelo.

201



RIDGE

—Lyla, es un día especial. —Le sonrió—. Me gustaría que conocieras a mi nieta, Winslow Covington. Ella va a experimentar la magia de tu comida hoy.

—¡Hola! —Lyla sonrió, sus ojos azules brillaron mientras extendía una mano—. Me alegro de finalmente conocerte. Mi padre ha estado hablando de ti constantemente.

Pero no su hermano. Porque era un secreto. La rubia no lo era.

—Es un placer conocerte también. —Le estrechó la mano, haciendo lo posible por fingir que su hermano no estaba en la mesa al alcance del oído.

Fingir no tenía sentido.

La mirada de Griffin se clavó en mi espalda.

—¿Qué vas a tomar hoy? —preguntó Lyla.

Los tres pedimos el especial, y después de que mi abuelo pagara, nos volvimos del mostrador con una tarjeta de mesa numerada.

Griffin se puso de pie y dejó caer algo de dinero sobre la mesa.

La rubia también, acercándose a su lado.

Sus brazos se rozaron.

Una niebla verde se extendió por mi visión y mi mandíbula se apretó tanto que dudé que pudiera desbloquearla y comer el sándwich de ensalada de pollo que había pedido. No tenía derecho a estar celosa, pero ahí estaba, echando humo. No sólo con Griffin y el hecho de que claramente tenía algún tipo de relación con esa mujer y no se había molestado en mencionarlo. Sino conmigo.

Una vez más, fui engañada por un hombre hermoso.

—Hola, Griffin. —Mi abuelo se acercó—. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, Covie. ¿Y tú?

—Famélico. Aunque Lyla suele arreglar ese problema.

—He venido aquí por la misma razón. —Griffin sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Su mirada se dirigió a Frank y su expresión se aplanó—. Frank.

—Eden —murmuró Frank, y luego se alejó para reclamar la última mesa vacía que quedaba.

¿Qué demonios? ¿Qué me había perdido?

—Aquí está tu café, Covie. —Lyla se acercó llevando una taza equilibrada sobre un platillo—. ¿Quieres que lo ponga en tu mesa?

—Oh, yo lo llevo. —Se lo quitó y sonrió, con su atención puesta completamente en Griffin y Lyla.



RIDGE

La rubia miró a mi abuelo como Griffin había hecho con Frank.

Definitivamente me perdí de algo.

El silencio se hizo incómodo y espeso mientras mi abuelo se llevaba la taza de café a los labios, ignorando la existencia de la rubia.

Finalmente, Griffin se aclaró la garganta y se encontró con mi mirada por primera vez.

—Winslow Covington, esta es Emily Nelsen.

Emily Nelsen.

La reportera.

Bueno, maldita sea. Esto acababa de mejorar.

—Hola. Encantada de conocerte —mentí con una sonrisa falsa.

—Yo igual. —Se inclinó más cerca de Griffin.

Se puso rígido pero no se apartó. *Bastardo.*

—Será mejor que reclamemos nuestra mesa —dijo mi abuelo—. Que te vaya bien, Griff.

—A ti también. —Su mirada se cruzó con la mía durante una fracción de segundo y luego se alejó mientras se dirigía a la puerta.

Emily corrió tras él.

No mires. No mires fijamente.

Griffin fue sólo un ligue. Una aventura casual. Una aventura que estaba muy, muy terminada ahora.

Lloraría la pérdida de sexo y distracción más tarde, así que seguí al abuelo para reunirme con Frank.

La pared frontal de la cafetería estaba hecha enteramente de ventanas y más allá del cristal estaba la acera y Main. Era imposible no ver a Emily caminando hacia la camioneta de Griffin.

—La maldita reportera —murmuré—. ¿En serio?

¿Por qué, de entre todas las personas, Griffin tenía que estar con la maldita periodista que había manchado mi nombre antes de conocerme? Renuncié a cualquier intento de no mirar y observé cada uno de sus movimientos.

Griffin le dijo algo, con una expresión severa. Eso no significaba mucho. A menudo llevaba una cara seria. Era raro que sonriera y se riera. Pero lo había hecho algunas veces. Conmigo.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

203



RIDGE

Se inclinó más hacia Emily, hablando en voz baja. El mohín en su rostro decía que no le gustaba exactamente lo que él tenía que decir.

Ella se cruzó los brazos y le dirigió unos ojos patéticos y suplicantes.

Él negó, con los hombros caídos. Luego le hizo un pequeño gesto con la cabeza antes de dirigirse a su camioneta y subir.

Se apresuró a ir hacia la puerta del pasajero y se subió con una sonrisa de satisfacción dirigida hacia la cafetería. Sin duda podía verme mirando a través del cristal. Perra.

¿Cuál era la broma que había hecho la otra noche? No puedes lanzar una piedra en Quincy sin golpear a un Eden. En este momento, no me importaría tirar una piedra al hombre.

Aparté los ojos de la camioneta de Griffin mientras daba marcha atrás y conducía por Main.

—Esos malditos Nelsen —dijo mi abuelo.

—Esos malditos Eden —murmuró Frank.

Lyla eligió ese momento para aparecer, con las manos llenas de tres vasos de agua. Tenía las mejillas sonrojadas y estaba segura de que los había oído.

Frank no se dio cuenta, pero mi abuelo le dedicó una sonrisa de disculpa.

—Gracias, Lyla.

—Claro, Covie. —Se alejó, volviendo al mostrador.

—¿No te gustan los Eden? —le pregunté a Frank. Entonces, ¿por qué estaba en Eden Coffee?

—Oh, me gusta Lyla. Y Talia y Eloise. Pero no, no me gustan mucho ni Harrison ni Griffin. Se creen los dueños de toda la ciudad.

La envidia se coló en su voz. Tenía que haber algo más que un simple disgusto, pero no me importaba escucharlo. Hoy no.

Griffin no me había dado ni una sola vez la impresión de ser el dueño de Quincy. Por otra parte, tampoco me había dado la impresión de que estuviera en pareja con otra mujer, así que claramente, cuando se trataba de ese Eden en particular, mi juicio estaba dañado.

Oh, Dios. Se me revolvió el estómago. El lunes, no había venido hasta las diez. ¿Había tenido una cita con ella primero? ¿Había visitado su cama antes de venir a la mía?

—¿Estás bien, Winnie? —preguntó mi abuelo.



RIDGE



THE EDENS
1 #

Griffin. ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

—Sí. —Asentí y tomé un sorbo de mi agua—. Sólo ha sido una semana agitada.

—¿Cómo van las cosas en la estación?

—Bien. —Estaría bien. Eventualmente.

Tal vez este encuentro con Griffin era lo que tenía que suceder. ¿No había estado pensando en la necesidad de organizar mi vida en casa? Griff había sido una constante en mi mente y una intrusión regular durante mis tardes.

Tenía una vida que establecer en Quincy. Tenía una casa que debía convertirse en un hogar. Construir relaciones duraderas con mi personal era más importante que una aventura fugaz con un vaquero sexy.

Me había mudado aquí para sanar. Para construir una nueva vida. Para reparar el dolor de mi ruptura con Skyler. Saltar a la cama con Griffin no iba a ayudarme a conseguir ninguno de esos objetivos.

Tenía que terminar. Esta noche.

Cuando aparezca esta noche, lo terminaré.



Salí disparada de la cama, con el corazón acelerado y el estómago revuelto.

El dormitorio estaba bañado en gris pero mi mente nadaba en rojo. Rojo sangre.

Corré hacia el baño, tropezando con el zapato que había pateado antes en medio de la habitación. Me las arreglé para agarrarme antes de estrellarme contra la pared, enderezando los pies mientras me tapaba la boca con una mano.

Mis rodillas crujieron en el suelo de baldosas cuando aterricé junto al inodoro, dando arcadas hasta que mi estómago se vació. Las lágrimas caían por mis mejillas mientras me quitaba el cabello de los ojos.

—Maldita sea —maldije a la habitación vacía, enterrando la cara entre las manos.

Esta era la peor pesadilla que había tenido en meses. Tal vez años. Era como las versiones que había tenido al principio. Aquellas en las que estaba en la escena del accidente.

Fue la pesadilla en la que encontré el brazo destrozado de mi padre extendido en la acera; la que veía la cabeza de mi madre separada de su cuerpo.

205



RIDGE

Apreté los ojos, deseando que el olor a carne desgarrada, goma quemada y metal saliera de mi nariz. *Piensa en otra cosa. En cualquier otra cosa.*

La primera imagen que me vino a la mente fue la de Lily Green. Su cuerpo destrozado en las rocas debajo de Indigo Ridge.

Mi estómago volvió a rugir, pero ya no había nada que vomitar.

—Joder. —Apreté los dedos en mis ojos hasta que el negro se convirtió en blanco.

Me levanté del suelo, con las piernas temblorosas y me dirigí al lavabo. Después de echarme agua en la cara, me lavé los dientes y encendí las luces.

Todas las luces.

Accioné todos los interruptores mientras me dirigía del dormitorio a la cocina. El reloj indicaba que era más de medianoche.

La casa estaba quieta y silenciosa. Los latidos de mi corazón llenaban cada habitación con un sonoro *bum, bum, bum*.

Preparé café. No había forma de volver a dormir esta noche. Con una taza humeante en la mano, fui a mi dormitorio y comencé a organizar. Me dediqué a la tarea, negándome a pensar en la pesadilla. Negándome a pensar en Griffin.

Durante la última semana, cada noche que él había dormido en mi cama, yo había dormido toda la noche. Lo más probable era que si él hubiera estado aquí esta noche, yo no habría tenido la pesadilla. O tal vez los sueños habían estado esperando a que estuviera en mi punto más débil.

A veces, era como si las imágenes tuvieran una mente propia. Cuanto más luchaba contra ellas, más fuerte me golpeaban. Todas las pesadillas que había tenido desde que me mudé aquí habían sido brutales. Era como si se hubieran colado en mis nuevas almohadas, esperando para atacar.

Por supuesto, sería la noche de la ausencia de Griffin.

Tal vez estaba con su reportera esta noche.

Tal vez no.

Ya no importaba.

No había aparecido para que yo lo terminara esta noche. Supongo que eso era suficiente fin.

Así que trabajé sola para desempacar mi casa. Porque así estaba.

Sola.



THE EDENS

L #

Griffin. ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

206



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

10



THE EDENS
10#

Griffin

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

La contención que requería mantenerme alejado de Winslow era agobiante.

Durante las dos últimas noches, prácticamente me había atrincherado en casa. Mi bandeja de entrada de correo electrónico estaba vacía, mi escritorio despejado. Anoche, después de la cena, tenía tantas ganas de ir a verla que me pasé tres horas limpiando establos.

Me mantuve ocupado.

Mantuve la distancia.

Mi piel ansiaba el calor de la suya. Mis dedos se crisparon, desesperados por agarrar su cabello. Me dolían los brazos para abrazarla mientras se dormía.

Echaba de menos sus ojos azules, las pecas de su nariz.

Las noches habían sido brutales. No dormía. Pero incluso los días eran difíciles. Era mediodía y lo único que quería hacer era dar la vuelta a mi camioneta, ir a la ciudad y localizarla.

Me negué a romperme.

El rancho y mi familia necesitaban toda mi atención. No había tiempo para nada más.

No debería ser así. Nunca en mi vida me había costado tanto dejar ir a una mujer. Especialmente cuando no había ningún compromiso de por medio. Demonios, había tenido novias en la universidad más fáciles de borrar de mi mente, a pesar de salir con ellas durante meses antes de terminar.

Entonces, ¿por qué demonios tenía a Winslow Covington en la cabeza?

Su belleza era inigualable, su inteligencia tan atractiva como su esbelto cuerpo. Su capacidad de respuesta en el dormitorio y la forma en que nuestros cuerpos se unían no se parecían a nada que hubiera sentido antes.

207



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Esto tenía que ser una cosa física, ¿verdad? La química y las hormonas estaban jodiendo mi racionalidad. Un pensamiento de su piel desnuda y cremosa y se me puso dura de nuevo. Como lo había estado durante los últimos dos días.



—Maldita sea —murmuré.

—¿Qué? —preguntó Mateo desde el asiento del pasajero de mi camioneta.

—Nada. —Cambié de tema—: Gracias por venir hoy.

—Claro. —Se encogió de hombros.

A los veintidós años, aún no había llenado su figura. Pero lo haría. Si seguía comiendo lo que hacía mamá y trabajando en el rancho como lo había hecho este verano, sudando y poniendo a prueba esos músculos en crecimiento, pronto sería tan grande como yo.

De todos mis hermanos, Mateo y yo éramos los que más nos parecíamos. Todos teníamos el mismo cabello castaño y los mismos ojos azules, pero Mateo y yo compartíamos la misma nariz, la pequeña protuberancia en el puente. Al igual que la mía, su nuez de Adán era pronunciada, una característica en la que no había pensado mucho hasta Winn.

Le encantaba arrastrar su lengua por mi garganta, especialmente mientras estaba enterrado dentro de su cuerpo.

Joder. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella?

—¿Cuál es el plan para hoy? —Mateo apoyó un antebrazo en la ventana abierta. El olor de la hierba, la tierra y el sol se pegaba al aire.

No había muchos lugares en los que preferiría estar en la vida que andando por una carretera de tierra de Montana en junio.

La cama de Winslow amenazaba con ocupar ese primer puesto.

—Me gustaría revisar la valla a lo largo del camino a Indigo Ridge. Conor empezó a hacerlo pero... ya sabes. —No había tenido el valor de enviar a nadie allí desde Lily Green.

—Sí —murmuró Mateo—. ¿Cómo está?

—Lo estamos haciendo trabajar duro. —En el otro lado del rancho y lo más lejos posible de aquí.

—Siempre le gustó Lily. Incluso después de su ruptura. Siempre pensé que eventualmente estarían juntos.

—Lo siento. —Lo miré y le sonréi.

Lily había sido un año más joven que Mateo, pero el tamaño del instituto Quincy significaba que se habrían conocido bien.

THE EDENS
L #

208



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Hacía tiempo que no hablaba con ella. Pero cada vez que me la encontraba, sonreía. Me daba un abrazo. Era así de dulce. Como si fuera una amiga perdida hace mucho tiempo que no había visto en años. No alguien que veías una vez al mes en el banco. No tenía ni idea de que estaba luchando. Nadie lo sabía.

Porque tal vez no lo estaba.

Ese pensamiento me golpeó tan rápido y con tanta fuerza que me estremecí.

Las dudas eran obra de Winslow. Ella me las había metido en la cabeza y ahora, cada vez que salía el tema de Lily, cualquier suposición anterior se tiraba a la basura.

—Había algo más de su muerte? —Y si no se hubiera suicidado?

Winn había estado buscando un novio o un ligue durante nuestras paradas en los bares. Quizá Lily se había acostado con alguien recientemente. Tal vez ese tipo había hecho algo que le había hecho perder la cabeza. O tal vez no había estado sola en Indigo Ridge.

Tal vez había algo más.

—¿Lily salía con alguien? —pregunté.

—No que yo sepa. Siempre que la veía en el bar, solía estar con otras chicas.

Probablemente las mismas chicas que Winn le había contado a John en Big Sam's. Chicas de la zona. Y conociendo a Mateo, no les habría prestado mucha atención.

Mi hermano pequeño también era como yo en ese sentido. No estaba interesado en una relación y los turistas no estarían allí para acosarlo por más tiempo por la mañana.

Era un consejo que le había dado.

Consejos que yo mismo no seguía.

—Oí que te has liado con la nieta de Covie Winslow. —Mateo sonrió—. Me pusieron una multa por exceso de velocidad la semana pasada. ¿Crees que podrías conseguir que me la quitara?

La idea de que Winn y yo podríamos mantener nuestra cita en secreto se había desintegrado como el papel higiénico mojado.

—No es así.

—¿Follamigos?

Ese término me irritó y mis manos se tensaron sobre el volante. Era el término correcto, pero era como si los clavos rasparan la pizarra en mi oído.

209



RIDGE

—¿Dónde has oído eso?

—Me encontré con Emily Nelsen en Old Mill anoche. Me preguntó dónde estabas. Le dije que probablemente estabas en casa y luego hizo algún comentario sobre que también podrías estar en casa de Winslow Covington.

—Maldita sea, Emily. —Sacudí la cabeza.

Ella era la razón por la que había evitado la casa de Winslow los últimos dos días. Aparentemente, eso había sido inútil.

El miércoles, había ido a Eden Coffee a buscar uno de los sándwiches de Lyla para comer. Había estado hablando con Emily, que se hacía la simpática. Lyla siempre era amable. Tal vez porque era más inteligente que yo. Mantenía a sus amigos cerca y a sus enemigos en los pliegues de su delantal verde.

Emily nunca había sido mala con Lyla y se habían graduado al mismo tiempo. Durante un tiempo, había pensado que podían ser amigas, pero no había prestado mucha atención. Entonces metí la pata y me acosté con Emily una noche hace un año, y desde entonces lo único que hacía era estar cerca de Lyla.

Mi hermana era inteligente. Sabía por qué Emily le besaba el culo.

Había cometido el error de sentarme a su mesa para visitar a mi hermana. Había sido... informativo. Emily no sólo había cotilleado sobre todas las personas de la cafetería, sino que también había comentado que había visto mi camioneta en casa de Winslow tres noches seguidas.

Lo sabía mejor. Maldita sea, lo sabía. ¿Cómo pude ser tan estúpido como para olvidar que Emily vivía en ese barrio? Por supuesto que ella reconocería mi camioneta. Lo último que necesitaba era que los rumores se extendieran por Quincy. Era lo último que Winn necesitaba también.

Así que me había mantenido al margen.

Fue la decisión más inteligente. Para los dos.

Winn estaba luchando suficientes batallas en este momento: en la estación, con la comunidad, gracias al artículo de Emily. Ella no necesitaba librarse una guerra con los chismes también.

—Es una buena policía —le dije a Mateo—. Creo que fue la elección correcta.

A pesar de toda la mierda que le había dado a Winn por ser una forastera, ella encajaba aquí. Se tomaba el trabajo en serio y tenía buenas conexiones. Aunque no me entusiasmaba su amistad con Frank Nigel.



RIDGE

Ese imbécil podía irse a la mierda. Tuvo un problema con mi familia sin ninguna razón durante toda mi vida. Compraba un café con leche en la cafetería de Lyla, coqueteaba con ella hasta que se sentía incómoda y luego dejaba una crítica de mierda en Yelp. Pasaba por el restaurante de Knox en The Eloise Inn y decía a todo el que quisiera escuchar que la comida era mediocre.

Hablaban de nosotros a nuestras espaldas, a mí y a papá, a la cara. Al menos había dejado de fingir cuando nos encontrábamos por la ciudad. La última vez que intentó darme la mano, le dejé claro que no me interesaba ese hijo de puta.

La amistad de Frank con Covie era el único punto negro contra nuestro alcalde de toda la vida. Nunca entendí cómo se habían hecho tan buenos amigos. Vecinos unidos, supongo. Esperemos que Winn no escuchara el veneno de Frank.

Mateo y yo llegamos al borde de la zanja junto a la carretera. Un cable suelto colgaba del poste de la esquina. Estacioné la camioneta, agarré un par de guantes de cuero del asiento y me puse la gorra de béisbol para que me protegiera la cara. Entonces mi hermano y yo nos pusimos a trabajar para reparar las cuerdas de alambre de espino.

Dos horas más tarde y habíamos llegado a la mitad.

—Más basura. —Mateo recogió un tapacubos tirado en la hierba alta.

—Sólo tíralo en la parte trasera de la camioneta. Juro que los anteriores dueños de este lugar desmontaron todo un concesionario y dejaron los trozos esparcidos por aquí sólo para irritarme.

Había estado recogiendo chatarra oxidada y piezas viejas desde que había comprado esta propiedad. Nos había llevado un mes de viajes regulares a Missoula para llevarnos todos los autos viejos que habían dejado esparcidos por el granero.

—Odio hacer vallas —murmuró Mateo mientras agarraba sus pinzas.

Me reí.

—Es parte del trabajo.

—Es tu parte.

Este rancho era todo lo que siempre había querido. Desde que era un niño, sabía que viviría y moriría en este lugar. Mi corazón pertenecía a la tierra. Mi alma estaba atada a la tierra. Un día de trabajo honesto me daba paz.

Me consideraba un hombre afortunado de que la felicidad fuera más fácil cuando mis botas estaban en la tierra. Esto no era un trabajo. Esto era una pasión. Esto era mi libertad.



RIDGE

Mis hermanos amaban el rancho, pero la ganadería no era su sueño.

—¿Alguna idea de lo que quieras hacer? —le pregunté a Mateo. Al ser nueve años mayor, me sentía más como un tío que como un hermano. Acudía a mí en busca de consejo, al igual que yo había hecho con Briggs.

—No. —Gimió, engarzando un clip para sujetar un cable a un poste de la valla de acero—. No sé. Esto no.

—Hay otras cosas que hacer en el rancho además de cercar.

—Esto siempre ha sido tuyo.

—No tiene que ser sólo mío.

—Lo sé. Si quisiera formar parte de ello, lo harías. Pero es que... no quiero. Y aún no sé lo que quiero. Así que trabajaré aquí y en la posada hasta que lo descubra.

—La oferta siempre está en pie.

—Gracias. —Asintió y se apartó de la sección que acabábamos de arreglar. Miró más allá de mi hombro mientras el sonido de los neumáticos crujiendo la grava llenaba el aire.

Me giré cuando la camioneta de Briggs se dirigía hacia nosotros. Mi tío estaba al volante y detrás de él, contra la ventanilla de cristal, sus portapistolas estaban cargados con dos rifles.

—¿Por qué va vestido de anaranjado? —preguntó Mateo.

—Demonios. —Empujé el cable superior hacia abajo para balancear mi pierna sobre la valla, luego caminé hacia la carretera, Mateo a mi lado, mientras Briggs se detenía.

—Hola, chicos.

—Hola, Briggs. —Me apoyé en su puerta—. ¿Qué estás haciendo hoy?

Señaló con el pulgar sus rifles.

—Pensé en cazar la base de Indigo Ridge. Ayer vi una manada de ciervos. Sería bueno hacer más cecina antes de que la nieve aparezca en el próximo par de semanas.

—¿Qué demonios? —murmuró Mateo.

Suspiré, deseando que mi padre dejara de ignorar esto. Los incidentes eran cada vez más frecuentes.

—Briggs, aún no es temporada de caza.

—Estamos en octubre.

212



RIDGE



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—Estamos en junio.
—No. —Frunció el ceño—. ¿Qué demonios te pasa? Estamos en octubre.
—Es junio. —Saqué mi teléfono del bolsillo trasero y abrí mi calendario para que lo viera.
—Sabes que no confío en esos malditos teléfonos —resopló—. Deja de jugar, Griff.

Dios.

—No puedes a cazar ahora, Briggs. No es la temporada.
—No me digas lo que puedo y no puedo hacer en mi propio rancho. —Su voz se elevó junto con el color de su rostro—. Malditos niños. Corriendo por toda esta zona como si fueran los dueños. ¿Cuántos años trabajé aquí? Este es mi lugar. Propiedad mía y de mi hermano. No puedes decirme lo que tengo que hacer.
—No estoy tratando de decirte lo que tienes que hacer. —Levanté las manos—. Sólo echa un vistazo a tu alrededor. ¿Te parece que es octubre?

Su frente se arrugó mientras miraba hacia delante, observando la hierba verde y las flores silvestres de los prados.

—Yo, eh...

Briggs se quedó mirando por encima del volante. Luego, en un instante, levantó la mano y la golpeó contra el tablero.

—Mierda.

Me tensé.

Mateo se estremeció.

—¡Mierda! —gritó de nuevo con otro golpe en el tablero.

El arrebato era tan poco habitual en él, tan distinto a su naturaleza amable y tranquila, que tardé un momento en reaccionar. Nunca en mi vida lo había visto gritar. Ni una sola vez. Él y papá se parecían mucho en eso. Ambos siempre habían mantenido un firme control de su temperamento. Era la razón por la que ambos eran tan buenos con los caballos y los niños.

Este hombre no era mi tío.

Este hombre furioso y enfadado se había dado cuenta de que su mente se estaba desvaneciendo.

Y no había nada que hacer al respecto.

Le puse la mano en el hombro.

213



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—La temporada de tiro con arco estará aquí antes de que te des cuenta. Probablemente sólo se te mezclaron los días en el calendario de tu casa. Me pasa todo el tiempo.

Asintió, con los ojos desenfocados.

Mateo y yo compartimos una mirada, y cuando abrió la boca, negué. No era el momento de hacer preguntas. Esas vendrían después. Junto con otra conversación con mi padre sobre la salud mental de Briggs.

—Tenemos sed y hoy olvidamos el agua —mentí. La cantimplora de mi camioneta estaba vacía—. ¿Te importa si vamos a tu casa a tomar algo rápido?

Antes de que Briggs pudiera responder, Mateo rodeó el capó y subió al lado del pasajero de la camioneta de nuestro tío.

—Nos vemos allá.

Asentí y esperé a que dieran la vuelta la camioneta y se dirigieran al camino de grava antes de volver a mi lado de la valla y subir a mi propia camioneta. Los alcancé a mitad de camino de la montaña hacia la cabaña de Briggs.

Cuando llegamos, Briggs salió de la camioneta y se quitó su traje anaranjado de cazador. Sacudió la cabeza, como si estuviera confundido acerca de por qué lo tenía puesto y luego, hizo un gesto Mateo y a mí en el interior.

La rabia que había tenido antes parecía haberse desvanecido.

—¿Cómo van las cosas en la montaña? —pregunté mientras nos acomodábamos en nuestras sillas en la mesa redonda de Briggs.

—Bien. La jubilación se vuelve monótona. Pero he estado haciendo mucho senderismo. Tratando de mantenerme en forma.

—¿Qué senderos? —preguntó Mateo, tomando un sorbo de agua.

—Sobre todo alrededor de Indigo Ridge. Es un reto, pero no se pueden superar las vistas desde la cima.

Era la segunda vez que mencionaba la cresta hoy. Hace diez años, probablemente no habría pensado mucho en ello. Pero ahora, después de esas tres chicas... no muchos de nosotros íbamos a Indigo Ridge.

La tragedia tenía su manera de empañar la belleza.

—¿Has visto a alguien más ahí arriba? —Mi pregunta vino por cortesía de las dudas de Winslow.

—No. Siempre soy yo. ¿Por qué?

—Sólo por curiosidad.



THE EDENS

#

214



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Si Briggs hubiera visto a alguien, ¿lo recordaría?

Terminamos nuestras aguas y llevé los vasos al fregadero, mirando al patio.

Briggs había estado ocupado, manteniendo el césped alrededor de la casa recortado. Había puesto una pequeña cama de jardín elevada. Los inicios de las verduras brotaban de una tierra rica y negra. Alrededor había una alta valla para ciervos, de dos metros de altura, con la esperanza de que no la saltaran y se comieran su cosecha. Junto a la valla había un par de botas de vaquero, cada una de ellas llena de tierra y una flor de color rojo.

—Me encantan las botas, Briggs. Una idea inteligente.

Se rio y se levantó de su asiento, caminando hasta ponerse a mi lado.

—Yo también pensé que era bastante inteligente. Un buen par de botas, pero demasiado pequeñas para mis grandes pies. Las encontré en un sendero hace un tiempo. Me pareció un desperdicio tirarlas, así que decidí convertirlas en mis macetas.

Se me cayó el estómago.

—¿Las encontraste?

—Sí. Estaba cazando en el cobertizo.

—¿Dónde?

—Oh, no lo sé. Algun sendero no muy lejos de aquí.

Un sendero en Indigo Ridge muy probablemente. Porque había costuras rosas a lo largo de la caña de cuero marrón. Había muchas botas de hombre con costuras rosas, pero la delicada punta cuadrada y el arco del tacón... eran botas de mujer.

Winslow había estado buscando los zapatos de Lily Green.

La sensación de hundimiento en mis entrañas me decía que acababa de encontrarlos.

—Será mejor que nos vayamos —le dije a Mateo—. Gracias por el agua, Briggs.

—Vengan cuando quieran. Es solitario aquí arriba.

Asentí, con la garganta llena.

—Oye, ¿te importa si me prestas esas botas unos días? A mamá le gustaría hacer algo así.

—En absoluto. Si le gustan, que se las quede.

—Gracias. —Salí de la casa y agarre las botas.



THE EDENS

#

215



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Estaban polvorientas pero en el lado más nuevo. El cuero y el empeine estaban rígidos. Pasé un dedo por cada una de las correas de sujeción, esperando no dejar un montón de huellas dactilares, y luego las llevé a mi camioneta.

—El tío Briggs está hecho un desastre. —Mateo suspiró mientras conducía—. Todo el camino hasta aquí no dejó de llamarme Griffin.

—Hablaré con papá. —Otra vez.

—¿Crees que tiene lo que tenía el abuelo?

Asentí.

—Sí.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé. —Pero si papá no actuaba cuanto antes, yo intervendría y haría lo necesario.

Briggs necesitaba ver a un médico. Necesitábamos saber a qué nos enfrentábamos. Tal vez la medicación ayudaría. Tal vez no.

Nos llevé de vuelta a casa de mamá y papá, dejando a Mateo en la tienda.

—¿Vas a entrar?

—No, tengo que ir a la ciudad. —Podría culpar a Briggs por romper mi decisión de mantenerme alejado. Pero en realidad, sólo había sido cuestión de tiempo antes de que mi resolución se rompiera.

—De acuerdo. —Mateo señaló las botas en el asiento trasero—. ¿Quieres que las lleve adentro?

—No. No son para mamá.

Eran para Winn.

RIDGE

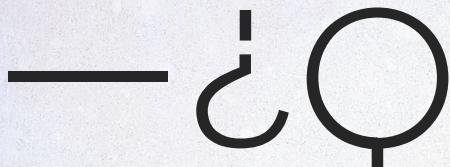


11

Winslow

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.



ué haces aquí? ¿Y por qué tienes flores en tus botas?

Griffin entró en mi despacho con las botas, cada una con un geranio asomándose por la parte superior. Miró mi escritorio, buscando un espacio libre para dejarlas. No había ninguno.

—Estaba limpio —murmuré, apartando carpetas y papeles. El desorden que había provocado había vuelto. La historia de mi vida.

En el momento en que pensé que tenía algo bajo control, lo perdí.

Algo así como Griffin.

Había pasado los dos últimos días haciendo las paces con el fin de nuestra relación. Estaba bien. Era la decisión correcta. Había llegado el momento de dejar atrás a Griffin y centrarme en este trabajo.

Esa era la razón por la que estaba en Quincy, ¿no? Debería pasar las noches fuera y en la ciudad, no encerrada en mi habitación con un hombre hermoso que sabía cómo dar un orgasmo. Había guardado mis semanas con él en un estante de mi mente, donde acumularían polvo durante la próxima década.

Excepto que entonces entró por la puerta de mi oficina con flores y de repente todo lo que quería era más.

Más noches. Más semanas.

Más.

Dejó las botas sobre el escritorio y se sentó en una silla vacía, apoyando los codos en las rodillas. Cuando levantó la vista de debajo del ala de su sombrero, aquellos ojos azules no tenían su brillo habitual. Parecía desgastado, como si el mundo estuviera apoyado en esos anchos hombros.

THE EDENS

1 #

217



RIDGE

Esta visita no era por mí, ¿verdad? Esto no era una disculpa y lo que sea que estas flores eran, no eran un regalo para trabajar su camino de regreso a mi cama.

Esperé, dándole un momento. La gente suele ser la que más te dice cuando les dejas un minuto para respirar.

—Mi tío. Briggs.

—El que vimos en Willie's con demencia.

Asintió.

—Tenía estas botas en su casa. Dijo que las encontró en una excursión por Indigo Ridge.

Mi cuerpo se tensó.

—¿Cuándo?

—No estaba seguro. No presioné. Las encontró y las convirtió en macetas.

Una idea única, excepto que probablemente había borrado cualquier evidencia que pudiera encontrar. Eran botas de mujer, el intrincado cosido rosa y coral del cuero era un patrón de paisleys y remolinos.

—Hice lo posible por no tocarlas —dijo Griff.

Agarré mi teléfono del escritorio y tomé unas cuantas fotos rápidas desde todos los ángulos, luego dejé a Griffin en su asiento mientras me dirigía al pasillo.

—Allen.

Levantó la vista de su escritorio y le hice un gesto para que entrara en el despacho.

—¿Qué pasa, jefa? —Inclinó la cabeza hacia Griffin—. Griff.

—Estas botas fueron encontradas en Indigo Ridge —dije—. Sin las flores. ¿Te importaría sacar las flores y catalogarlas como evidencia? Querremos buscar huellas y ver qué encontramos. Pero supongo que son de Lily Green.

—De acuerdo. ¿Quieres que consulte con su madre para ver si las reconoce?

—Por favor.

Allen salió de la oficina y volvió con dos bolsas de pruebas. Le ayudé a meter una bota en cada una y luego cerré mientras se marchaba.

—Voy a visitar a tu tío —le dije a Griffin, volviendo a mi silla.

—Me imaginé que lo harías. —Griffin se levantó y se dirigió a la estantería de la esquina.



RIDGE

Odiaba lo bueno que era verlo. Sus vaqueros desteñidos caía sobre sus fuertes muslos. Se amoldaban a la curva de su culo. La camiseta que llevaba hoy estaba polvorienta, como si hubiera estado trabajando toda la mañana.

El olor de su jabón y sudor llenaba la habitación. Ayer había lavado las sábanas para borrarlo de mi cama. Ahora me arrepentía de esa decisión porque ese olor era embriagador.

Agarró una foto enmarcada en el estante del medio.

—¿Quién es este?

—Cole.

—Cole. —Sus ojos se entrecerraron—. ¿Otro ex?

—Un mentor. Trabajamos juntos en Bozeman. Y fue mi sensei.

En la foto, Cole y yo estábamos juntos, vistiendo de blanco en el dojo de la ciudad donde yo había tomado clases de karate. Cuando me ascendieron a detective en Bozeman, Cole me había sugerido que aprendiera artes marciales. No sólo como una forma de mantenerme en forma, sino para protegerme.

—Eres cinturón negro.

—Sí —dijo.

—Y estos son tus padres. —Señaló la foto en el estante de al lado. No era una pregunta, sino una afirmación, como si hubiera visto su foto antes.

Mamá y papá estaban a mi lado el día que me gradué en la academia de policía. Llevaba un uniforme negro y una gorra. Las sonrisas en nuestros tres rostros eran cegadoras.

—Tu padre se parece a Covie —dijo—. Lo vi antes por la ciudad. Y tú te pareces a tu madre.

No podía saber el cumplido que era. Mi madre era la mujer más hermosa que había visto en mi vida, por dentro y por fuera.

Durante un tiempo, después de que murieran, guardé sus fotos en la bodega. Había sido demasiado duro verlos congelados en el tiempo, riendo y sonriendo y felices. Entraba en mi habitación, veía su foto en una estantería y rompía a llorar. Pero entonces empezaban las pesadillas, así que volvía a poner las fotos en su sitio, porque aunque me dolía verlas, echarlos de menos, prefería un millón de veces sus sonrisas a sus muertes.

Griffin se dirigió a la última foto de la estantería, una de papá y yo pescando cuando era adolescente.

—Tenías más pecas.



RIDGE

—Veranos al sol. Eso fue antes de que usara protector solar todos los días.

Tarareó, volvió a sentarse y se inclinó hacia delante. Sus ojos permanecían pegados al borde de mi escritorio, y una vez más, esperé hasta que estuviera listo.

—¿Sigues pensando que la muerte de Lily podría no haber sido un suicidio?

—No lo sé —admití.

Con el paso de los días, la sensación de inquietud no se había desvanecido, pero la parte lógica de mi mente había empezado a gritar. No había pruebas que apuntaran a nada más que al suicidio. En algún momento, tendría que dejarlo pasar.

Tal vez las botas ayudaran.

Tal vez no.

Griffin levantó la vista y había desesperación en sus ojos. Como si necesitara que le diera una respuesta diferente.

—Todavía no lo siento bien —dijo—. Cada vez que hablo con alguien que la conoció, se quedan sorprendidos. Amigos. La familia. Nadie tenía ni idea de que estaba luchando.

—Sí, eso es más o menos lo que estoy escuchando también.

—Eso no significa que no lo ocultara. La salud mental suele ser un secreto bien guardado. Pero habría esperado encontrar a una persona en la que hubiera confiado. —O no había esa persona. O aún no la había encontrado.

Si él o ella existía, sospechaba que probablemente era quien había estado con Lily antes de su muerte.

Tal vez esas botas proporcionarían una pista, suponiendo que fueran de ella y que no se hubieran borrado las huellas dactilares al convertirlas en decoración de jardín.

—Gracias por traer las botas.

—Me iré. —Se levantó y dio un paso hacia la puerta.

—Griff —llamé, esperando a que se girara. Entonces me enderecé. Odié la pregunta que estaba a punto de hacer—. ¿Te estás acostando con otra mujer?

—¿Disculpa? —Su mandíbula se tensó.

—Esa mujer del miércoles. Emily. —La reportera—. ¿Se acuestan?

Puso las manos en las caderas.



THE EDENS

L #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

220



RIDGE

—Usamos protección pero no es infalible. Tomo anticonceptivos, pero me gustaría saberlo para hacerme la prueba si es necesario.

Griffin levantó las cejas y luego, con dos largas zancadas, plantó las manos sobre el escritorio, inclinándose tanto que la furia de su mirada me golpeó como un chorro de calor.

—No me acuesto con dos mujeres al mismo tiempo.

El aire salió de mis pulmones. Gracias. Dios.

Terminar esta relación era lo mejor, pero esa decisión no se había trasladado exactamente a mis emociones. Cada vez que me imaginaba a Griffin y a la rubia *Emily*, los celos me corroían durante horas.

—Ese no es el tipo de hombre que soy —dijo con los dientes apretados.

—Bien.

—No está jodidamente bien. No deberías haberme hecho esa pregunta.

—Bueno, parecías bastante acogedor en Eden Coffee.

—¿La toqué?

—Um... —Ella lo había tocado. Pero él no la había tocado, ¿verdad?

—No, no la toqué. ¿La besé?

Tragué con fuerza.

—No.

Estaba realmente enojado. Me gustó que estuviera enfadado. Su carácter estaba en duda, y los buenos hombres, no se detendrían ante nada para dejar las cosas claras.

—No, porque no juego con las mujeres. ¿Entendido?

—Alto y claro.

—Bien. —Se alejó del escritorio y salió furioso de la oficina. Sus pasos por el pasillo eran tan fuertes como los latidos de mi corazón.

No fue hasta que escuché la puerta de salida abrirse y cerrarse que respiré. Entonces, sonréi.

No pasaba nada con la reportera. Suspiré, hundiéndome en mi silla. Los días que había pasado enfadada con Griff habían sido en vano. Quizá debería haber confiado en él.

Era culpa de Skyler que yo hubiera llegado a esta conclusión. Ser traicionada por el hombre que había prometido amarme, ser mi compañero, ser mi amigo, había dejado su marca.



RIDGE

Griffin no era Skyler. No había comparación.

Griffin era honesto y real. Y conocía su camino alrededor de mi clítoris.

La sonrisa seguía en mis labios mientras agitaba el ratón de mi ordenador y volvía al trabajo. Quizá mañana volvería a ver la superficie de mi escritorio.

Y tal vez la próxima vez que viera a Griffin por la ciudad, no querría golpearlo con una piedra.



El corcho de mi botella de vino saltó, en el mismo momento en que alguien golpeó mi puerta. No un golpe con los nudillos sino con todo el puño.

Sólo una persona en esta ciudad golpeó mi puerta roja.

Me serví una copa y la llevé conmigo mientras iba a contestar.

—Tengo un timbre.

El ceño de Griffin estaba fijo en su sitio. Claramente, una tarde y una noche no le habían hecho estar menos enfadado de lo que había estado en la estación.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? —Tomé un sorbo de mi cabernet, dejando que el sabor seco y robusto estallara en mi lengua mientras él fruncía el ceño.

—¿Te estás acostando con alguien más?

Casi me atraganté con mi sorbo.

—No.

—Bien. —Ese gran cuerpo me obligó a apartarme mientras entraba.

Cerré la puerta y lo seguí mientras entraba en el salón y miraba a su alrededor.

—Desempacaste.

—En su mayor parte.

—¿Dónde están tus muebles?

—Esperándolos. —Al igual que esperé mi cama.

Todo lo que había pedido se retrasó, así que sólo tenía el sofá y una mesa auxiliar. Los libros que habían estado en cajas estaban apilados contra la pared. El televisor estaba en el suelo, esperando su soporte. Las chucherías y las obras

RIDGE



de arte que había colecciónado a lo largo de los años estaban desenvueltas y apartadas, listas para ser colocadas en la estantería que había sido enviada ayer.

Además de mi cama, el único mueble que había llegado era mi escritorio. Lo había montado anoche, después de despertarme a las dos. Luego pasé las primeras horas de la mañana montando mi oficina en casa.

Griffin lo inspeccionó todo, luego fue al sofá y se sentó.

—¿Quieres una copa de vino?

—Claro.

Le entregué la mía, observando cómo se llevaba el borde a los labios. Luego fui a la cocina y me serví otra.

Se había quitado la gorra de béisbol cuando volví al salón y estaba arrastrando los dedos por los oscuros mechones de su cabello.

—Emily vio mi camioneta estacionada afuera.

—¿Qué significa eso? —Tomé asiento a su lado en el sofá, acurrucando las piernas debajo de mí. Después del trabajo, me había puesto leggins y una camiseta, con la intención de salir a correr. En cambio, opté por esta botella de vino.

—Nos enrollamos hace un año —dijo—. Ella quería más. Yo no. Fue un error mío, pero ocurrió. Ella sabía el resultado. Fue una cosa de una sola vez. Dijo que le parecía bien. Resulta que...

—No lo era.

—Emily habla de más. Su familia no quiere mucho a tu abuelo.

—Me lo dijiste. —Por un drama de pueblo hace años—. Era bastante obvio por su artículo sobre mí.

—Si ella habla de nosotros, otras personas lo harán.

—Ah. Y no quieres que la gente lo sepa. —Increíble. Como si mi ego no hubiera recibido suficientes golpes desde que me mudé aquí. Primero de la estación. Ahora de Griffin.

—No es eso, Winn.

—Está bien. —No estaba bien. Ni siquiera un poco. Tomé un largo y necesario trago de vino, deseando haber salido a correr después de todo y haberme perdido toda esta conversación.

—Oye. —Griff se acercó y me quitó la copa de la boca—. Me importa una mierda que la gente hable de mí. Demonios, ya lo hacen. Pero no quiero que hablen de ti. No quiero que digan que estás follando conmigo y que no te

RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

concentras en tu trabajo. O que nuestra relación fue la razón por la que mi padre presionó para contratarte. Quiero que la gente te vea como la jefa de policía. Como una policía capaz. No como la mujer que calienta mi cama.

—Oh. —Mi corazón se hinchó tanto que me dolió. No tenía ni idea de que le importara mi reputación. De mí, la forastera—. Nunca dormí en tu cama.

—No, no lo hiciste. Pero eso no importa. La gente hablará. Inventarán su propia versión de la verdad.

Esta era la vida de pueblo que papá siempre había maldecido. Era la razón por la que se había mudado de Quincy después de la escuela.

La gente se hacía su propia idea basándose en los hechos o en la ficción. Les creerían a las Emily Nelsen del mundo simplemente porque los chismes de Emily Nelsen eran los más entretenidos. No había nada que pudiera hacer para evitarlo, y vivir temiendo a la fábrica de rumores no estaba en mi plan de cinco años.

—No me importa. —Me encogí de hombros—. Además, supongo que ya está hablando.

—Más o menos.

—Entonces está hecho. —Levanté mi copa para tomar otro trago, pero antes de que llegara a mis labios, Griffin lo tomó una vez más, esta vez de mi mano.

Dejó mi copa con la de él en el suelo, luego me rodeó la muñeca con una mano y me levantó del sofá.

—¿Qué estás haciendo?

Sus brazos me rodearon la espalda y me apretaron contra su pecho.

—Si la gente va a hablar de que tenemos sexo, también podríamos tenerlo.

Sonreí, y cuando dejó caer sus labios sobre los míos, le di la bienvenida a mi boca, gimiendo por su sabor. Oh, cómo lo había echado de menos. Más de lo que quería admitir.

Me aferré a sus anchos hombros y rodeé sus caderas con las piernas cuando me levantó del suelo.

Con las lenguas enredadas, fuimos a mi dormitorio, y se detuvo al atravesar el umbral para apartarse.

—Esta no es la misma habitación.

Desenvolví las piernas, mis dedos de los pies cayeron al suelo. Ya no estaban las maletas arrinconadas contra las paredes. Estaban bien guardadas en



THE EDENS
#1

224



RIDGE

mi armario, junto con la ropa que llevaban, colgada en una percha, doblada en un estante o tirada en un cesto.

—Deshice la maleta.

—¿Toda?

—Sí.

Me estudió, como si supiera que había algo más en mi respuesta. Me costó no retorcerme bajo la intensidad de su mirada. Pero esta noche no era el momento de discutir las razones por las que no había dormido.

Levanté una mano hacia su duro pecho, dejando que recorriera su suave camiseta de algodón.

Griff la atrapó bajo su amplia palma.

—¿Me extrañas?

—¿Tú?

—Sí. —Su mano libre se acercó a mi pecho, rozando el contorno antes de moverse hacia mi cuello. Tenía unas manos tan grandes y unos dedos tan largos que su caricia empezaba en mi garganta y me envolvía la nuca.

Un tirón y me aplastó contra él de nuevo, su boca estuvo sobre la mía, húmeda y caliente.

Alcancé sus vaqueros y saqué la mano de debajo de las de él para poder desabrochar el botón y la cremallera. Entonces, busqué su polla y la encontré dura y gruesa bajo la tela de su calzoncillo.

En el momento en que rodeé su eje aterciopelado con mi mano y le di una caricia, Griffin se lanzó, levantándose por debajo de los muslos para arrojarme sobre la cama.

Se echó encima de mí, ofreciéndome su peso mientras su boca dejaba un rastro de besos calientes en mi mandíbula. Luego tiró de mi pantalón para dejarme al descubierto.

—Quítate la camiseta —ordenó mientras se levantaba, extendiendo la mano detrás de su cabeza para agarrar un puñado de su camiseta y liberarla de un tirón.

El cuerpo de Griffin era una obra maestra de líneas escarpadas y fuerza masculina: la capa de vello en su ancho pecho, antebrazos gruesos, más bronceados que sus abdominales. Este era un hombre que trabajaba para mantener su cuerpo fuerte. Que no creía en la depilación ni en los bronceadores en spray.



RIDGE



THE EDENS
1 #

—Winn. La camiseta. Ahora.

—Mandón. —Me encantaba su lado mandón. Me quité la camiseta mientras él se desnudaba.

Sus botas cayeron con dos golpes sobre la alfombra, seguidos por el *plop* de sus vaqueros cuando los bajó por sus voluminosas piernas. Nos miramos fijamente, absorbiendo cada centímetro.

—Me preguntaste si había estado con alguien —dijo—. No lo he estado. Me hice exámenes hace unos meses.

Se me hizo la boca agua mientras él se apretaba la polla, dándole un fuerte tirón.

—Estoy tomando la píldora.

—Quiero follarte sin condón, Winslow. Pero sólo si te parece bien.

Winslow. El nombre que siempre había amado. Era un nombre masculino, pero en su voz profunda, sonaba tan suave y blando. Si seguía llamándome Winslow, sería difícil dejarlo ir.

—Está bien.

Apenas había pronunciado las palabras cuando se abalanzó sobre mí, arrastrándome hacia la cama. Su boca se aferró a un pezón y mis ojos se cerraron, mis dedos se enredaron en los oscuros mechones de su cabello.

Me atormentó con esa lengua, chupando mis pechos, lamiendo a través de mi piel, hasta que mi núcleo palpitó.

—Más —gemí.

Deslizó su mano entre nosotros, arrastrando aquellos dedos callosos por mi vientre. Su mano me presionó el clítoris mientras dos de esos largos dedos recorrían mis pliegues húmedos, jugueteando conmigo hasta que me estremecí.

—Griff.

Me mordió el lóbulo de la oreja.

—¿Quieres correrte en mis dedos o en mi polla?

—Polla.

Su mano entre nosotros desapareció, y luego estaba allí, empujando dentro con un rápido y hábil impulso de sus caderas.

Grité mientras me estiraba a su alrededor, con mis uñas arañando la tensa piel de sus omóplatos.

—Oh, Dios.

RIDGE

—Maldita sea, te sientes bien.

—Muévete, Griff. Necesito más.

Obedeció y se retiró para volver a introducirse. Sin el condón entre nosotros, sentí todo. Cada. Centímetro. Una y otra vez, nos unió hasta que mis miembros temblaron y mi espalda se arqueó, mi cuerpo se entregó al orgasmo más intenso de mi vida.

Las estrellas estallaron detrás de mis ojos. Mis uñas rasgaron sus hombros. Los temblores sacudieron mi cuerpo mientras me aferraba a Griffin, incapaz de respirar. Incapaz de pensar. Incapaz de hacer nada más que sentir.

—Joder, Winn —gruñó contra mi piel, sin que sus movimientos disminuyeran. Me sacó el orgasmo, pulso tras pulso, hasta que finalmente me corrí. Y entonces me soltó para verter el suyo dentro de mí, corriéndose en un rugido que resonó en mi casa.

Se desplomó sobre mí, cediéndome su peso. Lo rodeé con mis brazos, abrazándolo por un momento antes de que él nos hiciera girar, manteniéndonos conectados mientras cambiábamos de posición para que yo quedara sobre su pecho. Sus brazos nunca me soltaron.

Nuestros corazones latían juntos, cada uno a ritmos diferentes.

—Es tan bueno —dijo entre jadeos—. Cada maldita vez. Eso debería asustarme.

—A mí también.

Pero si lo hizo, no fue suficiente para que se fuera. Para cuando la oscuridad se instaló más allá de las ventanas, me había agotado por completo.

Y por primera vez en días, dormí toda la noche.



RIDGE

12



THE EDENS
12

Griffin

— **B**uenos días. —Me incliné para besar la cabeza de Winn, dudando antes de que mis labios pudieran tocar su cabello.

No era mi novia. Aparte de dormirme en mi pecho después del sexo, no nos abrazamos. No nos tomábamos de la mano ni teníamos citas. No era la primera vez que iba a darle un beso de buenos días o de despedida, sólo para recordar que habíamos puesto líneas.

Excepto que en la última semana, había pasado todas las noches en su casa. No había un centímetro de su cuerpo que no hubiera probado.

Tal vez haya que volver a trazar las líneas.

A la mierda con eso. Rocé con mis labios esas sedosas trenzas y me acerqué a la cafetera.

Me miró por debajo de esas largas pestañas.

—Buenos días.

Me serví una taza, y me acerqué a su lado mientras ella se apoyaba en la desordenada encimera.

—¿Qué harás hoy?

—Trabajo. Mi día está repleto de reuniones en el juzgado. ¿Y tú?

—Hoy movemos el ganado.

Normalmente eran mis días favoritos en el rancho, cuando estaba en la silla de montar todo el día. Me levantaba al amanecer, con ganas de salir. Pero ya era tarde para empezar. El sol había salido y estaba seguro de que los chicos ya estaban en el establo, ensillando caballos. Mientras tanto, yo seguía con la ropa de ayer y los pies descalzos. Todas las mañanas me quedaba aquí, en la cocina de Winn, un poco más que el día anterior.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

228



RIDGE

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —Le di un sorbo a mi taza.

—Probablemente iré a pasar algo de tiempo con mi abuelo. Tal vez haga algo de trabajo, y con suerte un mueble o dos aparecerán hoy.

Así eran nuestras mañanas durante la última semana. Nos levantábamos temprano y ella preparaba café mientras yo me quitaba el olor a sexo con una ducha rápida. Luego nos quedábamos en la cocina, hablando de nuestros próximos días, retrasando la inevitable salida cuando yo seguía mi camino y ella el suyo.

Teníamos un acuerdo tácito. Ella tenía sus planes. Yo tenía los míos. Pero más tarde, nos reuniríamos.

—Me encontré con Frank ayer en el mercado —dijo, mirando hacia arriba.

—¿Y qué tenía que decir el imbécil?

—Sé amable. —Me dio un codazo en las costillas—. No se alegró demasiado al oír que nos acostábamos.

—La gente está hablando. —Tal como esperaba que lo hicieran. Ya sea que venga de Emily o de alguien más, sólo había sido cuestión de tiempo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Asintió—. Me preguntó si éramos pareja. Le recordé que era una adulta, que no era asunto suyo, y que podía tomar mis propias decisiones.

Sonréí y tomé otro sorbo, deseando haber visto la cara de Frank cuando le dijo que se largara. Puede que sea una de las pocas personas de esta ciudad que no se deja llevar por los cotilleos.

Con el tiempo podría cansarse. Había lidiado con ello toda mi vida, pero esto era nuevo para Winn.

—No me gustan las etiquetas, pero si necesitas una, si eso facilita las preguntas...

Levantó un hombro.

—Acabo de salir de una relación de ocho años. Creo que la única etiqueta que necesito ahora mismo es la de soltera.

—Me parece justo. —Con mucho gusto disfrutaría del sexo.

—Pero tal vez deberíamos poner un límite. Sólo para mantener los límites. Mantener la charla al mínimo.

¿Un límite? Ya odiaba esta idea.

—¿Cuánto?



THE EDENS #1

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

229



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

—No lo sé. ¿Una vez a la semana?

Me burlé y tomé un trago.

—¿Qué tal si vienes al rancho esta noche? Hay mucho menos tráfico pasando por mi casa que por la tuya.

—Así que es un no al límite.

Dejé mi taza, agarré la de ella de su mano y la levanté, ganándome un pequeño grito cuando la dejé sobre la encimera. Tenía las piernas desnudas y la camiseta de dormir que se había puesto esta mañana le subía por los muslos.

—Eso es un no rotundo. —Me acerqué, arrastrando mis manos por sus piernas antes de separarlas para poder acomodarme entre ellas. Mi polla, en constante estado de excitación cuando se trataba de ella, se tensaba contra la cremallera de mis vaqueros.

—¿A qué hora tienes que irte? —Llevó sus manos a mis mejillas, atrayendo mis labios a los suyos.

—Más tarde —murmuré, dejando que ella controlara el beso.

Sí, estaba ocupado. Pero de alguna manera siempre había tiempo para esto.

Su lengua se arrastró por mi labio inferior. Su sabor, impregnado de café, se rompió en mi lengua cuando deslizó la suya entre mis dientes.

Mis manos dejaron sus piernas para desabrochar mis vaqueros. Luego empujé su braga a un lado y me introduje en su apretado cuerpo.

—Tan. Jodidamente. Bueno.

Winn me rodeó los hombros con los brazos y levantó las piernas, clavando sus talones en la parte baja de mi espalda. Se aferró a mí cuando volví a penetrarla, y el único sonido que se escuchaba era el de nuestras respiraciones entrecortadas.

Follamos. Duro. Cada vez que pensaba en aflojar, sus talones se clavaban más, instándome a seguir. Un gemido escapó de sus labios antes de que sus paredes internas se agitaran. Entonces se corrió con un grito, pulso tras pulso, su orgasmo desencadenó el mío, y volamos juntos hacia el límite.

La sostuve en mis brazos mientras se calmaba, con mi nariz enterrada en su cabello. Su aroma se pegó a mi piel y, por un momento, olvidé cómo había sido la vida antes de esto.

El sexo. El calor. La mujer.



RIDGE

Tal vez sí necesitábamos un límite. Cada vez que estábamos juntos, quería dos más. Y un día, iba a tener que cortar esto. Antes de que los sentimientos se enredaran y tuviéramos un lío que desenredar.

Tal vez era demasiado tarde para evitar el lío.

Me alejé y esta vez, cuando me encontré con sus brillantes ojos azules, no me permití inclinarme para darle un beso de despedida.

—Nos vemos esta noche.

—Adiós. —Se apartó un mechón de cabello de la cara mientras saltaba del mostrador.

Salí de la casa y el aire fresco de la mañana se sintió crujiente contra mi piel acalorada. El viaje a casa fue tranquilo, las calles estaban casi desiertas a esa hora. Pero cuando llegué al rancho, me esperaba un bullicio de actividad.

Cinco vehículos estaban estacionados frente a mi casa. Cuatro pertenecían a hombres contratados. Uno era el Cadillac de mi madre.

Estacioné y me dirigí a la puerta principal. El olor a café me saludó desde el interior, y seguí mi nariz hasta la cocina, donde mamá estaba mirando por la ventana que daba al patio trasero.

—Buenos días, mamá. —La rodeé con el brazo para darle un abrazo de costado.

—Hueles a mujer.

—Porque estuve con una mujer.

Ella suspiró.

—Por lo que dice tu padre, Winslow Covington es una buena policía y es buena para Quincy.

—Estoy de acuerdo. —Solté a mamá y me dirigí al armario para sacar mi propia taza de café y llenarla.

—¿Están...? —Levantó una mano antes de que pudiera terminar su pregunta—. En realidad, no importa. No quiero saberlo. Me prometí cuando ustedes se graduaron de la escuela que me mantendría al margen de sus vidas amorosas. Y francamente, lo prefiero así.

Me reí.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Esconderme.

—¿De?



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Tu padre. Está enfadado conmigo. —Suspiró—. Nos peleamos por Briggs.

—Uh-oh. ¿Qué ha pasado?

—Subí a la cabaña ayer por la tarde. Hice un par de tartas y pensé que le gustaría una. Griffin... —Sacudió la cabeza—. Cuando nos hablaste de él, te creí, pero no creí que se hubiera puesto tan mal. Llamé a su puerta y no tenía ni idea de quién era yo. Ni una maldita pista.

—Mierda. Lo siento, mamá.

Ella moqueó y se secó el rabillo del ojo.

—También es mi hermano. Lo ha sido desde que me casé con tu padre. Verlo así es desgarrador.

—Lo sé. —La atraje a mi lado.

—No des por sentada tu mente, Griffin. O tu corazón. Son tus dones. Y no están garantizados de un día para otro. —Volvió a moquear, y luego levantó la barbilla. Porque así era mi madre. Caminaba por la vida con la barbilla en alto—. Tu padre está en negación. Cuando le conté lo que pasó con Briggs, no me creyó. Puso la excusa de que como tenía el cabello recogido, parecía diferente.

—Sí, él tampoco parecía creerme.

—Cuando la mente de su padre empezó a perder el control, fue devastador. Ver que le pasa a su hermano... Creo que le preocupa que tal vez él sea el siguiente.

Ese era también mi miedo. No estaba seguro de poder soportar que mi padre me mirara y no recordara mi nombre.

—No podemos dejar esto así —dije. No sólo porque podría causarse daño, sino porque podría causar daño a otros.

Durante la semana pasada, desde que le había entregado esas botas a Winn en la estación, había pensado mucho en esta situación. Lo más probable es que Briggs hubiera encontrado esas botas mientras estaba de excursión. Siempre había estado desconectado de los acontecimientos de la ciudad, y aunque se hubiera enterado del suicidio de Lily Green, dudaba que hubiera atado cabos.

Estoy seguro de que habría esperado que ella muriera con los zapatos puestos. Winn me había dicho que habían confirmado que las botas eran de Lily.

Pero aquel arrebato en la camioneta, cuando habíamos discutido por el mes, me había tormentado a diario. Briggs no era un hombre violento. Excepto que había momentos en los que simplemente no era Briggs.



THE EDENS

L #

232



RIDGE

¿Podría haber tropezado con Lily? ¿Podría haberla encontrado en Indigo Ridge y haber hecho lo impensable?

No. Nunca. No se habría tomado el tiempo de quitarle las botas. No, ella tuvo que haberlo hecho. Tuvo que haber saltado.

Lily Green y Briggs Eden no tenían nada que ver el uno con el otro.

—Dale tiempo a papá. Tomará la decisión correcta.

—Lo hará. —Se apartó y vertió su café en el fregadero—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Trasladar el ganado al servicio forestal.

—Entonces te dejaré tranquilo. Sólo quería ver tu cara. Has venido poco últimamente.

—Te vi el martes.

—Durante cinco minutos para dejar el correo. —Se dio la vuelta y salió de la cocina, deteniéndose antes de desaparecer por el pasillo hacia la puerta principal—. Trae a Winslow a cenar una noche.

—Ese no es realmente nuestro tipo de relación, mamá.

—Oh, tengo una idea bastante buena de tu tipo de relación. Pero puedes traerla a pesar de todo. Tu padre habla muy bien de ella y me gustaría conocerla. Sospecho que ella formará parte de esta comunidad mucho después de que ustedes terminen. Covie es la única familia que le queda ahora que sus padres han muerto, y me gustaría que supiera que tiene algo más que su abuelo tirando de ella para que haga de Quincy su hogar.

—Espera. —Había mucho que apreciar allí, en el corazón cálido y acogedor de mi madre. Pero mi cabeza estaba envuelta en algo más—. ¿Sus padres están muertos?

—Desde hace un par de años, creo. Los mataron en un accidente en Bozeman.

Pero acababa de ver su foto en su oficina la semana pasada. Los había conocido hace años en Willie's cuando habían venido a visitar a Covie. ¿Cómo había estado acostándome con Winn y no sabía que sus padres habían sido asesinados?

—No lo sabía.

—Covie no habló mucho de ello. No le dijo a mucha gente del pueblo que habían muerto.

—¿De verdad? ¿Por qué?



RIDGE



THE EDENS

L #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Ha perdido a su hijo y a su nuera. Creo que estaban muy unidos. Todos manejamos nuestro dolor de manera diferente. Creo que Covie pasó por un periodo de negación. Fingir que la vida era igual era su forma de afrontarlo. Y pasó mucho tiempo en Bozeman con Winslow. Una vez le mencionó a tu padre que lo estaba pasando mal.

¿Qué mierda? Odiaba que mi madre supiera más que yo. ¿Por qué Winn no me lo había dicho? Tal vez ella había sospechado que ya lo sabía. Aun así, ni una pista de que habían muerto. De hecho, no había hablado mucho de sus padres, salvo para recordarme que su padre había crecido en Quincy.

Abrí la boca para preguntarle a mamá más sobre el tema, pero sonó el timbre.

—Yo atiendo. —Desapareció por el pasillo, y cuando la puerta se abrió, reconocí la voz de Jim.

—Creo que sólo estaba tomando una taza de café —dijo mamá—. ¿Griffin?

—Ya voy. —Me bebí el resto de la taza y luego caminé por el pasillo y salí por la puerta, donde me esperaban mis hombres.

Tras tomar mi Stetson favorito, me despedí de mamá y me dirigí al establo. Todos habían ensillado sus caballos, así que, mientras ellos esperaban, yo me dirigí al establo de Jupiter.

—Hola, amigo. —Le pasé la mano por la mejilla de piel de becerro y dejé que me acariciara con el hocico por un momento antes de realizar los movimientos que había hecho mil veces, peinándolo antes de atarle la silla de montar.

Jupiter había sido mi caballo durante la última década. Era el mejor que había tenido. Fuerte y seguro con un corazón tierno. Los días que necesitaba despejar la cabeza, él lo hacía conmigo. Cabalgábamos por el valle o por el bosque y yo me descargaba con el constante vaivén de su galope.

Lo conduje fuera de su caseta, y agarré mi par favorito de zahones de un gancho en la pared, y luego caminamos juntos hacia el sol.

—¿Listo para un largo día?

Jupiter respondió dándome un golpe en el hombro.

Sonréí, alborotando el mechón de cabello negro entre sus orejas.

—Yo también.

Como prometimos, el día fue largo. Recorrimos kilómetros, trasladando el ganado a su hogar de pastoreo de verano en la sección de las montañas que

234



RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

alquilamos al servicio forestal. Los animales tendrían más hierba de la que podrían consumir, y con ellos allí, ayudarían a aliviar el riesgo de un incendio forestal.

En el viaje de vuelta, me separé de los chicos. Ellos se dirigieron a los establos de la casa de mamá y papá, donde todos tenían sus caballos. Era una de las ventajas de trabajar en nuestro rancho, sin tener que pagar por ello. Mientras que yo continué solo hacia mi casa.

El hogar era una visión feliz.

También lo era la mujer que estaba junto a su Durango en mi entrada.

Bajé de Jupiter, con las piernas agarrotadas mientras caminaba hacia Winn. Llevaba vaqueros y una sencilla blusa verde salvia, y estaba impresionante.

—Cuando aparezca aquí, voy a necesitar que lleves eso puesto. —Señaló desde mi sombrero hasta mis zahones y mis botas—. Siempre.

Me reí mientras ella se movía en mi espacio.

—He estado en la silla de montar todo el día. Huelo a caballo.

—No me importa. —Se puso de puntillas, yendo por mis labios.

Me incliné, dispuesto a tomar su boca, cuando mi caballo metió su nariz entre nosotros.

—¿Te importa?

Winn se rio.

—¿Quién es este?

—Jupiter.

—Jupiter. Interesante nombre para un caballo.

—Eloise le puso nombre. Papá compró ocho caballos hace diez años. Ella estaba en un proyecto de ciencias para la escuela sobre el sistema solar, así que los nombró a todos como planetas.

—Me gusta. —Levantó la mano, dudando un segundo antes de tocarle el costado—. Hola, Jupiter.

Lo acarició. Mi caballo era muy inteligente. Reconocía la atención de calidad cuando la recibía.

—Deja que lo guarde. Entra y siéntete como en casa. —Recibí el beso que necesitaba, luego guiñé un ojo y acompañé a Jupiter al granero. Después de acomodarlo, volví a la casa y la encontré en el porche, meciéndose en una de las sillas.



THE EDENS

#

235



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Tenía una cerveza en la mano y otra lista para mí.

Qué espectáculo era.

La mayoría de los días como éste, llegaba a la casa vacía y rezaba para que no apareciera nadie en mi puerta. Ansiaba el tiempo a solas, el tiempo para descomprimirme. Pero hacía una semana que no tenía una noche a solas. Y en este momento, no quería una.

—Me imaginé que querrías una de estas. —Señaló la cerveza mientras subía al porche.

—Sí. —Me senté y me llevé la cerveza a los labios, saciando mi sed.

Tomó su propio trago mientras sus ojos recorrían mis piernas.

—Eres sexy en ese caballo, vaquero.

—¿Qué gano con eso?

—Dúchate y lo descubrirás.

Me reí, me incliné sobre el brazo de mi silla y le hice un gesto para que se acercara. Luego puse mis labios a la comisura de su boca antes de dejarla en el porche y entrar a ducharme.

Con una toalla en el cabello y vistiendo sólo vaqueros, salí del dormitorio principal y consulté mi teléfono.

Había perdido siete llamadas y una docena de mensajes esperaban ser leídos. Todos eran de familiares, y aunque debía averiguar lo que ocurría, apagar cualquier fuego que hubiera comenzado hoy, lo ignoré todo y fui en busca de Winn.

Esperaba encontrarla dentro, pero a través de las ventanas del salón, la vi sentada en la misma silla del porche, meciéndose suavemente mientras sus ojos permanecían pegados a los árboles y a los picos de las montañas que se alzaban más allá.

Parecía estar en paz. Tal vez más en paz de lo que nunca había estado, incluso en el sueño.

Mi corazón dio un salto. La toalla cayó de mi mano. Mi mano llegó a mi esternón.

Estaba perfecta en esa silla.

Tan hermosa que quería esta vista todas las noches.

Mierda. Se suponía que íbamos a terminar. Deberíamos haber terminado ya. Necesitaba que se terminara. Mi enfoque tenía que permanecer en este rancho. En mi familia.



THE EDENS

#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

236



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Sin embargo, eso no me impidió salir, levantarla de la silla y llevarla a mi dormitorio.

Terminaríamos.

Pero todavía no.



THE EDENS
1#

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

237



RIDGE

13



THE EDENS
#13

Winslow

—**J**T e dio algún problema? —preguntó Mitch.
—No, a no ser que cuentes que ha estado llorando todo el trayecto hasta aquí.
—Miré a través de los barrotes de acero de la celda al hombre que había traído por conducir ebrio.

Se sentó en el catre, con la cabeza entre las manos, todavía llorando. *Tonto.* Tal vez esto le enseñaría una lección.

Oh, cómo odiaba el cuatro de julio.

—Esperemos que sea el último —dijo.

Mitch suspiró.

—Todavía es temprano. Apuesto a que traemos uno o dos más.

—Pero no tenemos espacio. —Las cinco celdas estaban ocupadas por otros tontos.

—Haremos lugar si es necesario. El año pasado, tuvimos que triplicar algunas celdas.

—Esperemos que nadie salga herido.

—Estoy de acuerdo. —Asintió—. Pero bueno, el lado positivo es que este año no habrá peleas en los bares. Hace dos años terminamos una pelea en Old Mill. Eso fue un cúmulo. Y el año pasado tuvimos seis chicas en Big Sam's. Eso fue aún peor. Las chicas se pelean mal.

Me reí, siguiéndole fuera de la zona de espera.

—Sí, así es.

Los bares de la ciudad estaban cerrados. El rodeo había terminado. Ahora, con suerte, sólo había que lidiar con los idiotas que no se habían ido a casa. Los que habían decidido llevar la fiesta a otra parte y causar problemas.

238



RIDGE

Mitch estaría aquí para encerrarlos cuando los otros oficiales los trajeran.

Las llaves atadas a su cinturón tintineaban mientras caminábamos. Del equipo de oficiales, Mitch era mi favorito. Su estatura y corpulencia lo convertían en un hombre intimidante, pero durante el tiempo que llevaba aquí había aprendido que era amable y gentil.

Las sonrisas dirigidas a mí eran raras en la estación. Normalmente sólo venían de Janice. Y de Mitch. Siempre tenía una esperando cuando entraba en la comisaría a primera hora de la mañana, antes del cambio de turno.

Al pasar por la última celda, el hombre que había sido arrastrado primero estaba en su catre, roncando más fuerte que un oso.

Mitch simplemente sacudió la cabeza y pulsó el botón de la pared para indicar que estábamos listos para salir.

Allen estaba esperando al otro lado para hacernos pasar por la puerta de seguridad. Había cambiado el turno de día para ayudar esta noche.

Todos los miembros de mi personal habían estado de servicio hoy, incluso el personal de la oficina. El sheriff del condado y su equipo habían llegado a la ciudad para ayudar a gestionar las multitudes y patrullar las calles. La celebración del Día de la Independencia de Quincy había sido un torbellino de actividad. Llevábamos toda la semana preparándola, y en unas horas más habría terminado.

Gracias a Dios.

Bostecé y saqué un juego de llaves del bolsillo. Pertenecían al auto que había sacado para un turno de patrulla de dos horas.

—Es todo tuyo. —Se los entregué a Mitch. Él y Allen harían el siguiente turno juntos.

—Gracias, jefa.

—Winslow —corregí.

Asintió pero sospeché que seguiría llamándome jefa.

—¿Vas a casa?

—Sí. —Volví a bostezar y miré el reloj de la pared: tres de la mañana. Había llegado a las cuatro, ayer por la mañana—. Llámame si necesitas algo.

Asintió.

—Lo haré.

—Buenas noches, Allen.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

239



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Buenas noches, jefa —dijo—. Nos vemos el lunes.

—Eso es técnicamente mañana, ¿no?

—Supongo que sí. —Se pasó una mano por la cara—. No estoy hecho para el turno de noche.

—Yo tampoco. —Saludé con la mano y me metí en mi despacho para recoger el bolso antes de salir al exterior, donde mi Durango llevaba estacionado casi veinticuatro horas.

Deslizándome tras el volante, dejé que mis hombros se desplomaran.

—Qué día.

Los festejos habían comenzado con un desfile en Main. Mi equipo había colocado barricadas en la carretera y señales de desvío para el tráfico que tenía que pasar por Quincy. Se habían colocado agentes en ambos extremos de la calle para guiar a los peatones y hacer señas a los autos. Me perdí la mayor parte del desfile, flotadores, caballos y autos clásicos, porque estaba demasiado ocupada recorriendo las aceras y observando a la multitud.

Después de la limpieza, había encontrado treinta minutos para almorzar temprano en mi escritorio. Luego, mientras la mitad de los agentes salían a patrullar en los autos, el resto nos dirigimos al recinto ferial para preparar el rodeo nocturno.

Durante las carreras de barriles, visité al sheriff del condado y aprendí más sobre él y su equipo. Durante la lucha de novillos, acompañé a un vaquero borracho que había estado vomitando detrás de los baños para que durmiera en la parte trasera de su remolque. Y durante la carrera de bueyes, ayudé a una niña que se había separado de su familia a encontrar a sus padres.

Pero al final de la noche, cuando el sol se puso y con él bajó la temperatura, encontré un momento de tranquilidad para ponerme contra la valla y respirar. Las luces superiores habían cubierto el ruedo con su brillo cegador y habían ocultado las estrellas. La monta de toros había sido la prueba final, y mientras los jóvenes se subían a los lomos de las enormes bestias, con la esperanza de llegar a los ocho segundos, yo me concentraba en las gradas, buscando a Griffin.

Se había sentado en la última fila, e incluso desde el extremo opuesto del recinto, su sonrisa me había hecho saltar el corazón. Todas las filas estaban abarrotadas y el espacio alrededor de Griffin no era diferente. Había reconocido a su familia sentada cerca.

Los Eden habían atraído casi tanta atención como los jinetes de toros. La gente había pasado, saludando y deteniéndose para saludar rápidamente. Como

240



RIDGE

Si supiera que yo estaba mirando, Griff había buscado en la línea de la valla y me había encontrado.

En un mar de gente, por encima del ruido y por debajo de las luces, una mirada suya y el mundo se había derretido.

El cuatro de julio significaba problemas.

En ese momento, con esa sola mirada, había sabido que estaba en problemas.

Lo informal se estaba convirtiendo en un antojo. Hacía semanas que habíamos dejado de lado lo informal. Cualquier límite que hubiéramos puesto había sido destruido. Había separado mi vida de la de Skyler después de ocho años juntos. Ocho años. Sin embargo, la idea de dejar ir a Griffin parecía imposible y sólo había pasado un mes.

Mientras me miraba fijamente y tomaba un sorbo de su cerveza, esa sonrisa sexy se había ampliado. Griff se había movido para sacar su teléfono de un bolsillo, y el mío había sonado momentos después con un mensaje.

Ven cuando termines esta noche.

Ese mensaje había sido hace horas. Después del rodeo, mi equipo se había trasladado al parque junto al río, donde los bomberos del condado habían montado un espectáculo de fuegos artificiales. Habíamos preparado la zona a principios de la semana, asegurándonos de que nuestros vehículos y una ambulancia pudieran entrar y salir.

Al igual que el desfile y el rodeo, no pude ver gran parte del espectáculo. Había visto el final, pero sólo después de haber perseguido a un grupo de adolescentes fuera del agua, donde habían estado fumando.

No había visto a Griffin en el parque, aunque no había tenido tiempo de buscarlo. Poco después de que el parque se vaciara, volví a la estación y tomé mi turno de patrulla programado.

Al parecer, esto no era algo que el anterior jefe hubiera hecho. Cuando en nuestra reunión de preparación les conté el cronograma, incluyendo mi nombre en la rotación, todos los oficiales, excepto Mitch, me miraron con extrañeza.

Así que... no era diferente a la mayoría de los días.

Por derecho, debería ir a casa y dormir. Hacía una semana que no dormía en mi propia cama, sino en la de Griffin. Pero cuando salí del estacionamiento de la estación, dirigí mis ruedas hacia el rancho Eden.

La luz del porche estaba encendida cuando estacioné frente a la casa de Griff. Los párpados me pesaban y mis pasos eran de plomo. Subí las escaleras



RIDGE

con dificultad, esperando encontrarlo en la cama y dormido, pero antes de que pudiera tocar el pomo de la puerta, ésta se abrió.

—Hola. —Sus brazos se abrieron.

Caí en ellos, hundiéndome contra su fuerza.

—Hola.

—¿Todo está bien?

—En su mayor parte.

—¿Algún accidente?

—No. —Y recé para que al despertarme por la mañana siguiera siendo así. El trabajo había sido mi salvador hoy. Me había impedido pensar en una noche de verano no muy diferente a esta.

—Ven a la cama. —Me besó la cabeza.

—De acuerdo, pero tienes que hacer todo el trabajo esta noche.

Se rio, se inclinó y me abrazó.

Demasiado cansada para pensarlo demasiado, me acurruqué en su pecho y dejé que me llevara al dormitorio.

Me quitó la ropa pero me dejó la braga puesta. Luego se arrancó la camiseta del cuerpo y me la puso.

—Duerme.

—De acuerdo.

Quería sexo. Mañana.

Esta noche, me hundí en las almohadas, aspirando su olor, y sólo permanecí despierta el tiempo suficiente para sentir su cálido pecho acurrucado en mi espalda. Luego me quedé dormida, agradecida de que, precisamente esta noche, no estuviera sola.

Me desperté con un jadeo. Un grito silencioso me desgarró la garganta. Tenía los ojos abiertos, pero no podía ver la oscura habitación de Griffin. La sangre era demasiado espesa.

Cerré los ojos. *Por favor. Para.* La sangre rezumaba.

242



RIDGE

Griffin se movió detrás de mí, pero no se despertó cuando me quité su pesado brazo y caminé por el suelo de madera, y cerré la puerta para escapar de su dormitorio.

Debería haberlo esperado. Esta noche, debería haber sabido que habría una pesadilla. Pero, tontamente, pensé que el cansancio ganaría. Que dormiría las últimas horas del día.

El reloj del microondas marcaba las 4:32. Había dormido una hora, como mucho. Los débiles rayos del amanecer iluminaban el horizonte, pero las estrellas aún se aferraban a lo alto del cielo.

Agarré una manta del sofá y me dirigí a la puerta principal, y la abrí con facilidad para salir. Las tablas del porche estaban frías contra mis pies descalzos y la mecedora estaba húmeda por el rocío de la noche. Me envolví con la manta y me hundí en el asiento, dejando que el aire fresco de la mañana ahuyentara el olor a muerte.

La casa de Griffin estaba en el centro de un claro. Los árboles la rodeaban por todos lados, pero estaban lo suficientemente lejos como para que, desde el porche, pudiera ver la cordillera en la distancia. Sobresalía en el horizonte, los picos brillaban con la luz del sol y la nieve. En sus puntas, el cielo era de un amarillo tan claro que casi era blanco.

El amanecer. Un nuevo día. El cinco de julio. La marca de otro año solitario.

Los echaba de menos. Esperaba no dejar de hacerlo nunca.

—Hola. —La voz áspera de Griff cortó el silencio.

—Hola. —Me giré, encontrándolo en la puerta que no había oído abrir—. Deberías volver a la cama.

Negó, con el cabello alborotado, y salió a la calle vistiendo sólo calzoncillo. Me hizo un gesto para que saliera de la silla.

No podía volver a dormir, no ahora. Pero él no había dormido más que yo, así que volvería a la cama y me quedaría allí hasta que él se durmiera, y luego saldría a hurtadillas al porche de nuevo.

Pero cuando me puse de pie, no me condujo al interior. En su lugar, me quitó la manta de los hombros, se la echó alrededor de los suyos y me robó la silla.

—Siéntate. —Dio una palmeada a su regazo. La tela de su calzoncillo se tensaba en el volumen de sus muslos desnudos. Las ojeras indicaban que también había tenido un largo día ayer.

—No tienes que quedarte aquí fuera.



RIDGE

—Síntate. Manténme caliente.

Suspiré pero me acomodé en su regazo, dejando que me rodeara en sus brazos y nos acurrucáramos bajo la manta. Entonces empezó a balancear la silla con lentos y medidos empujones de su pie.

—Siento haberte despertado.

—Necesitas descansar un poco. Ayer estuviste de pie todo el día. ¿Qué sucede?

—Sólo un mal sueño.

—¿Quieres hablar de ello?

Sí. No. Las pesadillas habían sido mi secreto. Mi dolor. Incluso cuando Skyler y yo habíamos vivido juntos, no le había dicho porqué me despertaba tarde en la noche. Aunque tenía que sospechar lo que pasaba, no había preguntado.

Porque los sueños eran reales. Eran enormes. Y él no era de los que levantaban pesos.

—No quiero agobiarte —dije—. Parece que ya cargas con mucho.

Se tensó. El balanceo se detuvo.

Cuando levanté la vista, una arruga marcaba la piel de su frente.

—¿Qué he dicho?

La tensión de su rostro se desvaneció. Sus brazos me abrazaron con más fuerza.

—Puede que seas la persona más intuitiva que he conocido.

—No sé nada de eso. —Apoyé mi frente en su hombro—. Sólo es una observación.

Empezó a acunarnos de nuevo y, durante unos minutos, los únicos sonidos fueron los latidos de su corazón y los pájaros de los árboles, que cantaban su canción matutina.

—Soy el mayor de mis hermanos. Eso siempre me ha puesto en una posición diferente con mis hermanas. Mi hermano menor también. De pequeños, llevaban sus problemas a mamá y papá. Cuanto más crecían, más problemas llegaban a mí. Especialmente después de que me hice cargo del rancho. Soy el modelo a seguir. El mediador.

—¿Te molesta?

—No.



RIDGE

Porque Griffin era el tipo de hombre que estaba preparado, siempre dispuesto a soportar la carga.

—Pero es un peso. Necesito estar aquí para ellos. No quiero fallarles. Y no quiero fallarle al rancho.

—¿Todo está bien en el rancho?

—Sí, es bueno. Sólo un montón de trabajo.

—¿Lo disfrutas?

—Sí. —Asintió—. No puedo imaginarme haciendo otra cosa.

—Siento lo mismo por ser policía.

Me acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Cómo te metiste en esto?

—En mi último año de instituto trabajé como ayudante de oficina. La oficial destinada en nuestra escuela era una mujer preciosa. Ella era agradable y amable. Hermosa, pero también sabías que no debías joder con ella.

—Más o menos como tú.

Sonréí.

—Una vez le pregunté cómo había llegado a ser policía. Me costaba decidir si debía ir a la universidad o a una escuela de oficios. Todos los demás chicos de la escuela parecían saber exactamente lo que querían hacer y yo me quedaba siempre en blanco. Un día, estaba en la oficina y ella también estaba allí, así que le pregunté por qué había decidido ser policía.

Esa conversación había cambiado mi vida. Me dedicó diez minutos de su tiempo, sólo diez minutos, pero fueron diez minutos que me pusieron en este camino.

»Me contó que cuando era adolescente tampoco sabía lo que quería hacer. Y mientras debatía sus opciones, su padre le dio un gran consejo. A falta de una ambición clara, servir a los demás es un propósito poderoso. No quería ser enfermera ni profesora. Así que fue a la academia de policía. Volví a casa esa noche y les dije a mis padres que quería averiguar qué se necesitaba para ser policía.

—Y aquí estás.

—Aquí estoy.

—¿Cómo reaccionaron tus padres?



THE EDENS

L #

Griffin. ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

245



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Como era de esperar. Preocupados. Con razón. Es duro, muy duro. Los hombres no siempre me toman en serio. Es un trabajo peligroso. Pero creo en mi corazón que estoy en el lugar correcto. Que por ser mujer, soy capaz de manejar algunas situaciones horribles de forma diferente a un hombre. —Como la violación. El abuso doméstico. Había trabajado con un montón de policías masculinos increíbles, pero había ocasiones en las que una mujer sólo podía hablar con una mujer. Esos casos, tan horribles como habían sido, sólo habían solidificado mi decisión.

—¿Es eso lo que te despierta por la noche? ¿Los casos horribles?

—No. —Suspiré—. Pero como dije, no quiero agobiarte.

—No es una carga escuchar, Winn.

Hablar de ello me dolía. Las pocas veces que mi abuelo había querido hablar del accidente, cada palabra me había raspado y rebanado la lengua. Eso había sido hace años, y desde entonces, siempre cambiaba de tema. Ignorar el dolor era más fácil. ¿No era así?

Algo tenía que ceder. Estas pesadillas no podían durar eternamente, y tal vez porque lo había guardado en mi interior durante tanto tiempo, las pesadillas eran la forma en que mi corazón pedía a gritos un alivio.

—Mis padres murieron hace cinco años. —Una frase y mi pecho ardía.

—Mi madre mencionó algo sobre eso el otro día.

—Fue el cuatro de julio. Volvían a casa de una fiesta en casa de un amigo en las montañas. Fueron atropellados por un auto que venía en dirección contraria. El conductor estaba enviando mensajes de texto.

—Maldita sea. —Griffin dejó caer su frente sobre mi sien—. Lo siento.

Tragué con fuerza, superando el dolor.

—Fui la primera oficial en la escena.

Su cuerpo se calmó. El balanceo se detuvo de nuevo.

»Era mi último año patrullando. Ya había presentado mi solicitud de ascenso y mis padres estaban muy contentos de que no estuviera tanto en la calle. Cuando recibí la llamada a través de mi escáner, simplemente... No puedo describirlo. Se me formó un pozo en el estómago y supe que cuando llegara allí, sería malo.

Malo era un eufemismo.

—Cuando llegaste allí, estaban...

Muertos.



RIDGE

—Sí. Encontré primero al otro conductor. Había sido lanzado de su auto. Su cuerpo estaba en la línea central.

La sangre se había acumulado alrededor de su rostro. Sólo había tenido dieciocho años. Un chico. Era difícil odiar a un chico, pero lo había conseguido durante cinco años.

—Fue un choque frontal a sesenta kilómetros por hora. Mis padres... —Me tembló la barbilla y cerré los ojos.

Lo que la gente decía que el tiempo curaba las heridas era mentira. Ninguna cantidad de tiempo había hecho más fácil revivir aquella noche. Ni una hora. Ni un día. Ni cinco años. Porque cada día que pasaba era un día que habíamos perdido juntos.

Mamá y papá habrían estado muy orgullosos de verme en Quincy. Papá me habría advertido sobre la fábrica de chismes y habría hecho todo lo posible para protegerme de ella, como Griff. Mamá habría insistido en visitarme todos y cada uno de los fines de semana hasta que mi casa estuviese preparada y perfecta.

—Eso es lo que ves en tus sueños —susurró Griffin.

Asentí.

Ambos llevaban puesto el cinturón de seguridad. Habían quedado atrapados en sus asientos, con los cuerpos destrozados después de que el auto diera seis vueltas, cayendo sobre el techo.

—Los ojos de papá estaban abiertos. Mamá... ella.... su cuerpo... —Mis ojos se inundaron. Las palabras quemaban demasiado—. No puedo.

—No tienes que hacerlo.

Estudié los árboles, tomándome unos minutos para respirar mientras Griff empezaba a mecerme de nuevo.

—No sufrieron —susurré—. Fue instantáneo.

—Lo siento mucho, Winn. —Los brazos de Griffin se estrecharon más, y cuando la primera lágrima rodó por mi mejilla, sólo me sostuvo. Me abrazó mientras enterraba mi rostro en su cuello y lloraba por las personas que había amado más que nada en este mundo.

Cuando me recomponí, el sol ya había salido por encima de los picos de las montañas.

—Gracias por escuchar. —Me limpié las mejillas.

—Cuando quieras.

—Se te da bien.



RIDGE

—Práctica. Tengo cinco hermanos.

—No. —Puse mi mano sobre su corazón—. Es sólo lo que eres.

Me besó la cabeza, sin soltar sus brazos mientras permanecíamos pegados en la silla.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No tengo nada planeado. —Dormir. En algún momento, tendría que intentar dormir.

Nos levantó y me puse de pie. Luego pasó la punta de un dedo por las pecas de mi nariz.

—Pasa el día aquí.

Nunca habíamos pasado el día juntos. Eso siempre había sido un límite. Y como los demás, cruzarlo era tan natural como respirar.

—De acuerdo.



RIDGE

14



THE EDENS
14

Griffin

Una mañana pasada en una mecedora, y el mundo había cambiado. Es como ir a dar un paseo y desviarse del camino principal para verlo desde un ángulo diferente, y luego descubrir que el sendero en el que habías estado carecía de todo lo imaginable.

Estaba con esta mujer.

Tan jodidamente allí.

El cambio había ocurrido hace semanas. O quizás había habido pequeños giros en el camino. Ayer, durante las actividades anuales de Quincy, me di cuenta de lo diferente que sería la vida con Winn. El cuatro de julio siempre había sido divertido. Ocupado, pero divertido. Excepto que había luchado por relajarme y disfrutar del día.

Pasé la mayor parte del tiempo buscándola, encontrándola entre la multitud en varios eventos. Cuando la vi en el desfile, caminando por las aceras, su expresión era de concentración y conciencia. Una vez que pasó el barrendero, desapareció, probablemente de vuelta a la estación, y me costó no llamarla y comprobarlo.

En cambio, me apresuré a ayudar a mis hermanos. Knox necesitaba una mano en el restaurante para la hora del almuerzo, así que me detuve en The Eloise para llevar las provisiones. Había una espera de noventa minutos para conseguir una mesa, que no parecía rechazar a mucha gente.

Dejé a Knox apurando su cocina, en su elemento y exactamente donde quería estar, y luego me dirigí a la cafetería porque Lyla también había estado atareada. Algun imbécil había atascado uno de los retretes, así que lo desatasqué, y luego limpié los cubos de basura desbordados.

En la familia Eden todos ayudábamos. Papá era el que corría por el pueblo a la ferretería o a la tienda de comestibles para cualquier cosa que

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

249



RIDGE

necesitábamos. Mamá y Talia ayudaban a Lyla detrás del mostrador haciendo café. Mateo estaba en el hotel, trabajando con Eloise para asegurarse de que los huéspedes fueran atendidos durante el fin de semana en que se agotaron las entradas.



Mientras la comunidad se alejaba de Main y se dirigía al recinto ferial, mi familia se las arregló para reunirse. Nos reunimos en los asientos habituales de nuestra familia para el rodeo. La cafetería estaba cerrada. También lo estaba el restaurante de Knox. El personal de Eloise en el hotel estaba de guardia, así que pudimos reunirnos para tomar unas cervezas y perritos calientes.

El rodeo de Quincy era una tradición permanente, como la Navidad o el Día de Acción de Gracias. Era uno de los pocos eventos a los que siempre nos asegurábamos de asistir juntos, incluso si eso significaba cerrar la tienda. Pero esa noche, rodeado de mi familia, faltaba una pieza.

No me había dado cuenta hasta el final de la tarde, cuando miré al otro lado de la arena y encontré a Winn en la valla, de que la pieza que faltaba era ella.

Otro cambio.

Ella debía estar a mi lado, no sola.

Y menos ayer.

Ojalá hubiera sabido lo de sus padres. Probablemente había trabajado todo el día de ayer como una distracción. Hoy, si todo lo que podía hacer era mantener las distracciones, entonces me rompería el culo para conseguirlo.

—Tu secador de cabello es más bonito que el mío. Puede que tenga que robarlo —dijo, caminando por el pasillo desde el dormitorio principal.

Después de entrar, la llevé al dormitorio para que tuviera un par de orgasmos antes de meterse en la ducha. Mientras yo me vestía y me acercaba a la cocina para preparar el café, ella también se preparaba.

Normalmente se iba a casa a ducharse. Hoy no. Hoy, ella no se iba de mi vista.

—El secador de cabello es cosa de Talia. —Me reí y le entregué una taza humeante—. A veces mis hermanas se quedan aquí si tenemos una función familiar en el rancho. Les ahorra tener que conducir hasta el pueblo si se han metido en el armario de los licores de mis padres. Talia decidió que, ya que son las únicas personas que utilizan las habitaciones de invitados, también podrían tener cosas aquí para prepararse a la mañana siguiente.

Winn dio un sorbo a su café.

—Es muy dulce que dejes que se queden.

RIDGE

Me encogí de hombros.

—Me parezco mucho a mi padre cuando se trata de mis hermanas. Hago lo que sea por ellas.

—También es dulce.

—¿Quieres huevos para desayunar? —Me dirigi a la nevera—. ¿Tocino o salchicha?

—Cualquiera de los dos. ¿Puedo ayudar?

Sacudí la cabeza y saqué la salchicha.

—Toma asiento.

Se sentó en un taburete en la isla, observando mientras yo hacía un rápido revuelto. Una vez emplatado, me senté a su lado y los dos comimos en silencio. Yo no era de los que hablaban mucho cuando tenía comida delante. Me gustaba que ella tampoco lo hiciera.

Espera. ¿Era la primera comida que compartíamos? Dejé de masticar y miré su perfil.

—¿Qué? —preguntó, y agarró una servilleta para limpiarse los labios.

—No hemos comido juntos antes.

—Tuvimos un almuerzo en mi primer día de trabajo.

—Eso no cuenta.

—Entonces, no, creo que no lo hemos hecho. Normalmente nos saltamos las citas para cenar y vamos directamente a la cama.

El sexo siempre había sido lo primero. Pero sentía que deberíamos haber compartido comidas durante semanas. Que debería haberla llevado a una cita apropiada, como una cena en el restaurante de Knox o en mi asador favorito fuera de la ciudad.

—Tal vez deberíamos incluir una cita para cenar.

Me sostuvo la mirada durante un minuto, como si tratara de decidir si le estaba tomando el pelo.

—Lo digo en serio.

Sus ojos se suavizaron.

—De acuerdo.

—¿Y si hoy exploramos un poco? —pregunté después de que ambos hubiéramos terminado de comer.



RIDGE

—Claro. —Asintió, señalando su ropa. Eran los vaqueros que llevaba anoche y una de mis camisetas negras, que la empequeñecía, por lo que se la había anudado a la cadera—. ¿Tengo que ir a casa a cambiarme?

—Estarás bien. ¿Has montado alguna vez a caballo?

—No.

—¿Quieres aprender?

—No especialmente. —Sonrió mientras yo reía—. Quizá algún día.

Si llegara ese día, le enseñaría.

—Haremos otro tipo de paseo.

Así que después de que los platos del desayuno estuvieran en la lavadora, nos pusimos en marcha hacia el granero.

—¿Y un vehículo de cuatro ruedas? ¿Has conducido alguna vez uno de esos?

—Otro no.

—¿Quieres ir conmigo? ¿O conducir por tu cuenta?

Miró la máquina mientras llenaba el depósito de gasolina.

—Iré contigo.

—Buena respuesta. —Me senté a horcajadas en el asiento, dando una palmada en el respaldo para que se subiera detrás de mí. Luego arranqué el motor y me puse en marcha.

Conduje durante una hora, siguiendo viejos senderos alrededor del rancho. Los brazos de Winn permanecían apretados alrededor de mi cintura, su cabeza se apoyaba a veces en mi hombro, mientras el sol calentaba nuestra piel y el viento alejaba el cabello de su bonita cara, hasta que me detuve junto a una valla.

—Este es el extremo del rancho —dije.

—¿Todo esto es tuyo? ¿Desde aquí hasta tu casa? —Señaló hacia la dirección de la que acabábamos de llegar.

—Y un poco más allá. —Señalé a la izquierda y luego a la derecha—. Este es el punto central. ¿Cuánto tiempo condujimos? Es dos veces más lejos en ambas direcciones. —El rancho Eden era esencialmente un rectángulo que se extendía a lo largo de la base de las montañas en algunos de los mejores lugares bajo el cielo azul.

—¿Todos los ranchos son así de grandes?

—Muy pocos. —Me levanté del asiento y bajé de la máquina para caminar hasta la valla donde un pequeño grupo de flores silvestres se enredaba con los



RIDGE

tallos de la hierba. Arranqué una blanca y una amarilla y se las llevé—. Nos hemos ampliado con los años. Compramos una nueva propiedad.

—Como la que está al lado de Indigo Ridge.

—Exactamente. Tras unas cuantas generaciones comprando cuando la tierra está disponible, ahora tenemos uno de los mayores ranchos de esta parte del estado.

—Es hermoso. —Apretó las flores contra su nariz—. Gracias por sacarme hoy.

—De nada. —Apoyé una cadera en el borde del cuadriciclo, mirando hacia el césped—. Hace tiempo que no hago esto. Sólo conducir por ahí. Sin ninguna tarea en mente.

—Hacía mucho tiempo que no tenía un día sin algún tipo de trabajo.

—¿Y en Bozeman? ¿Qué hacías allí para relajarte?

—Salía con amigos. Hice algunas excursiones por la zona. Tuve un huerto un verano. Aunque Skyler me lo arruinó.

—¿Cómo lo arruinó?

—Se quejaba de que me consumía demasiado tiempo. Que en lugar de tener las tardes libres para quedar con amigos o ir al cine o cualquier otra cosa que quisiera hacer, me gustaba quedarme en casa y trabajar en el jardín. Tal vez ponga uno en mi casa. No es que tenga mucho tiempo libre.

—Quizá el año que viene por estas fechas lo hagas.

—Sí. —Ella sonrió y levantó las flores a su nariz de nuevo—. Tal vez.

—¿Sabes algo de él? —pregunté.

—No. Sus llamadas telefónicas cesaron, al menos eso creo. Me olvido de cargar el teléfono todo el tiempo. Pero no he tenido ningún mensaje para hablar de nosotros o de la casa. Creo que su visita aquí fue el final, pero nunca se sabe con él. Puede ser impredecible, que es parte de la razón por la que me quedé con él durante tanto tiempo. Actuó distante y grosero durante meses. Juraría que habíamos terminado. Luego era como si supiera que estaba a punto de terminar porque se había convertido en una persona totalmente diferente. Me hacía reír. Era cariñoso y atento. Cuando miro hacia atrás y veo nuestros ocho años juntos, es como vivir en un estado constante de malestar.

Sonaba como un imbécil manipulador, pero me tragué ese comentario porque sospechaba que Winn ya lo sabía.



RIDGE



THE EDENS

#

—Conocía a mis padres —dijo—. Esa es la otra parte de porqué me quedé con él. Porque lo conocían. O supongo que debería decir que él los conocía. Con cualquier otro, sólo serían fotografías e historias. Y habrían sido un extraño para mis padres. Esa no es una gran razón para seguir con alguien, pero...

—Es comprensible. —Era la razón por la que no había llevado a nadie a casa de mis padres. Porque no había habido nadie de quien quisiera darles recuerdos.

Pero Winn... quizás era el momento de aceptar la oferta de mamá y llevar a Winn a cenar.

—¿Por qué terminaron? —pregunté—. Nunca me dijiste la noche que estuvo en tu casa.

—Se estaba acostando con otra persona —dijo—. Me enteré porque ella llamó a la casa buscándolo. ¿Puedes creerlo? Pensó que yo lo sabía porque su marido lo sabía.

—¿Estaba casada?

—Sí. Aparentemente habían hecho este arreglo. Sólo sexo. Su marido estaba de acuerdo, pero Skyler debía saber que diría *que no*, así que había ocultado la aventura.

—Imbécil.

—Bastante —murmuró ella—. Sólo estoy adivinando, pero apuesto a que ella lo dejó y por eso hizo su visita.

—¿Pensó que lo aceptarías de vuelta? —Idiota.

Skyler se salía con la suya. Debe haber pensado que eventualmente lo perdonaría. Que eventualmente elegiría una fecha de boda. No lo sé. Después de la muerte de mis padres, lo alejé y él no hizo nada.

Porque era un maldito idiota.

»Me dolió —dijo, haciendo girar las flores entre sus dedos—. Habíamos hecho muchas promesas juntos. Ocho años es mucho tiempo para vivir tu vida alrededor de alguien. Pero entonces me di cuenta de que vivíamos alrededor del otro, no con el otro. No podía contar con él. Las promesas se desmoronaron. Cuando empecé a despegar mi vida, a hacerla mía, no había muchos hilos que desenredar. La casa es lo único que queda y eso es simplemente papeleo. —En ese momento, pensé en enredarla tanto que nunca se liberaría—. Salió como tuvo que salir —dijo—. Estoy contenta de estar aquí en Quincy.

Griffin. ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

254



RIDGE

—Yo también me alegro de que estés aquí. —Me puse de pie, volviendo al asiento y al manubrio. En cuanto me acomodé, los brazos de Winn me rodearon y el interior de sus muslos se apretó contra el exterior de los míos.

Ella se ajusta a mí. Perfectamente. En más aspectos que el de montar en un cuatriciclo.

—¿Seguimos? —pregunté por encima de mi hombro—. ¿O volvemos a la casa?

—Sigue adelante.

Sonréí, contento de que estuviera disfrutando de esto, y puse en marcha el motor.

Una hora más tarde, el sol nos daba de lleno. Habíamos pasado por Indigo Ridge, cruzando los pastos y saltando de una valla a otra. La cresta estaba detrás de nosotros y la única razón por la que había llegado hasta aquí era para mostrarle un límite más del rancho para que pudiera tener una mejor idea del tamaño.

La parte trasera de la cresta era una enorme elevación, la colina cubierta de árboles de hoja perenne. Pero en las llanuras, no había mucha sombra. Sin sombrero, me preocupaba que se quemara al sol, así que dirigí las ruedas hacia casa.

Reduje la velocidad ante una puerta, dispuesto a bajar y abrirla para nosotros, cuando miré hacia el bosque y vi una columna de humo que se elevaba desde las copas de los árboles. Estaba más o menos en el mismo lugar que la cabaña de Briggs.

—¿Qué demonios?

Era julio. Los incendios en julio no sólo eran innecesarios, sino también muy peligrosos.

—¿Qué? —preguntó Winn, siguiendo mi mirada—. ¿No hay restricciones de fuego ahora mismo?

—Sí. —Giré el cuatriciclo y, en lugar de dirigirnos a casa, atravesamos el paisaje hacia la cabaña de mi tío.

Winn me abrazó con fuerza mientras atravesábamos los árboles y subíamos por el camino. El olor a madera quemada y a hoguera nos llegó cuando superamos la subida y entramos en el claro de la cabaña.

Briggs estaba de pie junto a una pila de ramas de pino en llamas, de cuyo centro salía humo. El parpadeo anaranjado y rojo de las llamas centelleaba al aire libre, lanzando chispas a la brisa.



RIDGE

Estacioné, salí del cuatriciclo, y corrí hacia mi tío.

—Briggs, ¿qué demonios?

Tenía una pala en una mano. Una manguera en la otra.

—¿Harrison? ¿Qué estás haciendo aquí? Ni siquiera te oí llegar.

—Harrison? Mierda. Le arranqué la pala de la mano, clavé el extremo en la tierra, saqué la pala y la arrojé sobre las llamas.

—¡Oye! Estoy...

—Tratando de quemar toda la maldita montaña.

—Es una quema de pila de tala. Está bajo control.

Lo ignoré, paleando tan rápido como pude. Luego le arrebaté la manguera de la mano y rocié el fuego. El vapor silbó y estalló al atravesar el montón.

Una pequeña tos me hizo girar para ver a Winn detrás de mí.

—¿Qué puedo hacer?

Le entregué la manguera.

—¿Quién eres? —le preguntó Briggs—. Harrison, ¿quién es? ¿Qué demonios crees que estás haciendo con otra mujer? ¿Anne lo sabe?

—Soy Griffin, Briggs. Griffin —grité—. Ella es Winslow, y estás en su camino. Muévete.

Se estremeció ante el volumen de mi voz y se apartó.

Maldita sea. A mi edad, papá y yo habríamos sido casi idénticos. Debería ser paciente. Debería tomármelo con calma. ¿Pero un incendio en julio? Esperábamos hasta el final del invierno, cuando había sesenta centímetros de nieve en el suelo, antes de quemar los montones de tala.

El estruendo del motor de una camioneta llegó desde la carretera, y la camioneta de papá se detuvo junto al vehículo de cuatro ruedas. Salió volando por el lado del conductor, y corrió hacia nosotros.

—¿Qué está pasando? He visto humo.

Esperé a que estuviera lo suficientemente cerca para lanzarle la pala, tan enfadado que apenas podía ver bien.

—Habla con tu hermano. Cree que soy tú.

Sin decir nada más, agarré la mano libre de Winn y la alejé de la manguera. Ella me siguió, subiéndose silenciosamente a la parte trasera del vehículo y sujetándose mientras yo aceleraba por la carretera y me alejaba de la cabaña.

256



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Maldita sea. —Sacudí la cabeza, con el corazón acelerado.

El agarre de Winn se tensó. Me había oído.

Fuimos directamente a casa. Estacioné en el granero, dejando que el silencio se asentara después de apagar el motor. Luego, agaché la cabeza.

—Está empeorando. No quería creerlo. Ayer estuvo tan... normal. En el desfile. En el rodeo.

Briggs había parecido exactamente el hombre que había conocido toda mi vida. Había ido a la ciudad con papá para ayudar durante un tiempo. Había estado en la arena de rodeo, hablando con sus amigos y bebiendo una cerveza.

—Tan normal que pensé que tal vez estaba exagerando el asunto. Tal vez lo he llevado demasiado lejos. Pero...

—No lo estabas.

Sacudí la cabeza.

—Algo tiene que cambiar.

O mi padre presionaba para que se produjera ese cambio, o tenía que hacerlo yo.

—Lo siento —susurró Winn, dejando caer un beso en mi hombro.

Me retorcí, tomando su rostro entre mis manos. Esos ojos añiles se clavaron en los míos. Vieron los miedos. Las dudas. La frustración. Me dieron un lugar para ponerlo todo. Un lugar para simplemente... ser real.

Ella me había dicho esta mañana que yo llevaba cargas. Las llevaba. Pero justo aquí, en este momento, ella estaba allí para ayudar a compartir la carga.

Dejé caer un beso en sus labios y luego la ayudé a ponerse de pie.

—Olemos a humo.

Con su mano agarrada a la mía, la conduje a la casa y directamente al baño, donde abrí la ducha. Nos quitamos la ropa sucia y nos metimos bajo el chorro como dos personas que se han duchado juntas cientos de veces. Fácil. Cómodos. Y mientras el jabón caía en cascada sobre nuestros cuerpos, el olor del fuego y el estrés de mi familia desaparecieron por el desagüe.

Mis manos encontraron la piel húmeda de Winn al mismo tiempo que sus labios encontraron los míos. El deseo por ella se arremolinaba con el vapor, y cuando la levanté en mis brazos, presionando su espalda contra la pared de azulejos para deslizarse en su sedoso calor, nada más en el mundo importaba.

No había drama, tampoco familia ni fuego.



THE EDENS
1 #

257



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Sólo Winn.

Nos corrimos juntos con los miembros temblorosos y los gemidos frenéticos, prolongándonos hasta que el agua se enfrió.

Bostezó mientras le entregaba una toalla limpia.

—¿Cansada?

—Estaré bien.

—¿Quieres intentar dormir? —Porque a mí también me vendría bien una siesta. Nuestra conversación en la mecedora parecía de hace días, no de horas.

—No lo sé. —Se encontró con mi mirada en el espejo y el miedo que había tras ella fue como un puñetazo en las tripas.

Me acerqué y tomé su cara entre mis manos, mis dedos se enredaron en los húmedos mechones de cabello de sus sienes.

—Te abrazaré. Si tienes una pesadilla, no te soltaré.

Su cuerpo se hundió y su frente cayó sobre mi pecho.

—Está bien.

Con un rápido movimiento, la levanté, acunándola contra mi pecho. Luego me retiré al dormitorio, y la coloqué en la cama sin hacer y bajé las persianas.

Ella se durmió primero. No me dejé dormir hasta que ella se durmió. Y mientras escuchaba su respiración, me hundí con ella.

Más y más profundo. Ella tiró. Yo la seguí.

Había sucedido de forma tan natural, esta situación con Winn. Como si hubiera salido a dar un pequeño paseo en auto, y cuando miré hacia atrás, hacia donde había empezado, en lugar de recorrer metros, había recorrido kilómetros.

Más y más profundo, hasta que no hubo vuelta atrás.

Yo estaba allí con esta mujer.

Tan jodidamente metido.



RIDGE

15



THE EDENS
15

Winslow

más fácil a su boca.

—Tal vez. —Me incliné hacia él y presioné mis labios sobre su mejilla.

Tenía el cabello revuelto, los mechones sobresaliendo en todos los ángulos desde donde mis dedos lo habían peinado antes.

Griffin se había despertado primero y había ido a la cocina a preparar café. En lugar de desayunar, me subió a la encimera y me devoró.

Mi hombre sabía cómo usar su lengua.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó.

—Vamos a ver cómo va el día. —Mi propia cama había estado desierta durante una semana. Me encantaba mi casa, pero también la de Griffin.

Era relajante aquí en el rancho. Sereno. No me había dado cuenta de lo ruidosos que eran mis pensamientos, de lo ruidosa que era mi vida, incluso los momentos de soledad, hasta que llegué aquí y pasé unas horas en una mecedora y aclaré mi mente.

Mi cabeza estaba llena de casos y estrés por la estación. A pesar de mis mejores esfuerzos por sofocar esos sentimientos, me preocupaba encajar y mi reputación.

En el momento en que entré en el rancho Eden, el ruido se detuvo. Las preocupaciones se desvanecieron. O tal vez no tenía nada que ver con la propiedad, sino con el hombre que estaba de pie un paso por debajo de mí.

—Que tengas un buen día. —Le di un beso de despedida.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

259



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Tú también. —Apoyó una cadera en la barandilla, con los brazos cruzados sobre ese amplio pecho mientras me observaba bajar las escaleras y dirigirse a mi auto.

Era temprano, el aire de la mañana era fresco. La previsión meteorológica prometía que iba a hacer mucho calor, y mientras arrancaba mi Durango, deseaba haberme tomado otro día para disfrutar del sol del verano.

Pero había trabajo que hacer, así que metí la llave en el contacto y me dirigí a la ciudad.

Griffin había lavado mi ropa ayer y, aunque dudaba de que alguien se diera cuenta de que llevaba la misma ropa que el día cuatro, hice una rápida parada en casa para asegurarme de que no se había inundado y cambiar mi ropa por algo nuevo.

Cuando llegué a la estación ya había terminado el cambio de turno. El personal del turno de noche estaba probablemente en sus camas mientras yo llenaba una taza de café y observaba el silencioso pasillo. Ahora que el cuarto día había terminado, habíamos programado unos días para que todo el mundo descansara un poco más.

Excepto para mí. Cuando me instalé en mi despacho, ahogué un gemido al ver los expedientes desparramados por mi mesa. Todavía no me había ganado las vacaciones.

Un archivo siempre parecía estar en la cima de la pila.

Lily Green.

Lo abrí, había una fotografía de su muerte en la parte superior. Hace un mes, esta foto me había hecho estremecer. Pero la había mirado lo suficiente como para que ahora la única emoción que sintiera fuera una profunda tristeza.

—Oh, Lily. —Le di la vuelta a la horripilante foto y luego rocé el borde de la que estaba debajo. Era la última selfie que había publicado en Instagram para el Día de los Caídos.

Lily Green era una belleza, su cabello rubio como hebras de sol hilado. Su sonrisa era tan brillante como las estrellas. Tal vez todo era una ilusión. Tal vez la sonrisa y los ojos brillantes habían sido la fachada que había puesto para el mundo.

Era fácil forzar las sonrisas. Era sencillo mentir y decir a la gente que estabas bien cuando la verdad era que cada latido te causaba dolor.

Había pasado un mes buscando señales de que Lily pudiera estar deprimida. Había interrogado a amigos y familiares. Había ido en una búsqueda

260



RIDGE

infuctuosa para encontrar un novio. Investigué todas sus cuentas de redes sociales e incluso saqué sus registros de mensajes y extractos de tarjetas de crédito.

Pero no había nada que encontrar.

Quizás porque no había nada que encontrar.

Sin confesiones ocultas. Ningún novio secreto. Lo más probable es que saliera con sus amigas a divertirse y luego conociera a un chico con el que enrollarse. Teniendo en cuenta que yo había hecho lo mismo con Griffin en mi primera noche en la ciudad, definitivamente no estaba fuera de la cuestión.

Tal vez él había seguido su camino y ella se había quedado atrás, sufriendo en silencio.

Hasta que fue demasiado.

Toqué el borde de su foto una vez más y luego cerré la carpeta.

Obsesionarme con el suicidio de Lily no me llevaba a ninguna parte. Debido a su edad, había un límite en el número de preguntas que estaba dispuesta a hacer sobre los otros suicidas. Mi trabajo no era reabrir heridas a menos que fuera absolutamente necesario. Si los padres, los amigos y los seres queridos se estaban curando, yo respetaba ese proceso.

Estaba viviendo ese proceso.

Algunos de mis peores momentos en el último año habían sido en Bozeman, cuando me dirigía a mi día normal para que alguien se me acercara en la calle y me dijera lo mucho que lamentaba mi pérdida. Aunque su intención fuera buena, cada vez era como una bofetada.

La gente maneja el dolor de forma diferente. Algunos acogían con agrado las muestras de afecto y apoyo. Otros, como yo, lo mantenían cerca del corazón y sólo dejaban salir pequeños trozos cuando estuvieran preparados.

Ayer, al contarle a Griffin la muerte de mamá y papá, se me escapó un trozo.

Lily Green merecía toda la energía que pudiera darle. Pero Melina Green merecía espacio para sanar. Hoy, eso significaba darle al caso algo de espacio para respirar.

Así que metí el expediente en el cajón de mi escritorio, añadiendo los otros suicidas a su lado, y me dediqué a despejar mi escritorio.

Cuando salí de la estación a las seis, mi bandeja de entrada estaba casi vacía, había tenido tres reuniones y todos los informes que tenía que revisar y aprobar estaban terminados. Los agentes se habían tomado mis críticas a sus



RIDGE

informes mejor de lo esperado. La falta de detalles era menos notable ahora, aunque todavía había margen de mejora.

Dos de los expedientes que me habían entregado, ambos relacionados con incidentes del cuatro de julio, necesitaban algunas revisiones, así que los dejé con notas en los respectivos escritorios de los oficiales. El pasillo volvía a estar tranquilo. El turno de tarde había llegado y, aparte del operador que atendía los teléfonos, los demás agentes habían salido a patrullar.

Había recogido mi bolso y salí, con las llaves en la mano para cerrar la puerta de mi despacho, cuando casi choco con el oficial Smith que venía por el pasillo.

—Oh, lo siento.

—Cuidado —murmuró.

Este tipo.

—Oficial Smith —llamé a su espalda mientras pasaba.

Resopló y se dio la vuelta, poniendo las manos en las caderas. Llevaba ropa de calle: pantalón y una camiseta deportiva.

—¿Qué? Estoy fuera de turno. Sólo vine a usar el gimnasio.

Lo miré fijamente, sus mejillas rubicundas y su cabello sudado. Durante el mes que llevaba aquí, había sido amable. Había sido cortés y profesional, esperando que con el tiempo me ganara a todos, incluido Tom.

Llámalo deseo, pero había estado haciendo progresos con el personal. No era necesario que me trataran como a una amiga, y sería mejor que no lo hicieran, pero estaban empezando a darse cuenta de que yo era la jefa.

Y no iba a ninguna parte.

Al mirar a Tom Smith y el gruñido en su labio, me di cuenta de que no iba a ganar su respeto. Su lealtad. Había tomado una decisión y no iba a cambiar.

—Falta tu informe del sábado. Encontrarás mis notas en tu escritorio. Espero ver la versión corregida mañana.

Sus fosas nasales se ensancharon.

—Lo que sea.

—Jefa. La respuesta correcta es: sí, jefa.

Otro aleteo de la nariz. Otro gruñido. Luego se fue.

Esperé hasta que escuché la puerta abrirse y cerrarse de golpe. Entonces exhalé el aliento que había estado contenido. Mañana me aseguraría de tener

262



RIDGE

una descripción de trabajo decente para su puesto en caso de que renunciara. O si me presionaba lo suficiente como para que lo dejara marchar.

Saqué mi teléfono del bolso y le envié un mensaje a Griffin.

En mi casa.

Por mucho que quisiera una noche tranquila en el rancho, tenía una botella de vino en casa y me llamaba.

El centro de Quincy estaba repleto de turistas que subían y bajaban por Main mientras conducía a casa. Había habido un ladrón esta mañana en la tienda de artículos de cocina. Dos multas por exceso de velocidad, una local y otra de fuera del estado. Por lo demás, la vida en mi nueva y pequeña ciudad parecía maravillosamente sencilla.

Esta noche, se sintió como la mía.

Había oído decir a los policías de Bozeman de toda la vida, se sentían atraídos a lo malo. Que buscaban crímenes a la vuelta de cada esquina. Tal vez me pasaría a mí. O tal vez esta pequeña ciudad, incluso con sus defectos, mantendría los bordes dentados lejos.

Quincy era mi hogar.

Giré hacia mi calle, con una ligereza en el corazón. Se desvaneció cuando vi una camioneta familiar estacionada contra la acera. Y una reportera rubia que me resultaba conocida, hablando con mi ex.

—Mierda —murmuré, entrando en la calzada—. ¿Los dos? Debería haber ido al rancho.

Skyler se reunió conmigo en el lado del conductor, y me abrió la puerta.

—¿Qué quieres? —pregunté, pasando por delante de él y dirigiéndome a la casa.

Ignoré completamente a Emily Nelsen. Griff había mencionado que vivía en este barrio. A juzgar por el pantalón y la camiseta de tirantes, había salido a correr y debía haber visto a Skyler. Probablemente estaba buscando chismes para difundirlos en su preciado periódico. Tal vez, que estaba engañando a Griffin.

—Winnie. —La mano de Skyler tocó mi codo mientras subíamos las escaleras del porche.

—¿Qué tan irónico era que justo ayer le había contado a Griffin sobre Skyler?

—¿Qué?

—Hablemos. Por favor.



RIDGE

—¿Sobre la casa? Véndela. No me importa. Pero no la quiero.

—No. Hablemos de nosotros.

—No hay un nosotros. —Por el rabillo del ojo vi a Emily acercarse. Perra entrometida.

—He estado preocupado por ti. Ayer especialmente.

—Sin embargo, aquí estás, un día tarde.

—Me imaginé que estarías ocupada ayer y no quise molestarte.

O había tenido sus propios planes y no había querido cancelarlos.

—Si realmente te importara el aniversario del accidente de mamá y papá, no habrías planeado un fin de semana de golf el año pasado. O tal vez ese viaje era sólo una excusa para follar con ella.

Se puso rígido.

—Ya te lo he dicho. Eso fue sólo sexo.

—No para mí.

—No fue un asunto real.

—Oh, ¿entonces realmente no pusiste tu pene dentro de su vagina?

—Jesús, Winnie. —Se estremeció—. ¿Tienes que decirlo así?

—Sí. Vete, Skyler. —Pasé junto a él—. Y tú también.

Los ojos de Emily se abrieron.

—¿Necesitas algo? ¿Una nueva historia? —le pregunté—. Porque aquí no hay ninguna. Siento decepcionarte.

—Sólo pasaba por aquí para saludar —murmuró.

Saludé con la mano.

—Hola.

—Hablemos dentro, donde es privado. —Skyler bajó la voz.

—No. No vas a entrar. Hemos terminado. Hemos terminado durante meses. No entiendo por qué estás aquí y qué va a costar que desaparezcas, pero...

—Ocho años. Estuvimos juntos durante ocho años. Teníamos una casa juntos.

—Una casa que te niegas a vender.

—Porque no puedo. —Levantó las manos—. Atravieso la puerta y todavía huele a ti. Todavía puedo verte en la sala de estar. Sé que la he cagado. No estuve

264



RIDGE

allí cuando debí haber estado. No me di cuenta hasta que llegué a casa y ya no era un hogar porque tú no estabas. ¿No nos debemos intentarlo?

—¿Intentar qué? No lo habríamos conseguido, Skyler. Hay una razón por la que ninguno de nosotros presionó para una boda real. Hay una razón por la que nunca nos comprometimos. No lo habríamos logrado. —Esa era la verdad que no había querido admitir durante esos ocho años.

No había habido suficiente lealtad, por ninguna de las partes. No había hecho de nuestra relación una prioridad. Siempre había sido una idea tardía respecto a lo que ocurría con mi carrera. Había una razón por la que había sido promovida tan rápidamente a través de las filas. Le había dado a mi trabajo el noventa y nueve por ciento de mi corazón. Skyler sólo había recibido fragmentos.

Él había estado igual de dedicado a su propia carrera, y había parejas así que hacían que funcionara. Pero no habíamos compartido una urgencia por el otro.

No me había dado cuenta de lo que nos faltaba hasta que conocí a Griffin. No había entendido lo que era anhelar a una persona. Anhelar su voz, su olor, su sabor.

Ocho años con Skyler. Un mes con Griffin.

Elegiría a Griffin siempre.

—Hay una razón por la que fuiste infiel —le dije a Skyler—. Porque no habríamos durado.

—Winnie. —Se acercó más, su mano pasó de mi codo a mi hombro.

—Si quieres mantener esa mano pegada a tu cuerpo, la quitarás ahora mismo. —La profunda voz retumbante detrás de Skyler hizo que un escalofrío me recorriera. El ruido sordo de unas botas resonó antes de que Griffin subiera al porche y llegara a mi lado.

La mirada que le dirigió a Skyler me hizo sonreír.

Los celos en Griffin Eden se veían increíblemente sexys.

—No sé quién eres ni qué estás haciendo, pero estoy teniendo una conversación con Winnie —dijo Skyler.

—Y yo estoy aquí para darle un orgasmo antes de la cena. Averigüemos quién de nosotros prefiere que se quede.

Se me cayó la mandíbula.



RIDGE

El jadeo de Emily fue lo suficientemente fuerte como para que todos lo oyéramos.

—Vete a casa, Emily —dijo Griffin por encima del hombro de Skyler. —Se tensó pero no se movió—. No hay nada para ti aquí. Ni una historia. Ni yo. Vete a casa.

Tragó con fuerza, su orgullo visiblemente herido. Eso podría costarnos más tarde, pero verla correr por la acera después de que él me hubiera elegido era suficiente recompensa.

—Tú también —le dije a Skyler—. Vete a casa.

Negó.

—Lo entiendo. Quieres follarte a este tipo durante un tiempo y equilibrar la balanza. Bien. Puedo mirar más allá de él si tú puedes mirar más allá...

—La has perdido. —La voz de Griffin tenía un filo diferente a todo lo que había escuchado antes. Un filo que me hizo alegrarme de estar de su lado, no del contrario—. La jodiste y la perdiste. Ella es mía. Y no lo voy a estropear.

Mía. Mi corazón se derritió.

Ningún hombre me había reclamado antes. Skyler, vestido con su característico traje negro, había tardado ocho años y nunca había dicho “mía”.

Mi ex me miró y yo lo ignoré, demasiado ocupada en contenerme para no abrazar al furioso vaquero.

—Griff...

—Abre la puerta, Winn.

Luché contra una sonrisa. Y seguí las órdenes, pero antes de entrar, le eché una última mirada a Skyler.

—Vende la casa. Deja que se vaya. Deja que me vaya. Por favor.

Tragó con fuerza. Luego asintió.

—Gracias. —Tomé la mano de Griffin, tirando de él hacia la casa.

Cerró la puerta de golpe y se pasó una mano por el cabello.

—Realmente quiero darle un puñetazo.

—No lo golpees.

Skyler no esperó esta vez. Tan rápido como Emily había desaparecido, él también. Para siempre, sospechaba.

—Así que eso fue, um... —¿Incómodo? ¿Increíble? ¿Esclarecedor? Todo lo anterior.



RIDGE

—Sí. —Griff se dirigió hacia mí, acortando la distancia entre nosotros en una sola zancada. Entonces su boca estaba sobre la mía, enviando un aleteo a mi corazón y un temblor a mis rodillas.

Me reclamó. Una pasada de su lengua y las palabras que le había dicho a Skyler recorrieron mi cuerpo.

Mía.

Él también era mío.

Cuando salimos del dormitorio ya estaba oscuro. Como había prometido Griffin, había tenido un orgasmo antes de la cena. Tres, en realidad.

—¿Pedimos comida? —Abrí mi nevera—. ¿O quieres queso y galletas?

—Pizza. —Me rodeó los hombros con un brazo y su pecho desnudo me calentó la espalda. Luego cerró la nevera—. Definitivamente, pizza.

Me hundí contra él.

—¿Vamos a hablar de lo de antes?

—Probablemente deberíamos —murmuró contra mi cabello.

—No somos realmente casuales, ¿verdad?

Se movió, soltando el brazo para poder girarme hacia él. Esos penetrantes ojos azules se clavaron en los míos.

—No. No lo somos.

—Está bien. —Esa palabra parecía demasiado pequeña para esto. Le diría “bien” a un café con leche. A una copa de champán. No a que Griffin me propusiera, bueno... lo que fuera que me estuviera proponiendo. Nada por el momento. Pero la promesa de un futuro necesitaba algo más que un simple “está bien”.

—¿Te parece bien?

—Sí. —Otra palabra, demasiado pequeña. O tal vez era la palabra perfecta.

Los dos habíamos empezado con un sí susurrado, cuando nos corrimos en la parte trasera de su camioneta.

—Quiero llevarte a cenar —declaró—. A una cita.

—Muy bien. —Mi cabeza daba vueltas—. ¿Esta noche?

—No. —Sonrió y sacó su teléfono del bolsillo de sus vaqueros. Después de pulsar la pantalla un par de veces, se lo acercó a la oreja.

Mi teléfono sonó en el salón, así que pasé por delante de Griffin mientras pedía una pizza y me apresuré a ir al piso donde había dejado caer mi bolso



THE EDENS

L#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

267



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

antes. Primero encontré mi teléfono personal, pero llevaba días sin funcionar. Seguí buscando hasta que tuve el teléfono del trabajo en la mano. El número de la estación parpadeó.



THE EDENS #1

Mierda.

—Hola —respondí.

—Hola, jefa —dijo Mitch, con la voz tensa. No había ninguna sonrisa.

—¿Qué está pasando?

—Recibí una llamada de Frank Nigel.

Mi corazón se aceleró. Frank sólo llamaba si había una emergencia. Probablemente había intentado llamar a mi teléfono personal, y cuando no había contestado, había llamado a la estación.

—¿Qué pasó?

—Es Covie. Está en el hospital.

griffin. ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

268



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

16



THE EDENS
16

Winslow

—M e voy a mudar contigo —le dije a mi abuelo, con su mano entre las mías.

Se burló.

—No, no lo harás.

—No me gusta que estés solo.

—No estaba solo. Tenía a Frank.

Negué.

—No es lo mismo.

Porque si Frank no hubiera necesitado pedir prestada una llave inglesa, toda esta situación podría haber resultado diferente.

—Estoy bien.

—Has tenido un ataque al corazón.

—Un leve ataque al corazón. —Intentó liberar su mano, pero yo no la soltaba. Todavía no.

Fruncí el ceño.

—Semántica.

Suspiró.

—Te quiero, Winnie.

—Yo también te quiero. —Mi barbilla empezó a temblar. Había sido una larga noche sentada en esta silla y mis emociones estaban agotadas.

—No llores.

Asentí y me tragué el nudo en la garganta. Habría mucho llanto. Pero lo guardaría para cuando estuviera sola en casa.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

269



RIDGE

Mi abuelo era la única familia que me quedaba. Papá había sido hijo único. Mamá también y sus padres habían fallecido hacía años. No había tíos ni primos que me acogieran en las fiestas. Que me dijeran que me querían.

Sólo él. Y este ataque al corazón fue un brutal recordatorio de que no siempre estaría aquí.

Había pasado la mayor parte de anoche viéndolo dormir. Parecía tan pequeño en esta cama de hospital. La bata azul grisácea y las paredes de color beige blanqueaban el color de su rostro. Las luces fluorescentes resaltaban cada línea, cada arruga.

La vida estaba destinada a terminar, pero no estaba lista para perder a mi abuelo. Nunca estaría preparada.

Las lágrimas que inundaban mis ojos no se preocupaban de que él quisiera que aguantara. Una de ellas recorrió cada mejilla, dejando sendas.

—Winnie. Estoy bien.

Le solté la mano para secarme la cara.

—Lo sé.

—Como dijo el médico, es hora de cambiar mi dieta y reducir el estrés.

Mi abuelo estaba en muy buena forma para su edad. No tenía sobrepeso y no se quedaba sin aliento en nuestros paseos después de la cena. Pero supongo que eso no le importaba a sus arterias obstruidas. Su colesterol era demasiado alto y tenía un trabajo de mucha presión.

—Sería más fácil para ti si tuvieras ayuda para mantener la casa.

—Pfft. —Se desentendió de ello—. La casa no es un estrés. Pero...

—Pero, ¿qué?

Estudió el techo, su cabeza se hundió más en las almohadas detrás de sus hombros.

—Tal vez sea hora de que me retire.

—Te encanta ser el alcalde.

—Claro que sí, cariño. Claro que sí. —Me dedicó una sonrisa triste—. Pero soy viejo y ser alcalde es estresante. Siento que tal vez he hecho exactamente lo que tenía que hacer. He traído a la siguiente generación para dirigir esta ciudad. Tú incluida.

Sollocé, atrapando otra lágrima antes de que pudiera caer.

—Empecemos con tu dieta. Todavía no estoy preparada para un nuevo jefe.



RIDGE

Se rio.

—Trato hecho.

—Buenos días. —Llamaron a la puerta y una doctora entró en la habitación. No era el mismo que había estado aquí anoche cuando Griffin y yo habíamos llegado, pero conocía su rostro—. Hola, soy Talia Eden.

—Hola. —Me levanté para estrechar su mano—. Soy Winslow Covington.

—Es un placer conocerte. —Sus ojos azules eran del mismo color azul brillante que los de su hermano. Talia era tan hermosa como Griffin. Su abundante cabello castaño estaba recogido en una larga cola de caballo que se agitaba entre sus omóplatos mientras se acercaba a la cama de mi abuelo—. ¿Cómo te sientes hoy, Covie?

—Bien.

Colocó un estetoscopio alrededor de su cuello y lo puso contra su piel, bajo el cuello de la bata.

—Respira hondo.

Siguió sus órdenes a medida que ella las daba hasta que terminó la revisión.

—¿Cuánto tiempo tengo, doctora? ¿Tres meses? ¿Seis?

—Eso no es gracioso —regañé.

Sonrió.

—Estaré bien.

—Todos tus signos vitales son fuertes —dijo Talia—. ¿Has tenido más dolor en el pecho?

—No— respondió.

—Voy a mantenerte aquí durante el día —le dijo—. Sólo para controlar todo. Pero si todo parece estar bien para mañana por la mañana, te enviaremos a casa.

Asintió.

—Muy bien.

—¿Alguno tiene alguna pregunta? —preguntó.

Mi abuelo negó.

Levanté la mano.

—Oh, Señor —murmuró mi abuelo, poniendo los ojos en blanco.

—Las preguntas son mi especialidad. —Y las hice sin vergüenza.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

271



RIDGE



THE EDENS
1 #

Las cuatro primeras habían estado en mi cabeza desde que llegué al hospital anoche. Salieron de mi boca en un torrente de palabras. ¿Cómo podemos evitar que esto vuelva a suceder? ¿Hay algún medicamento que pueda tomar? Anoche, el médico mencionó cambios en la dieta. ¿Tienes una lista de alimentos que deba evitar?

Talía ni siquiera parpadeó. Escuchó todas y respondió inmediatamente a cada una de ellas.

—Haré que la enfermera traiga algunos folletos. Son bastante genéricos, pero hay una lista de buenas páginas web que proporcionan mucha más información en detalle.

—Gracias.

—De nada. —Sonrió—. Ha sido un placer conocerte finalmente.

—Lo mismo digo.

Talia se dirigió a la puerta y, nada más abrirla, dos voces masculinas enfadadas entraron desde el pasillo. Se aclaró la garganta y las voces cesaron.

Mi abuelo y yo compartimos una mirada. Conocíamos esas dos voces.

Seguí a Talia hasta el pasillo, encontrando a Griffin de pie justo al lado de la puerta.

Tenía los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. La furia irradiaba de ese amplio pecho mientras miraba por el pasillo hacia donde se alejaba Frank.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué se va Frank?

Frank desapareció por la puerta de la escalera sin mirar atrás.

—Déjalo, Griff —dijo Talia.

—No está bien. —Griff sacudió la cabeza—. Te desautorizó. Fue a tu jefe.

—¿Qué? —Miré entre los dos, esperando la explicación que ninguno daba. ¿Por qué Frank iría a ver al jefe de Talia?

—Por favor, déjalo. —Se acercó y le puso el brazo en el hombro—. Te agradezco que te enfades por mí, pero no es necesario.

La mandíbula de Griff se tensó.

Talia se rio y le dio un puñetazo en el bíceps.

—Te veré más tarde.

—Bien —murmuró.

—Adiós, Winslow.

272



RIDGE

—Gracias por todo —dije, saludando con la mano mientras ella caminaba por el pasillo hacia la estación de enfermería. Cuando se alejó de mi vista, me acerqué a Griffin—. ¿Qué pasa?

—Frank se enteró de que Talia iba a ser el médico de Covie hoy, así que fue a su jefe y pidió a otra persona.

—¿Qué? —Talia parecía perfectamente competente. Joven, pero ¿cuántas personas pensaban lo mismo de mí en mi posición de jefa?—. ¿Por qué haría eso?

—¿Porque es un imbécil? No lo sé. Mientras ella estaba allí, se acercó a mí y me dijo que no estaba cualificada para ser su médico.

—No lo entiendo. ¿Por qué pensaría eso?

—Este es el primer año de residencia de Talia. Salió de la facultad de medicina y los médicos más veteranos de aquí aceptaron traerla. Para que adquiera la experiencia necesaria. Porque, a diferencia de Frank, se dan cuenta de que si no traen nuevos médicos, no habrá nadie que ocupe su lugar cuando se jubilen. Talia conoce y ama la comunidad. Es inteligente. Es una buena doctora.

—No tienes que defenderla ante mí. —Me acerqué y puse mi mano en su antebrazo—. Frank se equivocó al hacer eso.

Des cruzó los brazos y me rodeó la cintura con uno para acercarme.

—No quiero que pienses que tenerla como médico de Covie lo pondría en peligro. Ella sabe que tiene cosas que aprender. Pedirá ayuda si está en apuros.

—No estoy preocupada.

—Lo siento. —Exhaló y me rodeó con su otro brazo—. ¿Cómo estás?

—Cansada. —Bostecé.

Mientras me apoyaba en su pecho, cediéndole mi peso, el cansancio se coló en mis huesos, como si hubiera estado esperando en el suelo, listo para subir por mis piernas como una enredadera alrededor del tronco de un árbol. Lo respiré, reconfortándome con ese olor.

—Hueles bien.

Se había duchado esta mañana y su jabón limpio permanecía en su piel.

Probablemente olía a desinfectante de manos antibacteriano y a aire de hospital.

—Van a mantener a mi abuelo aquí hasta mañana.

—¿Por qué no te vas a casa? Descansa un poco.



RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—Ese es mi plan. Quería esperar y saber de la doctora Talia primero.

Me abrazó durante unos largos momentos y yo cerré los ojos, dejando que él fuera mi fuerza. Al oír el traqueteo de las ruedas de un poste de suero, me aparté. Un hombre con bata de hospital y una bata salió de la habitación de al lado con los pies resbaladizos.

—¿Quieres saludar a mi abuelo? —pregunté.

—Definitivamente. —Apretó mi mano en la suya, sosteniéndola con fuerza, como lo había hecho anoche. Como si supiera que lo necesitaba.

Cuando llegamos, mi abuelo había estado en urgencias. Después de que los médicos se sintieran seguros de que el ataque al corazón había pasado, se lo llevaron para hacerle una serie de pruebas. Habían tardado horas, y Griffin se había quedado a mi lado en la sala de espera, tomándome la mano en cada minuto.

Frank también se había quedado, y la animosidad que los dos tenían entre sí, la habían dejado de lado por esta noche. Claramente, la tregua había terminado en algún momento después de que lo acomodaran en una habitación para pasar la noche y yo insistiera en que Griffin se fuera a casa.

—Hola, Covie. —Griffin no me soltó la mano cuando entramos en la habitación. Sólo usó la otra para estrechar la mano de mi abuelo—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Mejor. Estoy en buenas manos con tu hermana como doctora.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Griff.

Me moví para sentarme en el borde de la cama junto a los pies de mi abuelo, pero en el momento en que mi trasero tocó la manta blanca, señaló la puerta.

—Fuera. Vete. Ahora. —Chasqueó los dedos.

—Después de que desayunes.

Frunció el ceño y, cuando no cedí, supo que no me iba a dejar convencer. Quería quedarme para ayudar con su comida y esperar que Frank volviera. Quería averiguar por qué se oponía tanto a Talia. No tenía sentido y tampoco quería que pusiera dudas innecesarias en la cabeza de mi abuelo.

—¿Necesitan que les traiga algo? —preguntó Griffin.

—No. —Volví a bostezar.

—Ve a casa, Winnie —suplicó mi abuelo—. Estoy bien.

—Lo haré pronto —prometí.



THE EDENS
#1

RIDGE

—Voy a quitarme de en medio para que puedas descansar, Covie. —Griffin dio una palmada en el hombro de mi abuelo—. Me alegro de que estés bien.

—Yo también —dijo.

—Te acompañó a la salida. —Me levanté de la cama con las piernas pesadas y fui con Griffin al pasillo.

—No te quedes mucho tiempo —Me tocó las pecas de la nariz.

—No lo haré. Me voy a casa a ducharme y dormir.

—Luego, vas a trabajar antes de volver aquí.

Ladeé la cabeza.

—¿Soy realmente tan predecible?

—Sí. —Se inclinó para besar mi frente—. Llámame más tarde.

—Lo haré. —Esperé mientras él caminaba por el pasillo, desapareciendo por la misma puerta por la que Frank había salido antes. Cuando se cerró tras él, me di un momento para sentirme agotada.

Tres segundos. Cuatro. Entonces el sonido de pasos me obligó a girarme.

—Hola, Frank. —Noforcé la alegría en mi voz porque bueno... él me había irritado. Estaba agradecida de que hubiera encontrado a mi abuelo en el sofá. Que cuando le había dicho que tenía dolores en el pecho, no se había demorado ni había esperado a ver si se le pasaban. Simplemente había cargado a mi abuelo en su auto y lo había llevado al hospital.

—Pero tenía que causar un drama? Hoy?

Leyó la irritación en mi rostro; estaba demasiado cansada para hacer un trabajo decente para disimularla.

—Griffin te dijo que pedí otro médico además de Talia, ¿no es así?

—Sí, lo hizo. ¿Por qué? Nos reunimos con ella y parece muy capaz.

—No es una doctora de verdad.

—Es una residente.

—Que es básicamente una interna. ¿No quieres que tenga lo mejor?

—Por supuesto que sí. —Pero también confiaba en que el hospital supiera manejar adecuadamente el personal. Era el mismo respeto que apreciaba con mi propio puesto.

—Entonces no dejes que los Eden te engañen. No sé qué tienes con Griffin.

—Frank escupió su nombre—. Sólo... ten cuidado. Mantente en guardia.



RIDGE

Parpadeé.

—En guardia. ¿Contra qué?

Frank miró por encima del hombro para asegurarse de que estábamos solos. Luego se acercó y bajó la voz.

—Griffin estuvo con muchas mujeres en esta ciudad. Y fuera de ella.

Fruncí el ceño. No era algo en lo que tuviera que pensar hoy. O nunca. Pero antes de que pudiera decirle a Frank que ese era mi problema, no el de él, siguió hablando:

—Briggs golpeaba a su esposa. Por eso lo dejó.

Las ruedas de mi mente chirriaron hasta detenerse.

—¿Qué?

—Era la mejor amiga de Rain. Le costó mucho tiempo confesar que era abusivo. Vino una noche llorando. Le contó todo a Rain. Al día siguiente, se había ido.

—¿Se había ido? ¿A dónde?

—No lo sé, Winnie. Ella se fue. Fue hace mucho tiempo, pero por eso te digo que tengas cuidado. Tal vez ella lo dejó y necesitaba cortar toda conexión con Quincy. Pero Rain estaba devastada. Había perdido a su mejor amiga. Y no había nada que ella pudiera hacer con Briggs.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—¿Algo más?

—¿Aparte del hecho de que está perdiendo la maldita cabeza y a nadie parece importarle que conduzca por la ciudad con rifles en la ventana de su camioneta? No.

Así que Griffin y su familia no eran los únicos que habían notado la demencia de Briggs. Mantuve la boca cerrada porque no era asunto mío.

Frank puso su mano en mi hombro.

—¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien. Cansada.

—¿Qué tal si te vas a casa? Me quedaré con Covie un tiempo.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Pero carga tu teléfono para que pueda contactarte si pasa algo.



THE EDENS
1#

Griffin. ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Asentí. A partir de anoche, juré no volver a dejar que el teléfono se quedara sin batería.

Los dos entramos en la habitación de mi abuelo y, tras un largo abrazo de despedida, lo dejé con Frank y me dirigí al estacionamiento.

Salvo que en el momento en que me puse al volante, mi cabeza decidió ponerse en marcha. No habría siesta, no después de lo que Frank acababa de decirme.

¿Frank lo dijo sólo para crear drama? ¿O Briggs había abusado de su esposa? Griff había sido tan comunicativo sobre la demencia de Briggs. ¿Por qué no mencionaría nada sobre la ex esposa de Briggs? A no ser que Griff no lo supiera. Dependiendo de cuando Briggs se había casado, podría haber sido cuando Griffin era un niño pequeño.

Pero Briggs era la única persona que vivía cerca de Indigo Ridge. Su salud mental se estaba deteriorando, y si tenía un historial de violencia, bueno... eso lo cambiaba todo.

Salí del estacionamiento y conduje hasta la estación. En Quincy se había corrido la voz rápidamente y cuando entré por la puerta me inundaron de preguntas sobre mi abuelo. Janice estaba prácticamente en pánico.

Tras asegurar a todos que estaba bien, me retiré a mi despacho, donde cerré la puerta y me conecté a mi ordenador.

Comprobar los antecedentes de Briggs Eden se sintió como una traición. Se me erizó la piel cuando se cargó y me retorcí en mi asiento. Pero en el momento en que el informe apareció en mi pantalla, comencé a examinar la información.

Fecha de nacimiento. Direcciones. Números de teléfono. Relaciones conocidas. Y luego los antecedentes penales.

Estaba vacío. No había abuso doméstico. Ninguna multa por exceso de velocidad. Ni siquiera una multa por estacionar mal en los últimos diez años.

Cerré la pantalla y miré, desenfocada, a mi escritorio.

—Huh.

Tal vez Frank se equivocó.

Agarré un bolígrafo sin otra razón que la de golpearlo. El chasquido constante, como el sonido del metrónomo de mi profesor de piano de quinto curso, me hizo reflexionar. Me permitía bloquear el ruido y simplemente... pensar.



THE EDENS

L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

277



RIDGE

Si sólo hubiera habido una pequeña discusión, sin abuso real, entonces es poco probable que se hubiera notificado a la policía para que lo arrestara. O tal vez si la esposa de Briggs sólo le hubiera dicho a Rain. Tal vez ella lo había mantenido en secreto, temiendo por su seguridad.

Agarré el teléfono del bolso y busqué el nombre de Griffin, con el dedo sobre la pantalla. Pero lo dejé a un lado.

Esta era su familia. Su vida.

Si no sabía lo de Briggs, no era así como quería que se enterara. No por los chismes de Frank. Si lo sabía, entonces había una razón por la que no me lo había contado.

Esta noche. Podríamos hablar de ello esta noche.

Después de hacer una visita.

La culpa me atormentaba mientras conducía fuera de la ciudad. Un nudo se formaba en mi vientre cuanto más me acercaba al rancho. Cuando tomé la carretera de grava que llevaba a la cabaña de Briggs, ya estaba sudando, incluso con el aire acondicionado a tope.

Griffin sabía desde hacía tiempo que yo pensaba hablar con su tío. Se lo había dicho el día que me trajo las botas de Lily Green. Entonces, ¿por qué sentía que estaba rompiendo su confianza? Él no podía venir. Era una visita oficial.

Esta era yo haciendo mi trabajo.

Me tragué mis dudas mientras estacionaba junto a la camioneta de Briggs. El lugar donde había estado el fuego el domingo era ahora un círculo de hierba negra. En su centro quedaba un montón de ceniza. Las ramas carbonizadas habían sido retiradas. Incluso días después, juré que podía oler el aroma de pino quemado.

Me dirigí a la cabaña, pasando por debajo del saliente. Antes de que pudiera llamar a la puerta, ésta se abrió de golpe y el ancho cuerpo de Briggs Eden se agolpó en el umbral. ¿Se parecería Griffin a él dentro de treinta años? Tenían la misma nariz. La misma forma de los labios. Pero Briggs tenía un borde áspero, tal vez por haber vivido solo durante tantos años.

—Hola. —Extendí una mano—. Soy Winslow Covington. Nos conocimos el otro día. Vine aquí con Griffin.

La mirada de Briggs bajó a mi mano extendida y luego volvió a mi cara.

—¿Quién?

—Winslow Covington. Soy la nueva jefa de policía de Quincy.

278



RIDGE

No hubo ni un parpadeo de reconocimiento.

—Estuve aquí el día del incendio.

—Oh, eh... lo siento. —Sacudió la cabeza y luego puso su gran mano sobre la mía—. Acabo de despertarme de una siesta y estoy un poco confuso. Ya sabes cómo es eso.

—Claro.

—Entra. —Dio un paso atrás para indicarme que entrara—. Winslow, ¿verdad?

—Así es.

—¿Puedo ofrecerte un poco de agua?

—Eso sería encantador. Gracias.

Se dirigió a la cocina y sacó de un armario dos vasos que no coincidían.

La cabaña olía a grasa de tocino y huevos fritos. Se me revolvió el estómago, ya que no había comido desde el almuerzo de ayer.

Una sartén de hierro fundido estaba sobre la cocina. En la encimera de la cocina había un tarro lleno de flores silvestres. La habitación principal era un espacio amplio con la cocina y una mesa de comedor a un lado. Enfrente había una sala de estar con dos sofás y un televisor apoyado en un soporte en la esquina.

La mesa de centro tenía dos libros apilados ordenadamente en la superficie. Los DVD bajo el televisor estaban dispuestos en una línea perfecta. Había una estantería contra la pared, pero a diferencia del resto de la casa, sus estantes eran un caos.

Aquella estantería parecía pertenecer a mi casa o a mi oficina, no a esta ordenada cabaña. Había un montón de periódicos enrollados. Libros de bolsillo dispersos. Un martillo que parecía nuevo. Un rompecabezas. Un bote con bolígrafos.

El desorden no tenía sentido. Donde otras personas tenían un cajón de trastos, Briggs tenía estantes. Había una pila de facturas sin abrir. Una navaja que había visto días mejores. Y un bolso.

¿Por qué tendría un bolso? ¿Y por qué me resultaba tan familiar? Me acerqué un paso más, inspeccionando el cuero liso de color camello con las costuras expuestas de color chocolate.

—Esto es precioso. —Lo levanté de la estantería y me giré para mostrárselo a Briggs—. Tu esposa o novia tiene un gusto exquisito.



RIDGE

—No estoy casado. —Se rio, acercándose un vaso de agua—. Ya no. Mi mujer me dejó hace años. Nosotros... tuvimos algunos problemas. Resulta que ser soltero me vino muy bien.

Sonréí y bebí un sorbo de agua. No podía preguntarle si la había golpeado y esa era la razón por la que habían tenido *problemas*. La visita de hoy no era para confirmar o desmentir los chismes de Frank. Briggs parecía lúcido. Hoy era para tantearlo. Y tal vez averiguar por qué tenía este bolso.

—¿Lo has hecho tú, entonces? ¿Eres artesano de cuero?

—Dios, no. Soy demasiado impaciente para dominar un oficio. Estoy hecho para el trabajo manual. —Su rostro cambió al reírse. Los bordes ásperos se suavizaron. Las arrugas de sus ojos se profundizaron—. Encontré eso en una excursión por Indigo Ridge. Pensé que era demasiado bonito para dejarlo en el camino.

No había ni una pizca de suciedad en el bolso. O lo había limpiado después de encontrarlo.

O...

No quería pensar en la alternativa. No quería pensar que ese bolso no había sido encontrado, sino guardado como un recuerdo.

—¿Te importaría si miro el interior? —le pregunté.

—Hazlo. —Un timbre de teléfono llegó desde la parte trasera de la cabaña—. Déjame atender eso.

—Por supuesto. —Esperé a que se fuera y grabé un video rápido del bolso con mi teléfono, girándolo para conseguir una toma en todos los ángulos.

El forro de seda púrpura estaba tan limpio e impecable como el exterior, y olía a cuero nuevo. La solapa delantera tenía un monograma con una *H*.

El interior estaba vacío excepto por una cartera, metida en el fondo. Una cartera cuadrada, de color verde marino, con una cremallera dorada. Una cartera tan femenina como esta cabaña era masculina.

La saqué del bolso. La cremallera estaba abierta. Dentro había un billete de veinte dólares doblado y un permiso de conducir.

La licencia de conducir de Lily Green.



THE EDENS
L #

Griffin. ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

RIDGE

17



THE EDENS
17

Griffin

—¿E

stás decente? —dijo Knox desde la puerta principal.

—No —mentí.

Entró de todos modos.

—¿Estás solo?

—Sí.

—Maldita sea. Esperaba conocer a la jefa. Me siento excluido.

—Mateo tampoco la ha conocido. —Señalé con la cabeza el recipiente de plástico que tenía en la mano—. ¿Qué es eso?

—El desayuno. —Lo puso sobre la encimera antes de dirigirse a la cafetera—. ¿Recuerdas en Navidad cuando esa pastelera de California se quedó en el hotel? Nos enviamos correos electrónicos e intercambiamos recetas. La convencí para que me diera su receta de rollos de canela. Hice algunos esta mañana temprano, llevé una tanda a casa de mamá y papá. Pensé en dejar algunos aquí también.

—Gracias. —Abrí la tapa del recipiente y se me hizo la boca agua al sentir el aroma de la canela, el pan y el azúcar. Cada panecillo era tan grande como mi cara.

Knox había traído dos, probablemente pensando que Winn estaba aquí.

—Pareces tan cansado como me siento yo —dijo.

—Sí. —Bostecé.

El café que había estado bebiendo desde las cuatro todavía no había hecho efecto. No había dormido bien anoche, sólo di vueltas en la cama. Cada vez que mi brazo tocaba el lado vacío de la cama, me despertaba, temiendo que Winn se

ESTA NOCHE ELIJOO A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

281



RIDGE

hubiera marchado tras otra pesadilla. Luego recordaba que se había quedado en el hospital y, poco después de volver a dormirme, volvía a ocurrir.

Finalmente, cuando los débiles rayos del amanecer se colaron por las ventanas de mi habitación, decidí levantarme y trabajar en la oficina.

—¿Cómo está Covie?

—Mejor. Winn volvió a quedarse en el hospital anoche. —En contra de mis mensajes suplicantes para que durmiera en una cama, no en esa maldita silla. Pero si yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo—. Parece que Covie debería ir a casa hoy.

—Me alegro de oírlo.

—Me alegro de decirlo. —No quería ese tipo de pérdida para Winn.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Knox, tomando un sorbo de café—. Parece que no te he visto en años.

—Te sentaste a mi lado en el rodeo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. —Desde que Winn había invadido mi vida, ella había sido el centro de atención constante. Antes de ella, iba al restaurante y dejaba que Knox me cocinara la cena una o dos veces por semana.

—Vas en serio con esto, ¿no? —preguntó.

—Sí.

—Maldita sea. —Parpadeó—. Pensé que lo negarías.

—No con Winn.

—¿Recuerdas aquella vez cuando teníamos, qué, doce y diez años? Hicimos un pacto para no casarnos nunca.

—Lo recuerdo. —Me reí—. Las chicas son asquerosas. Los chicos mandan.

—Íbamos a construir una casa en el árbol y a vivir en ella para siempre. —Knox se rio—. Luego llegamos a la pubertad y los planos de la casa del árbol fueron incendiados.

Los dos habíamos sido bastante populares en la escuela, y ninguno de los dos había pasado mucho tiempo sin tener novia. Aunque Knox siempre había tenido citas más serias, yo había sido el típico adolescente que lo hacía por el sexo.

Demonios, así había sido toda mi vida. Así era como había empezado con Winn.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

282



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Pero si había una mujer que robar para el futuro, era ella.

Había pensado que no habría tiempo para añadir otra persona, otro compromiso, a mi vida. Pero estar con ella no era un trabajo. Ella encajaba. Sin problemas.

No me estaba haciendo más joven. Mi familia era grande, ruidosa y agotadora la mayoría de las veces. Pero la idea de construir mi propio legado, de tener mis propios hijos, era cada día más atractiva.

Sacudí la cabeza, adelantándome a donde estábamos. Primero, empezaríamos con las presentaciones de mi familia. Y una cita. Ella se merecía una primera cita.

—Llevaré a Winn a cenar. Esta noche, si le apetece.

—Eso sería genial. —Knox fue a la isla y se deslizó en un taburete.

El vello de su rostro había crecido tanto que era casi una barba. Tenía el cabello más largo de lo que había sido en años, rizado en la nuca y tan desgreñado como el mío. Con los tatuajes negros de sus bíceps asomando por debajo de las mangas de su camiseta, se parecía más a los moteros que pasaban por Quincy cada verano de camino a Sturgis que a un empresario y chef exitoso.

Aunque supongo que eso era probablemente lo que la gente pensaba de mí también. Usaba vaqueros sucios y botas desgastadas para dirigir este rancho multimillonario.

—Mamá y papá me contaron lo de Briggs esta mañana —dijo Knox—. Suena mal.

—Lo es. —Suspiré—. Y lo peor es lo rápido que está sucediendo.

—Ha estado yendo al restaurante para comer. Dos o tres veces a la semana. Parece estar totalmente bien.

—Creo que la mayor parte del tiempo lo está. Pero eso no importa si durante los malos tiempos intenta quemar el maldito rancho.

—De acuerdo. Papá dijo que iba a hacer algunas llamadas hoy.

—Es lo correcto que hay que hacer. Tú lo harías por mí.

—Lo haría. —Knox asintió—. Al igual que tú lo harías por mí.

Lo hice a un lado, no quería hablar de esto hoy. No quería pensar en mi hermano pasando por algo así.

Knox y yo éramos los más cercanos en edad. Con sólo dos años de diferencia, los dos habíamos sido inseparables de pequeños. Habíamos



RIDGE

explorado el rancho, construyendo fuertes y cazando monstruos invisibles con nuestras pistolas de aire comprimido.

Los dos estábamos disgustados con nuestros padres por haber tenido tres niñas. Y cuando nació Mateo, nueve años menor que yo, no habíamos jugado mucho con él de pequeño. Las veces que lo habíamos hecho, era como niñeros.

Quería a Mateo, pero mi vínculo con Knox era más profundo. Fue a él a quien llamé en mi último año cuando me emborraché demasiado en una fiesta de barriles y necesitaba que me llevaran. Él me había llamado para que pagara la fianza de la cárcel después de verse envuelto en una pelea de bar años atrás. Una mujer en el bar había estado discutiendo con su novio, y cuando el novio le había dado un revés, Knox le había dado una lección al hijo de puta.

Atrás quedaron las noches de borrachera. Ya no nos sentábamos los dos en mi porche a tomar unas cervezas. A veces se quedaba aquí en lugar de ir a su casa en la ciudad.

—¿Estás trabajando hoy? —pregunté.

—Siempre. ¿Y tú?

—Todos los días.

Jim, Conor y el resto de compañeros ya se habían pasado por allí para comprobar el estado de la jornada. Con todos ellos trabajando, decidí quedarme más cerca de casa. Sobre todo, quería estar cerca si Winn salía.

—Hablando de trabajo. —Knox bebió el resto de su café—. Será mejor que me vaya. La preparación me está esperando. Hemos estado muy ocupados últimamente.

—Eso es algo bueno, ¿verdad?

Sonrió.

—No lo sería de otra manera.

El sueño de Knox era tener su propio restaurante. Siempre le había gustado estar en la cocina, trabajando al lado de mamá, absorbiendo todo lo que ella pudiera contarle. Cuando anunció que iba a ir a la escuela de cocina, ninguno de nosotros se sorprendió.

—Estaré en la cena. Con o sin Winn. Tal vez después, si puedes escaparte, podemos ir a Willie's a tomar una cerveza.

—De acuerdo. —Se levantó y, con un gesto, se dirigió a la puerta.

Terminé mi propia taza de café, luego busqué mis botas de trabajo y fui al granero.



RIDGE

Mi plan era pasar una o dos horas al aire libre, luego ducharme y, si aún no tenía noticias de Winn, ir a la ciudad. Este era el mayor tiempo que había pasado sin verla en una semana. Con todo lo que había pasado con Covie, estaba preocupado.

No había respondido al último mensaje que le envié esta mañana para ver cómo estaba. Probablemente estaba ocupada sacando a su abuelo del hospital y llevándolo a su casa. Pero aun así, me preocupé.

Mamá me había dicho una vez que nos preocupamos por los que más queremos.

Y con Winn, siempre me preocupaba.

Era algo que tenía que resolver. Controlarlo. Tenía un trabajo peligroso, y aunque no salía a patrullar de noche, había veces que estaba en la calle con los chiflados. Fue la razón por la que me quedé despierto el cuatro de julio. Sabía que estaba fuera y eso me había mantenido despierto hasta que ella llegó.

Esas preocupaciones eran un traqueteo constante en mi cabeza. Ni siquiera una hora haciendo tareas físicas en el granero me despejaba la mente como de costumbre.

Estaba limpiando la caseta de Jupiter cuando el crujido de los neumáticos llegó desde la entrada. Salí a la luz del sol y el nudo de mi pecho se aflojó cuando Winn salió del Explorer sin marcas que conducía para el trabajo.

—Hola, cariño. —Caminé hacia ella y la atraje a mis brazos—. ¿Cómo estás?

Ella se puso rígida, rehuyendo.

—Bien.

—Oh, lo siento. —Me rocé el pecho sudado y los trozos de heno pegados a mi camiseta—. ¿Cómo te fue en el hospital? ¿Cómo está Covie?

—Está bien. En casa y acomodado por el momento. —Me miró durante un breve segundo y luego sus iris azules bajaron hasta mi hombro. Se quedó rígida, con la frente arrugada. Tenía ojeras y había desaparecido el rubor normal de sus mejillas.

—¿Has dormido algo?

—La verdad es que no. —Sacudió la cabeza, luego se enderezó—. Necesito hablar contigo de algo.

—De acuerdo —dije—. ¿Acerca de?

—Tu tío.

—¿Briggs? ¿Pasó algo?



RIDGE

ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

Griffin.

Asintió.

—Voy a llevarlo para interrogarlo.

—¿Para qué?

—Fui a verlo ayer.

Parpadeé, tratando de entender esto. Había estado preocupado por ella, pensando que estaba en el hospital con Covie. Pensando en ella sola en casa, tratando de dormir. Pero había estado en el rancho. Mi rancho.

—Fuiste a la cabaña. Ayer, después del hospital. ¿Sin mí?

—Te dije hace semanas que iba a hablar con él.

—Sí, pero podrías haberme avisado. —¿No estábamos en el punto de compartir este tipo de cosas?

—Necesitaba hacer esto sola.

—Sola. —¿Qué demonios? Di un paso atrás y me crucé de brazos—. ¿Por qué?

—Hay un rumor de que tiene un historial de violencia hacia las mujeres.

—Un rumor —me burlé—. Ahora lo entiendo. Estabas escuchando el veneno de Frank. No hubo ningún abuso. La esposa de Briggs lo dejó porque era una perra malcriada. Ella pensó que él se haría cargo del rancho y se quedaría con el dinero. Cuando se dio cuenta de que él no tenía ningún interés en dirigir el lugar y que iba a dejar que mi padre se lo llevara todo, se fue de la ciudad, con todo su dinero, por cierto. Y antes de irse, decidió joder su reputación primero.

Todos los que conocían a Briggs sabían la verdad. Él nunca habría golpeado a su esposa. La adoraba, y cuando lo dejó, se le rompió el corazón.

—Deberías haber acudido a mí primero —espeté—. Por la verdad.

Winn se tensó.

—Voy hacia ti ahora.

—¿Para qué? ¿Para decirme que van a detener a mi tío para interrogarlo por una disputa matrimonial de hace décadas?

—Para hablar de Lily Green y Harmony Hardt.

Mi corazón se detuvo.

—¿Por qué?

286



RIDGE

—Cuando estaba en la cabaña, encontré un bolso y una cartera. El bolso era de Harmony. Su madre me lo confirmó ayer por la tarde. La cartera era de Lily.

—Has registrado la cabaña de mi tío. —También podría haberme abofeteado.

—No. Me invitó a entrar y vi el bolso en su estantería.

La estantería que siempre estaba llena de trastos que no me había fijado en lo que había guardado en ella. El contenido cambiaba constantemente, y las únicas veces que le prestaba atención era cuando iba a la cabaña y encontraba los estantes organizados.

—La cartera estaba dentro —dijo—. Me dio permiso para mirar.

¿Se suponía que eso me haría sentir que no me había traicionado?

Sacudí la cabeza, mis muelas rechinando tan fuerte que me dolían los dientes.

—No puedo creer que hayas hecho esto.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—Estás tomando la opinión del maldito Frank Nigel por encima de la mía.

Ella se estremeció.

—No, no lo hago.

—Te dije una vez que el bastardo odia a mi familia. Lo conozco de toda la vida y siempre me ha tratado como mierda bajo su zapato. —Si iba a ser arrastrada al molino de rumores, entonces también podría obtener algunos hechos para equilibrar la mierda—. ¿Sabías que la razón por la que es tan imbécil con Talia es porque se le insinuó cuando tenía dieciocho años y ella le mandó a la mierda?

Winn parpadeó.

—Yo... no.

—¿O cómo entra en la cafetería cuando Lyla es la única que trabaja y la hace sentir incómoda? ¿Te ha contado cómo ha tenido que disculparse en la trastienda dos veces para llamar a Knox para que vaya y no esté sola con Frank?

—No. Él... —Sacudió la cabeza—. ¿Qué? ¿Frank? Lo conozco de toda la vida. Tal vez sea coquetee, pero es inofensivo.

—También lo es Briggs.



RIDGE

Abrió la boca y luego la cerró, tomándose un momento para sopesar sus palabras.

—Sólo quería avisarte.

—Un poco tarde, ¿no crees?

Mientras yo estaba preocupada por ella ayer, pensando que estaba angustiada por el infarto de Covie, ella había estado en mi propiedad, hablando con mi tío cuando sabía que teníamos una mierda familiar con él en ese momento.

—No tenía que venir aquí en absoluto. —Su expresión se endureció—. Con todo derecho, no debería habértelo dicho, pero debido a nuestra relación, no quería que te enteraras por nadie más.

—Nuestra relación. —Apreté la mandíbula. Una relación que había pensado que era lo suficientemente seria como para que ella acudiera a mí antes de creer en las idioteces de Frank.

Winn levantó las manos.

—Tengo que irme.

—Bien.

Me negué a mirarla mientras volvía al todoterreno, daba marcha atrás y desaparecía por la carretera. Cuando el sonido de su motor quedó ahogado por la distancia, pateé una piedra.

—Joder.

Esto iba a ser un desastre. Un maldito lío de verdad. ¿Qué pasa si Briggs dijo algo equivocado? ¿Por qué tendría el bolso de Harmony Hardt? ¿Y la cartera de Lily Green?

No tendría la oportunidad de preguntarle primero. Probablemente Winn ya estaba de camino a la cabaña. Y en cuanto lo llevara a la estación, todo el pueblo lo sabría. Uno de los oficiales hablaría, y antes de que mi familia y yo tuviéramos respuestas, Briggs se habría ganado otra marca negra en su reputación que duraría el resto de sus días. Al igual que la que su ex había entregado.

Décadas después, había quienes aún creían que la había golpeado. Y la gente como Frank, los que no les gustaba que nuestra familia estuviera tan arraigada en Quincy, sólo lo empeoraban.

El molino de rumores estaba a punto de salirse de control.

—¡Joder! —grité, luego giré y corrí hacia la casa. Agarré las llaves del mostrador y me dirigí a la camioneta.



RIDGE

Sus ruedas dejaban una estela de polvo mientras aceleraba por el camino de grava hacia la casa de mamá y papá.

Podríamos haber hablado en la cabaña. Winn podría haberlo interrogado allí con uno de nosotros presente. ¿Por qué insistía en arrastrarlo a la ciudad?

Lo más probable era que Briggs haya encontrado el bolso y la cartera en una de sus excursiones. Al igual que las botas de Lily. El día que las había llevado a su oficina, me había dicho que iba a hablar con Briggs. Como debería. ¿Pero era realmente necesario llevarlo a la estación?

Pisé el acelerador.

Si Briggs tenía un episodio, si no era tan agudo como normalmente, ¿qué le diría a ella? Se sentía como si le diera una pala al hombre y le dijera que cavara su propia tumba. Todo porque ella tenía preguntas que hacer.

Sus malditas preguntas. Winn había estado en contra de llamar a la muerte de Lily un suicidio. Pero todos sabíamos que era un suicidio. Todo el pueblo. Así que, ¿por qué no lo dejó pasar?

Esto no era más que un caso de objetos perdidos. Un bolso y una cartera. Demonios, ese bolso probablemente había estado en un sendero durante años recogiendo polvo y lluvia.

Si le rogaba, ¿se llevaría a Briggs a la casa principal? ¿Podríamos tener esta conversación en la mesa de la cocina de mamá y papá, donde se sentiría más cómodo?

Me moví, saqué mi teléfono del bolsillo trasero, y busqué su nombre. La llamada fue directamente al buzón de voz.

—Mierda. —Conduje más rápido.

El pozo de mi estómago duplicó su tamaño.

Tal vez la razón por la que estaba tan enojado no era porque Winn iba a hablar con Briggs. Era porque estaba jodidamente aterrorizado de que tal vez hubiera una razón.

Ella no lo llevaría a la estación si no hubiera algo malo. ¿Verdad?

¿Qué había en ese bolso? ¿Por qué Briggs no lo había entregado después de la muerte de Harmony Hardt? ¿Por qué había guardado la cartera de Lily Green? Él sabía dónde habían muerto esas chicas.

Joder. Si hubiera tenido algo que ver con esas muertes...



THE EDENS
I #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

289



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

No. Esas pobres chicas se habían suicidado. El antiguo jefe había investigado. Harmony Hardt había estado deprimida. Ella había estado luchando con cambios de humor según sus amigos más cercanos.

Su muerte no tuvo nada que ver con mi tío. Mi amable y gentil tío que estaba perdiendo su cabeza.

Mamá estaba en el patio de rodillas, arrancando las malas hierbas de un parterre, cuando me detuve junto al Silverado de papá. Debió darse cuenta de que algo iba mal porque se levantó, se quitó los guantes de jardín y los tiró al césped mientras se reunía conmigo en el porche.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está papá?

—Está viendo las noticias. Me estás asustando, Griffin. ¿Son tus hermanos o hermanas?

Sacudí la cabeza.

—No, es Briggs.

—Oh, no. —Suspiró—. Entra.

La seguí dentro. Papá estaba en su sillón reclinable en el salón con las noticias en la televisión, las gafas puestas y el periódico en el regazo.

—Hola, hijo. —Su frente se arrugó mientras miraba entre mamá y yo. Cerró de una patada el reposapiés de la silla y se sentó recto—. ¿Qué sucede?

Puse las manos en las caderas.

—Tenemos problemas.

RIDGE

18



THE EDENS
18

Winslow

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

— ¿Puedo ofrecerte una taza de café o agua? —le pregunté a Briggs.

—No. Pero gracias. —Sacudió la cabeza, mirando alrededor de mi oficina. Su gran cuerpo consumía la silla frente a mi escritorio. Había parecido igual de pequeño el día que Griffin se había sentado allí también.

—Te agradezco que hayas venido hoy aquí conmigo. —La sonrisa que le envíe estaba impregnada de toda la calidez que podía reunir.

Briggs señaló el bolso y la cartera sobre mi escritorio.

—¿Así que quieres hablar de esto?

—Sí.

Ambos artículos estaban sellados en bolsas de pruebas. Cuando llegué a la cabaña de Briggs hace una hora, simplemente le pregunté si podía tenerlos para una investigación. Aceptó y me ahorró la molestia de pedir una orden judicial. Luego le pregunté si vendría a la estación conmigo para discutir cómo había llegado a ellos. De nuevo, aceptó.

Hoy estaba concentrado. Como ayer. Cuando llamé a su puerta esta mañana, bromeó diciendo que había tenido más visitas de la policía en la última semana que en toda su vida.

Era fácil ver porqué Griffin quería tanto a su tío. Incluso viajando en mi Explorer, en el asiento del pasajero delantero, porque aunque me preocupaba, no iba a meterlo en la parte de atrás, me había hablado durante todo el trayecto hasta la ciudad, haciéndome preguntas sobre cuánto me estaba gustando Quincy y contándome historias sobre su vida pasada en el rancho.

Parecía un hombre amable. Una persona que vivía sola porque se conformaba con su propia compañía. Un hermano y un tío orgulloso. La mayoría

291



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

de las historias que había contado incluían a una o varias de sus sobrinas o sobrinos.

Se sentía mal tenerlo aquí y discutir cosas feas. O tal vez se sintió así por la reacción de Griffin.

—¿Te importa si grabo esta conversación? —pregunté, agarrando la grabadora de mano que había junto a mi teléfono.

—En absoluto.

—Gracias. —Puse la grabadora entre nosotros y pulsé el botón rojo. Después de una rápida presentación, indicando nuestros nombres y la fecha, describí el bolso y la cartera—. Has dicho que encontraste estos dos artículos mientras hacías senderismo, ¿correcto?

Briggs asintió.

—Lo hice.

—¿Dónde estabas de excusión?

—Indigo Ridge. He caminado por esa zona toda mi vida. Es mi lugar favorito. Las vistas desde la cima son magníficas.

—Apuesto a que sí. Quizá algún día yo también llegue a la cima.

—Te llevaré. —Una oferta genuina.

—Me gustaría. —Una respuesta genuina.

Si Briggs me llevara de excusión, dudaba que me empujara por el acantilado.

¿No se me retorcería el vientre si temiera que ese hombre fuera un asesino? ¿No habría un zumbido nervioso a través de mis venas? No había nada. Mis instintos me decían que algo en la muerte de Lily Green no estaba bien. Sin embargo, mientras me sentaba frente a un hombre que no debería haber tenido su cartera, un hombre que vivía lo más cerca posible del lugar donde ella había muerto, ni una sola célula de mi cuerpo me advirtió que era peligroso.

Sin embargo, no me pagaban para que me basara únicamente en los instintos. Estaba aquí porque habíamos seguido las pruebas. El rastro me había conducido hasta aquí. Seguiría hasta que llegara a un bloqueo.

—Briggs, estoy seguro de que lo sabes, pero se han encontrado tres mujeres en la base de Indigo Ridge.

—Sí. Es horrible. Estas chicas... son sólo niñas. —Una sincera simpatía llenó su voz.

—Es horrible.



RIDGE

Se formó una arruga entre sus canosas cejas.

—No crees que yo haya tenido algo que ver, ¿verdad? Ni siquiera conocía a esas chicas.

—Cuéntame más sobre cómo encontraste el bolso.

Ladeó la cabeza, mirando el objeto en cuestión.

—Pensé que querías el bolso porque te lo habían robado o algo así. Lo mismo con la cartera. Pensé que me lo dirías cuando llegáramos aquí. Ahora lo entiendo. Crees que tengo algo que ver con esas chicas, ¿no?

En lugar de responder, me incliné hacia delante, apoyando los codos en el borde del escritorio.

—¿Cuándo encontraste el bolso?

—No soy un asesino. —Apretó los dientes, sin responder a mi pregunta—. Estoy perdiendo la cabeza. *Me estoy perdiendo*. Es una comprensión humillante para un hombre. Saber que no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Me estoy enfrentando a mi propia mortalidad, señorita Covington. No al asesinato de niñas inocentes. —El color de sus mejillas se volvió rosa. Sus hombros se pusieron rígidos.

—Vamos a hablar del bolso.

—¿De quién era?

—Harmony Hardt.

Dejó caer su mirada.

—¿Era la mujer que encontró Harrison? ¿O Griffin?

—Griffin —respondí—. ¿Cuándo encontraste este bolso?

—¿Qué día es?

—Miércoles.

—Domingo.

Ese fue el día del incendio.

—¿Estás seguro? ¿Este domingo pasado?

—Sí. Fui de excursión esa mañana temprano. Volví a casa. Los puse en mi estantería para ordenarlos más tarde. Salí a hacer algo de trabajo en el jardín, y bueno... tú estabas allí.

Entonces tuvo un episodio.

—¿La cartera estaba dentro cuando la encontraste?



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.



RIDGE



THE EDENS

1 #

—No.

—¿Dónde encontraste la cartera?

—En el mismo lugar el domingo. Ambos estaban juntos.

Harmony Hardt había muerto años antes que Lily Green. Esas piezas no deberían haber estado juntas.

A menos que Lily Green hubiera guardado un bolso como el de Harmony Hardt. Al principio supuse que el monograma de la H era de Harmony, pero quizás fuera el logotipo del diseñador. Cuando fui a identificar el bolso, empecé con la madre de Harmony. Cuando ella lo reconoció, no lo comprobé con Melina Green.

Haría una parada después de llevar a Briggs a casa. Y hacer más investigación sobre el origen de este bolso.

—¿Encontraste el bolso o la cartera primero? —pregunté.

—La cartera. Estaba justo en medio de mi camino habitual. Casi la pisé.

—¿Dónde estaba el bolso?

—En un arbusto a unos diez metros.

—¿En el camino?

Asintió.

—Sí.

Mi mente aceleraba, las posibilidades y los escenarios parpadeaban como una luz estroboscópica. No había ninguna razón para que encontrara ambos artículos tan juntos.

Briggs podía estar mintiendo, aunque su admisión sólo lo hacía más sospechoso. Una mentira más creíble sería que había encontrado el bolso hace años y la cartera más recientemente, ambos en lugares completamente diferentes.

Suponiendo que fuera la verdad, ¿por qué habían estado juntos?

¿Podría ser esto parte del patrón de suicidio? Tal vez una de las niñas lo había iniciado como un símbolo, para dejar algo atrás. Pero eso no tenía ningún sentido. El bolso estaba en demasiado buen estado si realmente era de Harmony.

Y después de Lily, todos habíamos recorrido la zona, buscando pruebas. Pasé horas buscando sus zapatos. La razón por la que no los había encontrado era probablemente porque Briggs se me había adelantado. Pero tampoco había encontrado el bolso ni la cartera.

RIDGE

—¿Quién más había estado en esa cresta?

—¿Tu sendero es bien conocido? —pregunté.

—En realidad no.

—¿Encontraste las botas en la misma zona?

—No. Estaban más cerca de mi cabaña en un campo. Probablemente las habría pasado por alto si no fuera porque estaban junto a un grupo de flores silvestres que me detuve a recoger.

Tendría que explorar ambos lugares. Tal vez había algo más dejado atrás. Tal vez había más.

—El sendero donde encontraste esto —señalé el bolso y la cartera—, ¿es el sendero que lleva al acantilado? ¿El de la carretera?

—No, están separados. Puedes llegar al acantilado desde mi sendero, pero es el camino más largo. Hay un atajo que cruza al que tú dices y que está a unos doscientos metros del acantilado. Rara vez lo tomo porque voy más arriba.

Los caminos se arremolinaban como fideos de espagueti en mi cabeza mientras intentaba visualizar de qué estaba hablando.

—¿Hay algún mapa que muestre algo de esto?

—No, pero podría dibujar uno.

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué un bloc de notas y un lápiz, y se los pasé a Briggs.

Mientras él se dedicaba a dibujar el mapa, yo estudiaba su rostro.

¿Era culpable? ¿Él hizo esto?

Ya había hecho esas preguntas antes, en diferentes interrogatorios.

Una vez, interrogué a un hombre que había sido acusado de violar a una mujer en un callejón detrás de un bar del centro de Bozeman. Había sido cooperativo. Aparentemente inocente. Tan angustiado por lo que había pasado porque la víctima había sido una conocida de la universidad. Sin embargo, lo había hecho. Me miró a la cara y me juró que no había tenido nada que ver.

Era mi naturaleza creer que había bondad en la mayoría de la gente, pero no había creído ni por un momento a ese hijo de puta. El ADN había confirmado mis instintos.

¿Él hizo esto?

En el caso de ese bastardo, sí.

¿Con Briggs? No. Tal vez. No lo sé.

295



RIDGE

Si no hubiera dudas sobre su capacidad mental, sería mucho más fácil decidir. Pero, ¿y si hubiera hecho algo terrible y no pudiera recordar haberlo hecho? ¿Y si hubiera salido de excusión y se hubiera encontrado con una chica en el camino equivocado? ¿Y si se hubiera puesto violento con ella?

¿Y si se había puesto violento con su mujer y Frank tenía razón, que la había alejado? ¿O si Griffin tenía razón sobre Frank y todo esto eran chismes vertidos en un pequeño pueblo por enemigos?

La verdad estaba probablemente en algún lugar del medio, escondida para que yo la encontrara.

Briggs terminó su boceto y me entregó el bloc de notas. El mapa era sencillo y conciso. Había rodeado la zona donde había encontrado el bolso y la cartera. Había marcado dónde había encontrado las botas. Por la forma en que había dibujado el mapa, no había ninguna razón para que las chicas siguieran su sendero. Si hubieran estacionado en la carretera y tomado el mismo camino que yo había tomado para revisar la zona, no deberían haberse acercado siquiera a donde Briggs había encontrado el bolso y la cartera.

A menos que estuviera mintiendo.

Había tenido esa cartera durante días, supuestamente. Se había enterado de la muerte de Lily Green. ¿Por qué no la había traído inmediatamente?

—¿Miraste la cartera? —pregunté.

—No, yo... iba a hacerlo. Luego me olvidé. —Se frotó la nuca—. Después del fuego.

—El bolso está en buen estado. —Señalé el bolso—. No parece que haya estado fuera mucho tiempo.

—Probablemente no. Un cuero así se arruinaría con una tormenta de primavera.

O lo había tenido más tiempo del que decía. O alguien había puesto el bolso en la montaña junto con la cartera. Sí, ambos podrían ser de Lily. Pero incluso así, ella había muerto a principios del mes pasado. Había llovido desde su muerte. Ese bolso y la cartera deberían estar en peor estado si habían estado fuera desde junio.

Había una posibilidad de que estuvieran protegidos de lo peor de los elementos, tal vez a la sombra de un árbol. Suponiendo que el bolso fuera de Lily. Asumiendo que ella había tomado el camino equivocado. Suponiendo que hubiera tirado el bolso y la cartera a un lado antes de ir al acantilado.

Demasiadas suposiciones.



RIDGE

—¿Has visto a alguien haciendo senderismo en esa zona últimamente?

Briggs negó.

—Es una propiedad privada. La única persona que va regularmente allí soy yo.

—¿Estás seguro?

Clavó sus ojos en los míos y la comprensión apareció en su mirada.

Si hubiera evidencia de algo siniestro, él sería mi principal sospechoso. Tenía los medios. La oportunidad. El único elemento sólido que faltaba, el elemento clave, era el motivo.

El allanamiento de morada era débil pero una posibilidad. Tal vez había visto a alguien en su rancho y había enfurecido.

Era poco.

Odiaba tener poco. Normalmente significaba que me faltaba algo.

El ruido incómodo en mi cabeza empezaba a gritar tan fuerte que quería taparme los oídos.

¿Qué demonios estaba pasando? Si Lily realmente se había suicidado, alguien podría haber estado con ella esa noche. Ella había tenido sexo con alguien.

—Briggs?

Eso explicaría porqué ninguna de sus amigas se había fijado en un novio. Tal vez había estado subiendo a las montañas a escondidas para tener una aventura con un hombre mucho mayor.

Tal vez...

Había demasiados quizás. Pero si había tenido sus botas ahí arriba, tenía sentido que sus pies no estuvieran destrozados. Las había llevado puestas hasta, ¿qué? ¿Hasta que él la empujara? ¿La tirara por el borde?

—¿Puedes decirme dónde estabas la noche del primero de junio? — pregunté, odiando la forma en que sus hombros se desplomaron.

—En mi casa.

—Solo?

—Hasta donde yo recuerdo.

—¿Estabas haciendo algo? ¿Leyendo? ¿Mandando mensajes de texto? ¿Viendo películas?



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

297



RIDGE

Me miró a los ojos y había tanta vergüenza en su rostro que mi corazón se retorció.

—No hago mucho estos días. Estoy... estoy seguro de que estuve en casa. Pero no recuerdo exactamente lo que estaba haciendo.

—Me parece justo. —Le sonréi tristemente—. Es difícil recordar cosas específicas de hace tanto tiempo.

Dejó caer su mirada hacia su regazo.

Era su relación con Griffin lo que me hizo entristecerme por Briggs. Era la razón por la que estábamos en mi oficina y no en una sala de interrogatorios con otro oficial como testigo.

—Esa es toda la información que necesito por ahora. —Dejé de grabar y guardé la grabadora, luego recogí las llaves—. Te llevaré a casa.

Se puso de pie, sin decir nada, y me siguió fuera de la oficina hasta el estacionamiento.

No había oficiales en el pasillo, sólo el oficial Smith en la puerta. Había elegido esta hora específicamente, no quería que hubiera público cuando trajera a Briggs.

El trayecto hasta la cabaña fue un marcado contraste con nuestro viaje a la ciudad. Briggs mantenía las manos apretadas en su regazo, como si un par de esposas invisibles estuvieran sujetas a sus muñecas.

Cuando me detuve frente a su casa, alcanzó la puerta, pero dudó, mirándome por primera vez desde que salimos de la estación.

—No creo que haya lastimado a esas chicas.

La incertidumbre en sus palabras fue un cuchillo en el corazón.

Me quedé sin palabras mientras salía del auto y desaparecía en su casa.

Me quedé mirando la puerta cerrada de la cabaña durante un largo momento.

Nunca se sabía lo que ocurría dentro de las paredes de una casa a menos que se viviera en ella. Pero en el caso de Briggs, podía adivinar que vivía una vida sencilla.

Era como su sobrino en ese sentido.

Las ganas de correr hacia Griffin, de que me rodeara con sus brazos y ahuyentara esta sensación de malestar, eran tan fuertes que cuando conducía hacia la ciudad, tenía que mantener las dos manos en el volante para asegurarme de mantener el rumbo.



RIDGE

Estaba enfadado

Hoy no habría consuelo en sus brazos.

La comisaría seguía tranquila cuando volví. Me senté en mi escritorio y repetí la grabación de mi discusión con Briggs. Luego me puse a trabajar.

Se llevaron el bolso y la cartera para tomarles las huellas dactilares. Incluso con la grabación, tomé notas de cómo había surgido exactamente mi discusión con Briggs y cómo había encontrado los objetos en su casa. Luego me fui a visitar a Melina Green al trabajo.

Cuando llegué a la residencia, Melina estaba en el puesto de enfermería, sonriendo mientras charlaba con una compañera. Su sonrisa se borró cuando me vio. Melina se recuperó rápidamente y me saludó cuando me acerqué, pero el daño a mis sentimientos ya estaba hecho.

Yo sería para siempre la cara del peor día de su vida.

Era mi carga a soportar.

Se estaba recuperando y yo era un recordatorio inoportuno de su dolor. Con el tiempo, habría otros como Melina. Otros que se estremecerían cuando me vieran entrar en un restaurante. Otros que se volverían en dirección contraria cuando me vieran caminar por la acera.

—Hola, Melina. Perdona que te moleste. ¿Puedo tener cinco minutos?

—Por supuesto.

No me molesté en entablar una charla mientras la apartaba y le enseñaba el video del bolso. No lo reconoció y me aseguró que si Lily había comprado ese bolso, era el tipo de hija a la que le habría encantado exhibirlo ante su madre.

Melina tenía lágrimas en los ojos cuando me despedí.

Era temprano por la tarde cuando salí de la residencia de ancianos. Había papeleo que hacer en la estación. Los informes me esperaban para ser revisados. Comenzaba el proceso de elaboración de los presupuestos de la ciudad para el próximo año, y tenía que hacerme a la idea de los datos fiscales que Janice había preparado.

Pero no volví a mi mesa.

Conduje a casa, necesitando un par de horas a solas tras mis propias paredes para dejar respirar mis sentimientos. Luego iría a ver a mi abuelo y le prepararía la cena.

Excepto que el tiempo a solas no estaba en mi futuro.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

299



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

La camioneta de Griffin estaba estacionada frente a mi casa. En el momento en que entré en la calzada, salió del lado del conductor y se dirigió a mi porche. Incluso con las puertas cerradas, podía oír el ruido de sus botas en la acera.

Respiré con fuerza, sin reunir energía para esta lucha. No había dormido mucho anoche en el hospital, no sólo por la rigidez de la silla, sino también porque había agonizado sobre cómo decirle a Griffin que iba a llevar a Briggs para interrogarlo.

Sin decir nada, me uní a él en el porche, metí la llave en la cerradura y entré.

Me siguió hasta el salón, con olas de furia que irradiaban de su pecho.

Dejé que mi bolso cayera al suelo junto a mis zapatos, y luego miré a Griff, dispuesta a acabar con esta discusión.

Probablemente sería la última. Este era el final.

Más tarde, cuando estuviera sola en mi cama, lloraría la pérdida de Griffin. Mi rudo vaquero que llevaba tanto sobre sus anchos hombros. Lo extrañaría. Lloraría por lo que podríamos haber sido. Probablemente más de lo que había llorado por Skyler.

Incluso furioso, Griff era hermoso. Su mandíbula cincelada estaba apretada. Sus ojos, ocultos bajo esa gorra de béisbol que tanto me gustaba, estaban helados.

—Hablaste con Briggs. —Era una acusación, no una afirmación.

—Sí.

—Mamá y papá llamaron a su abogado. Él debe estar presente para cualquier otra discusión que tengan con mi tío.

—Está bien. Briggs podría haber pedido que un abogado estuviera allí hoy.

Griff miró a la pared, con la mandíbula palpitando mientras sus fosas nasales se ensanchaban.

—Está por toda la ciudad. Me he pasado por la cafetería. Lyla dice que le han preguntado unas cinco veces por qué han arrestado a Briggs hoy. Así que ahora mi familia está recibiendo llamadas telefónicas, teniendo que decir a todo el mundo que no fue arrestado y que sólo fue una reunión de rutina.

Maldito oficial Smith. Fue el único que me vio acompañar a Briggs a mi oficina. Ni siquiera Janice había estado cerca, ya que se había tomado un descanso para comer. Smith, ese imbécil, iba a aprender una lección de confidencialidad a primera hora de la mañana.

—Lo siento. Intenté ser discreta.

300



RIDGE

—Discreto hubiera sido tener esa conversación en cualquier lugar menos en la estación de policía. Discreto habría sido contármelo primero.

—Te lo dije primero —siséé, dando un paso adelante para clavarle un dedo en el pecho—. Fui a verte esta mañana. ¿Realmente crees que quiero hacer que Briggs quede como un tonto?

No contestó.

—Tomaré eso como un sí.

—Sé cómo funciona este pueblo. Hay muchos chismes.

—Algo que me has explicado muchas veces. La única persona en la estación era el oficial Smith. Interrogué a Briggs en mi oficina con la puerta cerrada. No había nadie presente. Grabé la discusión. Yo y solo yo. Pero tengo un trabajo que hacer.

—Un trabajo.

—Sí, un trabajo. —Levanté las manos—. ¿Sabes cuántas reglas he roto al decírtelo primero? Si alguien se enterara, mi investigación se vería comprometida.

—¿Qué investigación? ¿Qué crees que vas a encontrar? Esas chicas se suicidaron, Winn. Es jodidamente triste. Es jodidamente horrible. Pero es la verdad. Fue un suicidio.

—Pero, ¿y si no lo fuera? —Mi voz rebotó en las paredes—. ¿Y si no lo fuera, Griff?

—¿Crees que mi tío los mató?

—No, no lo sé —admití. Para él y para mí—. Eso no significa que pueda ignorar las preguntas. ¿Y si fuera tu hermana la que hubieras encontrado en Indigo Ridge? ¿Y si fuera Lyla o Eloise o Talia? No puedo vivir con los “y si”. No cuando podría tener el poder de borrarlos.

Expulsó el aire de sus pulmones en un suspiro.

—No te reprocho las preguntas. Sólo la forma.

—No puedo ser policía para todos en Quincy, pero no para ti. Y si realmente dieras un paso atrás, dejaras de actuar como una mula testaruda y recordaras que soy algo más que la mujer que comparte tu cama, te darías cuenta de que lo que me pides es imposible. Eso no es lo que soy, Griffin. Eso no es lo que quieres que sea.

—Yo no...

—Sí. —Suspiré—. Tú sí.



RIDGE

Se congeló. Los minutos pasaron.

En cualquier momento, saldría por la puerta y se iría de mi vida. Ya me dolía perderlo. Dios, me dolía.

Pero no me dejó. Su cuerpo se hundió y se quitó la gorra de béisbol, haciéndola volar por la habitación. Luego se pasó una mano por el cabello oscuro.

—Tienes razón.

El alivio fue tan profundo que me reí.

—Lo sé.

Apoyó los puños en las caderas.

—Estoy enojado.

—Afróntalo.

—Lo haré. —El brazo de Griff me rodeó los hombros y me atrajo hacia su pecho—. Lo siento.

Tal vez debería haber luchado por algo más que una disculpa de una sola palabra, pero dos segundos contra su cuerpo cálido y fuerte y lo dejé pasar. Después de mi abuelo y su infarto, de dos noches sin dormir y de la discusión con Briggs, no tenía fuerzas para discutir con Griffin. Así que rodeé su estrecha cintura con mis brazos y apreté mi mejilla contra su corazón y simplemente... respiré.

—Me tienes enredado, mujer. Tan jodidamente enredado.

—¿Quieres desenredarte? ¿Terminar?

Se apartó y sus manos se dirigieron a mi rostro, sus dedos se enroscaron en el cabello de mis sienes.

—No creo que pueda dejarte aunque lo intente.

—¿Aunque nos peleemos?

—Sobre todo cuando nos peleamos.

No era una declaración de amor. No era un compromiso para toda la vida. Pero esa declaración me conmovió tanto que las lágrimas inundaron mis ojos.

Mis padres solían pelearse. Mamá lo llamaba “pelea normal”.

En la escuela, cuando los padres de todos mis amigos se divorciaban, yo me preocupaba y me convencía de que mis padres también lo harían. Una noche, los oí discutir sobre algo. Los detalles se habían desvanecido con el tiempo, pero



RIDGE

cuando mi madre me encontró en mi habitación más tarde esa noche, llorando, se sentó en mi cama y prometió que la discusión era una pelea normal.

Me había dicho que un día, esperaba que encontrara un hombre que luchara conmigo. Que me amara incluso cuando quisiera estrangularme. Que nunca dejara de luchar porque lo que teníamos valía la pena unas cuantas palabras de enfado.

—Yo tampoco quiero dejarte —susurré.

—Oye. —Sus pulgares atraparon las dos lágrimas que se escaparon—. No puedes llorar, Winn. Me destruye. No llores, cariño.

Me sorbió el escozor de la nariz.

—Es que han sido unos días muy largos.

—Apóyate en mí. —Me besó la frente y luego me abrazó de nuevo, apretando tanto que si mis rodillas se doblaban, no bajaría ni un centímetro.

Me apoyé en él.

Y por primera vez en mucho tiempo, supe que el hombre que me sujetaba con fuerza no me dejaría caer.

RIDGE

19

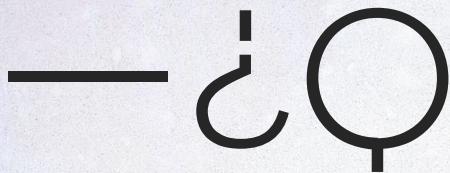


THE EDENS
19

Griffin

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.



ué es lo gracioso? —pregunté.

Winn había estado conteniendo las risas desde que salimos del mercado.

—Nada.

El tic de la comisura de su boca decía lo contrario.

—Nena. Dilo.

—Es que nunca he viajado en tu camioneta.

—De acuerdo —dije, deteniéndome frente a mi casa—. ¿Por qué es gracioso?

—Porque es asquerosa. —Su bonita risa se soltó—. Eres el hombre más limpio y ordenado que he conocido. Si dejo una migaja en la encimera, la limpias. Nunca he visto tus cestas rebosantes de ropa sucia. Cuando te afeitas, no hay pelo que no quites del desagüe. Pero esta camioneta...

Me encogí de hombros.

—Es una camioneta de rancho.

Mantenerla limpia era prácticamente imposible. Trabajar en la tierra todo el día significaba que inevitablemente la traería en mis botas. Lo mismo ocurría con la paja y el heno. Y la mayor parte del tiempo, prefería bajar las ventanas a usar el aire acondicionado, así que el polvo era un hecho.

—Me gusta que esté desordenada. —Se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó sobre la consola, para besar la parte inferior de mi mandíbula—. Te hace real.

—Soy lo más real posible para ti, Winslow. —Le acomodé un mechón de cabello detrás de la oreja.

Sus ojos azul oscuro se ablandaron y apoyó su mejilla en mi palma.

304



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Ninguno de los dos se movió. Nos quedamos sentados, tocándonos, con los ojos fijos mientras disfrutábamos del momento de tranquilidad.

Los momentos de calma habían sido escasos estas dos últimas semanas.

El tema de Briggs se había evitado casi siempre en ese tiempo. Era un tema difícil, para ambos.

Winn había hecho lo que tenía que hacer. Había hecho bien en ponerme en mi lugar. Mamá y papá también se habían puesto de su lado. Sí, habían llamado a un abogado, pero ninguno la había culpado por hacer algunas preguntas a Briggs.

Desde entonces, había pasado algún tiempo caminando por Indigo Ridge y los senderos que llevaban desde el acantilado hasta la cabaña de Briggs. Me había preguntado primero, dándome el mismo respeto que tendría con cualquier otro propietario de tierras. Por lo demás, se dedicó a hacer lo que tenía que hacer mientras yo me concentraba en el rancho.

Estábamos en plena temporada del heno de verano. Las hileradoras y empacadoras funcionaban de sol a sol. El final de julio era siempre un momento de gran actividad. Movíamos constantemente los rebaños de un pasto a otro para asegurarnos de que la hierba no se sobre pastoreaba durante estos calurosos días de verano. Había que fumigar las malas hierbas. Había que arreglar el equipo. Uno de nuestros tractores se había estropeado a principios de semana, así que había pasado la mayor parte de dos días con nuestro mecánico, ambos cubiertos de grasa, trabajando para arreglarlo.

Para cuando llegaba a casa cada noche, estaba muerto.

Winn había estado ocupada en la estación y pasando tiempo con Covie. Se iba cada mañana, y la preocupación diaria por ella se instalaba como una corriente subyacente al día. La distracción del trabajo ayudaba, pero no podía respirar realmente hasta que ella estuviera aquí. Bajo mi techo. En mi cama.

Me gustaba que mi casa se convirtiera en su lugar. Unas cuantas noches de esta semana, se adelantó a mi llegada. La encontré dentro, con los zapatos tirados junto a la puerta y vistiendo una de mis camisetas, su propia camisa del uniforme normalmente en el suelo junto a la cesta en lugar de dentro de ella. Una noche estaba en el porche, bebiendo una copa de vino.

Más pronto que tarde, quería que éste fuera su único santuario. Teniendo en cuenta que el resto de sus muebles habían llegado a su casa en la ciudad pero ella aún no los había sacado de la caja, lo tomaba como una buena señal.

—Será mejor que llevemos las compras adentro —dijo.



RIDGE

—Sí.

Se inclinó para darme un beso más y luego se bajó.

Me reuní con ella en el portón trasero, y lo abrí. Mientras ella se colocaba las bolsas de plástico en los antebrazos, yo hacía lo mismo antes de seguirla al interior. Luego salimos por la segunda carga, ya que mi nevera y mi despensa estaban casi vacías.

—¿Qué es esto? —preguntó, recogiendo el viejo tapacubos que Mateo había encontrado semanas atrás.

—Basura. ¿Sabes el lugar que compré cerca de Indigo Ridge, al otro lado de la carretera?

—Sí. —Arrastró su dedo por la palabra *Jeep*, grabada en el metal.

—Ese tipo tenía un millón de autos viejos estacionados por todas partes. Mateo lo encontró a lo largo del camino que lleva a la cresta. Creo que voy a estar encontrando partes oxidadas aquí y allá por el resto de mi vida.

—Ah. —La tiró más adentro dela camioneta antes de agarrar la última bolsa.

Trabajamos juntos en la cocina para guardar las cosas. Era sencillo. Aburrido. Pero algo de ir al mercado juntos, empujando un carro por los pasillos, de movernos por la cocina, me hizo enamorarme de ella un poco más.

Tal vez porque sentía que este espacio la había estado esperando todo el tiempo.

—Compramos toda esta comida. —Se paró frente al refrigerador abierto— . Y no tengo ni idea qué quiero cenar.

Me reí.

—¿Filete y patatas? Podría asarlas.

—Perfecto. ¿Qué puedo hacer?

—Besar al cocinero.

Cerró la nevera y se acercó a donde yo estaba, apoyado en la encimera, y se pegó a mi pecho. Sus manos rodearon mi cintura y se metieron bajo el dobladillo de la camiseta. En el momento en que sus palmas tocaron la piel de mi espalda, mi boca estaba sobre la de ella. Nuestras lenguas se enfrentaron en esa deliciosa guerra.

A segundos de arrancarle la camiseta, me quedé helado cuando oí que se abría la puerta principal.

306



RIDGE

—Griffin, si tienes la polla fuera, este es tu aviso de cinco segundos para guardarla antes de que lleguen las chicas. —La voz de Knox se extendió por el pasillo.

Aparté mi boca de la de Winn.

—Vete.

Me ignoró, saliendo de la entrada. Cuando entró en la cocina, fue hacia Winn.

—Hola, soy Knox.

Winn se aclaró la garganta y se apartó, dejando de proteger el bulto detrás de mi cremallera.

—Hola. Soy Winslow.

—Encantado de conocerte. —Le estrechó la mano y luego me lanzó una mirada—. Finalmente.

La cita para cenar que le había prometido en el restaurante no se había producido. En parte porque habíamos estado ocupado y porque ambos parecíamos contentos de encerrarnos juntos.

—Las chicas van a traer la cena. —Knox fue a la nevera y sacó una de mis cervezas—. Y yo me estoy tomando la rara noche de no estar a cargo de una comida.

—Espera. —Levanté un dedo—. ¿Qué cena?

—Mamá dijo que estabas en casa y que vio el auto de Winslow aquí. Así que estamos invadiendo. —Se volvió hacia Winn—. Asegurándonos de que sepas que no hay resentimientos por el asunto de Briggs y que el único que se enfadó por ello fue él.

Winn se relajó.

—Gracias.

—De nada. —Knox le guiñó un ojo.

Suspiré, agradecido por las muestras de apoyo aunque no me entusiasmara demasiado la idea.

—¿Así que todo el mundo viene aquí?

Knox negó.

—Mamá y papá ya tenían planes.

—¿Y si tuviéramos planes?

—¿Los tienen? —le preguntó Knox a Winn.



THE EDENS
1#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

307



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

—No. —Se rio—. Sólo la cena.

—¿Ves? —Me inclinó su cerveza y, después de un trago, volvió a la nevera para traerme una—. Bébete esto y relájate. Agradece que les hayamos dado este tiempo.

Agarré la botella, le quité la tapa y se la ofrecí a Winn.

—Puede que necesites esto.

—Las chicas van a traer sangría —dijo Knox.

—Oh, esperaré a eso. —Winn hizo un gesto con la mano para que dejara mi cerveza.

—Pero... —Knox levantó las cejas—. Eloise hizo la sangría.

Me estremecí.

—Cariño, será mejor que te quedes con la cerveza. O te abriré una botella de vino.

—¿Qué pasa con la sangría de Eloise? —preguntó.

—A mamá le gusta bromear diciendo que nos regaló a los niños su talento para la cocina, sólo que como les dio tanto a Knox y Lyla, para cuando nacieron Eloise y Mateo, no les quedó nada.

—Existe la posibilidad de que la sangría te mate —dijo Knox.

Winn me quitó la botella de cerveza de la mano.

Fui a la nevera por la mía. En el momento en que quité la tapa, la puerta principal se abrió de nuevo y el parloteo de voces fue como si alguien hubiera encontrado el dial de volumen de la casa y lo hubiera puesto al máximo.

—Cristo, son ruidosas —murmuró Knox.

—No puedes quejarte. —Le lancé una mirada fulminante—. Esto fue tu idea.

—En realidad, fue mía —Lyla entró en la cocina con tres recipientes de plástico, cada uno de un tono diferente de verde—. Hola, Winslow.

—Hola, Lyla —saludó Winn, y me alegré de que se lo tomara con calma.

Winn iba a formar parte de mi vida, sin condiciones, sólo con hechos, y mi familia la invadió. Era su naturaleza. Demonios, yo también los invadí. Aunque normalmente lo hacía pasando a verlos al trabajo en lugar de presentarme en su puerta.

Talia y Eloise entraron luego, la primera con una bandeja de hamburguesas y la segunda con una jarra de sangría.



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Hola, Winn. —Talia dejó las hamburguesas, luego rodeó la isla para abrazarla—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Covie?

—Estoy bien. Y él se siente mejor. Ligeramente molesto por la cantidad de verduras que he introducido en su vida.

—Bien. —Talia soltó a Winn, haciendo espacio para Eloise, que también le dio un abrazo.

—Hola, Winn.

—Hola, Eloise. ¿Cómo está tu hotel?

—Increíble. —Mi hermanita sonrió—. Técnicamente es el hotel de mamá y papá pero...

—Estarían perdidos sin ti. —Me acerqué para tirar de ella en un abrazo lateral—. Hola, chica.

Los ojos azules de Eloise brillaron mientras me sonreía.

—Hola, hermano mayor.

—¿Estás bien?

Ella asintió, relajándose a mi lado.

—Sólo estoy ocupada. Ya sabes cómo son los veranos.

The Eloise Inn era el corazón de Quincy.

Y Eloise era el corazón de la posada.

—Eloise es mi hermana favorita —le dije a Winn.

—Eh... —Los ojos de Winn se abrieron, mirando a mis otros hermanos—. ¿Se supone que debes decir eso en voz alta?

—Todos tenemos favoritos. —Knox se rio—. Lyla es la mía.

—Griff es mío —dijo Lyla, abriendo la tapa de un recipiente, inundando la cocina con un sabroso olor que me hizo rugir el estómago.

—Todos tienen favoritos. ¿De verdad? —Winn se rio, y luego señaló entre las gemelas—. ¿Y ustedes no son la una para la otra?

—A quien más quiero es a Lyla porque compartimos vientre —dijo Talia—. Pero mi favorito es Matty.

—¿Dónde está Mateo? —pregunté, manteniendo un brazo alrededor de Eloise mientras el otro inclinaba la botella de cerveza hacia mis labios.

En el momento justo, la puerta principal se abrió de golpe.

—¡La fiesta está aquí!



THE EDENS

1 #

309



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

—Estaba a cargo de la cerveza. —Knox se acercó y me dio una palmada en el hombro—. Espero que las sábanas de las habitaciones de invitados estén limpias.

—Demonios. —Incliné la cara hacia el techo.

Así que no sólo iban a cenar, sino que también iban a emborracharse y quedarse a dormir.

Ahora tenía sentido por qué mamá y papá habían optado por faltar.

Seguramente sospechaban que esta cena se iba a poner ruidosa.

Lo haría.

Eloise convenció a todos para que probaran su sangría, prometiendo que nadie moriría. Hubo muchas muecas, pero la jarra se vació y mis hermanas se emborracharon.

—Vamos a encender un fuego. —Talia se levantó de su asiento en la terraza que daba al patio trasero. Dio los primeros pasos hacia la escalera que conducía a la hoguera.

—¡Sí! —animó Lyla—. Y hacer s'mores.

—No. —Sacudí la cabeza—. Está demasiado seco para hacer fuego.

—No eres divertido —balbuceó Eloise desde su silla junto a la mía. Sus párpados estaban apenas abiertos como rendijas—. Winn, tu novio es un desastre.

Se rio desde su asiento en mi regazo.

—No es tan malo.

—No te ofendas, Winnn —dijo Mateo desde su asiento junto a Eloise—, pero tu opinión no cuenta. Eres la única que podrá ver a Griff divertido esta noche.

—Eww. —Talia tuvo una arcada.

—Fue demasiado, Mateo. —Lyla se estremeció.

Winn enterró su cara en mi hombro y se rio.

—Mateo, ¿recuerdas cuando Griff era el hermano divertido? —preguntó Eloise.

—Griff nunca fue divertido.

—¿Disculpa? —Me incliné hacia delante para lanzarle una mirada—. Te compré cerveza cuando eras menor de edad.

Mateo se burló.

310



RIDGE

—Cuando tenía veinte años. Seis días antes de cumplir los veintiuno. Eso no es divertido.

Winn se sentó con la espalda recta.

—¿Contribuiste a la delincuencia de menores?

—No escuches. —Le tapé los oídos con las palmas de las manos—. Me están matando esta noche.

Knox salió de la casa con dos cervezas frescas, y me entregó una.

—Parece que necesitas esto.

—Gracias —murmuré—. Voy a empezar a cerrar la maldita puerta.

Winn se acurrucó más, besando mi mejilla.

—Te estás divirtiendo.

—Sí, lo estoy. —Sonréí, abrazándola mientras ella bostezaba.

El sol se había puesto hacía horas. Las estrellas ofrecían su espectáculo nocturno, parpadeando desde su trono en el cielo de medianoche.

Estaba agotado, y aunque mañana —hoy— era domingo, mi lista de tareas era larga. Pero no quería estar en ningún otro sitio que no fuera esta silla con Winn en mi regazo, escuchando cómo mis hermanos y hermanas me acribillaban sin piedad.

—¿Qué más podemos decirle a Winn? —preguntó Lyla.

—Nada —refunfuñé—. Ya han hecho bastante.

Cualquier historia vergonzosa de mi vida, la habían contado. *Idiotas*.

—¿Y aquella vez que lo atraparon en primer año con aquella chica bajo las gradas en el partido de fútbol? —preguntó Mateo.

—No, gracias. —Winn le hizo un gesto para que no hablara—. Dejemos de lado eso, por favor.

—No fui yo —dije—. Fue Knox.

—Y esa fue una noche divertida. —Knox se rio—. Perdí mi virginidad esa noche.

—Demasiada información. —Eloise se levantó de su silla—. Necesito ir a la cama.

—Voy a ayudar. —Le di un codazo a Winn, los dos nos pusimos de pie para ayudar, porque Eloise parecía estar a cinco segundos de desmayarse.

—¿Dónde van a dormir? —preguntó Mateo.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

RIDGE

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

Mientras empezaban a debatir quién se quedaba con cada habitación, conduje a Eloise al interior con Winn.

La entrada dividía mi casa por la mitad, con la cocina al fondo. En una mitad estaba el salón, el despacho y el dormitorio principal. En la otra, tres dormitorios de invitados y dos baños.

El arquitecto que había contratado para diseñar este lugar había bromeado una vez sobre la necesidad de tener abundantes dormitorios. Nos habíamos reunido en la ciudad para discutir los planos, y durante ese almuerzo, cada uno de mis hermanos y mis padres se habían detenido para ofrecer sus opiniones.

Durante años, había vivido en el desván, encima del granero, en casa de mamá y papá. Era donde vivía Mateo en ese momento. Pero al hacerme mayor, había llegado el momento de construir mi propia casa.

Sabiendo que éste era mi hogar para siempre, me había gastado el dinero. Me había dado mucho espacio, no sólo para la familia que podría tener, sino para la que ya tenía.

La primera habitación de invitados tenía tres camas individuales, dos en la parte superior y una en la inferior junto a una cómoda. Las paredes estaban revestidas de una madera de barniz desgastada, muy parecida al revestimiento que cubría mi granero actual. Las paredes grises y marrones le daban suficiente carácter como para no tener que comprar arte.

Aparté las mantas de la cama de abajo, haciendo espacio para Eloise.

—Le traeré un vaso de agua. —Winn se escabulló mientras yo ayudaba a mi hermana a quitarse los zapatos.

—La quiero, Griffin. —Eloise me dedicó una sonrisa soñadora—. Pero cuando te cases con ella y tengas bebés, no quites mis literas.

—De acuerdo. —Me reí, arropándola. De la misma manera que la arropaba de niña cuando cuidaba a mamá y papá para tener una cita nocturna.

Winn volvió con un vaso de agua.

—Buenas noches, Eloise.

—Buenas noches, Winn.

Besé la frente de mi hermana, y luego salí de la habitación, apagando la luz.

—Vamos, cariño. —Tomé la mano de Winn y la conduje por el pasillo, pasando por la sala de estar y la cocina hasta nuestro lado de la casa.

Los techos abovedados del dormitorio principal estaban revestidos de gruesas vigas de madera, como los del salón. La chimenea de la esquina del

312



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJOO A GRIFFIN.

Griffin.

dormitorio tenía un hogar de piedra que iba del suelo al techo. Unas grandes puertas se abrían al extremo más alejado de la terraza; mis otros hermanos seguían hablando y riendo fuera.

En el momento en que cerré la puerta, Winn empezó a desabrochar los botones de la franela que había robado del vestidor antes, cuando había tenido frío fuera.

—Estoy agotada —dijo—. Espero que no les importe que hayamos desaparecido.

—No lo harán. —Me hice cargo de ella, desabrochando los botones. Luego le quité la camisa y la dejé a sus pies.

—He olvidado cómo es esto.

—¿Qué cosa?

—Las reuniones familiares.

—¿Quieres decir que has olvidado lo ruidosos y odiosos que pueden ser?

—Y maravillosos y entretenidos.

Puse mis manos en su cabello, amasando su cuero cabelludo.

—¿Tenías este tipo de noches con tus padres?

—Las teníamos. —Me sonrió con tristeza, y su cabeza se inclinó hacia mi contacto—. Era con sus amigos, ya que no tenían hermanos, pero de niña organizaban barbacoas de verano y todos se reían durante horas y horas. Como esta noche. Esto fue divertido. Lo necesitaba.

—Me alegro.

—¿Te has divertido?

—Sí. Aunque algunas de esas historias no eran exactamente las que quería que escucharas.

Se rio.

—¿Realmente corriste por la calle principal con una máscara de gorila en la cabeza?

—Sí —murmuré.

Knox le había contado que perdí una apuesta en mi último año y que el precio fue una carrera desnudo por Main. Por suerte, no se había estipulado que tuviera que mantener la cabeza al descubierto, así que tomé prestada la máscara de la reserva de disfraces de Halloween de un amigo.

—Hasta hoy, no creo que mamá sepa que fui yo.

313



DEVNEY PERRY

INDIGO



THE EDENS

#

RIDGE

—Quiero estar allí el día que se entere.

Mi corazón se hinchó.

—Lo estarás.

—Tu familia es increíble. Tienes suerte de tenerlos.

—La tengo. —Asentí.

Era demasiado pronto para declarar que también serían de ella. Esta noche, cada uno de mis hermanos había encontrado un momento de tranquilidad, como Eloise antes de dormirse, para decirme que querían a Winn.

—Ahora te han reclamado.

Ella fijó sus ojos en los míos.

—¿Lo han hecho? ¿Y qué hay de ti?

—Oh, te reclamé hace mucho tiempo. —La noche que la conocí en Willie's. No me había dado cuenta en ese momento, pero desde esa noche, ella había sido mía.

—¿Qué estamos haciendo, Griffin?

—Pensé que era algo obvio. —Enamorarse de ella había sido fácil.

—Sí —susurró—. Supongo que sí.

Abrí la boca para decir las palabras, pero dudé. Esta noche no. No con mis hermanos y hermanas fuera, con sus risas rebotando en las paredes. No cuando no la había llevado a una primera cita.

Las palabras llegarían con el tiempo.

Así que dejé caer mis labios sobre los suyos, empezando por un lento enredo. El calor aumentó gradualmente pero con intensidad, como el sol en un día claro de julio.

Sin ropa, con su piel desnuda contra la mía, nos corrimos juntos. Un deslizamiento resbaladizo de mi cuerpo en el de ella, y no hubo nada que nos separara.

No necesitábamos las palabras. Sus ojos se clavaron en los míos mientras los dedos de sus pies se enroscaban en mis pantorrillas, mientras su cuerpo temblaba bajo el mío.

No necesitamos las palabras.

Esta noche, vivirlas era suficiente.



RIDGE

20



Winslow

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—H

oy voy a pasar un rato con mi abuelo —le dije a Griffin mientras desayunábamos en la isla de la cocina.

—Tengo que ir a la parte sur del rancho donde tenemos algunos caballos pastando y asegurarme de que el arroyo todavía tiene suficiente agua para ellos. Si está demasiado seco, y sospecho que se está poniendo así dado el calor que ha hecho toda la semana, tendré que acercarlos a un manantial. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Cuánto tiempo va a tardar?

—Probablemente la mayor parte del día.

A pesar de lo maravilloso que sonaba un sábado con Griff en el rancho, no había pasado suficiente tiempo con mi abuelo en las últimas dos semanas. O en mi propia casa. Desde la noche de la improvisada cena de hermanos aquí, no había ido a mi casa más que cinco minutos para buscar el correo.

—Será mejor que me pierda eso. Tengo que ir a la casa a limpiar. Está polvorienta. Tal vez construir ese soporte para el televisor que ha estado en la caja.

Griffin dejó su tenedor, girando en su asiento para mirarme.

—O... no armas el soporte.

—Mi televisor está en el suelo.

—Pero ese no lo está. —Señaló por encima de mi hombro la pantalla plana montada sobre la chimenea del salón.

—En algún momento, voy a querer ver la televisión en casa y no tener que sentarme en el suelo para que esté a la altura de los ojos.

—¿Cuántos minutos has visto la televisión en tu casa en el último mes?

THE EDENS
1 #

315



RIDGE

—Cero.

—Exactamente.

—Pero ya he comprado el soporte. ¿Por qué no iba a armarlo?

—Porque no lo necesitas.

—Lo necesito.

—Winslow —dijo mi nombre de una manera que sonaba como si estuviera perdiendo el punto.

—Griffin.

—Aquí miras televisión. Duermes aquí. Tus cosas están por todo el baño y tu ropa cubre el suelo del armario.

—Tengo que lavar la ropa.

—Sí, y cuando hagas la colada, estará en la lavadora y la secadora justo al final de ese pasillo. —Señaló con la cabeza hacia el lavadero.

—¿No quieres que use la lavadora y la secadora?

—No. —Se rio, sacudiendo la cabeza—. Son tuyas. Igual que el baño, el dormitorio, el suelo del armario, esta cocina, ese televisor. Esta casa es tuya.

Parpadeé.

—¿Eh?

Volvió a reírse, ajustando su ancha palma a mi nuca.

—Piénsalo bien. Si quieras mantener tu casa en la ciudad durante un tiempo, me parece bien. Si quieras ponerla a la venta antes de que termine el verano y el mercado tenga su caída estacional, entonces nos pondremos en contacto con tu agente inmobiliario y traeremos el remolque a la ciudad para trasladar todo aquí.

Me quedé boquiabierta cuando se bajó del taburete, me besó la frente y desapareció hacia el dormitorio, probablemente para buscar unos calcetines y poder seguir con su día.

¿Me acababa de pedir que me mude? ¿Que viva aquí? En realidad, no. No me lo había pedido. No había habido ni una sola pregunta mezclada con su cadena de afirmaciones.

¿Quería mudarme? Sí. Me encantaba esta casa. Me encantaba la comodidad que suponía salir de la autopista y entrar en su tranquilo camino de grava. Me encantaban las puestas de sol en el porche y despertarme en los brazos de Griffin.

316



RIDGE

Pero era demasiado pronto, ¿no? Había vivido con Skyler durante años. Acababa de separar mi vida de la de otro hombre. Y amaba mi pequeña casa en la ciudad.

Esa linda y encantadora casa con la puerta roja que había descuidado durante semanas y semanas.

Griffin, con los pies en calcetines, se acercó sigilosamente a mí, todavía congelada en mi taburete.

Le hice un gesto para que se alejara cuando alcanzó nuestros platos.

—Yo limpiaré.

—De acuerdo. —Me besó la cabeza—. Nos vemos luego. ¿Cenamos?

Asentí.

—Que tengas un buen día, cariño.

—Tú también —murmuré, las palabras salieron en piloto automático.

No fue hasta que salió por la puerta y el ruido de su camioneta desapareció que me sacudí de mi propia cabeza y cargué el lavavajillas. Luego fui al dormitorio y agarré una carga de ropa para lavar.

Trabajé en la casa durante un par de horas mientras esperaba para pasar la ropa a la secadora. Limpié el polvo del salón. Aspiré los dormitorios. Trapeé los pisos.

¿Debería mudarme? Tal vez esa pregunta era innecesaria.

Todas las bragas que tenía estaban bajo este techo. La mayoría estaban en el cesto, o en los alrededores del cesto. Pero las demás estaban guardadas en un cajón del armario. Me había dado tres cajones, la mitad de la cómoda. Lo mismo ocurría en el baño.

Limpiaba. Traía la comida aquí después del trabajo. Mi Durango estaba estacionada aquí siempre que estaba de servicio y conducía el Explorer de la estación. Lo único que faltaba era mi correo en el buzón.

Excepto que sabía que si esto se terminaba, tenía un lugar donde ir.

En el fondo, quizás ese era el problema. Tal vez esa era la razón por la que no podía encontrarme diciendo inmediatamente que sí.

Porque todavía él no había dicho esas dos palabras. Ni yo tampoco.

Cada vez que me besaba, cada vez que me hacía el amor, las sentía.

Entonces, ¿por qué no podía darles voz?



THE EDENS

#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

317



RIDGE

Para cuando la secadora sonó y mi ropa limpia estaba en un cajón o colgada en la barra del armario, todavía no estaba segura de qué hacer. Así que me dirigí a la ciudad para visitar al hombre cuyos abrazos siempre me ponían los pies en la tierra.

Mi abuelo abrió la puerta de su casa antes de que yo hubiera apagado mi Durango. Cuando salí, levantó una mano, deteniendo mis pasos en la acera.

—Voy a advertirte ahora mismo, Winnie. He desayunado tocino. La casa y mi ropa apestan a eso. Sé que no está en mi dieta, pero maldita sea, voy a comerlo una vez a la semana. Tal vez dos veces.

—De acuerdo. —Me reí y caminé hacia sus brazos extendidos. Como era de esperar, un abrazo y ya estaba más firme—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Productivo. He cortado el césped esta mañana. Ordené la casa. Ahora puedo relajarme con mi mejor chica.

—Será mejor que estés hablando de mí.

Se rio y me pasó un brazo por los hombros para llevarme al interior.

—Sabes que sí.

Nos acomodamos en la cubierta trasera, observando la corriente del río. El remolino, las ondas a lo largo de las orillas, eran tan relajantes como una puesta de sol en el porche de Griff.

Mi porche. Podría ser mi porche.

—Te ves bien hoy —dijo.

—¿En serio? —Llevaba una sencilla camiseta blanca de tirantes, vaqueros cortos y zapatillas.

—No es tu ropa, cariño. —Sus ojos se suavizaron—. ¿Eres feliz aquí? ¿En Quincy?

—Sí. Me gusta Quincy.

—O tal vez sea Griffin.

—Tal vez. —Sonréí—. Me pidió que me mudara con él.

—¿Sí? ¿Y qué has dicho?

—Nada. Todavía. No estoy segura de qué hacer. Es pronto.

—Pfft. Lo pronto es relativo.

—He vivido con Skyler durante años. ¿No crees que necesito estar por mi cuenta durante un tiempo?



RIDGE

—Winnie, puede que hayas vivido con Skyler, pero créeme cuando te digo que estabas sola.

Abrí la boca para discutir, pero las palabras murieron en mi lengua. Tenía razón. Había vivido con Skyler, habíamos sido novios, y definitivamente había estado sola.

—Ustedes dos coexistieron —dijo—. Eso no es lo mismo que el compañerismo.

—Creo que no me di cuenta de lo sola que estaba en Bozeman —admití—. Desde mamá y papá.

Y entonces llegué aquí, y desde la primera noche, tuve a Griffin. Él había ahuyentado esa soledad con tal ferocidad, que ni siquiera me había dado cuenta de cuánto había necesitado que alguien irrumpiera en mi vida y la sacudiera.

—Pasaste por un terrible calvario —dijo.

—Y tú también.

Se acercó y puso su mano sobre la mía.

—No es lo mismo.

Por primera vez en semanas, pensé en el accidente. Había pasado... ¿cuánto tiempo había pasado? La última pesadilla que recordaba había sido después del cuatro de julio. Tuve semanas de sueño tranquilo y Griffin fue la causa.

—Ayer tomé una decisión. —Me dio unas palmaditas en los nudillos—. Quiero que seas la primera en saberlo.

—Te estás retirando.

Asintió.

—Ya es hora. Este pequeño golpe de salud puso las cosas en perspectiva.

—¿Pequeño golpe? —Puse los ojos en blanco—. Tuviste un infarto.

—Leve.

—Un ataque al corazón, leve o no, no es un golpe.

—Llámalo como quieras, pero me hizo darme cuenta de que prefiero pasar el resto de mi tiempo sin acidez. Veo a esos otros veteranos sentados en la tienda de Lyla cada mañana, hablando del tiempo y de los cotilleos del pueblo. Creo que eso me vendría bien.

—Te vas a aburrir.

—Garantizado. Probablemente te volveré loca. Iré a visitarte sin avisar. Me quedaré sin invitación.



RIDGE



THE EDENS
1 #

Me reí.

—En ese caso, apoyo totalmente tu retiro.

—Bien.

—Estoy orgullosa de ti, abuelo. Todo lo que has hecho por Quincy.

—¿Sabes, Winnie? —Se sentó un poco más recto—. Yo también estoy orgulloso de mí. Ha sido una buena carrera como alcalde. Una larga y buena carrera. Pero tienes que prometerme una cosa.

—Dilo.

Se inclinó cerca.

—El día que despidas a Tom Smith, me lo dirás a mí primero.

—Trato. Bueno, le diré a Tom Smith primero. Pero a ti segundo.

—Antes de Griff.

—Antes de Griff. —Le guiñé un ojo—. Espero que quien se convierta en mi nuevo jefe sea tan genial como tú.

—Eres parcial.

—No, no lo soy.

En el poco tiempo que llevaba aquí, mi abuelo me había dado libertad para hacer mi trabajo. Siempre estaba ahí como recurso, pero no gestionaba la estación ni exigía saber qué pasaba con determinados casos.

Estaba segura de que Frank le había echado la bronca a mi abuelo por lo de Briggs Eden, pero no se había metido en la pelea. Confiaba en que yo haría mi trabajo y tomaría la decisión correcta.

—¿Puedo hablar contigo de algo confidencial? ¿Mientras seas mi jefe?

—Soy todo oídos.

—Se trata de Lily Green y Harmony Hardt.

Le conté lo de la cartera y el bolso. De cómo los había encontrado en la cabaña de Briggs Eden y de todo lo que me había contado cuando lo llevé a la estación el mes pasado.

Era toda la información que no había querido cargarle después de su ataque al corazón. Eso y nada más había salido de mi investigación. No había más pistas que seguir, ni preguntas que hacer. Los chismes sobre Briggs también se habían desvanecido en su mayoría.

RIDGE

—No había más huellas dactilares que las de Briggs —dije—. Ni siquiera las huellas de las chicas. Lo que me lleva a creer que alguien los puso allí para que Briggs los encontrara.

—¿Por qué?

—No estoy segura. —Llevaba un mes molestándome, pero al darle vueltas en mi cabeza, una y otra vez, nada tenía sentido. Incluso había llamado a Cole en Bozeman para conocer la opinión de mi antiguo compañero sobre el caso.

Cole había estado tan atascado como yo.

Y sin pruebas, estaba atascada.

—Tal vez alguien está tratando de ponerle una trampa a Briggs —dije—. Para vincularlo tanto a Lily como a Harmony. Ese bolso podría ser una réplica del de Harmony. Tal vez era de Lily.

Sin huellas dactilares, no estaba segura. Había intentado buscar una compra reciente en los extractos de la tarjeta de crédito de Lily, pero no había nada que demostrara que había comprado un bolso de cuero. Incluso me había pasado por algunas tiendas del centro para ver si lo vendían y nadie lo había reconocido.

—Si el bolso era de Lily, eso explicaría porqué estaba en tan buen estado —dije—. Quizá lo compró y nunca se lo enseñó a su madre. —Y explicaría por qué había estado con la cartera—. Puede que se deshiciera de ambos antes...

—Pobre chica. —Mi abuelo sacudió la cabeza.

—Hay una opción más. Briggs podría haber estado allí las noches que murieron, y se llevó el bolso de Harmony y la cartera de Lily.

—¿Y luego dejó sus trofeos en una estantería para que los vieras? —Suspiró—. Es una exageración.

—Tal vez no recuerda dónde los encontró. Tal vez no estaba lúcido.

—Por Lily, es probable. Por todo lo que me ha dicho, está decayendo. Pero Harmony Hardt murió hace años. No creo que Briggs haya experimentado síntomas graves durante mucho tiempo. Déjame hacer de abogado del diablo. ¿Y si estuvo allí? ¿Y si él tuvo algo que ver?

—No tengo pruebas. —Especulaciones, sin embargo, tenía en abundancia—. Alguien podría estar tendiéndole una trampa. Alguien que quería que pensara que podría haber tenido que ver con sus muertes.

—¿Quién?

Me encogí de hombros.

—La única persona a la que he oído hablar mal de él es Frank.



RIDGE

—Y eso es todo un viejo drama. —Mi abuelo se desentendió de ello—. Frank es un buen amigo, pero entre tú y yo, siempre ha tenido un problema con los Eden. Son celos. Simple y llanamente. Así que toma lo que te ha dicho con pinzas.

—Lo he hecho. —Suspiré—. Es que... siento que he defraudado a estas chicas.

—Quieres respuestas.

—Mucho. —Para sus familias—. Me falta una pieza. Si Lily hubiera dejado una nota de suicidio o hubiera habido una señal de que estaba luchando, tal vez no me sentiría así. Pero tal como está, no puedo dejarlo pasar.

—Tienes que hacerlo. —Puso su mano en mi antebrazo—. Lo digo como tu jefe. Has hecho todo lo posible para dar sentido a sus muertes. Pero, Winnie, la gente pasa por momentos oscuros. Tú lo sabes.

—Lo hago.

—No siempre tiene sentido.

—Tienes razón. —Mis hombros se desplomaron—. Estaba lista para guardarla. Para dejarlo ir. Entonces aparecieron el bolso y la cartera, y yo sólo... gah. Odio los callejones sin salida.

—Existen para torturar a gente como tú.

—No te equivocas.

—¿Qué dice Griffin de todo esto?

Desde nuestra pelea de hace un mes, Griff no había sacado el tema de Briggs más que para ponerme al día de lo que habían encontrado los médicos.

Harrison lo había llevado regularmente a ver a un especialista. No había mucho que pudieran hacer, pero lo habían inscrito en un ensayo de un medicamento y todos tenían la esperanza de que detuviera la progresión de la demencia. Pero era pronto y el camino era largo.

—Griff sabe que tengo un trabajo que hacer y respeta mi posición —dije.

—Porque es un buen hombre.

—Lo es.

—Mucho mejor que Skyler —escupió el nombre con una curvatura de labios.

—Pensé que te gustaba Skyler.

Arqueó una ceja blanca.



RIDGE

—No. Nunca fue lo suficientemente bueno para ti. Tus padres pensaban lo mismo.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta. Mamá y papá siempre habían sido muy amables con Skyler. Nos habían invitado a cenar. Nos habían ayudado a mudarnos juntos—. ¿Por qué dices eso?

—Es un imbécil. —Se rio, con el pecho temblando—. Solíamos hablar de él a tus espaldas.

—¿Lo hicieron? —Le di un golpe en el hombro—. ¿Por qué nadie me lo dijo?

—Todos sabíamos que al final te darías cuenta. Aunque creo que tu padre estaba perdiendo la paciencia. Cuando te comprometiste, estuvo a punto de perderlo. El imbécil ni siquiera se molestó en pedirle permiso.

No podía creer que estuviera escuchando esto. Me quedé mirando sin pestañear el perfil de mi abuelo mientras observaba la corriente del río como si no acabara de lanzar una bomba sobre mi regazo.

A mis padres no les gustaba Skyler. Si alguien que no fuera él me lo hubiera dicho, no lo creería.

Pero en cierto modo, me hizo sentir mejor. Habían llegado a la misma conclusión que yo, aunque mucho antes.

—Vaya. —Sacudí la cabeza—. ¿Y Griffin? ¿Hay algo que quieras decirme ahora?

Mi abuelo se volvió y sonrió tristemente.

—Les encantaría Griffin.

Me llevé una mano al corazón mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Papá habría dejado todo para ayudarme a trasladar mis cosas a la casa de Griffin. A mamá le habría encantado sentarse en el porche para ver la puesta de sol tras las montañas.

—Ojalá pudieran conocerlo —susurré.

—Lo conocieron.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Oh, tuvo que ser hace años. Vinieron de visita. Tú estabas ocupada trabajando, así que fueron sólo ellos durante un fin de semana. Fuimos todos a Willie's a tomar algo. Harrison y Griffin estaban allí.

—Griff no me lo dijo.

—El bar estaba lleno y él no es precisamente desconocido. Pero recuerdo que tu madre hizo el comentario de que deseaba que encontraras un hombre así.



RIDGE

Un vaquero sexy. Tu padre se burló de ella sin piedad por eso. Dijo que iba a comprar botas para llevarlas desnudo por la casa.

—Oh, Dios mío. —Enterré la cara entre las manos, dividida entre la risa y el llanto. Porque eso era tan de ellos. Y el hecho de que conocieran a Griff, el solo hecho de saber que habían visto su rostro... No sabía por qué era importante para mí, pero lo era.

Las lágrimas se impusieron a las risas, y mientras unas cuantas se filtraban por mi cara, mi abuelo me puso la mano en el hombro.

—Los echo de menos.

—Yo también —dijo.

—Gracias por decírmelo.

—No hablamos de ellos lo suficiente, cariño.

—Eso es mi culpa. —Había sido demasiado duro durante demasiado tiempo.

—Me gustaría. Si te parece bien.

Asentí.

—A mí también me gustaría, abuelo.

Me apretó el hombro y se puso de pie.

—¿Quieres un bocadillo? Tengo hambre.

—Puedo ir a buscarlos.

—Tú te quedas ahí.

El sonido del río era mi banda sonora mientras repetía mi conversación con el abuelo. Durante demasiado tiempo, había mantenido a mamá y a papá cerca. Había atesorado sus recuerdos. Pero necesitábamos traerlos a nuestras vidas.

Puede que Griffin no los conociera como Skyler, pero eso no significaba que no pudiera. A través de mis recuerdos, los conocería. A través de mi amor por ellos, serían parte de nuestro futuro.

Mi abuelo volvió con un plato rebosante de uvas rojas, galletas integrales y zanahorias pequeñas. Todas las cosas que le había traído a principios de esta semana.

—¿Tienes prisa por volver a casa? —preguntó cuando el plato estuvo vacío.

—No. ¿Por qué?

—¿Jugamos partida de backgammon?



THE EDENS
1#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

324



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Eso sería divertido. —No había jugado en años. No desde antes de que papá muriera. Backgammon había sido su juego favorito para jugar con papá. Luego me había enseñado.

Mi abuelo y yo jugamos durante horas, hasta que el calor del sol de la tarde nos hizo entrar en la mesa del comedor, donde jugamos una última partida.

—Ha sido divertido. —Sonrió mientras guardaba la tabla.

—Seguro que sí. Pero será mejor que me vaya a casa.

—¿Qué casa?

—De Griffin —corregí, rodeando su cintura con mis brazos—. Gracias, abuelo.

—Te quiero, cariño. —Me abrazó más fuerte y luego me dejó ir—. Que tengas una buena noche.

—Yo también te quiero. Adiós.

Habíamos jugado más tiempo del que esperaba y, cuando salí, ya era casi la hora de cenar. Saqué mi teléfono personal del bolsillo; el teléfono de la estación estaba en el otro, y aunque llevar dos teléfonos era un gran fastidio, desde el infarto de mi abuelo no había ido a ningún sitio sin ninguno de los dos, completamente cargados.

Estaba a punto de llamar a Griffin para ver si quería que me detuviera en el centro y comprara algo para la cena, pero antes de que pudiera desbloquear la pantalla, el ruido metálico sobre metal llegó desde la casa de al lado.

—Hola, hermosa —dijo Frank desde el garaje. Llevaba vaqueros manchados de grasa. Un trapo rojo colgaba de un bolsillo delantero.

—Hola. —Guardé mi teléfono y sonréí, ahogando un suspiro cuando me hizo un gesto para que me acercara.

Su actitud hacia Griffin en el hospital todavía me irritaba, pero se trataba de Frank. Era el mejor amigo de mi abuelo y el tipo que había estado allí cuando yo no había estado para llevar a mi abuelo al hospital.

—¿Cómo estás? —pregunté, entrando en el garaje. El olor a metal y a aceite era tan fuerte que frunció la nariz.

—Oh, bien. —Extendió una mano hacia el Jeep—. Este vehículo podría ser mi muerte. Especialmente si Rain sigue perdiendo partes.

Me reí.

—¿Cómo perdió partes?

325



RIDGE

—Dios, si tuviera las respuestas para resolver el misterio que es mi amada esposa. —Se rio y pateó un neumático con su bota.

—¡Frank... oh, Winnie! —Rain asomó la cabeza por la puerta que conectaba la casa con el garaje y, al verme, salió corriendo, para abrazarme. Llevaba un delantal bien atado y sostenía un ablandador de carne.

—Hola, Rain.

La había visto unas cuantas veces desde que me mudé a Quincy, cada vez que iba y venía a visitar al abuelo. Era una de esas mujeres afortunadas que no parecían envejecer. Tenía el mismo cabello castaño claro que siempre recordaba, su piel era suave excepto por algunas líneas finas alrededor de los ojos y la boca. Su abrazo era tan feroz como los que recordaba de mi infancia.

Mamá siempre había bromeado diciendo que para ser una mujer delgada, Rain era tan fuerte como un buey.

—¿Estás cocinando? —Señalé con la cabeza el mazo.

—Lo estoy. —Lo sacudió y se rio—. Filete de pollo frito. El favorito de Frank. ¿Cómo estás, pajarito?

—Bien. —Sonréí ante el mismo apodo que me había puesto desde que era una niña—. Frank me estaba hablando de unas piezas que faltan para el Jeep. ¿Te volviste loca limpiando el garaje?

—Nunca. —Se rio—. Este es su lío.

—¿Entonces cómo perdiste una parte? —pregunté.

—Conduciendo —respondió Frank—. De alguna manera este verano, perdió un tapacubos.

Un tapacubos. Al neumático que había pateado le faltaba el tapón. Mis ojos se dirigieron a la rueda delantera. Estaba tapado con el tapacubos que había visto en la parte trasera de la camioneta de Griffin semanas atrás en una carrera de la tienda de comestibles. El que me había dicho que Mateo había encontrado en el camino a Indigo Ridge.

—Vi un tapacubos como este... —Encerré mi mirada con la de Rain—. No me di cuenta de que conducías el Jeep.

Su sonrisa vaciló.

—Bueno, claro. Es mi único auto.

—Por qué iba a ir por la carretera de Indigo Ridge? Eso era propiedad privada.



RIDGE

Algo me punzó en la nuca. Una sensación de malestar. No necesitaba un espejo para ver cómo se me iba el color de la cara.

Rain debió haberlo notado también.

—Frank, cierra la puerta.

Tardé tres segundos de más en registrar esa frase. Tardé tres segundos de más en mirar entre mis amigos de toda la vida y darme cuenta de lo que estaba viendo. Porque en esos tres segundos, Frank golpeó el mando de la puerta del garaje enganchado al espejo del lado del conductor del Jeep.

Y Rain levantó el mazo.

Tardé tres segundos de más en alejar mis prejuicios personales y comprender que esas personas —vecinos, amigos— no eran lo que parecían.

Tres segundos de más.

Antes de que se apagaran las luces.



RIDGE

21



THE EDENS
1 #

Griffin

Hola, has llamado a Winslow Covington. Por favor, deja un mensaje y te devolveré la llamada lo antes posible. Si se trata de una emergencia, por favor corta y marca el 9-1-1.

Gruñí al escuchar el saludo del buzón de voz y volví a comprobar la hora: 7:48

Las noches de verano eran largas en Montana y la luz del día duraría casi una hora más, pero se estaba haciendo tarde. Se había perdido la cena. Había quedado en cenar, ¿no? La había dejado conmocionada esta mañana, pero Winn no era de las que se van sin llamar antes.

Durante la última hora, había asumido que algo había sucedido en la estación. Tal vez un accidente o un agente que había avisado de que estaba enferma. Pero a medida que pasaban los minutos y ella seguía sin devolverme las llamadas, el revuelo en mi estómago se hacía insopportable.

Busqué el número de Covie y lo llamé por tercera vez. Cuatro timbres y saltó su buzón de voz.

—Mierda.

Las malas noticias viajaban a la velocidad de la luz en Quincy. Si había habido un accidente o algo importante, alguien de mi familia podría haberse enterado. Así que empecé con la fuente más probable de noticias: papá.

—Hola —respondió.

—Hola, soy yo.

—Hola, ¿cómo está el arroyo hoy?

—Seco. Bajé los caballos. Está bien. Escucha, ¿te has enterado de algo que ha pasado hoy en el pueblo?

—Uh, no. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

328



RIDGE

—Nada. —Suspiré—. Winn no está en casa y no contesta. No sabía si había surgido algo y no me había enterado todavía.

—No hay noticias aquí. ¿Quieres que haga algunas llamadas?

—No. Todavía no. —Si papá empezaba a llamar a sus compañeros, habría un rumor de emergencia antes de que hubiera una emergencia real.

—De acuerdo. Manténme informado.

—Lo haré. Gracias.

—Llama a Eloise —dijo—. Si pasa algo, ella lo sabrá antes que el resto de nosotros.

—Buena idea. Adiós, papá. —En el momento en que la línea se quedó en silencio, llamé a mi hermana y le hice la misma pregunta.

—He estado en la recepción toda la tarde —dijo—. No ha pasado nada que yo haya visto.

Y si hubiera habido una serie de vehículos atravesando Main con las luces encendidas, se habría dado cuenta.

—De acuerdo. Gracias.

—Estás preocupado.

—Sí. Lo soy.

—Voy a hacer algunas llamadas.

—No, no...

Antes de que pudiera terminar, había colgado.

—Maldita sea.

No había forma de detener a Eloise, y si conocía a mi padre, él también estaba al tanto en ese momento. Si Winn estaba fuera de casa, no le iba a gustar que la persiguieran.

—Entonces tiene que contestar su maldito teléfono —murmuré, pulsando de nuevo el número de su teléfono personal. Sonó y sonó.

Winn había sido buena en mantenerlo cerca y cargado desde el infarto de Covie. Pero cuando fui al buzón de voz por décima vez desde que llamé, colgué y me paseé por la cocina.

Ella está bien. Probablemente esto era parte de su trabajo. Una desaparición aleatoria e intencionada cuando estaba demasiado ocupada para responder a mi llamada. Lo más probable es que estuviera ocupada con algo importante y mis constantes llamadas fueran una distracción.



RIDGE

Pero maldita sea, estaba enloqueciendo.

Íbamos a tener que idear un sistema o algo así. Un mensaje, cualquier cosa, para que ella señalara que estaba bien.

No había forma de que dejara de ser policía.

No había manera de que no me preocupara.

—A la mierda. —Agarré las llaves y la gorra del mostrador y me dirigí a la puerta.

Probablemente estaba en su casa, construyendo ese maldito mueble de televisión y enloqueciendo por la mudanza. Sí, era pronto para un paso tan grande. Pero mis sentimientos por ella no iban a cambiar. Así que, ¿por qué no vivir bajo el mismo techo?

Prácticamente ya vivía aquí. Hoy había limpiado la casa y el aroma de la cera para muebles flotaba en el aire. La lejía permanecía en los baños.

Tal vez podría haber preguntado. Haberlo dicho más elocuentemente. Pero ignorar mis llamadas no era el camino. ¿Era demasiado pedir un mensaje?

El viaje a la ciudad duró demasiado. Llamé a cada uno de sus números dos veces más. Tenía el pecho demasiado apretado, el corazón me latía demasiado rápido. La sensación de hundimiento en mi estómago se desplomó hasta el suelo cuando giré por su calle y su entrada estaba vacía. Todas las ventanas de la casa estaban a oscuras.

—Maldita sea, Winn.

No me molesté en parar en la casa, sino que simplemente pisé el acelerador y di vueltas por la cuadra. La estación era mi siguiente parada, pero su Durango no estaba en su lugar reservado. Tampoco me molesté en entrar. Ya llamaría allí, pero primero quería consultar con Covie, así que me dirigí hacia el río.

La calle de Covie estaba tan tranquila como la de Winn y el corazón se me salió de la garganta cuando vi su auto frente a su casa.

—Oh, gracias.

Dios. Estaba a punto de perder la cabeza.

Salí de mi camioneta y me obligué a no trotar hasta su puerta. Golpeé el timbre, no lo pulsé, porque a medida que mi presión sanguínea volvía a la normalidad, la ansiedad fue sustituida por la ira.

No había ninguna razón por la que no debiera haber contestado. Covie también.



THE EDENS
I #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

330



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

Cuando sus pasos sonaron desde el otro lado del umbral, prácticamente estaba temblando mientras él abría las cerraduras.

Excepto...

Si estaba dentro, ¿por qué estaba el cerrojo abierto?

—¿Griffin? —Covie ladeó la cabeza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No estaba dentro. *Mierda*.

—¿Es Winnie? —preguntó, sin color en su rostro.

—No está en casa. He intentado llamarla.

—Me quedé dormido con la televisión encendida. Salió de aquí hace horas para encontrarse contigo para cenar. —Miró por encima de mi hombro hacia su Durango—. No me di cuenta de que su auto estaba todavía aquí.

—¿Has oído algo de la estación? ¿Hubo un accidente o algo así?

—No que que sepa. ¿La has llamado?

—Unas cien veces. —Me pasé la mano por el cabello.

Probablemente no era nada, pero cada célula de mi cuerpo vibraba de que algo iba mal.

—Déjame llamar a la estación. —Covie me hizo un gesto para que entrara, dejándome en la entrada mientras se apresuraba a ir al salón. La lámpara junto a su sillón reclinable era la única luz encendida en la casa. El televisor tenía silenciada la película que había estado viendo. Su mano libre temblaba mientras hacía la llamada—. Hola, soy Walter. Estoy buscando a Winslow. ¿Está en la estación o ha salido a responder una llamada?

Di que sí.

El pánico en su mirada hizo que me temblaran las rodillas.

—Sí, de acuerdo. Gracias. —Terminó la llamada y sacudió la cabeza—. No está allí. Mitch va a preguntar por ahí y me llamará.

—Voy a seguir buscando. —Tal vez ella había ido a dar un paseo. Tal vez había estado en el río y se resbaló. Si sus teléfonos estaban mojados, eso explicaría por qué no había llamado.

—Iré contigo. —Covie me siguió hasta la puerta.

La oscuridad estaba llegando más rápido de lo que me gustaba.

—¿Habrá caminado por algún sitio? ¿Tal vez se encontró con alguien que necesitaba ayuda?

—No lo sé —dijo Covie, siguiéndome por la acera.



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

RIDGE

Estábamos a unos metros de mi camioneta cuando se oyó un fuerte estruendo en la puerta de al lado.

Nuestros rostros se dirigieron a la casa de Nigel.

—¿Qué...? —Covie levantó un dedo—. Déjame ver cómo está Frank.

No teníamos tiempo para preocuparnos de Frank.

—Covie...

—Dos segundos. Tal vez la vio salir.

—Bien —refunfuñé, siguiéndolo por el césped que separaba sus casas.

La puerta del garaje estaba abierta pero las luces estaban apagadas.

Frank estaba sentado en el suelo de cemento, con una rodilla doblada, la otra pierna estirada y el pie inclinado hacia un lado, como si no tuviera fuerzas para mantenerse erguido. Tenía la espalda apoyada en un banco de herramientas, con la cara oculta en las sombras del espacio oscuro.

—¿Frank? —Covie se apresuró hacia su amigo y se agachó—. ¿Qué pasa? ¿Estás herido?

Frank negó, sus ojos vidriosos rodando más que parpadeando mientras lanzaba una mirada en mi dirección.

—Vete, Eden.

—¿Estás borracho? —Covie se levantó y frunció el ceño—. Estamos buscando a Winnie. ¿La has visto?

—Esto es culpa suya.

¿Me estaba hablando a mí?

—¿Disculpa?

—Te odio.

—El sentimiento es mutuo. Ahora responde a la pregunta de Covie. ¿Has visto a Winslow?

—Winnie. —Su expresión pasó de ser fría y furiosa a triste y arrepentida en un parpadeo. Dejó caer sus ojos a su regazo—. Oh, Dios.

—Oye. —Covie se puso en cucillas, poniendo una mano en el brazo de Frank para darle una sacudida—. ¿Qué está pasando?

Los hombros de Frank se encorvaron.

—Fue sólo por diversión, Walter. Nunca fue algo serio.

—¿Qué fue por diversión? —le preguntó Covie.



RIDGE

—Estamos perdiendo el tiempo. —Quería salir de este maldito garaje. Deberíamos estar buscando a Winn, no escuchando el parloteo borracho de este imbécil.

—Un minuto, Griffin. —Covie levantó un dedo—. Frank, ¿de qué estás hablando? ¿Sabes dónde está Winnie?

—Tienes que entenderlo, Walter. —Frank se enderezó en un instante, agarrando los antebrazos de Covie y manteniéndolo en su sitio.

Di un paso adelante, con los pelos de la nuca erizados.

—¿Entender qué? —le preguntó Covie.

—Era sexo. Sólo sexo. Sabes que me gusta el sexo.

Sexo. ¿Con quién? Me tensé. Mis manos se cerraron en puños. Si Frank le había tocado un cabello a Winn, nunca encontrarían su maldito cuerpo.

—¿De qué estás hablando, Frank? —La voz tranquila de Covie contrastaba con la furia que corría por mis venas.

Apreté los dientes para no hacer ruido.

Frank no me diría ni una maldita palabra. Tal vez, con suerte, se olvidaría de que yo estaba aquí, porque lo único que importaba era Winn.

—Las chicas —susurró Frank.

Mi corazón se aceleró. *Las chicas*. No había duda de a quién se refería. Sabía, en el fondo de mi alma, a qué chicas se refería exactamente.

Lily Green. Harmony Hardt.

¿Dónde demonios estaba mi Winn?

—Frank. —Covie tiró de sus brazos para liberarse de las manos de su vecino. Luego, con un movimiento rápido, más rápido de lo que cualquier hombre de esa edad debería ser capaz de moverse, se puso de pie, arrastrando a Frank con él.

—¡Ah! —gritó Frank cuando Covie lo empujó hacia el banco de herramientas.

—Qué. Demonios. Está. Sucediendo —gritó Covie.

Frank se desplomó sobre el hombro de Covie, tratando de abrazarlo.

Pero Covie lo apartó, empujándolo de nuevo. Las herramientas del banco traquetearon.

—Habla. Ahora.



RIDGE

—Es una adicción. No es mi culpa. Me gusta el sexo y eso es todo lo que era.
Lo juro.

Tragué saliva.

—¿De qué está hablando, Covie?

Si Frank hubiera violado a Winn...

El rojo cubrió mi visión y me costó toda la fuerza para quedarme aquí y no moverme.

—¿Quién? —preguntó Covie—. ¿Lily Green?

La culpa en los ojos de Frank fue respuesta suficiente.

—Lo mantuvimos en secreto. Todas eran secretos. Nos reuníamos fuera de la ciudad en un hotel. Nos divertíamos un poco. Eso era todo. Sexo. Lo querían tanto como yo.

—¿Qué les has hecho? —Las palabras eran difíciles de formar a través de mi mandíbula apretada.

—Nada. No he hecho nada. —Los ojos de Frank buscaron los de Covie—. Tienes que creerme. No he hecho nada. No les habría hecho daño.

—Están muertas —espetó Covie.

—¡Sé que están jodidamente muertas! —El rugido de Frank llenó el garaje, rebotando en todas las superficies.

—Dime. —Covie volvió a sacudir a Frank—. Dime. ¿Dónde está Winn?

—No debería haber hecho tantas preguntas.

Esa declaración me hizo volar por la habitación, arrancando a Frank del agarre de Covie.

—¿Qué le has hecho?

—Nada. —Tragó saliva y había verdadero miedo en sus ojos. Porque mataría a este hijo de puta, y él lo sabía—. No le haría daño.

—Entonces, ¿dónde mierda está? —grité.

El hedor a whisky en su aliento era abrumador y se desvaneció en un ataque de sollozos. Cuando lo dejé caer, se desplomó de rodillas.

—¿Dónde está Rain? —le preguntó Covie.

Frank no respondió. Enterró la cara entre las manos y lloró.

Covie salió disparado hacia la puerta que daba a la casa, y la abrió de golpe.

—¡Rain!

334



RIDGE

No hubo respuesta.

Volvió y escudriñó el espacio vacío.

—Su Jeep no está. Quizá esté de compras. Vamos a llamarla. A ver si ella sabe dónde puede haber llevado a Winnie.

El sonido del río se hizo más fuerte cuando Covie fue por su teléfono.

El río. La imagen mental de Frank sosteniendo la cabeza de Winn bajo el agua explotó en mi cabeza. Sus pulmones llenándose de agua. Su cuerpo sin vida flotando río abajo. Cerré los ojos, deseando que la imagen desapareciera.

Cuando los abrí, cayeron sobre la caja fuerte del rincón. Tal vez Frank había sacado una pistola. Tal vez había apretado el cañón contra su cabeza. Se me revolvió el estómago.

—Le dije que no lo hiciera esta vez. —El balbuceo de Frank desgarró mi cabeza.

—¿Qué?

—Le dije que esta vez no. Que era diferente. Pero Winnie lo sabía. Ella es demasiado inteligente. Siempre ha sido demasiado inteligente.

—Espera. —Levanté una mano—. ¿Le dijiste a quién que no hiciera qué?

Su susurro era apenas audible:

—A Rain.



RIDGE

22



THE EDENS
1 #

Winslow

El rastro de sangre que cubría la mitad de mi cara hacía casi imposible abrir ambos ojos. Con las manos atadas a la espalda, no había forma de limpiarme el párpado. Cada parpadeo era pegajoso. Cada respiración era difícil. Cada paso era insopportable.

—Rain...

—Shh. —Me clavó su cuchillo en el corte de la cabeza. La punta de metal apenas hizo contacto con mi carne, pero incluso el roce fue suficiente para enviarme al suelo.

El chasquido de mis rodillas contra las rocas resonó en mis huesos como la vibración de una campana, pero en lugar de un hermoso repique, fue una agonía. Pura agonía.

La cabeza me daba vueltas en un círculo mareado, como una peonza en el momento anterior a su colapso. La negrura cosquilleaba en los bordes de mi conciencia, pero la aparté, forzando una respiración en mis pulmones. Respira.

Me habían golpeado innumerables veces en el entrenamiento físico o en karate. Había forzado los músculos y me había ganado miles de moretones. Pero ésta era mi primera conmoción. Cada movimiento era lento, y lo único que quería era dormir. Sólo por un minuto.

Me incliné hacia delante, el suelo me llamaba, y me torcí lo suficiente como para que, al caer, me golpearía el hombro y no la cara. Movimiento equivocado. En el momento en que caí, el dolor me atravesó el brazo. O me había dislocado el hombro o tenía un hueso fracturado.

Cuando estaba inconsciente, Rain me había hecho algo en el brazo. Tal vez, cuando ella y Frank me habían subido al jeep, me había dejado caer. Tal vez me pisoteó o usó el mazo de carne de nuevo. Definitivamente, algo iba mal porque

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

INDIGO

336



RIDGE

mis músculos no querían trabajar bien y cualquier fuerza en mi mano izquierda había desaparecido, robada por el dolor.

Pero antes de que pudiera cerrar los ojos y sucumbir a la oscuridad, el cuchillo de Rain estaba de vuelta, con la punta clavándose en la suave piel de mi cuello.

El dolor tenía una forma de atravesar la niebla.

—Arriba. —Me agarró del codo y me obligó a ponerme de pie.

Me tragué las ganas de vomitar mientras me levantaba.

—Por favor.

—Shh. —Me empujó hacia el sendero—. Camina.

Un pie delante del otro, no me apresuré. Por cada paso, respiraba dos veces.

Piensa, Winn. Mi cerebro no quería pensar, quería dormir. Despierta. Lucha.

—¿Por qué haces esto?

—Deja de hablar.

—Rain, por favor.

Levantó el cuchillo hacia mi cabeza, hacia el lugar donde la sangre se sentía más espesa.

—Silencio.

Cerré la boca y asentí, dando otro paso.

Subimos a Indigo Ridge.

Hasta el final.

¿Así fue como murió Lily Green? ¿Obligada a hacer esta miserable escalada? ¿Era este el camino que había recorrido también Harmony Hardt? ¿Y las demás?

No había sido un suicidio. Tenía razón. Todo este tiempo, mis instintos me habían empujado a esta conclusión. Pero esos mismos instintos me habían fallado también. Me habían fallado por no sospechar de Frank. Por no ver a los monstruos que habían vivido en la puerta de al lado.

Ahora era demasiado tarde.

El cielo era el más puro de los azules marinos sobre mi cabeza. Las estrellas parecían bailar en un círculo vertiginoso, pero era mi cabeza confusa la que me jugaba una mala pasada. La que giraba era yo.



RIDGE

Rain me había golpeado con ese ablandador de carne en la cabeza y, en un instante, sólo había oscuridad.

Ni siquiera había levantado un brazo para bloquear el golpe. Me decepcionaría de mí más tarde. Si sobrevivía a esto.

Eso tuvo que ser hace horas. Me había despertado en la parte trasera de su Jeep en la base de la cresta. Cuando agitó un frasco de sales aromáticas bajo mi nariz, sólo quedaba un tenue resplandor dorado en el horizonte. La luz ya casi había desaparecido. Y sólo había la luz de la luna suficiente para ver el estrecho sendero que se perfilaba por delante.

Rain no cedió ni un momento. Me empujó hacia arriba por el sendero, paso a paso. Me ardían los pulmones y las piernas. Respiraba como si estuviera descansando en un sofá, no caminando hacia el vértice de un acantilado.

Rain. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Quién era ella? El dolor en mi corazón hizo que todo esto fuera mucho más difícil de creer.

—Pensé que me querías —susurré.

—¿Te quería? —se burló—. Me gustabas. Sí. Exageras el uso de esa palabra. Eres como mi marido infiel. Siempre soltando palabras de amor.

—¿Las amaba?

—Estaba obsesionado con ellas. Dejándoles notas. Organizando sus encuentros secretos. Incluso cuando me prometió que pararía, no lo hizo. Así que este es su castigo.

—Podrías divorciarte de él.

—Eso es muy amable. ¿Sabías que este solía ser uno de sus lugares de excursión favoritos? Me propuso matrimonio aquí. Ahora puede caminar por esta cresta y pensar en lo que ha hecho. Sobre lo que me ha hecho hacer.

—Nunca toqué a Frank.

—No, tú preguntaste. —Empujó mi codo, casi haciéndome perder el equilibrio—. Deberías haberlo dejado pasar. Tuvieron su merecido. Y él también. Y podría haber terminado ahí si hubieras hecho lo que todo el mundo en esta maldita ciudad ha hecho durante años y hubieras creído lo que se suponía que tenías que creer.

Que estas chicas, al menos algunas de ellas, se habían suicidado. Y sí, todo el mundo simplemente había creído.



RIDGE

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

—Le dije que dejara esto. —Las palabras de Rain parecían más para ella misma que para mí—. La última vez le dije que tenía que ser la última o la traería aquí después.

—Si quieres llevarme a la ciudad y recogerlo, no discutiré.

Se rio, la risa musical y dulce que conocía desde la infancia. Me produjo un escalofrío.

—Sigue, Winnie.

—Rain, por favor.

—No suplique. No te conviene.

Apreté los dientes y di otro paso. Luego otro antes de detenerme.

¿Por qué se lo estaba poniendo fácil? Que le den a esta zorra. Con una sonrisa en los labios, me puse de rodillas, el dolor era insopportable pero gruñí. Luego me moví y me senté.

—¿Qué estás haciendo?

—Tomando un respiro. —Levanté un hombro, estirando el cuello en un intento de limpiar algo de la sangre de mi rostro. Me dolía intensamente, pero cuando me enderezé, había una mancha roja en mi camiseta blanca.

—Levántate —gritó.

—No, gracias. Estoy bien aquí. —Mi cabeza palpitaba, pero mi concentración se agudizaba. Dejé que me despertara. Dejé que me presionara a luchar.

En el dojo donde había entrenado en Bozeman, mis senseis, incluido Cole, siempre habían dicho que la mejor manera de aprender era enfrentarse a un oponente mejor que tú. Rain estaba mejor posicionada. Ella tenía el cuchillo. Yo tenía una commoción cerebral.

Pero no podía perder esta lucha. No podía morir en esta cresta.

—Levántate. Arriba. —Rain me dio una patada en el tobillo, la suela de su bota raspó mi piel en carne viva.

Hice una mueca, tomé ese dolor y lo sumé al resto, abrazándolo como combustible.

—No.

—Te mataré aquí.

—¿Y arrastrarme el resto del camino? —resoplé—. Incluso un policía novato sería capaz de decir que mi cuerpo fue arrastrado. Así que, a menos que quieras



THE EDENS

L #

339



RIDGE

que todo el mundo en el condado empiece a hacer las preguntas que he estado haciendo durante meses sobre estos supuestos suicidios, no, no me matarás aquí.

El aire se alojó en mis pulmones mientras esperaba su respuesta. Era un movimiento audaz, hacerme valer, pero a estas alturas, ¿qué tenía que perder?

Griffin.

Perdería a Griffin.

Encuéntrame, Griff. Cuando no apareciera para la cena, él iría a buscarme, ¿verdad? Encontraría mi auto. Le preguntaría a mi abuelo. Con suerte, irían a la casa de Frank y verían la mierda de ese bastardo.

Griffin había tenido razón sobre Frank, y yo había estado demasiado nublada por la historia familiar para ver las mentiras.

—¿Pusiste el bolso de Harmony y la cartera de Lily en el sendero para que Briggs los encontrara?

Rain me dio una patada en la cadera y necesité toda mi fuerza de voluntad para no gritar.

—Levántate.

—O tal vez los pusiste ahí para que los encontrara, esperando que pensara que Briggs las había matado. —Me moví mientras hablaba para que mi cuerpo protegiera mis manos.

La suciedad era como papel de lija en las yemas de mis dedos mientras arañaba el suelo, buscando una piedra o un borde afilado que pudiera utilizar para romper la cremallera de mis muñecas. Los policías preferían las esposas porque, incluso por la espalda, una persona podía romper las ataduras. Todo lo que había que hacer era abrir un poco de espacio y golpear con fuerza. Pero no podía levantar el hombro, no con la fuerza suficiente para romper la atadura.

—Casi funcionó. Sospeché de él.

—Pero no hiciste nada.

—No me dejaste suficiente evidencia —me burlé, de ella y las pruebas. El lugar donde me había dejado caer era suave.

—Arriba. Ahora. —Otra patada. Otro gesto de dolor. Pero por lo demás, no me moví.

—¿Las golpeaste en la cabeza como me golpeaste a mí? ¿Fue así como las trajiste aquí?

—Cállate.

RIDGE

—No encontré sangre alrededor del auto de Lily. No hay señales de lucha.
¿Qué hiciste? ¿Engañarla para que pensara que se iba a encontrar con Frank?

Los ojos de Rain se entrecerraron.

—Basta de preguntas.

—Eso es un sí —murmuré—. Déjame adivinar. Escribiste una nota, dijiste que así era como Frank se ponía en contacto con ellas. —Por eso no había encontrado nada en el historial de mensajes y llamadas de Lily—. Lily vino al campo esperando a Frank. Tal vez le prometiste mirar las estrellas. Un picnic romántico y...

—¡Cállate! —La hoja del cuchillo brilló cuando me cortó el bíceps.

Mi llanto se tragó la noche. No había nadie más que ella que viera las lágrimas, así que las dejé caer. Lágrimas furiosas y desesperadas. Pero no me silenciarían. No esta noche.

—Las golpeaste, como me golpeaste a mí. Por eso no había rastros de drogas en su organismo. —Cualquier herida causada por su cuchillo o una herida en la cabeza como la mía había sido cubierta por la brutalidad de sus muertes. Cuando todo lo que quedaba del cráneo de una persona eran fragmentos, unirlos para ver una lesión anterior era casi imposible—. ¿También la hiciste subir por el sendero? ¿Cuándo se quitó las botas?

—¿Por qué te importa?

—Dime. Antes de terminar esto, lo menos que puedes hacer es darme la verdad.

Su labio se curvó.

—No paraba de resbalar con esas botas.

—Deberías haberlas dejado en sus pies.

Me dio una patada en la zapatilla.

—Arreglaré ese error contigo.

—Buena suerte —dije—. Nadie creerá que me he suicidado.

—Sin embargo, lo has pasado muy mal, ¿no? Luchando por encajar. Esa horrible ruptura con tu prometido. La gente de la estación no ha sido amable en el mejor de los casos. Estás sola y se rumorea que Griffin Eden está a punto de dejarte también. Ha estado enamorado de Emily Nelsen durante años.

Me burlé.

—Todavía no había oído eso. —Pero no me cabía duda de que ese rumor lo había iniciado la propia Emily.



RIDGE

—Oh, reconozco que Emily es una tonta, pero ha estado detrás de Griffin durante mucho, mucho tiempo. Habrá gente en la ciudad que creerá que ella finalmente ha captado su atención para siempre. Combina eso con la trágica muerte de tus padres, y no es de extrañar que hayas estado tan deprimida.

—Es una exageración. Demasiado grande.

—Llevo años perfeccionándola.

Levanté la vista y me encontré con su astuta mirada.

—No funcionó conmigo.

—Casi. Habría funcionado con Tom Smith.

—Pero Tom Smith no es el jefe. —Levanté la barbilla—. Yo lo soy. Y te veré pudrirte en una celda por esto. Por esas chicas.

Por todas las que mató.

El cuchillo tembló en la mano de Rain.

—Te mataré aquí. Te arrastraré si es necesario.

—Bien.

Su mano se acercó a mi cabello, y lo agarró. Fiel a su palabra, empezó a arrastrarme. El dolor era insopportable y volví a gritar, con un sonido tan crudo y brutal que me desgarró la garganta al mismo tiempo que una mata de cabello se desprendía.

—Detente. —Las lágrimas nublaron mi visión mientras mis miembros temblaban—. Voy a caminar.

Eso sólo hizo que tirara con más fuerza.

—¡Caminaré!

Rain tardó un momento en soltarse, y cuando sus dedos dejaron mi cabello, el alivio provocó otro torrente de lágrimas.

Me puse de pie tambaleándome, la cabeza me daba más vueltas que antes. El sendero era más ancho aquí que en la mayoría de los lugares, pero seguía siendo estrecho. Quizá no tuviera que empujarme al vacío. Tal vez el corte en el cuero cabelludo y estos pies inseguros me matarían por ella.

Dios, si me caía, esperaba que Griffin no me encontrara. No quería que mi cuerpo roto, mi muerte, lo persiguiera en sus pesadillas.

—Muévete —ordenó Rain, con el cuchillo a su lado. Su hoja goteaba con mi sangre.



RIDGE

Empecé a subir, mirando una vez por encima del hombro. Podría correr. No sería fácil con las manos atadas, pero podría echar una carrera por esta cresta. Tal vez, si ganaba suficiente tiempo, alguien vendría a buscarla.

—Nunca podrás escapar de mí —dijo Rain, leyendo mis pensamientos. Se colocó detrás de mí, impidiendo cualquier intento de escapar. Si intentaba derribarla, probablemente tropezaría y rodaría por el sendero.

Paso a paso, Rain me impulsó a avanzar. Su cuchillo se clavó en la parte baja de mi espalda cuando no me moví lo suficientemente rápido.

Tendría que cortar mis ataduras en algún momento, ¿no? Si quería que esto pareciera un suicidio, no podía mantener mis manos atadas. No debió atar las de Lily porque no había marcas de ataduras.

Los cortes de las ataduras en las muñecas me dolían y palpitanban. Había tirado lo suficiente como para que se clavaran, pero no se rompieran. Era un pequeño consuelo, saber que había luchado lo suficiente como para que mi cadáver planteara más preguntas.

Tal vez ella bajaría después de empujarme al precipicio y cortaría los lazos entonces.

Antes. Por favor, que los corte antes.

Esa sería mi única oportunidad de luchar. No sería una gran oportunidad, pero probablemente sería la única.

El sendero se curvó y con él se retorció mi estómago. La cima estaba cerca.

Excepto que llegar allí iba a ser un poco más difícil.

Griffin había bloqueado el camino.

Me reí cuando vi la valla. Era alta y robusta. La única forma de pasar era trepar. ¿Cuándo había hecho esto? Si sobrevivía a esta noche, lo besaría por ello. Lo besaría el resto de mi vida.

—¿Qué es esto? —escupió Rain las palabras mientras observaba los postes de la valla recién cavados y los tirantes entre ellos.

—Un regalo de Griffin.

Lo estudió, mirándolo de arriba abajo.

—Ve.

—¿Dónde?

El cuchillo se clavó en mi bíceps.

—Sube.



RIDGE

—Hay alambre de púas en la parte superior.

A Rain no le importaba que me cortara en pedazos, pero ella también tendría que escalar esto. Ella miró hacia adelante, luego detrás de nosotras.

—Vamos. Arriba.

Abrí la boca para negarme, pero más allá de su hombro un destello de luz se abrió paso en la noche.

Siguió mi mirada, y sus ojos se ampliaron.

—¡Ayuda! —grité.

—¡Winslow!

Briggs. Venía por aquí desde el sendero que llevaba a la cabaña. La luz debía ser una linterna.

—Bri...

—Cállate. —Rain levantó el cuchillo hacia mi garganta—. Baja.

No discutí mientras ella me empujaba de vuelta por donde habíamos venido. Bajar fue un movimiento en la dirección correcta.

Empujó y empujó, tan rápido que prácticamente estábamos trotando. Cuando pasamos por el lugar en el que los dos senderos se unían, su cuchillo se mantuvo en mi pulso, con su hoja haciendo pequeños cortes en mi piel.

—Más rápido —siseó.

Busqué frenéticamente la luz de Briggs. Estaba en el camino, pero todavía estaba a metros de distancia. Demasiado lejos para encontrarnos al pasar.

Nos perseguiría por la montaña.

Me dolían las rodillas mientras ella empujaba, y me preparaba cada vez que mi pie aterrizaba, preocupada de que los últimos jirones de mi fuerza se deshicieran y me cayera hacia adelante.

—Detente. —La mano de Rain me rodeó el codo.

Su mirada se desvió detrás de nosotras, comprobando si estábamos solas.

Tan concentrada en trotar hacia adelante, no había seguido la pista de dónde estábamos en el sendero. La pendiente junto a nosotras era la más pronunciada de este camino, excepto por el propio acantilado. El frente no era una pared escarpada de roca como lo era en la cima, pero la caída vertical era suficiente para hacer que mi estómago cayera en picada.

RIDGE

Los arbustos se agolpaban en la ladera, con sus hojas grises contra la creciente luz de la luna. Me harían daño, pero probablemente no me matarían. No, serían las rocas que se esconden bajo esos arbustos las que me romperían.

Rain me empujaría, luego correría hacia el fondo y desaparecería antes de que Briggs o cualquier otro pudiera atraparla.

Su cuchillo se acercó a mi lado. Me dio un empujón en el brazo, enviando otra oleada de dolor abrasador por mi cuerpo mientras se acercaba, con su voz como un susurro en mi oído:

—¿Crees que vas a volar, pajarito?

—Vete a la mierda —gemí.

—Vamos a averiguarlo. —Su cuchillo salió de mi lado y su mano libre se apretó entre mis omóplatos, lista para empujar. Era rápida.

Pero yo estaba preparada.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, me aparté, con los pies resbalando por el camino de tierra. Me pesaban los brazos y tenía las piernas cansadas, pero conseguí darle una patada en la parte posterior de la rodilla, obligándola a perder el equilibrio.

—Maldita seas —gritó.

Pero ya me estaba moviendo, poniéndome de pie a trompicones y empujando mis piernas para correr.

—Te atraparé —amenazó, con el sonido de sus pasos cerca. Su mano se extendió y me rozó el cabello.

Me resbalé, derrapando más que corriendo, pero el impulso iba en la dirección correcta al doblar una ligera curva.

Una nueva luz parpadeó en la distancia. *Luces.*

Corré más rápido. Más fuerte. Si pudiera llegar hasta el fondo, Briggs podría...

La mano de Rain se aferró a mi cuero cabelludo. Uno de sus dedos se deslizó en el pegajoso y resbaladizo corte sobre mi sien, y el dolor era tan cegador que no había nada que hacer más que frenar.

Y luchar.

Me giré sobre ella, con la rodilla levantada. Años de entrenamiento vinieron a mi rescate. Mi patada fue rápida, justo en su estómago.



RIDGE

Hoy no iba a morir. Tenía cosas por las que vivir. Tenía que mudarme a la casa de Griffin. Tenía que aprender a montar en Jupiter. Tenía que pasar más atardeceres en su mecedora y noches acurrucada en su cama.

Rain gruñó pero mantuvo el equilibrio. Se balanceó con el cuchillo, moviéndose hacia mi vientre.

Lo esquivé, a duras penas, con un pie inestable. Mi segundo intento de patada no alcanzó su cadera por centímetros.

Y cuando volvió a mover el cuchillo, su golpe fue certero. La agonía me recorrió el estómago. El rojo se filtró a través de mi camiseta, caliente y húmedo.

—Winn. —La voz de Griffin cantó en mi mente.

—No. —Rain apuñaló de nuevo, la hoja se hundió en mi costado.

Jadeé, el dolor se mezcló con el resto.

Me agarró la muñeca y tiró, con fuerza, arrastrándome hacia su cuerpo en un intento de arrojarme al vacío.

Me arrodillé y mi piel se desgarró contra una roca.

—¡Winn!

La voz de Griff volvió a sonar en mi mente. O tal vez fue Briggs.

La mirada de Rain pasó por encima de mi cabeza hasta la base del sendero.

Seguí sus ojos, girándome como pude. Las luces. La voz. Estaba aquí.

Lucha. Apreté los dientes, cuadrando los hombros y plantando los dedos de los pies debajo de mí. Entonces salí disparada hacia delante, como un resorte, y golpeé mi hombro contra sus tobillos.

Rain tropezó.

Y entonces llegó su hora de volar.

Sobre el borde. Sus gritos murieron al primer choque con una roca.

Entonces se hizo el silencio. Un dulce silencio mientras me desplomaba en el suelo, inclinando la mirada hacia aquellas estrellas arremolinadas.

—Winn. —La voz de Griffin era cada vez más fuerte, y luego estaba allí, levantándose.

—Me encontraste —susurré.

Se movió y buscó en sus vaqueros una navaja. Un movimiento y la atadura de mis muñecas desapareció.

Intenté levantar un brazo para tocar su mejilla, pero no tenía fuerzas.



THE EDENS

#

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

346



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

—Winn. Cariño, levántate. Tenemos que llevarte a un hospital.

Me hundí contra él mientras su brazo me envolvía por debajo de los hombros.

—Oh, mierda. —Su mano presionó las heridas de mi estómago—. Bien, voy a llevarte.

Hizo el movimiento de levantarse y el dolor que recorrió mi cuerpo me hizo gritar.

—Joder. Esto va a doler. Tienes que aguantar por mí, ¿si? —Miró hacia el sendero—. ¡Briggs!

—¡Ya voy!

—¡Rápido!

Briggs podría apresurarse. Griffin podría correr. Pero no lo lograría. Podría cargararme por esta montaña y conducir hasta la ciudad, pero Rain había ganado.

Había palabras que decir. Disculpas que hacer. Promesas que pedirle. Pero al final, no tenía tiempo.

—Te amo.

—No, Winn. No lo digas. —Me sacudió mientras se ponía de pie. Sus botas empezaron a golpear el sendero—. Mantente despierta.

—Dilo. Sólo una vez para que pueda oírlo.

—No.

—Griff —Mi voz se quebró—. Por favor.

No se detuvo.

—Te amo. Te amo.

—Gracias.

Entonces respiré una vez más.

Y las estrellas desaparecieron.



RIDGE

23



THE EDENS
#

Griffin

— **D**espierta, cariño. —Mis labios rozaron sus nudillos—. ¿Por qué no se despierta?
—Ha perdido mucha sangre —dijo Talia.
—No puedo perderla. —Apreté la mano de Winn—. No puedo...

El nudo en la garganta que tenía desde hacía tres días se sentía como una soga alrededor del cuello.

—Deberías dormir un poco. —Talia puso su mano en mi hombro—. Levántate de esta silla y camina al menos.

Negué.

—No voy a dejarla.

—Griff...

—No me voy a ir.

Talia suspiró.

—¿Puedo traerte algo?

—Café.

—De acuerdo. —Me apretó el hombro y salió de la habitación.

No era la única persona que había intentado convencerme de que volviera a casa: mis padres, hermanos, Covie, las enfermeras y los médicos. Todos intentaban que me desconectara.

Que le soltaría la mano.

Porque había una posibilidad real de que no se despertara. No lo había hecho ni una vez desde que la saqué de Indigo Ridge.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

DEVNEY PERRY

348



RIDGE

—Vamos, Winn. Despierta —susurré contra su piel. Estaba demasiado fría y pálida en la cama. Le habían cosido el corte en la cabeza y le habían limpiado la sangre del rostro y el cabello. Pero sus labios tenían un feo tono grisáceo. Sus párpados estaban azules y sus mejillas hundidas—. Tenemos mucho por delante. Pero necesito que te despiertes.

En los días que llevaba aquí, le había rogado innumerables veces. Porque tal vez si ella pudiera escuchar mi voz...

—Encuentra el camino de vuelta a mí. Por favor. No puedes dejarme todavía.

Había tantas cosas que tenía que decirle. Tanto bien que había hecho que merecía celebrarlo.

—Winslow. —Cerré los ojos—. Te amo. Tenemos toda una vida juntos. Pero tienes que despertar, cariño. Tienes que despertar. Encuentra el camino de vuelta a mí.

No se había movido.

Mi hermana me trajo café toda la mañana.

Covie entró y se sentó tranquilamente a mi lado durante toda la tarde.

La enfermera me trajo una manta nueva después de medianoche.

Winn no se movió.

Hasta que el sol comenzó a salir en el horizonte.

Esos hermosos ojos azules se abrieron. Finalmente.

Y encontró el camino de vuelta.

RIDGE

24

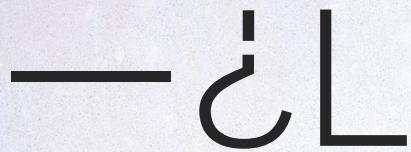


THE EDENS
I #

Winslow

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.



ista? —preguntó Griff mientras estábamos junto a su camioneta.

Junté mi mano con la de él.

—Lista.

Caminamos, uno al lado del otro, hasta la puerta de Melina Green. Mi paso era lento y torpe. Todo en las últimas dos semanas había sido así. Pero me dio tiempo a estudiar su jardín mientras caminábamos.

Sus parterres estaban rebosantes de flores de coneflower púrpura. El césped había sido cortado recientemente y el aroma de la hierba llenaba mi nariz. Los petirrojos gorjeaban al posarse en el gran roble que daba sombra a parte de su casa. Era una mañana fresca.

Un nuevo día.

Antes de que Griff pudiera llamar, la puerta se abrió y Melina salió. Su rostro estaba lleno de gratitud.

—Hola. —Sonréí.

—Hola. —Sus ojos se volvieron vidriosos y luego estaba allí, abrazándome muy fuerte.

Me dolía. Me había dislocado el hombro y sólo ayer había dejado de llevar el cabestrillo. Pero no me atreví a estremecerme. Me limité a apretar la mano de Griffin porque él me había ayudado a soportar el dolor durante las dos últimas semanas.

Melina me abrazó durante un largo momento, hasta que Griff debió darse cuenta de que me dolía porque le puso la mano en el hombro.

—¿Entramos?

350



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

—Por supuesto. —Me soltó, se limpió las lágrimas, y nos hizo un gesto para que pasáramos.

La luz del sol entraba por el ventanal de su salón. Griffin y yo nos sentamos en el sofá de cuero liso, su brazo pasó por detrás de mis hombros en el momento en que me senté para poder apoyarme en su lado.

Mi cuerpo se estaba curando, pero no lo hacía tan rápido como me gustaría. Había intentado convencerme de que pospusiera esta visita una semana más y pasara otro día descansando en casa. Pero ya era hora de volver a la vida.

Vivir era precioso. Cada momento. Si la noche en Indigo Ridge me había enseñado algo, era a aprovechar al máximo mi tiempo en esta tierra.

Para una primera gran excursión fuera de casa, visitar a Melina era exactamente la manera de empezar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, tomando la silla frente al sofá—. ¿Puedo ofrecerles algo?

—No, gracias. Y estoy bien. Este tipo ha estado cuidando bien de mí.

Griffin se inclinó y me besó la cabeza.

—Cuando ella escucha. No es la mejor paciente.

Le di un codazo en las costillas. El rápido movimiento me causó una puntada de dolor y gruñí.

—¿Ves lo que quiero decir? —bromeó.

—Gracias por venir. —Melina miró hacia la repisa de la chimenea, repleta de fotos de su hija—. Y por todo lo que has hecho por Lily.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo.

—No. —Me sonrió tristemente—. Hiciste mucho más.

En las últimas dos semanas, se habían reabierto numerosos casos de suicidio y sus expedientes se habían llenado de nueva información. Frank había sido detenido la noche en que Rain intentó matarme, y su confesión había conmocionado a toda la comunidad.

Cuatro de los siete suicidios de la última década no habían sido suicidios. Había tenido una aventura con cada una de esas jóvenes y cada una había sido asesinada por su esposa.

Frank dominaba los secretos y el engaño, convenciendo de algún modo a las mujeres para que mantuvieran sus encuentros en secreto. Era un hombre carismático. Muy atractivo. No culpé a esas chicas por caer en su acto. Sólo



RIDGE

deseaba que una de ellas hubiera dejado una pista. O que el antiguo jefe hubiera presionado más para encontrar una.

Ahora que sabíamos dónde buscar, las pruebas se multiplicaban.

Frank se reunía con cada una de las mujeres en hoteles de ciudades vecinas. Los recibos de las tarjetas de crédito mostraban que él había pagado sus noches juntos. Se comunicaban por medio de notas de papel, nunca firmadas, pero su letra era fácilmente reconocible. Lily Green había guardado algunas de las notas. Melina las había encontrado cuando, finalmente, se animó a limpiar la habitación de su hija. Las notas estaban escondidas bajo el colchón de Lily.

Quizá si la hubiera empujado a mirar antes, habría reconocido la letra de Frank.

Dejaba esas notas a Lily en sus viajes al banco. Harmony Hardt había trabajado en un restaurante de la ciudad y él había admitido dejarle mensajes en el reverso de sus recibos.

Había más cosas que descubrir, pero lo esencial estaba en toda la ciudad. Frank se escabullía de sus asuntos, engañando a todos menos a Rain. Y cuando ella finalmente se cansaba, había una muerte.

La primera víctima de Rain había muerto de sobredosis. Vivía sola y se creía que Rain había irrumpido en su casa y la había obligado a tomar las píldoras; Frank no sabía los detalles y Rain no estaba viva para preguntar. Al parecer, la sobredosis no había sido suficiente castigo para Frank, así que Rain había cambiado de táctica.

—Todavía no puedo creerlo. —Melina sacudió la cabeza—. Rain solía ser voluntaria en el hogar de ancianos. Iba y daba clases de pintura a los residentes. Siempre parecía una mujer dulce.

—No fuiste la única a la que engañaron. —Me había engañado toda la vida. A mi abuelo también.

Se lo había tomado mal. Mi abuelo había amado a Frank y a Rain. De verdad. Había creído que eran una familia y esta traición lo había afectado tanto que había decidido mudarse.

Después de décadas de vivir en la casa que había sido de mi abuela, que había sido de mi padre, se iba a mudar. No podía soportar vivir al lado de la casa de Nigel.

Así que estaba tomando la mía.

Griffin había ido ayer a recoger el resto de mis cosas. La mayor parte de los muebles que había comprado iban a ir a caridad. Había algunas familias de la



THE EDENS
#

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

352



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

zona que habían pasado por momentos difíciles, y si mis muebles podían darles un empujón, yo estaba encantada de regalarlos. No era que los necesitara en la casa de Griff, nuestra casa.

La mandíbula de Melina se tensó.

—¿Qué pasará con Frank?

—Se le acusa de ser cómplice de asesinato. Su abogado podría animarlo a declararse inocente, pero irá a prisión.

Su confesión iba a jugar en su contra. Probablemente diría que había sido coaccionado o que se había dado bajo coacción. No había nada que hacer más que esperar y dejar que se desarrollara en el tribunal. Pero yo tenía confianza en mis oficiales.

Mitch había sido el que respondió a la llamada aquella horrible noche. Mi abuelo se había quedado con Frank para asegurarse de que el bastardo no trataba salir de la ciudad. Mientras tanto, Griffin se había arriesgado y había corrido hasta Indigo Ridge, llamando a Briggs por el camino.

Si no fuera por ellos, habría sufrido el destino de Rain.

—Creo que lo odio más que a ella —dijo Melina—. Quizá sea una forma extraña de verlo. Pero él lo sabía. Sabía que ella había matado y seguía teniendo sus aventuras.

—No es extraño. —Porque yo sentía lo mismo.

—Me alegro de que esté muerta. —Los ojos de Melina se abrieron cuando se dio cuenta de lo que había dicho—. Lo siento.

—No lo hagas —dijo Griffin—. No eres la única.

No había hablado mucho de Rain desde aquella noche. Me dijo que su cuerpo había sido encontrado en la ladera de la montaña, con el cuello roto por la caída. Por lo demás, se mantuvo callado.

Demasiado callado.

Había furia en su mirada. Una llama tan caliente que ardía del mismo tono que esos impresionantes iris azules. La furia había aflorado unas cuantas veces en las últimas dos semanas, sobre todo cuando había sentido dolor.

Apretaba la mandíbula y los puños. Lo mantendría bajo control hasta que me sintiera mejor. Entonces llamaba a su madre o a una de sus hermanas para que vinieran a pasar el rato conmigo mientras él daba un paseo con Jupiter.



RIDGE

Gracias a Dios por ese caballo. Había ayudado a Griff a superar las últimas dos semanas. Pero tarde o temprano tendríamos que hablar de lo que había sucedido.

—¿Has hablado con los otros padres? —preguntó Melina.

—Todavía no. Eres mi primera visita. —A los demás los iría a ver una vez que volviera a trabajar en la estación, pero tenía otras dos semanas de reposo en casa. La operación para reparar las heridas de arma blanca había ido bien, pero combinada con la commoción cerebral, mi cuerpo había pasado por un gran calvario.

Los médicos tuvieron que reiniciar mi corazón en la mesa de operaciones.

—No puedo imaginar cómo se sienten. —Melina dejó caer su mirada hacia su regazo—. Pensar durante tantos años que sus hijas... Me alegro de tener la verdad.

—Lamento que la hayas perdido.

—Yo también. —Sus ojos rebosaban de lágrimas no derramadas.

Incluso con el tiempo, había heridas que nunca sanarían.

Una lágrima cayó por la mejilla de Melina. Luego otra. Volvió a mirar las fotografías de su hermosa hija.

—Saldremos de dudas. —Griffin se levantó primero, extendiendo una mano para ayudarme a ponerme de pie.

Nos despedimos de Melina, dejándola encontrar la paz posible, y subimos a la camioneta de Griffin.

En el momento en que la puerta se cerró, dejé salir el aliento que había estado contenido.

—¿Estás bien? —preguntó, deslizándose tras el volante.

—Sólo estoy cansada.

—Es suficiente para un día.

—Quería visitar a mi abuelo. Ver cómo va el embalaje.

—Todo va bien. Sabe dónde encontrarnos. Tomarás una siesta.

Fruncií el ceño, pero en las últimas dos semanas había aprendido que discutir no tenía sentido. Así que me relajé en el asiento mientras Griffin nos llevaba a casa.



RIDGE

—Estoy orgulloso de ti. —Se acercó y levantó una mano de mi regazo, para llevársela a los labios—. Nunca te rendiste. Incluso cuando todos te dijimos que lo dejaras. Quizá si no lo hubiera hecho...

—Esto no es tu culpa.

Me miró y el dolor en esos ojos se disparó directamente a mi corazón.

—Pensé que te había perdido.

—No lo hiciste.

—Pero... —Tragó con fuerza, con su manzana de Adán moviéndose. Luego condujo en silencio, llevándonos a casa. Tres autos se agolpaban junto a mi Durango. Uno pertenecía a Harrison, el otro era de mi abuelo y el tercero de Briggs.

—Allá fue la siesta.

—Tienen diez minutos —dijo Griff—. Luego los echaré.

—No, que se queden. —Me llenaba el corazón que tanta gente hubiera venido a ver cómo estaba. A nosotros.

Griff se quedó mirando la parte trasera de la camioneta de Briggs, sin hacer ningún movimiento para entrar.

—¿Qué? —pregunté.

—Durante un tiempo, me preocupó que fuera él. Que hubiera hecho algo y se hubiera olvidado.

Briggs había venido todos los días desde que me dieron el alta del hospital, cada vez con un ramo de flores. Estaría siempre agradecida de que hubiera encontrado el camino a la ruta de senderismo en la oscuridad.

—Me salvó la vida.

—Lo hizo.

—Si su demencia empeora, si necesita ayuda, lo trasladaremos.

—Sí. A la casa de mamá y papá. —Griffin asintió—. Han hablado de ello. Van a empezar a tenerlo más abajo. Lo van a controlar más. Cuando sea el momento, lo trasladarán a su casa.

—Tenemos espacio.

—Ellos también. Y te tengo para mí por un tiempo.

—De acuerdo —susurré.

Sus hombros se desplomaron. Sus ojos permanecían pegados al parabrisas mientras el aire acondicionado soplaban en la cabina.



RIDGE

Apoyé la cabeza en el asiento y me acerqué para deslizar mi mano por su brazo.

—Oye. Estoy bien, Griff.

—Sí. —Se aclaró la garganta, y luego se puso en acción, apagando la camioneta y saltando fuera, rodeando el capó para llegar a mi puerta.

Lo que fuera que sintiera estaba oculto porque teníamos compañía y no era el momento.

Los tres estaban dentro cuando entramos por la puerta. Mi abuelo me envolvió en un suave abrazo antes de guiarme al salón para que me sentara. Briggs había traído otro ramo de flores, hoy margaritas. Harrison había traído uno de los pasteles de cereza de Anne. Entre Anne, Knox y Lyla, teníamos suficiente comida en la nevera para alimentar a toda la familia Eden durante una semana.

Nuestra familia se quedó una hora, sobre todo hablando con Griffin de lo que pasaba en el rancho y de lo que ocurría en el pueblo. Despues de la comida, cuando mis párpados empezaron a cerrarse, Griffin los echó, pero no antes de comer el pastel.

Bostecé dos veces antes de que Griff me levantara del sofá y me llevara a la cama.

—Puedo caminar.

—Puedo llevarte.

—Bien. —Me apoyé en su hombro, respirando su aroma, antes de que me dejara junto a la cama, y apartó las mantas para arroparme.

Mi cabeza estaba sobre la almohada cuando se agachó para besar mi cabeza.

—Voy a salir a dar un paseo rápido.

—No, no lo harás. —Agarré su muñeca antes de que pudiera huir—. Tú también vas a venir a la cama.

—Descansarás mejor si no estoy aquí.

—No es cierto y lo sabes. Acuéstate conmigo. Por favor.

Suspiró frustrado, pero no me lo negó. Griff se levantó y se quitó las botas, luego se desabrochó el cinturón para que no se me clavara en la espalda. Se acomodó en el colchón, deslizando con cuidado un brazo por debajo de mi almohada, acercándose hasta que su pecho quedó a ras de mi espalda.



RIDGE

Pero no me abrazó. No me había abrazado desde que volví a casa del hospital.

—Pon tu brazo alrededor de mí.

—No quiero hacerte daño.

—Estoy bien, Griff.

—Yo no...

—Estoy bien. Por favor, no te alejes de mí. Te arrastraré si es necesario, pero dolerá.

Suspiró y enterró su cara en mi cabello. Luego, lentamente, su brazo rodeó mi cintura, apoyándose en el lugar donde las vendas habían desaparecido pero los puntos permanecían.

—¿Ves? —Me retorcí, el movimiento me causó un poco de escozor pero me lo ignoré—. No cargues con esto solo. No me dejes fuera.

Su cuerpo se desplomó contra el mío.

—Me impactó.

—A mí también.

—La idea de que vuelvas a trabajar... me preocupa. Nunca he sentido este tipo de miedo antes. Me hace sentir inseguro.

—Entonces nos apoyamos el uno en el otro. Nos preocupamos el uno por el otro. Pero no podemos dejar que dirija nuestras vidas. Estoy bien.

—Estás bien —dijo, acercándose.

—Bien. —Me metí entre sus brazos—. Ahora bésame.

Apenas rozó la comisura de mi boca.

—Un beso de verdad.

—Winn...

—Bésame, Griffin.

Frunció el ceño, pero obedeció, y sus labios se posaron en los míos.

—Testarudo —murmuré antes de arrastrar mi lengua contra su labio inferior hasta que, finalmente, me besó como yo quería ser besada, y se alejó cuando ambos estábamos sin aliento—. Te amo.

Me tocó las pecas de la nariz.

—Te amo.

—Después de nuestra siesta, ¿podemos hacer algo?



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.



RIDGE

—Depende. ¿Qué quieras hacer?

Sonrei.

—Me debes una primera cita.



THE EDENS
1#

Griffin.

ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

DEVNEY PERRY

INDIGO

358



RIDGE

EPÍLOGO



THE EDENS
L #

Winslow

UN AÑO DESPUÉS...

—**H**ola, cariño —respondió Griffin—. ¿Te diviertes?
—Ni siquiera empieses —murmuré—. Sabes que odio controlar el tráfico.

Se rio.

—Te ofreciste como voluntaria.
—Porque estoy tratando de ser una buena jefa.
—El jefe de la policía no tiene que ocuparse de los controles de velocidad.
—No tenemos dispositivos de control, Griffin.
—Claro —dijo con tono inexpresivo—. Así que no estás estacionada detrás del arbusto de la autopista en el concesionario John Deere.

Ya no. Miré por el retrovisor al arbusto y al concesionario.

—¿Qué están haciendo?
—Nos estamos preparando para dar un paseo por el rancho.
—Por paseo, mejor que quieras decir en una camioneta y no en Jupiter.

Griff había comentado esta mañana que Hudson era lo suficientemente mayor para empezar a montar con él en el caballo. Pensé que estaba bromeando. Más vale que estuviera bromeando. Mi bebé no se iba a subir a un caballo. Todavía no.

—Tiene que aprender alguna vez.
—Griff —advertí—, tiene dos meses.
Mi marido se rio.
—Sí, estamos dando vueltas en la camioneta.

359



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE



THE EDENS
1 #

—Bien. Diviértanse.

—Voy a pasarme por casa de mamá y papá. A saludar. A ver cómo se instala Briggs en el desván del establo.

—Dales a todos un abrazo de mi parte. Tal vez dos para Briggs.

Briggs se había mudado la semana pasada. Había sido idea de Mateo tener a Briggs más cerca de Harrison y Anne, pero como Briggs no quería que su cabaña estuviera vacía, habían intercambiado sus hogares. Mateo estaba ahora en las montañas, mientras que Briggs estaba más cerca de la familia.

En el último año, había empezado a tomar una medicación que parecía ayudar, pero de vez en cuando tenía un episodio en el que su mente flaqueaba y perdía el tiempo y el lugar. El peor incidente había ocurrido hace un mes, lo que provocó este traslado. Briggs había ido de excursión y se había perdido. Cuando Griffin y Harrison salieron a buscarlo, se puso combativo, sin tener idea de quiénes eran.

Cuando Harrison le contó a Briggs lo que había sucedido, éste nos hizo prometer a todos que si volvía a actuar así, lo pondrían en un hogar. Mateo había sugerido el desván del granero como alternativa. Esperábamos que tal vez si Briggs vivía más cerca del lugar donde había crecido de niño, eso le daría una mayor base.

Ninguno de nosotros sabía qué pasaría, pero valía la pena intentarlo.

—¿Te llevarás el plato de tarta de tu madre cuando te vayas? —le pregunté.

—Ya está cargado.

En el fondo, mi hijo gemía.

—¿Cómo está Hudson?

—Está listo para una siesta. Conduciremos por ahí. Dejaré que se duerma en su asiento. Luego iremos a casa de mamá.

—Me quedan cuatro horas. Entonces estaré en casa.

—Estaremos esperando. Te amo.

—Yo también te amo. —Terminé la llamada y seguí conduciendo hacia Main.

Técnicamente, todavía estaba de baja por maternidad. Me quedaban tres semanas. Pero desde que despedí a Tom Smith, el embarazo había acabado con mi paciencia, estábamos un poco escasos de personal en los últimos meses. Así que, aunque se suponía que estaba en casa, había estado cubriendo algunos

RIDGE

turnos para aligerar la carga en la estación hasta que pudiéramos contratar a otro agente.

El tráfico de turistas había disminuido considerablemente esta última semana, ahora que había comenzado el año escolar. Era agradable ver algunos espacios vacíos en el centro, aunque pronto llegarían los cazadores y luego la multitud navideña.

Quincy durante las vacaciones era mágico.

Aunque yo era parcial. Los recuerdos de las Navidades de mi infancia aquí, con mi abuelo y mis padres, eran algunas de las más entrañables. Y este último año había sido inolvidable.

Griffin y yo nos habíamos casado tres días antes de Navidad. La ceremonia había sido un asunto pequeño e íntimo en The Eloise Inn. Él deslumbró con un traje negro. Yo había llevado el vestido de novia de mi madre. Después de que mi abuelo me llevara al altar y Griffin y yo intercambiáramos los votos, abrimos las puertas del hotel para una recepción que puso a prueba la estructura del edificio.

La mayoría de las habitaciones estaban reservadas para la familia y, por primera vez, me alojé en The Eloise Inn. Griffin y yo nos habíamos encerrado en la mejor suite durante tres días.

La nuestra fue la última boda celebrada en The Eloise Inn antes de que empezaran las reformas. Harrison y Anne habían comprado el edificio de al lado y lo habían unido al hotel para celebrar eventos. Y el restaurante ya no se parecía a un comedor abierto, sino a un asador de moda y lujoso.

Cuando estaba embarazada de Hudson, Griff y yo habíamos bajado tres veces a la semana porque mis antojos estaban fuera de control. Knox había sido como un mago, siempre haciendo exactamente lo que yo ni siquiera sabía que quería.

No habíamos planeado quedarnos embarazados tan pronto, pero después del incidente en Indigo Ridge, mi control de natalidad se había interrumpido y habíamos decidido no molestarnos.

La vida era corta. Griffin y yo íbamos a vivirla al máximo, y esta familia que estábamos formando juntos era la luz de mi vida.

Mi mano se dirigió a mi vientre. Quizá esta vez también visitaríamos el restaurante con tanta frecuencia. Mis hijos tendrían menos de un año de diferencia. Con suerte, eso significaba que serían amigos íntimos, si no de pequeños, sí de mayores.



THE EDENS
L #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN.

Griffin.

361



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

Llegué al final de Main y me dirigí a la autopista. El tráfico era escaso y la mayoría de los autos con los que me cruzaba bajaban la velocidad. Dieciséis kilómetros después, estaba a punto de dar la vuelta y regresar a la ciudad cuando vi un sedán gris con matrícula de Nueva York parado en el arcén.

Reduje la velocidad, me incorporé al arcén y encendí la barra de luces del auto para que los demás nos dejaran algo de espacio. Luego me aseguré de tener mi arma en la cadera antes de salir y acercarme.

Griffin había insistido en que llevara un chaleco cuando estaba de patrulla. Hacía calor encima de mi blusa negra, pero a mi marido le preocupaba. Así que me puse el chaleco.

La ventanilla del lado del conductor del sedán estaba bajada y el sonido del llanto de un bebé me golpeó primero. Ese sonido inconfundible me retorció el corazón. También lo hizo el sonido de una mujer que sollozaba con tanta fuerza como el bebé.

—¿Hola?

La mujer al volante no me escuchó.

—¿Señorita? —llamé.

Ella jadeó y prácticamente saltó del cinturón de seguridad.

—Lo siento. —Levanté las manos.

—Dios mío. —Se llevó una mano al corazón mientras con la otra se apartaba un mechón de cabello rubio de la cara—. Lo siento, agente. Puedo mover mi auto.

—Está bien. —Me incliné para mirar dentro—. ¿Está todo bien?

Ella asintió y se limpió furiosamente la cara, tratando de secar las lágrimas.

—Sólo un mal día. En realidad, un día realmente malo. Quizás el quinto peor día de mi vida. El sexto. No, el quinto. Llevamos días en el auto y mi hijo no deja de llorar. Tiene hambre. Yo tengo hambre. Necesitamos una siesta y una ducha, pero estoy perdida. Llevo treinta minutos conduciendo tratando de encontrar el lugar donde se supone que nos alojamos.

—¿A dónde vas? —pregunté, dirigiendo mis ojos al asiento trasero.

Su bebé seguía llorando, con la cara roja y los pequeños puños cerrados.

Agarró una nota adhesiva y la levantó.

—Juniper Hill.

—Juniper Hill? Sólo una persona vivía en ese camino de grava.



THE EDENS
1 #

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN

Griffin.

362



DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

—Sí. ¿Sabes dónde está? —Ella lanzó su mano hacia el parabrisas—. Mis indicaciones me llevaron justo aquí. Pero no hay un camino marcado como Juniper Hill. O cualquier otro.

—Los caminos rurales de Montana rara vez están marcados. Pero puedo mostrarte.

—¿De verdad? —La esperanza en sus ojos tristes me rompió el corazón. Era como si esta mujer no hubiera tenido una mano amiga en mucho, mucho tiempo.

—Por supuesto. —Extendí mi mano—. Soy Winslow.

—Memphis.

El nombre no me sorprendió. Eloise lo había pronunciado durante semanas. Knox lo había estado refunfuñando durante el mismo tiempo.

—Bienvenida a Quincy, Memphis.

—Gracias. —Suspiró y un nuevo torrente de lágrimas cayó en cascada por sus mejillas.

Me apresuré a mi auto, y luego dirigí el camino hacia Juniper Hill.

Cuatro horas más tarde, después de haber cambiado el auto por mi Durango, estaba en casa.

Griffin estaba meciendo a Hudson en el porche, con un biberón en la boca de mi hijo.

—Hola. ¿Cómo te fue?

—Bien. —Tomé la silla junto a él y le hice un gesto para que me entregara a mi hijo. Cuando estuvo acurrucado en el hueco de mi brazo, respiré.

Hudson tenía mis ojos azul oscuro, pero por lo demás esperaba que se pareciera a Griffin. Ya tenía el cabello grueso y castaño de su padre. E incluso con sólo dos meses de edad, tenía el carácter firme de Griffin. Rara vez gritaba, a diferencia del hijo de Memphis, Drake.

—¿Recuerdas a la chica que Eloise contrató para trabajar en el hotel? ¿Memphis Ward? ¿La que se mudaba aquí desde Nueva York?

—Sí.

—La conocí hoy. Se perdió tratando de encontrar la casa de Knox. Su hijo es de la misma edad que Hudson. Pero no tan lindo.

—Ningún niño es tan lindo como Hudson.



RIDGE

—Exactamente. —Saqué la botella vacía de la boca de mi hijo y lo subí a mi hombro, besando su mejilla mientras le acariciaba la espalda—. Parece dulce. Un poco agotada, pero supongo que todos lo estamos en nuestros días malos.

Griffin sacudió la cabeza y se rio.

—Todavía no puedo creer que Eloise haya convencido a Knox para que deje vivir a una desconocida encima de su garaje. Se va a volver loco. El objetivo de que construyera esa casa en una carretera sin salida era evitar a la gente.

Últimamente, a Eloise le costaba encontrar empleados de confianza en la posada, y cuando Memphis se había presentado, estaba tan sobrecalificada que Eloise había asumido que era una broma. Sin embargo, había hecho una entrevista virtual, y cuando Memphis había aceptado el trabajo, Eloise se había emocionado.

Sólo una semana más tarde, después de intentar encontrar un departamento y no conseguirlo, Memphis había llamado a Eloise para echarse atrás en el trabajo. Pero mi cuñada no se dejaba disuadir por los obstáculos. Había convencido a Knox para que dejara a Memphis quedarse en su casa durante unos meses hasta que hubiera un nuevo alquiler en la ciudad.

Memphis iba a alquilar el estudio que Knox había construido encima de su garaje. El departamento estaba pensado para la compañía, porque no quería que la gente se colara en sus habitaciones de invitados como cuando venían a visitarnos.

—Tu hermana debería ser la próxima alcaldesa.

Griffin se rio.

—Hablando de alcaldes...

Un familiar Bronco azul venía rodando por la carretera con mi abuelo al volante. Desde que se jubiló a principios de año, se propuso visitarnos un par de veces a la semana y mimar a su bisnieto.

—Te va a robar —le dije a Hudson—. Y acabo de llegar a casa.

—No está solo. —Griffin volvió a señalar la carretera y, efectivamente, una fila de autos se acercó a nosotros—. Supongo que somos los anfitriones de la cena.

Horas más tarde, después de que Anne y Lyla hubieran cocinado para todos, la casa estaba llena de risas. Mi abuelo y Harrison estaban viendo un partido de fútbol. Talia, Mateo y Eloise estaban en la terraza. Knox no había venido, probablemente porque estaba en casa lamentándose por su vecina temporal.



THE EDENS
I #

ESTA NOCHE ELLJO A GRIFFIN

Griffin.

DEVNEY INDIGO PERRY

364



RIDGE

Griffin y yo estábamos en el sofá, acurrucados mientras nuestro hijo dormía en los brazos de su padre.

—¿Debemos decírselo? —preguntó.

Miré a esos brillantes ojos azules y asentí.

—Sí.

—Reúnanse —dijo, y cuando el salón se llenó, sonrió—. Anuncio familiar.

Familia. La de él. La mía.

La nuestra.

Y ocho meses después, nuestra hija, Emma Eden, se unió a la lucha.

ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.



THE EDENS

#

365



DEVNEY PERRY

INDIGO

RIDGE

PRÓXIMO LIBRO

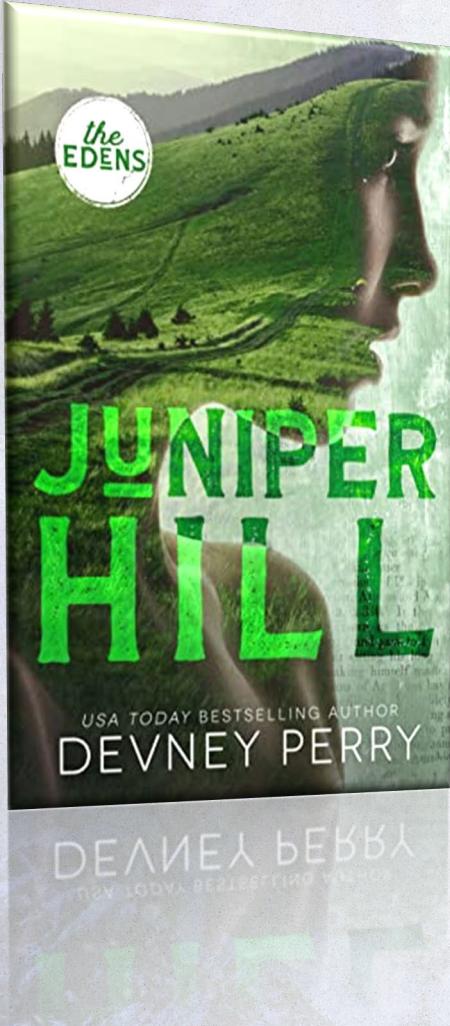


Juniper Hill

(THE EDENS #2)

ESTA NOCHE ELLA A GRIFFIN.

Griffin.



Memphis Ward llega a Quincy, Montana, en el quinto peor día de su vida. Necesita una ducha. Necesita un bocadillo. Necesita un poco de cordura. Porque mudarse al otro lado del país con su bebé recién nacido es, con diferencia, la mayor locura que ha hecho nunca.

Pero tal vez se necesita un poco de locura para construir una buena vida. Si dejar atrás el pasado requiere miles de kilómetros y una nueva ciudad, lo hará si significa un futuro mejor para su hijo. Incluso si requiere dejar de lado el glamour de su vida anterior. Incluso si requiere trabajar como ama de llaves en The Eloise Inn y vivir en un departamento sobre un garaje.

Es allí, en el quinto peor día de su vida, donde conoce al hombre más atractivo que jamás haya visto. Knox Eden es un sueño hermoso y pecaminoso, un chef y su casero temporal. Con su mandíbula afilada y rasposa y sus brazos tatuados, es toscos y rudos y todo lo que ella nunca ha tenido y

nunca tendrá. Porque después del primer peor día de su vida, Memphis aprendió que una buena vida también requiere renunciar a sus sueños. Y un hombre como Knox Eden sólo será un sueño.

366



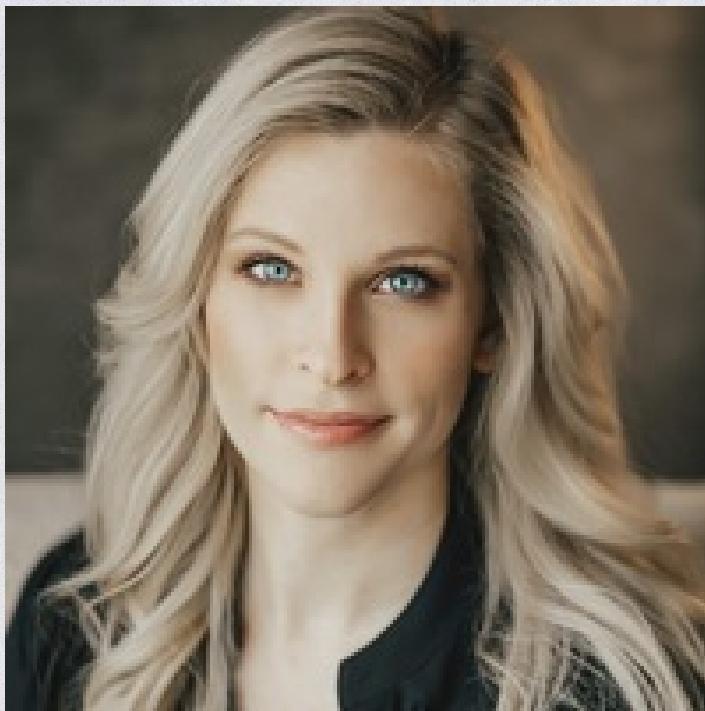
DEVNEY INDIGO PERRY

RIDGE

ACERCA DE LA AUTORA



Devney Perry



ESTA NOCHE ELIJÓ A GRIFFIN.

Griffin.

Devney es la autora superventas del USA Today de la serie Jamison Valley.

Nacida y criada en Montana, le encanta escribir libros de su atesorado estado original. Tras trabajar en la industria tecnológica durante casi una década, abandonó las reuniones y los horarios de los proyectos para disfrutar del más lento ritmo de estar en su casa con su marido y dos hijos. Escribir un libro, sin contar varios, no era algo que esperara hacer nunca. Pero, ahora que ha descubierto su verdadera pasión por escribir romance, no tiene planes de parar nunca.

367



DEVNEY INDIGO PERRY

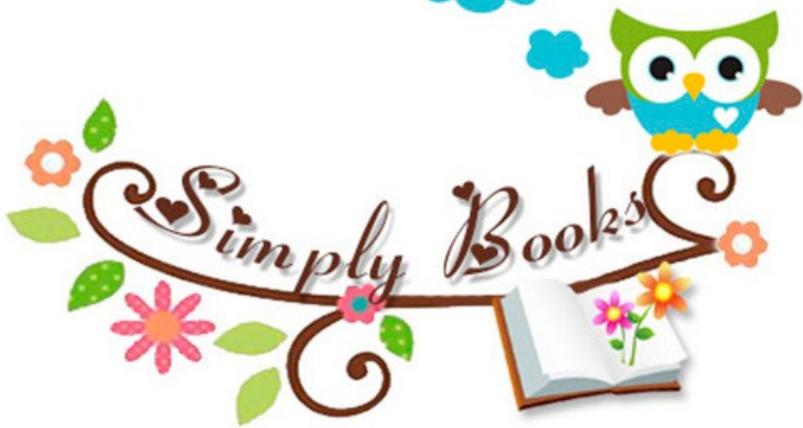
RIDGE



THE EDENS
#1

Griffin. ESTA NOCHE ELIJO A GRIFFIN.

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos



368



DEVNEY INDIGO PERRY